FROM
C. A. SPALDING,
BOOK AND VARIETY STORE
No. 42. FRONT STREET
SACRAMENTO CITY

217

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

EL

CRISTIANISMO

DEMOSTRADO.

Schneider y Langrand, calle de Erfurth, 1.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

EL

CRISTIANISMO

DEMOSTRADO

POR LAS TRADICIONES CATOLICAS,

O EL ESTUDIO DE LOS PADRES DE LA IGLESIA,

POR

EL SOR DE LA CHADENEDE,

Presbítero, capellan del hospital de San Luis, y canónigo honorario de Viviers.

—

Traduccion dedicada al Clero Americano.

Quanta mandavit patribus nostris nota facere ea filiis suis; ut cognosca' generatio altera!
Ps. LXXVII, 5 y 6.

TOMO I.

PARIS,
LIBRERIA DE ROSA.

MEJICO,
LIBRERIA DE GALVAN.

1841.

Property of
COSA
Please return to
Graduate Theological
Union Library

Property of
COSA
Please return to
Graduate Theological
Union Library

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ADVERTENCIA.

Al presentar al público el primer volumen de una obra, á la cual nosotros nos proponemos dar nueva estension, aunque ya nuestro pensamiento se halle en ella realizado, creemos deber indicar, desde el principio, el plan que hemos adoptado : nos parece sencillo, y nosotros esperamos que será comprendido fácilmente.

Siguiendo paso á paso á los Padres de la Iglesia, desde el origen del Cristianismo

981

hasta su perfecta estension, hemos observado la marcha natural para todo entendimiento juicioso; y hacemos individualmente, para cada inteligencia, lo que el Cristianismo ha hecho por medio de los Santos Padres con el entendimiento humano en general.

Se distingue, en efecto, un origen y un progreso necesarios en los adelantos de la fe, tales como los Santos Padres los han producido: porque han necesitado primero poner las bases de la creencia, en los solos recursos de la razon, y conquistar á viva fuerza la adhesion de la filosofia, á pesar del orgullo del espíritu humano. Esto es lo que hán hecho los Padres apologistas, nuestros primeros doctores.

Este principio una vez establecido, hasido necesario construirlo en el interior del edificio, afin de acabar la obra, y esplicar por medio de comentarios, los objetos mismos

de la creencia, reconocidos por ciertos. Esto es lo que han hecho á continuacion de los apologistas, una multitud de doctores, sus herederos, y sus discípulos.

Quien no ve pues, que ofreciendo estractos de sus diversas obras, nosotros presentaremos súbitamente, para la razon incrédula, lo que los Santos Padres no han podido ofrecer al mundo sino con un largo concurso de siglos sucesivos, quiere decir que nosotros mostraremos en un abrir y cerrar de ojos, lo que constituye las bases de la fe y lo que regla su doctrina despues que ha sido reconocida en su constitucion. Con esta intencion haremos dos cosas: 1ª Presentaremos á los ojos de todos, los elementos verdaderos de la religion, tomando de los escritores de la Iglesia lo mas marcado que ellos tienen en el órden filosófico y racional. Desprendidas así las tradicciones fuertes é indudables de toda mezcla inde-

cisa, estableceremos á la esperiencia como arbitra de la religion : este es quiza el único doctor capaz de decidir el mundo á ceder; y su ascendiente aquí será tanto menos dudoso cuanto que los escritos de los Santos Padres, dirijidos la mayor parte á incrédulos ó á idólatras, hieren sin cesar á la razon desnuda, por decirlo así, y sin prestarla aun los socorros de la revelacion ó de la fe. ¿Qué hay mas propio para conmover á nuestros contemporáneos, incrédulos en tan gran número, y casi todos idólatras, si es verdad que la idolatría sea el reino descarado de la concupiscencia y de las pasiones?

2° Esta recopilacion, una vez terminada no podrá bastar aun á todos los entendimientos : nosotros procuraremos, en una obra separada facilitar su inteligencia y su uso, combinando sus materias con fuerza, y mostrando con todo la libertad de una dis-

cusion lógica, nuestros pensamientos apoyados en los Santos Padres, y tales como este estudio asiduo de sus obras nos los habrá inspirado.

Por esto hemos procurado al menos en alguna cosa, suministrar al siglo, lo que le falta en materia de doctrinas religiosas, á saber : principios claros, y un resumen razonado de estos principios sacados de su manantial inmutable, la antigüedad.

Este método nos ha parecido el mas util, en un tiempo, en que cada hombre, enseñando á su modo, no escucha para instruir á sus semejantes, sino el impulso de su pensamiento; ofreciendo al mundo por dogmas definitivos las solas revelaciones de un corazon en el que el yo humano es el único Dios vivo, y pone por esto mismo en desconfianza á todo entendimiento grave y formal.

Nosotros osamos concebir la esperanza

de que se acogerá con bondad un libro tan propio para mostrar sobre qué fundamentos reposa esta columna de la Iglesia tan indestructible segun el oráculo eterno.

Por lo demas, aunque la parte dogmática de los Santos Padres nos haya ocupado especialmente como término principal, no hemos descuidado la parte literaria, sea con el fin de dar mas atractivos á estos documentos destinados á los hombres del mundo, sea para ofrecer á los jóvenes compañeros una idea de las riquezas de la Iglesia, que el amor de la religion y de la elocuencia no deben dejar sepultadas.

Este último punto nos ha sido tanto mas facil cuanto que ya muchos traductores de los Santos Padres nos habian precedido, y por lo tanto hemos podido aprovecharnos de sus luces y de sus trabajos.

DISCURSO PRELIMINAR.

DE LA AUTORIDAD DE LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA EN GENERAL, Y PARTICULARMENTE PARA LOS TIEMPOS ACTUALES.

Sicut locutus ad patres nostros.
S. Lucas, I.

En estas palabras de san Lucas, se encuentra la única regla de verdad que sea capaz de satisfacer plenamente el entendimiento humano. La verdad siendo el patrimonio de nuestra inteligencia, ha debido lucir, en efecto, desde la aparicion del hombre en la tierra, y hacer nacer al instante la claridad del dia en su entendimiento. Del mismo modo que Dios no hizo el mundo esterior sin colocar en los cielos este gran luminar [1], que calienta y vivifica la naturaleza sensible, del mismo modo no pudo producir el mundo interior

[1] Genesis, I.

sin colocar en él este luminar íntimo de la verdad, que alumbra la profundidad de las cosas invisibles, y señala el camino derecho del entendimiento. La verdad es pues antigua por los derechos de su naturaleza; ella reside como elemento primitivo en la armonia universal, y aquel que posee la verdad, debe escucharla así como la han escuchado nuestros Padres, sus mas antiguos discípulos, y sus hijos bien amados: *Sicut locutus est ad patres nosotros.* Tal es la ley suprema; y si Dios es el padre comun de los hombres, esta tradicion de inteligencia debe ser la regla imprescriptible que gobierne nuestros entendimientos.

Así, esta es la prenda especial de verdad que nos ofrecen los Padres de la Iglesia; ellos nos trasmiten la palabra de Dios dirigida á los primeros hombres, y con esta palabra inmutable, nosotros recibimos la reunion de verdades que se complació el criador en conceder en depósito al entendimiento humano, de este principio comun proceden la religion y la ciencia, y así es que la posteridad de Adan no tiene en el fondo mas que un patrimonio real: la autoridad.

Pero, ¿como convencerse del estado de las cosas en los tiempos primitivos, quiere decir, por qué medios se pueden conocer cuales fueron las verdades reveladas de Dios, y apreciar la inte-

gridad de los hombres que nos las han trasmitido? Porque si la tradicion es fiel y si tiene su origen de un manantial legítimo, es menester creer, sin ninguna duda, y recibir por herencia, la verdad que es la vida del espíritu, del mismo modo que recibimos la vida del cuerpo por generacion y como un depósito confiado tambien á los antiguos.

Por eso los Santos Padres aclararon ellos mismos este punto fundamental, y para convencernos, veamos desde luego como ellos han partido de un principio comun á la incredulidad y á la fe.

El filósofo d'Alembert escribia los pensamientos siguientes en el prefacio de su Enciclopedia [1].

« Se pueden dividir todos nuestros conocimientos en directos ó en reflexionados. Todos nuestros conocimientos directos se reducen á los que recibimos por los sentidos: de lo que se sigue que es á nuestras sensaciones á las que debemos todas nuestras ideas. Este principio de los primeros filósofos ha sido largo tiempo mirado como un axioma por los escolásticos..... Esta verdad fué tratada, en el renacimiento de las letras, como las opiniones absurdas de las cuales hubie-

[1] Tomo I, pág. 4.

ran debido distinguirla. Se la proscribió con ellas, porque nada es tan peligroso para lo verdadero y nada le espone mas á ser desconocido como la alianza ó vecindad del error. El sistema de las ideas innatas, seductor por muchos respectos, y mas marcado quiza porque estaba menos conocido, ha sucedido al axioma de los escolásticos, y despues de haber reinado largo tiempo, conserva aun algunos partidarios, tanta pena tiene la verdad para recobrar su lugar cuando las preocupaciones ó los sofismas la han arrojado de ella. En fin hace poco tiempo, se conviene bastante generalmente que los antiguos tenian razon; y que no es esta la sola cuestion sobre la cual nosotros empezamos á acercarnos á ellos. »

Este pasage nos indica perfectamente el punto de partida de la incredulidad, y el estado miserable en que la filosofia ha dejado al mundo entero.

D'Alembert y sus amigos, *aproximándose á los antiguos*, como él dice, no han escuchado solamente sus sentidos en el estudio de los conocimientos que él llama *directos*, sino que los ha hecho tambien soberanos en los que llama reflexionados, es decir, que su primero y su último paso han tenido la misma regla: la materia; y en esta escuela la carne domina al espíritu. Es Adan el que ha

vuelto al mundo, en todo el vigor de su naturaleza perversa; el pecado original, este cautivo que sacude su cadena y oscurece la fe.

Despues que las pasiones han estado largo tiempo inflamadas en el seno de los imperios, es facil de dar toda esta tendencia brutal á todo un siglo, y aproximar así las generaciones al estado salvage y primitivo en que los pueblos no son por la inteligencia, sino una sociedad de niños. Ved aquí por que los filósofos han tenido un tan buen juego. El estravío de los sentidos en el orden físico, ha conducido sus discípulos directamente al error en el orden metafísico y moral, y el materialismo se cerne sobre la sociedad, despues que el hombre ha perdido su equilibrio indispensable dejando de ser cristiano.

El espíritu humano partiendo de su base personal, quiere decir, de los sentidos en que está envuelto, lo compara todo con este *yo* único que le posee, y le hace el término de todo, la razon, el camino de todo, y Dios está en las alturas aislado como antes de la creacion.

Este estado del mundo compromete, en todas partes, la verdad cristiana, con relacion al brillo de su demostracion; porque el hombre estraviado no creyendo ya exactamente sino lo que apercibe, la parte misteriosa y sublime del cris-

tianismo le parece vana, porque no hiere ya su razon, es decir, sus sentidos.

¿Quien no ve por consecuencia, que para proceder con fuerza, es menester descender de la cima de la filosofía hasta su elemento el mas bárbaro; temer el tomar la verdad en su forma abstracta y metafísica para no comprometer su poder sobre los entendimientos y los corazones? Por que ¿cual es el fin que puede haber en proceder así con pueblos vueltos al primer alfabeto de las naciones?

¡Los sentidos! ¡los sentidos! y nada mas impresionan mi cuerpo para alcanzar mi alma; porque mi cuerpo existe, pero mi alma, yo no sé.

Ve aquí por que el método usado en el principio aunque el mas pronto y honroso para el ser inteligente, no es, puede ser ya, el mejor; y en lugar de suponer aun en los entendimientos algunas ideas fijas y primeras, que son como los polos del entendimiento, es menester tratar este siglo sin polos y sin ejes, como Jesucristo trataba al apostol incrédulo, y decirle: ¡Toca y cree! Percibir con los sentidos, es el origen de todo. ¡Toca la verdad como cuentas tu dinero!

Este acuerdo una vez concluido, la filosofía no permanece menos siendo el camino del cristianismo: porque el cristianismo no es mas que un

hecho : luego un hecho percibiéndose por los sentidos, no se puede ser filósofo y aun materialista sin llegar á ser cristiano por la fuerza de la razon.

Se trata solo de hacer constar, por medio de la Escritura y de los Santos Padres que la han comentado, la marcha triunfal de Jesucristo al traves de los siglos y de los pueblos ; luego los sentidos lo pueden : nosotros no pedimos mas que ellos ; y este método usado por los Santos Padres como el fundamento del cristianismo, muestra ya toda la fuerza de su autoridad cimentada sobre los libros santos.

¡ Cuan grande es el espectáculo que ellos ofrecen á nuestras miradas ! ¿ y qué ojos no serán heridos de él? levantaos, y asistamos con ellos á las solemnidades de la historia ; en esta escuela la verdad depende bien de nuestros sentidos.

¿ Qué veo? Dios sale de su reposo, su verbo interrumpe el silencio, el caos oye y el mundo parece ; el Señor habla aun, y el hombre es producido como rey. ¡ O soberano ! respeta tu diadema ; ¡ pero no ! él ha caido ya, y su gloria se ha marchitado.

Para levantar este noble cetro, Dios hablará de nuevo ; pero antes de producir su palabra, él cautivará los sentidos de los mortales con un

preludio divino; mil profetas marchan en efecto delante del rostro de su Cristo, anunciando sus grandezas, su voz es brillante como el eco de la trompeta, y del occidente á la aurora un largo estremecimiento esperimenta el universo.

¡Escucha, ó Belen Efrata! la cuna de la inteligencia debe reposar sobre tu suelo; la cubierta de paja de tus establos tiene mas esplendor que los dorados techos de Salomon; y sobrepuja los cedros del Libano revestidos del oro de Saba. ¡Tú, tan pequeña en Israel, levanta la cabeza! porque los reyes de Oriente besarán tu polvo, y el recuerdo de este pobre establo te hará amada de las naciones!

¡Cielos, abrios! ¡que vuestro rocío descienda y que la tierra brote con un súbito concierto! ¡que se muestre el Deseado de las colinas eternas! ¡Mis miradas están atentas hácia las nubes!

Pero los profetas que le preceden dejan debilitar sus trasportes. El arpa ha caido de sus manos, su palabra se amortigua. Y de repente ellos anuncian, para aquel que las naciones esperan, la amargura y la cruz; los clavos que prepara su pueblo traspasan su alma; las varas que ellos le presagian han despedazado sus corazones; ellos lloran y se van, prolongando de edad en edad este lúgubre concierto.

No obstante el Mesías será rey : los oráculos lo anuncian; y los reyes de la tierra se levantarán para honrarle. David suspira, Ciro dobla la rodilla y Cesar espera. A su ejemplo las ciudades se agitan; Jerusalen profetiza, Babilonia se conmueve, Roma prepara laureles, los imperios nacen y caen, fieles á la voz de Daniel, la filosofía en su labor está en la agonía, sus sabios, fuera de sí en su ciencia, declaran que es menester un Dios para regenerar la razon; se habla en Atenas, como se habla en Israel, toda criatura produce, cuarenta siglos se desarrollan, el mundo madura á grandes pasos; y cuando él está maduro, ¡Dios parece!

¡Dios parece! Y ahora que mis sentidos se convenzan, y que yo vea si Dios está verdaderamente en mi carne. Marchad pues vosotros, herederos de los tiempos antiguos; *Christum et in novis veterem;* que yo os reconozca en las señales que han trasmitido los antiguos, evangelizando los pobres, curando los ciegos, resucitando los muertos, príncipe coronado de espinas, revestido de andrajos, sobrecargado de una cruz, subiendo al calvario, espirando, no como Socrates, con la ostentacion del orgullo puesto en movimiento, sino como el Mesías, sin buscar ni temer el oprobio, con la calma eterna del que da la vida y la

muerte! la tierra temblará, los sepulcros se abrirán, los cielos se cubrirán de un velo, los fundamentos del templo serán conmovidos, la sinagoga parecerá incierta, Roma misma titubeará bajo sus estandartes; vos solo estareis tranquilo en la naturaleza, y vos morireis, y á estos prodigios yo os llamaré Dios con nosotros: *¡Emmanuel!*

Este bosquejo, aunque demasiado rápido da una idea de las bases de la fe: ¿quien no ve al instante que los fundamentos de la inteligencia residen en Jesucristo percibidos por los sentidos? él es, por escelencia, el ser-principio y la última palabra de todo. Mas allá, este es Dios en su misterio; pero aquí es Dios en su carne, y por consecuencia al alcance de los sentidos humanos, que no tienen mas que ser y tocar para comprender. Ved aquí el primer grado de la ciencia, y de la religion para todo espíritu de aquí abajo. Los estremos se tocan, se ha dicho; pero en ninguna parte es esto tan verdadero como en Jesucristo. Su naturaleza es lo sublime en la bajeza; Dios en la humildad, y por consecuencia Dios accesible al hombre sensual.

Ved aquí por lo que Dios no es popular sino en el orden cristiano; porque aquí solamente se puede alcanzarle por los sentidos, despues que

se ha hecho carne. Los otros cultos no viven sino de quimeras, porque ellos no tienen por principio de ideas una base palpable; el cristianismo es solo verdadero, porque es solo *material* en sus pruebas; que se nos pase esta espresion.

¿Y que hay de mas grande en el mismo orden filosófico, que esta sabiduría de Dios encarnado por su verbo, afin que el espíritu humano, vacilante por naturaleza é inclinado á no escuchar sino al cuerpo, halle la verdad siguiendo su inclinacion, y llegue al último término de toda doctrina marchando segun su instinto? Ciertamente, ¿qué metafísico habia jamas dicho : basta tener un cuerpo para comprender? Jesucristo lo ha hecho, tan facil es á Dios hacerse accesible á la razon.

Este pensamiento, que es esencial en el cristianismo, no está bastante desenvuelto entre nosotros. Él cortaria todos los combates intelectuales, y vendria á ser el término supremo de todos los esfuerzos, á medida que la razon, tocando este límite inmutable, reconociese por esperiencia que este es el punto eterno, en donde Dios ha dicho tambien por ella, como por el Oceano mostrándole sus orillas : *Huc usque venies, et hic confringes tumentes fluctus.*

Pero para llegar hasta este puerto afortunado

adonde cesan las incertidumbres, y donde la fe se establece, el apoyo de los Santos Padres se hace indispensable. No basta en efecto que en el encadenamiento del cristianismo los hechos hablen siempre; es menester aun que estos hechos no cesen de ser sensibles á todos los ojos, y por esto es indispensable que la crítica los desprenda el uno despues del otro de las sombras que el tiempo ha podido derramar en ellos al pasar. Luego tal es la obra de los Santos Padres : ellos remueven con mano poderosa los elementos del mundo, y repiten cada uno á su manera, el *fiat lux* que aclara el universo.

Se trata para ellos, unas veces de derribar la heregía mentirosa que se envuelve y quiere dudar; otras, de poner un freno á la filosofía, soberbia institutora que lo niega todo escepto á sí misma, y quiere dogmatizar ciegamente : en una palabra, reducir las pasiones siempre razonadoras á inclinar la cabeza bajo el Evangelio, justificando sin réplica este doble hecho de los oráculos anunciados, y de los oráculos cumplidos, y en presencia de los monumentos, hechos sensibles, decir al hombre : juzga á tu Dios en tu carne mortal, cree por tus sentidos. Tal es la combinacion dogmática que constituye la autoridad de nuestros doctores. Su sistema es superior segun

se ve á todas las dudas: porque esta lógica sin prolegomenos, no tiene otra base que la sencillez de la naturaleza y el primer ímpetu de la razon. Ellos hacen para nuestro siglo lo que han hecho para los bárbaros y los paganos, y del mismo modo que el politeismo se halla sin replica bajo la aurora de esta verdad, porque los sentidos humanos, cansados de buscar algun Dios á la vez inteligente y material, se calmaron entonces tocando á Jesucristo esplicado por los profetas y los Santos Padres; así, este siglo idólatra que se pone á palpar como el Egipcio ó el Griego, en la sombra de la muerte; este siglo pues si vuelve á alguna cosa de eterno lo tendrá todo de los Santos Padres que adoctrinaron su entendimiento por sus sentidos.

Vanamente dirán que las verdades dogmáticas, misteriosas por la mayor parte, no son accesibles ni al entendimiento, ni á los sentidos, y que ofrecen siempre una barrera impenetrable á la razon; los Santos Padres rompen con potestad estos límites vulgares; y con una mirada alargan á lo infinito el horizonte del pensamiento: porque partiendo del punto fundamental que acabamos de describir, ellos establecen sensiblemente, sobre la teoría cristiana, todo el edificio de la verdad, mostrando de una parte que Jesucristo es

Dios; y de otra, dando la palabra de este Dios reconocido como el último término en que la duda se rompe al tocarle.

Su palabra resuena sin cesar en el universo como la voz de lo pasado. Este es el acento de la vida que se escapa del sepulcro, para mantener la antigüedad en respeto é imponer al tiempo presente. Ella señala con caracteres indelebles los hombres y los siglos, afin de que ellos permanezcan siempre lo que la Providencia les hizo en su época: monumentos de verdad.

¿No es esta voz soberana, la que mantiene sobre la frente del Judío incrédulo la mancha de sangre que su mano deicida procura sin cesar borrar? ¿No es ella la que obliga á este pueblo errante á llevar, en todos los lugares, por la gloria de Jesucristo, su historia y sus profetas, de suerte que Israel, reducido á conservar por la tradicion su libro intacto, no puede abrirle sin decir por esto mismo á las naciones y á los imperios: mirad, Jesucristo es Dios?

¿No es esta voz, la que está aun sobre Jerusalen sepultada, y que llora sobre las cenizas del Templo y sobre las ruinas de Sion como para decir al universo admirado: considera, el templo está abatido así como el Mesías lo anunció; Sion

no tiene ya cánticos, Jerusalen está sin murallas y sin torres; luego Jesucristo es Dios?

No es esta voz, la que afrenta á Roma y á los Césares, para decirles ¿que os habeis hecho? ¿donde están las fasces y los cónsules, así como el escudo de las legiones, los estandartes conquistados, la púrpura de vuestros reyes consagrados al oprobio, el templo de Júpiter, el fuego de Vesta, y el Capitolio en su gloria? ¡O Roma! ¿todo ha muerto en tu seno? ¡No, alguna cosa hay en tí que es viva, porque Jesucristo es Dios!

¿No es esta voz la que saliendo de los concilios y estableció la base de la creencia que resuena entre nosotros con triunfo, entusiasma los corazones, afirma los entendimientos, realza la magestad de nuestros templos con esta palabra antigua: yo creo en Jesucristo que es Dios, *filium Dei unigenitum*?

Luego si Jesucristo es Dios, como los Santos Padres lo han demostrado, no hay ya nada incierto en el dogma católico. Los misterios mismos vienen á ser sencillos y dignos de fe, ellos se nos presentan como el pensamiento íntimo de Jesucristo, y es justo que Dios se haya reservado este debil dominio: porque ¿qué distancia habria entre Dios y el hombre, si la igualdad se hallase establecida entre la ciencia divina y la inteligen-

cia humana? el orden inteligible es sobre todo el dominio del Señor, la esfera en la que se halla su naturaleza; si Dios es dueño, lo es sobre todo en este orden en el que se debe mostrar independiente y soberano. Bastante es para el hombre el estar en estado de creer con prudencia, creyendo con razon; y los Santos Padres, discutiendo las bases de la verdad revelada, llevan hasta este punto todo espíritu recto: tal es su fuerza dogmática, la autoridad demostrada.

Con todo, despues de haber llegado á este punto con una fuerza de lógica rigorosa, los Padres de la Iglesia no rehusan emplear aun concesiones con respecto al entendimiento humano, á fin de animar la fe con la poesía y el impulso del pensamiento, al mismo tiempo que ellos le reglan por la esposicion del dogma cristiano.

Así es que ellos mismos buscan el esplicarse con respeto y comedimiento lo que hay de sublime en los secretos de Dios, ¿se trata de la generacion inefable del Verbo? Los Santos Padres buscan imágenes ingeniosas en la naturaleza. Ved, nos dirán ellos por la boca del mas elocuente intérprete[1]; ved este delicado vapor que la mar, herida por el sol, y como impregnada de su ca-

[1] Bossuet, *Elev.*

lor, envia dia y noche, como por sí misma, hácia el cielo, sin disminucion de su vasto seno; es no obstante lo mas puro de su sustancia, y alguna cosa de la misma naturaleza, aunque no de la misma materia, que las aguas que se reserva; así, dice Salomon, la *sabiduría* que Dios engendra en la eternidad, es *un vapor de su omnipotente virtud y una purísima emanacion de su claridad*[1].

Si se trata de la unidad de las tres personas, el discípulo fiel de los Santos Padres se elevará aun sobre sus huellas. « ¡O Dios! ¡delante de quien « yo me considero á mí mismo, y me soy como un « grande enigma! Yo veo en mí estas tres cosas : « ser, entender y querer.... si yo no quisiese y no « entendiese eternamente sino la misma cosa, « como yo no tengo mas que un solo ser, yo no « tendria tambien mas que un solo conocimien- « to y una sola voluntad. No obstante mi cono- « cimiento y mi amor, ó no serian por esto menos « distintos entre sí, ni menos identificados : quiere « decir, no serian menos uno en el fondo de mi « ser, con mi sustancia y mi amor; ó mi voluntad « no podria venir de mi conocimiento, y mi amor « seria una cosa que yo produciria en mí mismo, « y yo no produciria menos mi conocimiento y

[1] Sap. VII, 25.]

« siempre habria en mí tres cosas: el ser produ-
« ciendo, el conocimiento producido, y el amor
« tambien producido el uno por el otro. Y si yo
« fuese una naturaleza incapaz de todo accidente
« sobrevenido á mi sustancia, y á quien fuese ne-
« cesario que todo fuese sustancial, mi conoci-
« miento, y mi amor, serian alguna cosa de sus-
« tancial y de subsistente; y yo seria tres perso-
« nas, subsistentes en una misma sustancia,
« quiere decir, yo seria Dios [1]. »

Así es que los Santos Padres penetran alternativamente en cada una de las verdades reveladas, y fundan su autoridad en el corazon del hombre, atrayéndole por el encanto de los comentarios, al mismo tiempo que ellos hacen doblar las rodillas á los entendimientos, por el ascendiente inmutable de la doctrina y lo positivo de la fe. Se diria eran una madre tierna que para introducir su hijo de poca edad en el dédalo de los conocimientos humanos, adula su joven entendimiento con amables prestigios, y le atrae dulcemente á la entrada del laberinto contándole alguna cosa de lo que se ve, á fin de que el niño aprendiendo á gustar de estas maravillas, se acostumbre á

[1] Bossuet, *Elev.*

creerlas, y que á fuerza de creerlas consiga el conquistarlas.

Por este lado los Santos Padres se aproximan aun á la filosofía, y despues de haber establecido su autoridad dando al espíritu humano, en la teoría cristiana, la certidumbre lógica en su mas alto grado, pues que ella está fundada sobre la percepcion de los sentidos, ellos consuman el edificio de la doctrina, ofreciendo aquí la certidumbre moral en su mas grande estension; así es por este medio que ellos dirigen un llamamiento profundo al sentido íntimo, y que interrogan la evidencia con fuerza, porque ellos levantan todos los pliegues de nuestra naturaleza, y los penetran con el gusto de las ideas primarias y fundamentales, de las cuales el Criador depositó en nosotros los gérmenes tan fecundos. ¿Qué instinto, si ha permanecido docil, podrá ser insensible á este llamamiento divino? porque, ¿qué alma pura no es el eco fiel de la antigüedad, en este sentido que ella no pudo escuchar esta voz de los antiguos, sin hallar en ella el acento de la casa paterna y sin estar reducida á esclamar: sí, bien es este el lenguage de mi familia: yo debo espresarme así, con relacion á las leyes de mi origen, porque así es como yo siento; no me era necesario mas que oir algunas veces á mis padres pa-

ra que mi lengua se deslizase en su escuela, y que yo aprendiese en fin á pensar libremente y á hablar libre de todo lazo?

¡Ah! si la filosofía, al preguntar la evidencia engañosa de los hombres y este sentido íntimo, la esclava de tantas preocupaciones, si ella, digo, ha creido establecerse sobre la tierra con una autoridad igual á la de los soberanos, ¿porqué la orgullosa no abatiria ella su diadema usurpada en presencia de los Santos Padres? ellos tambien fueron filósofos, pero ¿con qué superioridad de ingenio? porque ellos no pidieron al espíritu humano el bajar los ojos y mirar á tierra como única regla de sabiduría. Ellos no le dijeron de perderse en las tinieblas palpables, y de llegar á ser incrédulo bajo el pretesto de que la evidencia no ve el dia cuando todo el hombre está envuelto por la noche. No, los Santos Padres no hicieron así; ellos preguntaron á la evidencia marchando sobre el camino que Dios habia señalado á la huella del sol. La fe les encendió un faro eterno, y á la claridad de sus llamas ellos atravesaron el oceano de las opiniones humanas, sobre la nave de la Iglesia, al abrigo de los escollos. Jesucristo mismo estaba en el timon; y cuando, en esta travesía inmensa, su entendimiento se sentia estraviado, no tenian mas que cla-

mar. *¡Maestro, salvadnos, nosotros perecemos!* el piloto mandaba á la mar, y las olas se callaban, marchando siempre el navío á velas desplegadas, y la verdad permanecia evidente á los ojos del pasagero reconocido.

Se ve pues toda la autoridad de los mas simples comentarios como medios de evidencia, y aunque nosotros convengamos perfectamente que los Santos Padres no presentan sobre este respecto, una certeza absoluta, siempre hay que en sus aclaraciones, aun las menos esenciales, ellos ofrecen el caracter de lo que hay mas imponente en las producciones del entendimiento humano, porque el camino que ellos siguen ha sido marcado de lo alto. La verdad les sirve siempre de trama, así es que sobre ella sola es sobre la que obra su pensamiento; en tanto que la ciencia, entregada á sí misma, se arrastra penosamente sobre su globo, y señala una ruta menos probable, suda, gime, duda, titubea, envejece, y muere en fin en cada uno de sus adictos, protestando que está contenta de sí misma, para ahorrarse la vergüenza de no haber perseguido sino ilusiones.

Si nosotros buscamos la causa de estas trabacuentas de la ciencia, las hallaremos en la perversidad de los corazones. Los anatómicos, describiendo la organizacion del cuerpo humano,

muestran perfectamente la correspondencia del corazon y del celebro, por medio de las fibras secretas que ligan estas dos partes la una á la otra, de suerte que hay allí siempre concierto en su accion. Pero dicen que el corazon es sobre todo la parte que domina, porque él envia al celebro esta multitud de espíritus motores que se distribuyen despues en el resto del cuerpo, para imprimirle su direccion legítima, haciéndole docil al pensamiento. Despues de este resumen, el corazon es el principio real de la fuerza y de la agilidad humana, á tal punto que, cuando ha cesado de obrar con vigor, la sangre se empobrece al instante, los espíritus se deterioran, el celebro pierde su poder, la constitucion entera se debilita, y el hombre titubea, herido que es en su fondo de un golpe que le estravia ó le balda.

Esta analísis ofrece la imagen perfecta del hombre moral. En él tambien el espíritu nace del corazon y es modificado por el corazon: su inteligencia es todo en su voluntad; si este centro está corrompido, no exhala sino una exhalacion malsana, lo que le rodea se le parece y permanece cubierto; el hombre es tierra, y es de la tierra misma de donde nacen las nubes que le roban los fuegos del cielo.

Ved aquí por que la filosofía con toda su cien-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

cia, no llega jamas á la fe; porque la sabiduría humana, entregada á su orgullo y desprovista de la gracia de Dios, permanece impotente para la virtud que es un don del cielo, y por lo mismo estrangera á la verdad.

Pero esta nueva percepcion hace apreciar mejor aun la autoridad de los Santos Padres, pues al lado de la esposicion dogmática, ellos ofrecen siempre los preceptos de la moral, y abren así el entendimiento del hombre corrigiendo su corazon.

Ellos corrigen ¡pero con qué eficacia! ¿por qué no podriamos nosotros aplicar aquí las palabras, que el profeta real aplica para espresar el poder de Salomon, y sobre esta figura la autoridad de Jesucristo [1]. *Vuestro asiento*, le dice, *está colocado en los siglos de los siglos, el cetro de vuestro reino será un cetro de rectitud y de justicia.* Quien no ve en efecto, que toda la fuerza de la moral de los Santos Padres viene de este fundamento eterno: *Sedes tua in sæculum sæculi?* Del mismo modo que un rio antiguo que toma su nacimiento sobre la cima de los montes, se precipita con grandes olas en la llanura, arranca todo á su paso, por la ra-

[1] *Sedes tua in sæculum sæculi, virga directionis virga regni tui.* Ps. 44.

pidez que ha recibido en un principio, sin que se llegue á dar otra razon de su poder, sino la de que desciende de las montañas; así la moral cristiana, esplicada por los Santos Padres derramándose de lo alto de los cielos con las escrituras, inmola y triunfa para siempre en las sinuosidades del corazon humano: sana, regenera, edifica, consuela, trasporta, y lo cambia todo en una palabra; y si, á la vista de estos efectos todo poderosos, vos buscais la causa de esta grande obra, sois llevado á cantar con el profeta: *Sedes tua sæculum sæculi!* Ve aquí porque los Padres son grandes: Jesucristo es el elemento de su pensamiento, y con él, están sentados en los siglos de los siglos, en el seno mismo de Dios inmutable que engendra su verbo, y le dice: Sé la regla que yo trasmito á la humanidad. De este principio eterno procede la sola moral que pueda obtener el respeto de los hombres, porque es la sola que lleve con ella la sancion de Dios; y á este título, *el cetro de su reino es un cetro de rectitud y de equidad,* como habla el rey de Israel. ¡Ah! vé aquí la verdadera escuela donde es menester esclamar del fondo de su alma: *El maestro lo ha dicho.* Este acento, yo lo sé, hizo resonar en otro tiempo á la Grecia idólatra, entonces que en su delirio sus sabios insensatos preguntaban á la debilidad hu-

mana el señalarse, con una mano trémula, las reglas de la inmutable probidad. ¡Infortunados mortales! ellos atacaron el caos de la inteligencia, y el caos permaneció. Y de repente sobre esta masa informe, ellos emprendieron el construir, como en otro tiempo en Babel: la torre se levantó hasta las nubes; pero á este punto de orgullo, la voz de los obreros llegando á confundirse, cada uno de ellos invocó diversamente el socorro de los hombres, desde lo alto de los parapetos, en tanto que al pie del edificio, los pueblos desolados clamaban por sola respuesta: ¡*El maestro lo ha dicho*! ¡*el maestro lo ha dicho*! Y allí en este desorden, acababa toda regla de moral, sin que ningun acto sincero mostrase jamas la docilidad de los corazones; ¡tan cierto es que la moral, para reducir las pasiones del hombre, tiene necesidad de estar sentada en *los siglos de los siglos*, en el trono mismo de Dios!

Es esta eficacia de la moral divina que hizo de los Santos Padres mismos doctores tan recomendables, por la autoridad que da la virtud y la práctica constante de sus propias enseñanzas; porque ellos esperimentaron los primeros, y á pesar de la oposicion de la naturaleza, todo el ascendiente del Evangelio, antes de trasmitirle al universo. Nacidos la mayor parte con esta fogosidad

de las pasiones y esta independencia de caracter que rodea tan frecuentemente la cuna del ingenio, y arrebata su infancia borrascosa, ellos supieron bajar la cabeza bajo el yugo de Jesucristo, y domellar sus inclinaciones. ¡Qué espectáculo digno de admiracion es este concierto de valor contra sí mismo, de fuerza con respecto al mundo, de constancia en el martirio, de humildad en la gloria, de sencillez en la ciencia, y de nobleza en los combates y en la victoria! ¿Quien no se ha conmovido de admiracion leyendo su historia? ¿El heroismo cristiano no se apodera de nuestros corazones cuando vemos á Ignacio de Antioquía suspirar por los leones que le esperan rugiendo; Atanasio, desprovisto de un abrigo sobre la tierra, sostener con su constancia todo el Oriente conmovido; Agustin romper el encanto de los placeres, y hacer la concupiscencia cautiva de la fe; Cipriano despojándose de las riquezas, y ofrecer en seguida con mirada tranquila su cabeza al verdugo; Ambrosio resistir á Teodosio triunfante; Crisóstomo aplanar con su palabra las pompas de Constantinopla y su corte, condenar los escesos de una emperatriz orgullosa, aunque esperase por esto el destierro y la muerte; Gerónimo huir la ciudad eterna y los aplausos del gran pueblo, para ir á gemir al desierto y vivir pobre

donde nació Jesucristo? Estos ejemplos sublimes, de que se hallan llenos los fastos de la Iglesia, dan, sin contradiccion, á la moral de los Santos Padres un ascendiente propio á subyugar todas las dudas y á conquistar todos los entendimientos; y aunque las pruebas fundamentales que los Santos Padres han presentado al mundo, estableciendo con tanta evidencia la autoridad del Verbo hecho carne, en nombre del cual adoctrinaban la razon y hacian rectos los senderos de la humanidad; y aunque estas pruebas no fuesen tan brillantes como la luz del dia, ¿no bastaria el estudiar la vida de los Santos Padres para comprender que hay en ellos una virtud sobrenatural, que les comunica la rectitud de la doctrina con la probidad de las obras? Y esta elevacion en los pensamientos y en la conducta, ¿no demostrarian suficientemente la existencia de una autoridad que la tierra no ha podido producir, y que habla y obra en nombre del cielo?

No; solo hay un Dios único que pueda así renovar al hombre y crearle en Jesucristo, como habla San Pablo; sondear hasta el fondo del precipicio las ruinas del viejo Adan; iluminar estos caminos tenebrosos del corazon humano donde se ocultan los vicios, donde fermentan las pasiones; revelar así el hombre á sí mismo, y sobre

sus destrozos hechos sensibles poner la base de la moral cristiana, diciendo por la segunda vez : *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza* [1]; que las insignias de la soberanía brillen aun sobre su frente y en sus manos, y que *domine sobre las bestias y los reptiles* [2], encadenando sus concupiscencias, á pesar de los gritos de la naturaleza y de los arrebatos crueles de la carne y de la sangre ; tal fué la moral que los Santos Padres anunciaron al mundo, de concierto con Jesucristo.

¿Y quien osaria contrastar la autoridad divina de su palabra, contemplando al mundo que dobla la rodilla á sus leyes? *Ellos predican,* nos dicen, *á Jesucristo crucificado,* es decir que ellos dan honor al oprobio y al sufrimiento, exaltan la pobreza, ordenan el amar á las humillaciones, marcan con un golpe de anatema la gloria, la opulencia y los placeres; trastornan la naturaleza, confunden todas sus relaciones, rompen todos sus deseos; sabios alquimistas, ellos toman este debil barro y le sacuden en sus manos poderosas hasta el punto de cambiarle en oro puro. Este trabajo divino le hacen esperimentar, no solamente á algunos hombres aislados, sino á pueblos inmensos y á generaciones sin fin, y estos millones de cristia-

[1] Genesis, 1. — [2] Ibid.

nos condenados por ellos á los remordimientos, á las torturas de la penitencia, á las angustias de la vida, y á las tribulaciones del Evangelio, sacan de en medio de estos tormentos gozos inefables, que ellos prefieren á todos los encantos de las vanidades mundanas, y en la efusion de su santa alegria rinden homenaje á la moral de los Santos Padres, cantando sobre su tumba con el arpa de David: *Quanta audivimus; et cognovimus ea, et patres nostris narraverunt nobis!* Si este triunfo no es el colmo de la autoridad divina trasmitida á sus fieles intérpretes, ¿que nos digan donde está el camino de lo honrado y de lo verdadero, donde está la moral consagrada por la razon, donde está la rectitud, donde está el hombre, y donde está Dios? Así, estas consideraciones han determinado, en todos los tiempos, los espíritus juiciosos á apoyarse únicamente en los Santos Padres y en las obras del entendimiento. Yo admiro cada dia en los escritores de nuestro siglo literario, el mas formal y el mas noble, esta feliz docilidad de los mas raros ingenios. Estos grandes hombres, que nosotros miramos con justicia como nuestros maestros en el arte de bien pensar y bien decir, habian aprendido todos en la escuela de la tradicion, y para no hablar sino de los mas famosos entre ellos, ¿no es constante que Bossuet y Bur-

daloue, estos favoritos de la piedad y de la gloria, no fueron sobre todo sino compiladores ilustres, siempre apoyados en los Santos Padres y marchando bajo su tutela? Hijos llenos de candor, ellos estimaban á la antigüedad como á una madre generosa de la cual el seno fecundo les ofrecia sin cesar un dulce alimento, felices de vivir en paz pendientes de su pecho, y llevados en sus brazos, hasta el dia en que su alma, fortificada por la doctrina, se reveló al mundo émula de los primeros tiempos.

¡O santa antigüedad! cuan gloriosa pareciste en estos últimos retoños! Tú palpitas de sus triunfos, y removiendo las cenizas de nuestros padres les gritas con trasporte : *Despertaos vosotros, y haced oir cánticos, vosotros que habitais el polvo de los sepulcros* ; *Expergescimini et laudate qui habitatis in terra pulvere.* ¡No! vosotros no estais muertos! ¡Despertaos y vivid!... La impiedad estremeciéndose oyó este acento, y titubeando sobre sus bases, creyó ver reflorecer el siglo de Crisóstomo y de Agustin. ¡Dia de esperanza, tu ocaso me ha aparecido! ¡Santos gozos de la Iglesia, vosotros fuisteis á reuniros á los Padres al sepulcro, y allí, á dormir con un largo sueño!

Si yo miro, en efecto, estas cátedras venerables

de donde la antigüedad derramaba tesoros, ¡qué puedo descubrir allí! ¡Una imaginacion insensata usurpa cada dia el asiento de la doctrina; en lugar de elementos sagrados, el idealismo del tiempo allí se cubre, para reinar, de las alas de la fe! ¡Espectáculo alarmante! Se diria que Jesucristo data de ayer, y que sus diez y ocho siglos no han pasado jamás por el entendimiento humano. Así, el ascendiente de la divina palabra está confundido. Ved. ¿Donde están los hombres que le consagran su creencia? ¿Donde están los templos que ella haga retemblar? Sion llora, el santuario está desierto; ó si alguna vez la muchedumbre se reune en él, Sion llora aun; porque se pregunta allí como hacia en la via pública este pueblo idólatra: ¿Qué hay de nuevo en Atenas? Se prosigue su carrera en los senderos del error.

¿Si el mundo necesitara una gran leccion para establecer mejor que nunca la autoridad de los Santos Padres, este aspecto solo no es propio para venerar? ¡Qué! ¡Todo nos falta y nos huye! las riendas de la Iglesia se nos caen de las manos cuasí al mismo tiempo que las de los imperios se escapan de las de los reyes, y no se quiere ver que la fuente del mal viene de esta especie de escision que nosotros hemos hecho con la antigüedad, buscándolo todo en nuestro solo fondo para ha-

blar en el nombre de Dios! ¡Espantoso orgullo que anima el poder de la misma fe! porque en este estado la autoridad religiosa sufre la suerte de la autoridad política; y su vicio radical, de la una y de la otra, es el no deber su fuerza sino al consentimiento precario y á las afecciones frívolas de algunos mortales, de suerte que la multitud, al pasar, puede decir al doctor así como al príncipe: « Son nuestras manos las que te han formado. » Así el pueblo viene á ser soberano en religion así como lo es en lo político. ¿Y quien no comprende la estension de una tal desgracia? Porque en ese protestantismo inmenso la razon de la multitud, que se adhiere á lo que apetece, no falta nunca de hacer sus reservas íntimas para lo que la desagrada, y el orden cristiano, sobre esta base poco segura y arbitraria, permanece sin vigor; porque está sin unidad, el catolicismo se debilita con este fatal remedio que parece en un momento preparar su restablecimiento.

¡La autoridad! ¡La autoridad que viene de lejos, y por consiguiente los escritos de los Santos Padres, ved aquí la tabla de salvacion! Es necesario reinar por la doctrina, quiere decir doblegar las convicciones, á pesar de que tengan los vicios y las fantasías de los hombres, mostrándo-

les el oriflama de la verdad tal cual el universo le ha saludado en su juventud, en aquellos dias en que la Iglesia se reforzaba bajo la cruz del Redentor; tal es el campo en el que es preciso detenerse; ¡y desgraciado de aquel que levantará su tienda fuera de este recinto feliz y sagrado! Él podrá un instante encantar algunos ociosos; pero á la tarde, recogiendo su pabellon, no llevará consigo ni la estimacion de los grandes ni la estimacion del pueblo; ellos dirán el dia siguiente: ¡Este estrangero ha partido! Él no tenia el lenguage antiguo, y aunque nos cautivaba, producia la incertidumbre y la desconfianza, criticando á nuestros abuelos. Ninguna flor será echada sobre su tumba; y la posteridad no buscará allí ningun recuerdo, porque él nació solo, murió solo, y su existencia efímera no sobrepujando con ninguna gloria el edificio de los antiguos, dormirá solo como un hombre sin linage y sin parentela, que el aislamiento confundió.

Ved aquí la suerte de la mayor parte de nuestros escritores modernos. ¡Los insensatos! Ellos han creido que la frasologia religiosa haria de ellos los doctores de todas las edades; y, saliendo de los dominios de la literatura profana, en la que sus plumas sin heroismo no encontraban sino oscuras labores, se hicieron los obreros de la Igle-

sia, y le dijeron descaradamente, vednos aquí [1], y se pusieron al instante á la obra, discípulos arrogantes, que repetian á sus semejantes el alfabeto de la doctrina, tal cual su ama de cria lo habia concebido : sin creencia ni concepcion, sin autoridad y sin reglas ; seres frívolos, en una palabra, que fueron reducidos á atacar á sus contemporáneos por el lado de la ignorancia á fin de obtener algun renombre. Mejor valia, despues de todo, mendigar francamente un poco de gloria, pues estaban de ella tan ansiosos ; porque vivir á la vez orgulloso y pobre, deslumbrar para reinar, es el colmo de la indigencia, un estado forzado y vecino de la nada.

Así bien, este es el último progreso que esperan nuestros doctores; la fuerza de las cosas les mostrará pronto si la Iglesia tenia necesidad de

[1] Debe entenderse que nosotros no queremos hablar aquí de esos escritores tan dignos de respeto que despues de haber practicado tanto tiempo el cristianismo, han emprendido con tanto suceso la tarea de acreditar su esperiencia y sus recuerdos. De tales hombres (y la *Biblioteca universal de la juventud* cuenta muchos en su seno) no se puede hacer mas que elogio, pues merecieron siempre el reconocimiento de la Iglesia por haberla prestado los socorros de su celo en el momento en que ella estaba casi sin apoyo. Nosotros pues vituperamos solo aquí esa multitud de jóvenes sin fe, sin doctrina y sin costumbres que aparentan ó pretenden tener la mision de regenerarnos. ¿No es pues ya tiempo de repeler tales auxiliares y de librarse de su concurso engañador ?

sus armas para dar sus combates. Aun un dia : la debilidad de sus corazas va á parecer, y sus caballeros errantes, atravesados de parte á parte se reirán de su cruzada como se rie de un juego de niños sin malicia y sin razon. Y ¿qué otra suerte podia caberles, pues su arte se ha dirigido hácia un término enteramente pueril, desdeñando, como inutil, y fuera de nuestra época la antigüedad que da sola la consistencia y la vida? Pero tal era su destino; y pues ellos osaron sentarse en la iglesia antes de haber estudiado sus fundamentos, era inevitable que su entendimiento se limitase á describir algunas perspectivas imperfectas, y á dibujar con un lapiz poco diestro algunas facciones esteriores. Toda su obra se reduce á esto. Estos son pintores que iluminan, entregados á su capricho, y no arquitectos que teniendo largamente todo el secreto de las fundaciones, pueden hacer conocer toda la solidez, y edificar la ciudad viva sobre la piedra angular que la tempestad ni los vientos no sabrán derrocar. Tal es la razon de su insuficiencia : la falta de saber. Ellos no conocen á los antiguos sino de oidas y por reputacion, y ved aquí por que ellos imponen con impudencia esta teología nueva y semejante á la teología de los poetas idólatras, que establecieron el Politeismo y le presentan al

mundo con los encantos de que su imaginacion le ha embellecido. ¡Qué! ¿Omitireis en vuestros libros todos los dogmas misteriosos y todas las reglas de conciencia, hareis con los contemporáneos un arreglo engañador, callando las tres cuartas partes de las cosas, y cubriendo de un velo la mayor parte de las otras bajo los colores de un prisma mundano; acomodareis todo á medida del deseo de la razon sensual, á fin de que las costumbres puedan errar á su placer, sin freno y sin ley, y dejareis decir que sois hombres de ingenio, y los salvadores de la religion? no, ¡vosotros la perdeis! Predicadores de impostura, por qué habeis venido entre nosotros á depravar el gusto de nuestros pueblos, á sacar de su lugar el orden de la doctrina y á remover los asientos de la verdad. ¿Por qué no dejais el sacerdocio en su impotencia? no era menester sino doce pobres para dar vista á los ciegos, resucitar los muertos, vivificar el Egipto y la Grecia, hacer querer al universo la locura de la cruz; vosotros solos lo habeis todo perdido resucitando entre nosotros esta sabiduría humana que Jesucristo habia marchitado; ¡y se nombra vuestra obra un movimiento cristiano! Pero si este movimiento es verdadero, ¿no es evidente que debe traer la caida de vuestro romanticismo reli-

gioso? porque, nosotros convenimos de ello fácilmente, nuestro siglo en su juventud lleno de efervescencia, como sucede siempre en la edad de las pasiones; sin poder analizar, porque era naciente de pocos dias; sin estudios religiosos, por consecuencia de las desgracias del tiempo; nuestro siglo ha podido bien contentarse en el principio de simulacros de religion que han compuesto nuestros ingeniosos ideólogos, del mismo modo que en literatura se mostró satisfecho de esta barbarie de pensamientos y de estilo que él se ha atrevido á llamar una regeneracion; pero el tiempo viene en el que se avergonzará de estas travesuras de su infancia, porque los siglos resumen así el fondo de las cosas en engrandeciendo; y apenas el que nos arrebata llegará al medio de su carrera, que vuelto á sí mismo y maduro al fin, juzgará sus primeros pasos como la posteridad mas lejana á fin de merecer su respeto y sus recuerdos, y entonces las vanidades que nos seducen aun perderán su relieve á nuestros ojos. Se preguntará de una parte, considerando el estado presente de las letras, ¿es este verdaderamente el fruto de un gusto puro? Y de otra parte, estudiando el estado momentáneo de las creencias, ¿es bien este el resultado de una ciencia divina? La duda nacerá mas que nunca en el

fondo de los corazones al aspecto de tanta indigencia, y esta disertacion íntima, al mostrar lo vago de los libros que nos gobiernan, si ella no fija para siempre los espíritus en la indiferencia por seguimiento de su nuevo error, reducirá la generacion presente á arrojar hácia la Iglesia un grito de desolacion y á pedirla con fuerza la autoridad, la autoridad! Entonces será necesario reedificar á Jerusalen, probar á la razon que la autoridad es realmente el único apoyo de todas las cosas; en una palabra ir al nervio de todo, á fin de que el edificio pueda ser restablecido sin que nunca titubee; y ¿cómo podremos operar esta grande obra sin la doctrina y los socorros de los Santos Padres? Jóvenes, nosotros á quienes está desde luego confiada la espada de la palabra, llevémosla con valor y con la energía de nuestros abuelos; saquemos de sus escritos esos dardos ardientes que deben abrasarlo todo. La antigüedad nos mira, y el mundo es de nosotros si nosotros somos de la iglesia: ¡su bandera ondea, marchemos y triunfemos!

Por esto es por lo que no se atreverán á condenarme si yo oso publicar este libro, tan modesto en sí mismo, y para el cual no ha sido menester ninguna invencion. Un dia los hijos de Israel en el desierto de Sin, estaban sin energía;

murmurando y pidiendo pan, se vió caer sobre la tierra [1]. *Una cosa menuda y como molida en un* mortero, *y los hijos de Israel al verla, dijeron: ¿Qué es esto? ¿Quid est hoc?* Será acaso reproducida esta misma pregunta, no será reproducida con respecto á esta debil recopilacion *in solitudine minutum et quasi pilo tusum* [2]? ¿Nos dirán tambien: ¿qué es esto? ¿*Quid est hoc?* casi nada, nosotros lo sabemos: un poco de maná que echamos en el campo de la Iglesia; ¡quiera Dios que reanime algunos espíritus, á fin de que se vea de nuevo á los Israelitas fieles, levantarse antes de la aurora para comer el pan del Señor!

[1] Exod. 16. — [2] Ibid.

ESTUDIO

DE LOS

PADRES DE LA IGLESIA.

SAN JUSTINO.

¿Podriamos nosotros empezar mejor esta recopilacion[1], que citando desde luego estas palabras de la *Epístola á los Gentiles* y del *Discurso á los Griegos* en que san Justino parece indicar con anticipacion el objeto que nos hemos propuesto?

[1] Aunque nosotros hayamos procurado enlazar entre sí los diversos testos de cada autor que tienen relacion con un mismo objeto, no por eso hemos creido tampoco debernos sujetar siempre á ello con todo rigor, porque los Santos Padres citándose frecuentemente los unos á los otros, hacen como imposible el que se pueda reunir bajo un mismo punto de vista toda la tradicion sin confundir los escritores segun el orden que en ella tienen. Siendo pues indispensable la division y separacion de las materias, nos ha parecido que una tabla razonada de los asuntos facilitaria toda claridad indicando, respecto de cada cuestion, las autoridades competentes. Esta tabla pues será colocada al fin del último tomo, y por este medio las tradiciones se hallarán enlazadas.

Lleno del deseo de haceros discípulo de la verdad, ruego á Dios que haga nacer en mí lo que debo deciros, á fin de disipar las nubes de vuestro entendimiento; porque las mismas cosas cambian frecuentemente de aspecto cuando son examinadas de cerca, y con reflexion.

Proponiéndome hablaros de la religion, el mas amable de todos los bienes..... He creido no poder hacer otra cosa mejor, que buscar con cuidado cuales han sido sus fundadores, la naturaleza de su caracter, y el tiempo en que han florecido; ¡feliz si desengaño á los que se ligan á una religion engañosa, demostrándoles, con toda la claridad de la evidencia, que la nuestra nos viene de una antigüedad mas venerable, y que es la sola que merece su respeto y su fe!...

Y ¿cuales son los que vosotros teneis por autores de vuestra creencia? ¿Son acaso los filósofos?... El hombre sincero no descubre en ellos mas que una verdad, y es que no estan de acuerdo sino en un solo punto, es decir para acusarse mútuamente de engañar á los demas y para vivir ellos mismos en el amor del error..... Pero si vuestros filósofos no han podido daros la ciencia de los verdaderos principios, ¿hácia qué parte podeis volver vuestras miradas, sino del lado de los profetas que la divinidad inspira?... La rivalidad no tuvo jamás lugar en sus escritos ni en sus corazones; y esta es la razon porque los ois hablar uniformemente de Dios y del hombre, del origen de las cosas y de la inmortalidad, del juicio futuro y de las otras verdades necesarias al entendimiento... Dejad, pues, allí esas doctrinas insensatas, y venid á probar esta sabiduría eter-

na que lleva en sí el Verbo divino : confesad, no un Júpiter, esclavo despreciable de mil pasiones, sino un rey del cielo, príncipe sin mancha, cuyos heroes, avaros de la sangre de los pueblos, no saben prodigar sino la suya, ese rey que no concede su amor sino á la belleza del alma, á la inocencia y á la virtud....

¡O potestad eterna que desde el momento en que halla un corazon docil derrama en él el encanto y la paz! ¡ó doctrina inalterable y sólida, que no forma, ni poetas, ni filósofos, ni oradores; sino que llama al hombre á la inmortalidad, le confunde en la naturaleza de Dios, y le eleva así del seno del polvo hasta la gloria del Criador! Ved aquí la que por su belleza oculta me ha conducido á la ciencia nueva que hace mi gozo. Venid pues, venid á asociaros á mi patrimonio; y pues que yo he sido lo que vosotros sois, ¡no desespereis de llegar á ser lo que yo soy!

RESUMENES DIVERSOS DE LAS DOS APOLOGIAS Y DE LA CARTA A DIOGNETO.

Al emperador Tito OElio, Adriano Antonino, Augusto Cesar y á su hijo Verísimo, filósofo.
Justino, hijo de Prisco, uno de los perseguidos.

Príncipes,

Por todas partes os llaman piadosos, filósofos y partidarios de la rectitud y de la verdad, ¿lo sois en efecto? el porvenir lo hará conocer. Nosotros no escribimos para cautivar vuestros favores, sino para pediros justicia, á fin de que, guardándoos de las preocupaciones vulgares y de las impresiones engañosas, no deis ninguna sentencia contra vuestra gloria; porque, con respecto á nosotros, nadie puede perjudicarnos si permanecemos puros; y la espada que vosotros llevais solo podrá quitarnos la vida, pero no hacernos mal, porque esto es superior á vosotros. La presuncion no está en mi lenguage, y por consecuencia yo os aseguro que aunque se tomen informes contra los mios, será absolutamente imposible el demostrar que son culpables, ¿es digno pues de vosotros inmolar á inocentes, y comprometer la magestad del trono con torrentes de sangre de que la pasion sola puede gustar?

La integridad de los juicios consiste, de la parte de los súbditos en un testimonio fiel de sus dis-

cursos y de sus obras; y de la de los soberanos, en juzgar segun la religion y la filosofía. Entonces la felicidad hace prosperar un imperio, y Platon ha dicho, en este sentido, que la prosperidad de un estado está comprometida si el príncipe y los vasallos no son filósofos.

Nuestro deber nos obliga á esponer públicamente nuestra creencia y nuestra vida; y el vuestro, ó príncipes, el mostraros íntegros al escucharnos, segun la misma razon os impone.

Nuestro nombre solo es lo que nos condena.... y para evitar todo castigo, bastaria el negar; pero ¿cómo estimariamos nosotros una vida comprada por la impostura? Nosotros nos apresuramos á declarar que somos cristianos, buscando otra vida eterna y sin mancha, á fin de ir mas pronto á gozarla y á vivir en el seno de Dios.... Y cuando nosotros os hablamos de este reino, caro objeto de nuestro ardor, vosotros creeis que es comparable á los principados de la tierra; desengañaos: si nuestros votos se limitasen á un imperio vulgar, nosotros evitariamos la muerte por la mentira, á fin de lisonjear nuestra ambicion; pero ella gira por encima de esta esfera engañosa donde todo es fugitivo, y nosotros vemos tranquilamente la espada que nos hiere, aun en el momento mismo en que cae para adelantar nuestros destinos.... ¿Quién podrá mejor que nosotros engrandecer la prosperidad del imperio, formando hombres de bien, cuando nosotros enseñamos que ningun mortal escapa á las miradas penetrantes del Señor, ni el justo que tiembla en su presencia, ni el malvado que se atreve á insultarle? La ley está en sus manos, para la felici-

dad ó la venganza; ¿qué hombre, penetrado del recuerdo de sus justicias, querria empañar los dias de su paso para caer en un infierno inmutable, como Dios, que le ha producido? ¿quién no reduciria sus pasiones y amaria la virtud de tal eternidad?

Ni vuestras leyes, ni vuestros cadalsos, impondrán á un malvado, cuando obra en el misterio, lejos de todas las miradas, y cuando se cree libre de vuestra justicia, porque él ha comprendido que no sois mas que hombres, y que vuestro poder participa de la nada. Pero el que cree á Dios, cuya mirada se dilata sobre el mundo, tiembla interiormente de sus juicios, y esta idea basta para que los pueblos tengan un freno y gocen el beneficio del orden social. ¿Temeriais vosotros que vuestros vasallos llegando á ser virtuosos, no os quedase nadie á quien castigar? Esto seria obrar como verdugos y no como reyes, y solo el espíritu de las tinieblas, como implacable enemigo del espíritu humano, puede sugeriros de tal modo, por la sed de sangre que le devora y le hace complacerse en la que de las víctimas corre á raudales por todas partes. ¿Es posible que vosotros, siendo partidarios sencillos de la filosofía, nos deis motivo para que os sospechemos participantes de estos placeres? Con todo, si la voz de la preocupacion vence, entrad desde luego en esas maquinaciones, vosotros sois los dueños; obrad como el ladron, que está sin testigo, que hace el daño sin perder la paz.

Por nuestra parte, una noble herencia nos ha cabido en suerte; esto es amar, sufrir y dejar despues de nuestra muerte, la indigencia, la mi-

sería, y la ignominia; ¿por qué pues nos esponemos nosotros á todo esto? Sabedlo; porque una de las predicciones del divino Maestro nos ha llamado con el nombre de cristianos; y las persecuciones que vosotros nos preparais confirman nuestra creencia, porque ellas cumplen los oráculos que señalan su divinidad. A Dios, solo pertenece el mostrar el porvenir....

¡Ah! ¿qué comparacion puede haber entre él y los otros legisladores? considerad sus doctrinas, y ved que las que tienen á los hombres por autores, no han hecho mas que entrever la verdad; y Jesucristo solo es el que la ha revelado en su principio. Sócrates tambien, el mas célebre de ellos, abandonado en el fondo por todos los suyos, no ha podido hacer ni un solo prosélito bastante generoso para sacrificar su vida á la gloria de su enseñanza; en tanto que por Jesucristo, los sabios y los doctores, la multitud ignorante y la hez del pueblo, han desafiado hasta el último suspiro, las amenazas, los tormentos, los emperadores y la muerte. No os sorprendais; los primeros no tenian por apoyo sino la debilidad humana, mientras que los cristianos estan sostenidos por la fuerza inmutable del mismo Verbo. Cuando yo, que os hablo, á pesar de ser discípulo fiel de Platon, ví á los cristianos cargados de cadenas y calumniados delante de los tribunales, marchar no obstante á la muerte con un corazon tranquilo, comprendí que la voluptuosidad no tuvo jamás semejantes hombres por esclavos, y no comprendo que crímenes tan odiosos son esos de que se les imputa, para que las confesiones se procuren arrancar por los tormentos á sus criados, á sus

mugeres y á sus hijos. Yo apelo de esto á Dios que lo ve todo.... Por otra parte ¿no es nuestra vida bastante ejemplar y manifiesta? En otro tiempo el desorden y la disolucion encantaban nuestros sentidos; y hoy dia la castidad sola no es amada; los sortilegios y la magia nos cautivaban antes con sus prestigios, y ahora el Altísimo ha venido á ser nuestro oráculo y nuestro solo bien. El atractivo de las riquezas devoraba anteriormente nuestras almas; pero esta pasion ha desaparecido y nuestros bienes son comunes. Odios furiosos y arrebatos sanguinarios turbaban nuestros corazones; pero actualmente la dulce caridad nos liga á todos los hombres, y nuestros enemigos mismos son objetos de nuestros votos; pues aunque su furor nos oprima en medio de esa iniquidad que hace de nosotros su presa, la mansedumbre es nuestra herencia á fin de conquistarlos á Jesucristo... Ved esos hijos de un pueblo nuevo: ellos se separan, decís vosotros, de los demas pueblos. ¡Calumnia! ellos no los abandonan sino en lo que hay de licencioso y de vano; ellos fraternizan con las naciones como ciudadanos, y sufren sus desdenes como estrangeros, ¿qué continente por lejano que sea no es su patria? ¿qué patria no es para ellos el lugar del destierro? Ellos están en la carne, pero el espíritu los gobierna; habitan el mundo, pero obedecen al cielo. Por todas partes sometidos á las leyes, sus costumbres sobrepujan á sus preceptos. Se les desconoce, se les condena, se les inmola; pero la muerte, para ellos, es la vida. Son pobres y generosos á la vez en sus dones. Se les desacredita, pero sus oprobios hacen su gloria; se les maldice,

pero ellos no saben sino bendecir. A pesar de ser irreprensibles son castigados como malhechores; pero, al despedezar su reputacion, no pueden rehusarles el homenage intimo que la inocencia impone. Judíos y paganos, todos se encarnizan; pero esta combinacion del odio no ha podido hallar una palabra precisa, y para decirlo todo de paso, los cristianos son en el mundo, lo que el alma es en el cuerpo; del mismo modo que esta reside noblemente en su morada terrestre, siempre distinta de la cubierta de la carne, así los cristianos habitan el mundo diseminados en todos sus puntos, sin pertenecerle jamás.

El ejercicio de todos los cultos es permitido, y el nuestro solo no tiene favor. Por todas partes se tiene la libertad de adorar los cocodrilos y los rios, y lo que se venera en un lugar, es escarnecido en otro y considerado como profanacion; los dioses adorados en un pais, no son sino bestias en otro, cuya sangre humea sobre el Altar; ¿cómo es posible pues ponernos de acuerdo con vosotros cuando no lo estais con vosotros mismos?

—

Cuando vosotros ois hablar de fuegos eternos, esclamais que esto no es mas que un espantajo, y que en lugar de degradar el alma con la impresion de un temor servil seria necesario mas bien enseñarla á dominarse por una accion libre, fundada sobre el solo encanto de la virtud; pero yo respondo que si no hay infierno no hay Dios, ó

que si lo hay, es indiferente al bien y al mal; y por consecuencia, que no hay ni vicio ni virtud; porque, ¿donde está la sancion eterna del uno ni de la otra? ¿donde está el ascendiente de la ley y la fuerza de su autor careciendo de castigos y de calamidades? Si segun esto no hay nada de fundamental en los principios, las legislaciones humanas han señalado injustamente penas contra los trasgresores de sus leyes temporales que salen de la nada. Pero si segun vosotros, ellos no son injustos, el gefe de los legisladores no podrá serlo tampoco, y tanto mas, ordenándolo todo por su suprema sabiduría; luego los cristianos no pueden serlo siguiendo su ley... ¿Qué otra cosa puede cubrir nuestros pecados, sino su justicia? ¿Cómo, la sublevacion de los servidores podria ser espiada de otro modo que por la obediencia del hijo? ¡O cambio incomprensible! ¡O sorprendente artificio de la sabiduría de Dios! ¡Uno solo ves herido, y todos los demas librados; el justo es echado en el oprobio, y los culpables repuestos en honor; el inocente sufre lo que no merece, y paga lo que deben todos los pecadores, la iniquidad de muchos está oculta en un justo solo, y por la justicia de uno muchos son justificados.

—

Por la manifiesta ejecucion de las profecías cumplidas á vuestros ojos, tales como la ruina de Jerusalen y de su templo, y la vocacion de los Gentiles, predichas en tiempos anteriores, se

toca la certeza de las cosas anunciadas para lo venidero, como son el advenimiento glorioso del Salvador, y la resurreccion y el juicio general, porque la palabra profética tiene siempre la misma fuerza; y basta el haberla acreditado una vez, para que no se pueda dudar de las demas; por consiguiente esta prueba ha tenido ya lugar. Por otra parte, ¿cabe en sentido alguno que nosotros hubiésemos podido creer en un hombre muerto sobre una cruz, y consentir en adorarle como hijo único de Dios y juez futuro de todo el género humano, si nosotros no tuviésemos las pruebas mas auténticas de las predicciones que habian anunciado su venida, y de la perfecta relacion de estas predicciones con los hechos?

—

Si todo sucede por el poder de un destino ciego y permanente; y si uno es hombre de bien y otro malvado, porque la fatalidad lo ha querido; es evidente que ni el primero es digno de alabanza ni el segundo criminal, pues que no tiene libertad en sus actos y la fuerza debilita su eleccion.

Pero si el género humano está así despojado del poder de elegir entre el bien y el mal, no se le puede imputar ninguna de sus obras.

Luego lo contrario existe; y el hombre abraza libremente el vicio ó la virtud; porque siempre y en todas partes, el mismo hombre pasa sucesivamente, cuando quiere, del vicio á la virtud, y de la virtud al vicio.

No obstante, si estuviese decretado que tal hombre seria bueno ó perverso, él no podria ser capaz de lo contrario ni de cambiar lo infinito; pero si el hombre es absolutamente variable sin medida alguna, el fatalismo no es mas que un vano nombre.

Nosotros sostenemos solamente que un destino invencible pesa sobre la humanidad: esto es, que la virtud tendrá la gloria por herencia, y que la iniquidad tendrá tambien una recompensa que le espere.

—

Dios no ha creado al hombre semejante á las plantas y á las bestias que son incapaces de elegir ni de determinarse; porque entonces el vicio y la virtud no serian sino palabras inventadas por los hombres, y en el fondo, vacías de sentido; lo que vendria á ser como la razon lo ha demostrado, la soberana injusticia y la soberana impiedad.

SAN

CLEMENTE DE ALEJANDRIA.

PENSAMIENTOS DIVERSOS SACADOS DE LOS LIBROS DE SAN CLEMENTE DE ALEJANDRIA, TITULADOS : EXHORTACION Á LOS GENTILES, Á LOS ESTROMATAS Y AL PEDAGOGO.

La mentira tiene larga fecha ; la verdad admira siempre por un aire de novedad.

Jesucristo, Verbo eterno, como médico habil y que sabe proporcionar sus remedios á las necesidades, multiplica infinitamente los medios de salud. El hierro, el fuego mismo, si es necesario, vendrá á ser en sus manos un instrumento caritativo para la cura de nuestros males. Sus amenazas son advertencias saludables, sus reconvenciones aguijones que producen el terror, sus lágrimas prendas de ternura, y sus cánticos dulces atractivos que llevan hácia él. Si son necesarios signos y prodigios, su voz se hace oir desde la zarza ardiendo ; si se necesitan venganzas memorables, hace llover torrentes de fuego. La misma columna que ilumina á los Israelitas

fieles, echa llamas terribles para los Egipcios obstinados en su orgullo, y de esta manera todo se doblega ante su fuerza ó su dulzura; ¡estingue estos fuegos, impudente pontífice de Eleusis, y que esas orgías, y esas impuras iniciaciones permanezcan envueltas en las sombras! ¡Cubre igualmente tus horrores.. .. esceso de impudencia, que no sabe ya avergonzarse! En otro tiempo al menos la pasion guardaba alguna medida; ocultando sus voluptuosidades infames en las tinieblas de la noche; pero entre nosotros el pudor está violado con ostentacion. ¡La noche misma hace avergonzarse al mundo del espectáculo de nuestras intemperancias, y nuestros desórdenes se manifiestan á la luz de las antorchas que hacen traicion á nuestra vergüenza y á nuestras orgías!

Vuestros dioses crueles (ó Gentiles), vuestros dioses enemigos de los hombres, no contentos de corromperlos con sus obscenos deleites, se complacen en ver correr su sangre. Yo no hablo solo de los combates feroces á que presiden en el circo y en la palestra, ni de esas victorias matadoras para que se les invoca en los combates, sino de los sacrificios humanos ofrecidos en su honor. ¿Era necesario á esos dioses por hecatombes devorar [1] ciudades y pueblos enteros como si fuesen calamidades esterminadoras?..... ¿Es este el amor que tienen los demonios á los hombres? ¿Son tales sus beneficios? ¿Es posible ser humano y puro con semejante culto, cuando se tiene á los demonios por apoyo y por Señores, y

[1] Sacrificio de los cien bueyes.

cuando se espera de su poder, los bienes que se desean, ó los socorros que se quieren obtener? ¿Es así como vosotros dais el nombre de sacrificios á matanzas crueles? ¿Puede acaso el nombre cambiar la realidad de las cosas? El sacrificar á Diana, ó á Júpiter, ¿no será siempre hacer un sacrificio á la cólera, á la venganza, á la avaricia, ó al demonio? Que se me asesine con pompa y sobre un altar, ó que se me hiera aisladamente en medio del camino público, ¿qué me importa, si al fin muero siempre inmolado? Aunque llameis el primero de estos crímenes, acto religioso, ú holocausto, ¿deja de ser por eso una muerte indigna, y un asesinato criminal? ¡Y vosotros huireis en seguida al aspecto de una bestia feroz, para ir á postraros al pie de algun altar manchado con sangre humana, humillando vuestras frentes suplicantes en presencia de los demonios que allí se adoran bajo el nombre de esas sangrientas divinidades! Los que vosotros poneis ahora en el rango de los dioses, eran en otro tiempo hombres, muertos con bastante anticipacion, que la mentira y la opinion han consagrado en su memoria engañosa; y esto es lo que sucede comunmente, en razon de que lo que se tiene á la vista, se destruye por el prestigio de la costumbre y no se piensa mas en ello. Pero con respecto á lo que no existe, la misma incertidumbre de su antigüedad aumenta el mérito, y lo exagera demasiado frecuentemente porque se olvida.

¡Homero! ¡toma la lira, y canta tus himnos; yo te escucho ¡poeta inspirado! Y él canta:

De Marte y de Venus los robos encantadores.

Cállate; ¡es el adulterio el que cantas y no á los inmortales! ¿He merecido yo que ensucies mi alma con la relacion de esas prostituciones? Yo llevo en mí la casta imagen del Criador. *Nosotros*, los cristianos, *nosotros, hemos recibido el nombre de Dios; habemos sido consagrados por Jesucristo, componemos el orden de los pontífices, y somos un pueblo santo* [1]. Pero vosotros, teneis por modelos y salvaguardia de vuestras impurezas, á esas divinidades, y vuestra teologia es licenciosa y disoluta por religion, como resultado de las lecciones infames que tomais descaradamente en la escuela de vuestros dioses licenciosos. Sí, ved aquí vuestros dioses, ó Griegos insensatos: ¡ellos son simulacros vanos, demonios, ó fantasmas, cuyos tipos se han podrido en los sepulcros! ¡Y la esencia incorruptible, la santidad infinita, el solo, el verdadero Dios, le desconoceis vosotros aun, en tanto que el universo entero es su obra, y que su palabra ha producido la naturaleza, diciendo una sola y fecundizando la nada!

Los filósofos no se libran de un error sino para caer en otro. No necesito para mí un Dios que haya creado las inteligencias espirituales así como las cosas sensibles, porque el obrero es el que yo quiero y no las obras, y el sol no podrá enseñarme el verdadero Dios, Verbo de vida y sol del alma, porque á él solo le es dado iluminar mi espíritu y arrojar las tinieblas de mi entendimiento. Los antiguos habian distinguido en cierta manera algunos rayos de su ser al través de las nubes espesas que ofuscaban sus miradas.

[1] 1. Pet. II. 9.

Platon, entre otros, confiesa que reconoce un Dios único, increado, eterno, residiendo en lo mas alto de los cielos, presente en todas partes, para quien todo está descubierto; y Euripides añade, un Dios que no es accesible á los ojos de ninguno de los mortales. ¿Donde, Platon, habeis aprendido este dogma fundamental? ¿Es acaso entre los Griegos? Vos mismo habeis confesado que los bárbaros los sobrepujan en la ciencia de la religion. ¿Adonde pues? En vano lo habeis callado, porque nosotros conocemos vuestros maestros: vos debeis la geometría al Egipto; la astronomía á la Caldea; vos aprendisteis la magía en la Tracia; y algunos otros conocimientos os fueron dados por los Asirios; pero vuestras ideas sobre la divinidad, y vuestra ciencia de las leyes en lo que tienen de verdadero y sabio, lo debeis á este pueblo hebreo que los hombres no han instruido. Y á pesar de esto, ¡de cuantos errores no estan mezcladas estas verdades en los escritos de los filósofos! Hablar, y obrar sin los socorros del Verbo, es como querer caminar cuando se está enfermo y baldado.

Hombre, buscad al que os ha hecho niño, y reconoced á vuestro padre.

¡O qué bello himno en honor de Dios es la inmortalidad del alma cristiana fundada en justicia, y llevando impresos los caracteres augustos de la verdad!

Nosotros no obligamos al toro á cazar ni al perro á labrar la tierra; porque solo disponemos de estos animales en razon del instinto que la naturaleza les ha dado. Así, el hombre hecho para el cielo, y que pone su propia naturaleza en re-

lacion con la divinidad, es enseñado por nosotros á conocerla, á servirla; y aunque el Ateniense siga las leyes de Solon, el habitante de Argos las de Faroneo, y el Espartano las de Licurgo; si ellos son cristianos, tienen el cielo por patria y á Dios por legislador.

La ciencia de que el *gnostico* hace profesion, eleva algunas veces al cristiano perfecto por encima de las incertidumbres vulgares, porque es un conocimiento firme y estable de las cosas mismas que solo se ofrecen confusamente á los ojos de los mortales. Discípulo el *gnostico* del Verbo, é instruido en la escuela del maestro á quien nada está oculto, penetra, bajo su direccion, lo pasado, lo presente, y lo futuro, y disponiendo á su arbitrio de todas las pasiones que podrian turbar su alma, no admite ni aun las que la estimacion de los hombres ennoblece, ni el atrevimiento, porque ¿donde están los enemigos que él podria desafiar con él? El gnostico no conoce ni alegria, ni dolor, porque no hay objeto que pueda afectar esta alma siempre aspirando á los bienes del cielo; ni la emulacion engañosa, porque nada le falta, en la persuasion en que vive de que el orden eterno lo ha dispuesto todo, ni la cólera, porque está en sus inclinaciones el ser siempre igual á sí mismo; ni los afectos temporales, porque Dios solo es su amor, y unido íntimamente á su muy amado y aproximado á él por el ejercicio continuo de las virtudes, vive feliz en la posesion de un bien tan grande. Él no solicita del cielo, sino las riquezas verdaderas, es decir las del alma, y cuando tal vez parece mudo, no deja de clamar al Señor. Como nada le es importuno en la

vida, no busca socorros estraños ni consuelos humanos; Dios le basta porque ve á Dios por todas partes, ve su providencia y ve su voluntad. El gozo de la contemplacion, de que se alimenta á cada instante sin saciarse jamás, le hace indiferente á los frívolos goces de la tierra, y aunque es habitante del siglo, comunica ya con el cielo. Las ciencias humanas le sirven de pasatiempo para descansar de los cuidados mas graves; y puede servirse de ellas, sea para comprender mejor la verdad, sea para responder á los que la combaten. Casto en sus acciones, en sus pensamientos y en sus palabras, no escederá lo necesario en el uso de los bienes temporales, y la sola pena que esperimenta, es el pensamiento de que fué pecador. En estos momentos se aflige y espia por la penitencia las faltas de lo pasado, pero no obrando jamás sino con el objeto de agradar á Dios, está sin cesar ocupado en alabarle, en bendecirle y en cantar sus grandezas. ¡Cuanta razon tenia el sabio en decir : *Quien reposa en el Señor, comprenderá la verdad y permanecerá constantemente en su amor* [1].

Su caridad se manifiesta por los servicios que hace á los hombres; son de dos maneras : la una procurándolos hacer mejores, y la otra aliviándolos en sus necesidades; de modo que él hace bien á todos en la proporcion y la estension de sus medios. ¿Si él es constituido en dignidad, gobierna los que le están sometidos, de la manera mas conveniente á su salvacion, dando honor á los buenos y castigo á los malos. En las condiciones

[1] Sap. III, 9.

privadas, da gloria á Dios navegando ó trabajando. No jura, porque sus palabras son mas dignas de fe que los juramentos de otros; toda su ambicion sobre la tierra es la de parecerse á Jesucristo, y los grados por los que se esfuerza á llegar á esta semejanza, son la dulzura, la beneficencia, la humildad, la modestia, y la piedad hácia Dios. Así, la vida del cristiano perfecto es una fiesta continua, y aunque en un cuerpo mortal, está ya en el cielo, donde le espera despues de su muerte, la recompensa de sus virtudes.

La lluvia que cae es igual en todas partes, pero la tierra que la recibe es diferente. Así, el Verbo divino que, desde el origen del mundo, no ha cesado de hacer oir su voz, ha hablado á todos los hombres el mismo lenguage, y él era el que se anunciaba por la boca de los antiguos filósofos, cuando ellos no corrompian su palabra con sus propios pensamientos; y esta era entonces una verdadera y santa filosofía. ¡Felices si ellos hubiesen conformado su vida con sus máximas! Dios habia dado la filosofía á los Griegos, como la ley á los Hebreos, para que ella les sirviese de introduccion al Evangelio. Ved aquí por que él habia querido que sus santas escrituras les fuesen comunicadas por medio de la traduccion que habia sido hecha en su lengua, á fin de quitarles todo pretesto de haber ignorado la verdad; pero por no haber querido conocerla, sus descubrimientos sobre todo lo demas no les han servido de nada, y las buenas obras que hayan podido hacer, ó las máximas que hayan esparcido de nada les han aprovechado por no haber tenido la fe,

Una cosa es hablar sobre la verdad, y otra el que la verdad se esplique por sí misma; pues hay entre la una y la otra la misma diferencia que entre la sombra y la realidad.... La doctrina que lleva á la religion es un don particular y la fe una gracia especial. ¿Es necesario por esto desdeñar la filosofía? No; necesaria á los Griegos antes de la venida de Jesucristo, es util tambien ahora para establecer los principios de la fe y para aclarar sus demostraciones.

Procurar profundizar la naturaleza de Dios, cuando se obra no por el movimiento de una curiosidad contenciosa sino para aproximarse á ella, es un ejercicio saludable. El que por su amor se ha prestado á padecer por nosotros, no nos ha dejado ignorar nada de lo que nos es necesario, y la fe viene á ser en consecuencia, una demostracion real, fundada sobre la certeza, la palabra de Dios.

Hay hereges en nuestros dias que como los antiguos filósofos reconocen la existencia de un Dios y su providencia, pero que no van mas lejos; ellos no conocen ni el hijo de Dios ni la economía de la redencion divina; son estraños á la verdadera religion. Del mismo modo los hereges creen en Dios y en Jesucristo, pero vagamente, y sin seguir la verdad, porque ellos hablan á su modo, y no le admiten tal cual los profetas nos han enseñado á conocerla. No basta el reconocer á Jesucristo, así como no basta reconocer un sol, si uno no se calienta á sus rayos.

Estos filósofos que se alaban de poseer la verdad, ¿de quién la habrán recibido? Ellos no la tienen de Dios; luego la han aprendido de los

hombres. Pero los hombres ¿pueden por sus luces solas llegar al conocimiento de la verdad? ¡Debil mortal, que no es capaz de decir nada verdadero sobre lo que pertenece! ¿pretenderá quiza esplicar la naturaleza de Dios?

Las pasiones son para el alma, lo que los vapores exhalados de las lagunas son para la atmósfera cuando la cargan de tempestades. Ellas ofuscan la inteligencia y asaltan el corazon con las imágenes de la concupiscencia, arrojando en el alma un aturdimiento que la precipita hácia su ruina; Dios mismo es el que ha querido que la ley nos cercase de amenazas y de terror, para escitar nuestra vigilancia, proteger la prudencia y prevenir los estravíos, fijándonos en el sendero del bien, porque no se goza verdaderamente de calma sino por la lucha continua contra las pasiones.

San Pablo no prohibia el ser rico, sino solamente el serlo por los caminos injustos, ó creer no serlo nunca bastante.

Lo que se llama continencia, no es solamente el privarse de los placeres prohibidos, sino tambien de las delicadezas de la vida; mostrando siempre un generoso desprecio por las que se gozan, y dejando no tan solo de buscar con esmero la posesion de las riquezas, sino absteniéndose hasta de la admiracion que ellas pueden inspirar.

Resulta evidentemente de la antigüedad de nuestra Iglesia, que todas las que no tienen este caracter, y son de un origen reciente, no son sino sectas de nueva institucion, que llevan en sí mismas el indicio de su falsedad. Yo no miro

como verdadera Iglesia sino aquella que me prueba su antigüedad; porque así como no hay mas que un solo Dios y un solo Señor, de la misma manera la Iglesia, por la unidad, que es lo que hay mas escelente, nos debe ser recomendable, porque la unidad es la imagen del primer principio de todas las cosas; y por esta razon nosotros atribuimos la unidad á esa verdadera Iglesia que los hereges se esfuerzan en dividir en muchas partes.

Mas facil es decir lo que Dios no es, que lo que es, y si nosotros le damos un nombre, ó le llamamos impropiamente Padre, Dios, Criador, Señor, Espíritu, ó Ser por escelencia, no por ello son estos los nombres que le caracterizan; pues solo por indigencia tomamos prestadas estas espresiones para fijar nuestro pensamiento, é impedir que se estravie sobre otros objetos. Las cosas se conocen ordinariamente por lo que son por sí mismas, ó por las relaciones que tienen las unas con las otras; pero nada de esto conviene á Dios, porque no tenemos para conocerle, siéndonos desconocido, sino su gracia y su Verbo.

Siguiendo las máximas cristianas, se puede ser filósofo, sin ser sabio; pero la verdadera filosofía es la virtud que conviene á todos, porque todos tienen tendencia á la felicidad, y es siempre tiempo de aplicarse á ella.

Nuestra vida entera es un dia de fiesta, porque nosotros vemos á Dios por todas partes. En los campos cantamos sus alabanzas cultivándolos; en la mar navegando, y por todas partes cuando vivimos bien.

Su sabiduría es para la curacion de las pasio-

nes del alma, lo que la medicina para las enfermedades del cuerpo. Nosotros tenemos por médico al oráculo mismo, al principio de la sabiduría, que dijo al paralítico; *Levántate, yo te lo mando; llévate tu lecho, y camina*; y á Lázaro, *Sal del sepulcro*; y el paralítico fué curado, y Lázaro vuelto á la vida.

El bautismo es una creacion nueva, en que la misma potestad que hizo salir el mundo de la nada, nos arranca de la muerte y nos hace nacer en la vida.

Comed mi carne y bebed mi sangre, nos dice Jesucristo, y con esto nos da el alimento mas sustancial, y la bebida mas saludable, porque nos suministra su propia carne y nos presenta su propia sangre, á fin de que sus hijos tengan todo lo necesario para crecer y fortificarse. ¡O misterio admirable! él quiere que el hombre se despoje de su naturaleza carnal y corrompida, y que abandone sus elementos de primera edad para recibir un nuevo alimento que le incorpore á nosotros, y que una á nuestra propia sustancia el Salvador de las almas, cuya presencia en nuestra carne nos purifica y santifica enteramente.

Dios es bueno por naturaleza; es justo con relacion á nosotros, y es justo porque es bueno. Antes de ser Criador, era Dios, y era bueno; y por satisfacer su bondad ha querido ser Criador y Padre.

Los corazones indóciles exigen remedios violentos; el fiel, que se presta á las lecciones de la sabiduría quiere estímulos y alabanzas, y el elogio que se hace á la virtud, es un dulce rocío que ayuda á la vegetacion del árbol.

Un poeta ha dicho que el vino bebido con esceso se convierte en fuego devorador, y es una tempestad que subleva el corazon, como las olas agitadas del mar de Libia; espresion verdadera, porque la agitacion que da la embriaguez parece á la del mar irritado, y el cuerpo que nada en vino es un navío combatido por las olas que se sumerge en un abismo de corrupcion; la razon, que debia hacer el oficio de piloto, es arrastrada, y no sabe en manera alguna donde está; las tinieblas que la envuelven le ocultan la vista del puerto, y corre á precipitarse en los escollos ocultos, quiere decir en las mas culpables voluptuosidades.

Cuando vosotros teneis necesidad de un arado para labrar la tierra, ¿pedis acaso que sea de oro? Yo creo que en pudiendo servir para el uso á que le destinais es todo lo que os hace falta. ¿Qué os impide pues hacer otro tanto con todas las cosas que os sirven para vuestro uso personal? ¿Porque os laveis los pies en una vasija de barro dejan de estar menos limpios? ¿Es menester ir hasta las Indias á buscar con grandes gastos el acero con que cortais la carne? Luego esta mesa con pies de marfil no podrá sostener ya alimentos vulgares. Decidme, esta lámpara que viene de casa del platero, ¿os da mas luz que la que fabricó el alfarero? ¿Dormís menos bien en este lecho simple y modesto que en aquella cama magníficamente enriquecida con la púrpura y el oro?

¡Qué ridiculez es hacer vanidad de lo que todo el mundo puede tener por su dinero!

Yo soy de la opinion de los Lacedemonios, que solo permitian á las mugeres públicas el uso de

las telas preciosas y del oro por adorno, porque el de la muger honesta es su virtud.

Un antiguo, queriendo representar la virtud y el vicio, pintó la primera bajo la figura de una muger vestida de blanco, y bella por su sola modestia, y al otro le vistió de ropas talares, matizadas de diversos colores, y con una accion que respiraba la lujuria, y hacia ver una cortesana...

¡Cuantas mugeres se ocupan solo del cuidado de adornar su cuerpo! ¡que su alma se descuide, poco les importa! Todas, ocupadas del esterior, no piensan en la verdadera belleza que es la del interior, y me ofrecen la imagen de los templos de Egipto, cuyos pórticos, sostenidos por ricas columnas, deslumbraban con el oro y las piedras preciosas; pero si se penetraba en lo interior, la divinidad que se creia ver allí, era uno de esos animales hechos mas bien para el fango de sus lagunas que para un templo. Quitad el ídolo del templo, despojadle de sus estraños adornos; y todo lo demas inspirará el disgusto y el desprecio.

La belleza es un presente funesto, y una fuente demasiado fecunda de desórdenes y de adulterios. La Grecia y el Asia se han visto trastornadas y ardiendo en discordias por una muger estrangera. Allí no habia entonces mas maestro que enseñase á domar las pasiones, que las máximas: *vosotros no cometereis adulterio ni tendreis malos deseos*, y esto solo era lo que condenaba estos refinamientos del arte de agradar. Los ángeles rebeldes; enamorados de su propia belleza, desdeñaron la belleza eterna, y fueron precipitados del cielo; aprendamos de su castigo á ser mas prudentes.

Nosotros vemos que el lujo alcanza y confunde todas las condiciones, y que se atreve á todo, porque las invenciones que sin cesar se suceden con aparente ventaja, hacen invertir el orden de la naturaleza y fomentar todas las disoluciones. El desorden se muestra en público, reina en las casas, y no hay un miembro del cuerpo que no sea un instrumento de lujuria. Ved aquí los trofeos de nuestra intemperancia. ¡Qué escándalo! las leyes son mudas ó cómplices; y todos se creen sin delito, porque ellas no castigan tales crímenes.

Parece contra la naturaleza y contra toda regla que uno solo viva en la abundancia, y que otros muchos mueran de hambre. ¡Ah! ¿no habria mucha mas gloria en repartir con los pobres las riquezas que en habitar un magnífico aposento? ¿No habria mas prudencia en dar á los hombres que á las piedras? Una ventaja mas real hay sin duda en hacerse amigos con sus beneficios, que en embellecer con sus profusiones objetos inanimados; y el agua de una fuente se hace mas abundante cuanto mas se saca de ella. Del mismo modo la limosna aprovecha tanto mas, cuanto con mas abandono se dispensa.

Mucha razon se tiene de llamar los teatros *cátedras de pestilencia*, y de imprimir el sello de maldicion sobre todo lo que se produce allí, porque no hay en todo lo que se reune, sino desorden é iniquidad, y el atractivo que tiene es la impureza.

Se va á ellos, se dice, para entretenerse. Yo respondo que no hay prudencia en tratar seriamente puros entretenimientos; porque es una mala política poner en cuenta de los entretenimientos, lo que escita una vana gloria, lo que trae

la efusion de sangre, y lo que hace hallar placer en ver asesinatos. La diversion y el placer no debian jamas comprarse á semejante precio.

Algunos me dirán que todo el mundo no está hecho para llevar una vida pura y sin mancha, ni para ser filósofo. En este caso ¿por qué habeis abrazado la fe? ¿Por qué decís que amais á Dios, y que amais al prójimo? No es esto ser filósofo?

Los cristianos de nuestros dias son como el camaleon, pues á cada momento se les ve cambiar de tono y de color, segun la posicion en que se encuentran. Cuando salen de un lugar santo, pierden su esterior de gravedad, para tomar el aire y el lenguage del mundo: de modo que una máscara prestada disfrazaba solo su rostro é impedia que se les conociese. De la misma manera oyen los discursos de la impiedad como los propósitos de la galantería; y del mismo modo se les ve en los conciertos, como en las asambleas profanas, ó en las citas del libertinage, y solo hombres que creen la inmortalidad pueden escuchar con sangre fria á los libertinos que no tienen otro refran que estas palabras: *bebamos y comamos bien porque mañana moriremos.* ¡Mañana dicen ellos! ¡No! desde hoy mismo su alma no vive ya, porque ha muerto á los ojos de Dios.

Los que prodigan sus inciensos á los ricos con las alabanzas continuas que les dirijen, no se hacen solo culpables del crimen de una cobarde y servil adulacion, sino que tambien se les puede acusar de impiedad, porque roban á Dios, principio único de todo bien, el homenage que á él solo le pertenece, para consagrarlo á hombres pecadores y perecederos, sujetos á tantas inconstan-

cias y vicisitudes, y sometidos á todo el rigor de los juicios futuros. ¡O qué error y qué perfidia es hacer servir de instrumentos de seduccion esas riquezas, que demasiados medios tienen por sí mismas, de afeminar y de corromper el entendimiento y el corazon de los que las gozan! ¡O cuan criminal es engañarlos con alabanzas seductoras; separándolos del camino de salud, y llenándolos de orgullo en tales términos que contando por nada todo lo que no les lisongea, encuentran solo la felicidad en esas riquezas que les atraen tantos honores y aplausos. Los que obran de este modo atizan una llama peligrosa, prestan nuevos alimentos al fausto y á la voluptuosidad, y hacen estos mismos males incurables por el veneno de la adulacion.

Dios llama á la salvacion á los ricos como á los pobres, el rico no es culpable de que Dios, dueño y árbitro de todas las cosas, le haya hecho nacer en el seno de la opulencia y de las grandezas; si esto fuese así, Dios mismo seria responsable; pues no habia necesidad de llenar la tierra de riquezas si ellas son tan peligrosas y engendran la muerte. Que el rico tenga bastante fuerza para mandar á sus riquezas, y entonces será pobre en la abundancia, gozará de una perfecta libertad, y podrá llegar á la vida.

ORIGENES.

RESUMEN DEL LIBRO CONTRA CELSO.

Nemo mortalium conscripsit plura
(VINC. LIBIN, Comm. p. 338.)

Jesus guardaba silencio. Acusado delante de Pilatos por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos, no les respondió una palabra, *lo que puso al gobernador en una grande admiracion.* ¿No era pues en efecto una cosa admírable, aun para los ojos menos ejercitados, que un hombre, á quien era tan facil justificarse por la simple esposicion de obras tan sobresalientes y tan superiores á las fuerzas humanas, y adquirir por esto el voto favorable de su juez, no se dignase hacer nada, ni mostrase contra sus acusadores mas que un generoso desprecio? Aun hoy dia que la perversidad de los hombres no cesa de cargar de calumnias y de ultrajes á Jesucristo, no por eso persiste menos en callarse. Pero si su boca está muda, él se defiende con esplendor por medio de la

vida de sus verdaderos discípulos, y refuta poderosamente todos los testimonios impostores.

Yo concibo que nosotros podemos glorificarnos de no dejarnos abatir por las tribulaciones, y por las otras pruebas que nos afligen, en tanto que un san Pablo, los demas apóstoles, y con ellos todos los cristianos que se aproximan á su sublime perfeccion, se hacen gloria de *permanecer victoriosos*... Pero ¿qué idea me podré formar del cristiano cuya fe tenga que correr los riesgos de ser quebrantada por palabras, cualesquiera que sean su prestigio y su atractivo, y que estas mismas palabras sean de parte de un Celso, de un hombre que no tiene nada de comun con nosotros, pues que está muerto hace largo tiempo? Yo confieso que no sabria en que clase poner el que por preservar su fe del naufragio, tenga necesidad de que se le hagan largos discursos, y escritos en respuesta á las mentiras que esparce el mismo Celso contra los cristianos.

Aun cuando haya en la filosofía de los Griegos especiosas apariencias, capaces de seducir á los sencillos por un aire de verdad en que la mentira se oculta, san Pablo nos lo previene cuando nos dice: *Tened cuidado de no dejaros sorprender por la filosofía y su lenguage artificioso, segun las tradiciones de los hombres, y los principios de la ciencia del siglo, y no segun Jesucristo*[1]. Lo que él llama *ciencia del siglo*, es una cierta pompa de sabiduría por la cual se puede ser deslumbrado fácilmente.

La religion cristiana prueba la verdad de sus

[1] Coloss. II. 8.

principios por un género de demostracion que la pertenece, es decir por los efectos sensibles del espíritu y del poder de Dios: está es su proposicion fundamental. Ella muestra los efectos del espíritu por las profecías que dan testimonio de Jesucristo, y los efectos del poder sensible por los milagros que confirman su doctrina: *Christum Dei virtutem.*

Un estrangero desterrado entre los Escitas, sin tener los medios de alejarse de ellos, y obligado á vivir en medio de una nacion sujeta á leyes que ultrajan la naturaleza, ¿pasaria por criminal y por rebelde á las leyes del pais, si rehusase imitarlos y se reuniese, en teniendo ocasion, á los hombres que pensasen como él? No, sin duda. Y ¿cómo nosotros con leyes tan contrarías á la verdad, con leyes que consagran un culto idólatra y supersticiones sacrílegas, y que son mas bárbaras por esto mismo que las de ningun Escita, creemos dañoso, para el progreso de la verdad, asambleas que contradigan la legislacion?

Si no hubiese en el corazon de todos los hombres, principios comunes sobre la regla de las costumbres, los que admiten la justicia de Dios no tendrian razon en aplaudir la severidad de sus juicios con relacion á los que violan su ley; pero como Dios ha querido instruirnos mas exactamente por Jesucristo y los profetas, ha impreso en todos los hombres principios generales de conducta, *esa ley natural grabada en el fondo de todos los corazones*, segun dice San Pablo[1], no per-

[1] Rom. II. 15.

mite que ni uno solo pueda tener escusa en favor de sus prevaricaciones en el dia del juicio.

Habiendo dado Dios á Moises sus preceptos escritos sobre dos tablas de piedra, fueron quebradas por consecuencia de la contravencion de los Judíos, despues de la adoracion del becerro de oro: lo que quiere decir que el vicio borró los caracteres de la ley: pero Dios la escribió segunda vez sobre otras tablas, para significar que lo que habia sido borrado del corazon de los hombres por su primera corrupcion, se hallaba de nuevo estampado en él por la predicacion de los profetas.

Si fuese posible que todos los hombres renunciasen al cuidado de la vida para dedicarse únicamente al estudio de la filosofía, seria sin duda el mejor medio para llegar á la verdad cristiana; porque yo puedo afirmar bien que la religion no ofrece un campo menos estendido que la sabiduría humana para la discusion de sus dogmas, para la comparacion de sus profecías con los acontecimientos que las concluyen, ni para la interpretacion de sus figuras; pero las necesidades de la vida y el debil alcance de las inteligencias comunes, no permiten este estudio sino á un corto número de entendimientos, y no puede haber medio mas breve y seguro que el que Jesucristo ha puesto al alcance de todos los hombres. Nosotros tenemos la prueba en esa multitud de cristianos, que antes de serlo, vivian hundidos profundamente en la corrupcion mas vergonzosa: preguntadles que es lo que ofrecia mas ventajas, ó el corregirse creyendo, sin mas examen, en las penas y en las recompen-

sas futuras, ó el abandonar este medio tan simple, á fin de esperar, antes de cambiar de vida, á que ellos hubiesen estudiado á fondo todas estas verdades. Es incontestable que con este método de examen profundizado, casi nadie podria llegar al término á que los ha conducido su fe sencilla y desnuda. Así, entre los diversos testimonios que se pueden producir en favor de la religion cristiana, el que resulta de un medio tan ventajoso á los hombres, no es el menos imponente... Esta fe ciega que nuestros adversarios desacreditan, aunque la esperiencia demuestre sus ventajas para la mayor parte de los hombres, nosotros la pedimos sobre todo á los que no están en estado de aplicarse á buscar la verdad. ¿Somos nosotros por ventura los solos que tomamos este camino? Nuestros adversarios tan prontos para reprendernos, muestran por sí mismos la huella á los discípulos de la filosofía, y cuando entre tantas sectas diversas, la casualidad ó la reputacion de un maestro atrae algun adicto á una escuela, mas bien que á otra, ¿no es pues el motivo que le haya determinado una pura opinion desprovista de examen? ¿se decide acaso despues de haber tenido el trabajo de escuchar con calma todas las razones divergentes, las pruebas y las objeciones mutuas, las refutaciones y las respuestas? ¿Es por consecuencia de estos motivos balanceados, por lo que se hace discípulo de Zenon ó de Epicureo, ú de cualquier otra secta que le agrade? No, por mas que lo hayan querido negar, un movimiento ciego y de ninguna manera razonado es lo que le hace elegir el Pórtico mas bien que el Piréo ó la Academia;

pero si este mismo impulso ha hecho los discípulos de las escuelas diversas que han tenido los Griegos y los bárbaros, ¿cuanto mas justo será tener la misma deferencia por Dios, árbitro soberano del universo, á quien pertenece la gloria, y ante quien nadie tiene derecho ni al culto de los hombres, ni al de los altares?

Sin embargo, los que, no contentos con creer, quieren tambien hacer uso de su razon, podrán establecer sólidamente su creencia por las pruebas convincentes que se presentan por sí mismas á su entendimiento, ó que les suministran un estudio sincero. Pero como en el fondo todos los negocios humanos están subordinados á la necesidad de creer, ¿á quien es mas razonable creer que á Dios?

Yo pregunto á Celso: ¿por que siendo tan crédulo sobre lo que los pueblos Griegos y bárbaros nos cuentan de su antigüedad, desecha como otras tantas fábulas las solas referencias del pueblo Judío. Si todos los demas escritores son verdaderos, ¿por qué los solos historiadores de la Judea serian sospechosos? Si Moises y los profetas no han escrito sino para adular á su nacion, los otros historiadores podian tambien haber hecho lo mismo. ¿Merecen acaso los Egipcios que se les crea cuando dicen mal de los Judíos, y los Judíos no, cuando aseguran que los Egipcios, persiguiéndolos injustamente, han atraido sobre sí mismos las venganzas del cielo?

Es menester reflexionar que los escritores

preconizados por Celso, teniendo su filosofía confusa, la han ocultado bajo el velo de los emblemas y de las alegorías que la hacen poco accesible al comun de los lectores; en lugar de que Moises, como orador consumado, y siempre siguiendo su asunto, no dice nada en su *Pentateuco* que no interese igualmente á la multitud como á los sabios. Aquella halla allí lecciones de la mas sana moral, y estos que pueden penetrar mas á fondo, descubren el principio de las mas altas contemplaciones... Ved aquí por que, los libros de Moises han hecho sobre todos los entendimientos una impresion tal, que lectores, aun estraños á la religion de los Judíos, han sabido reconocer en ellos la obra de Dios criador del universo, de que Moises, así como lo anuncia, no fue mas que el órgano fiel.

Escritor por escritor, ¿somos nosotros menos fáciles á creer que Moises, cuya alma pura y santa se ha elevado por encima de las cosas increadas para poner al Criador á la cabeza de todo, haya escrito bajo la inspiracion de un espíritu mucho mas superior que Platon y todos los demas sabios? Entre los Egipcios, dicen, es donde habia aprendido la doctrina que habia enseñado á los Judíos; pero si lo que Moises sacó de entre las naciones estrangeras es malo, ¿por qué alabais su sabiduría? y si es bueno, ¿por qué la vituperais? ¡Pluguiese á Dios que Epicureo, Aristóteles y los Estóicos hubiesen sacado sus doctrinas de las mismas fuentes que él! No se veria en este caso el mundo hecho presa de sistemas que niegan la Providencia ó la imponen límites, degradando así la divinidad hasta hacer de ella una

materia corruptible y sujeta á todos los cambios.

Yo me he guardado bien de exagerar nada en favor de mi religion; pero no temo asegurar que nadie puede volver la salud á los cuerpos sin la asistencia de la Divinidad, y si alguno consigue curar las almas de los vicios que las infestan, de su intemperancia, de su injusticia y de su desprecio por la Divinidad, ó alcanza que cien personas, por ejemplo, practiquen la religion, no puede obrar un tal prodigio sin el socorro de Dios. Apliquemos este principio á la revolucion que Jesucristo ha obrado en el mundo y que se comparén las costumbres de los cristianos de ahora con las en que vivian antes. Antes de haberse dejado seducir, como dice Celso y sus adherentes, por esta religion que ellos acusan de ser la peste del género humano, se entregaban los cristianos á todos los escesos de la corrupcion y del libertinage; pero, despues que ellos la han abrazado, ¡qué diferencia! ¡qué imperio sobre sus pasiones! Algunos llevaban la perfeccion en la virtud á tal estremo que se abstenian aun de los placeres legítimos, y cumplian exactamente el plan de religion tal como Jesus le ha concebido, que es superior á las fuerzas humanas. Un hombre no podria producir nada semejante; porque desde el principio, todos los obstáculos imaginables se oponian al progreso de su doctrina; reyes, emperadores, generales de ejército, magistrados, pueblo, soldados, en una palabra todo lo que tenia alguna autoridad ó algun poder en el mundo, le ha declarado la guerra; pero mas fuerte que sus enemigos ella ha triunfado, y ha

sometido toda la Grecia y una parte de los bárbaros, y ha empeñado multitud innumerable de gentes á adorar á Dios.

Yo sé bien que en el orden comun de las cosas, la nobleza y la ilustracion de la patria, las ventajas de la educacion, las riquezas y las dignidades que los antepasados han poseido, contribuyen á dar brillo á los hombres. Pero cuando, sin estar sostenido por ninguno de estos medios, se llega por todo lo que hay de mas opuesto, á elevarse por sí mismo, á llenar la tierra de su nombre, á adquirirse todos los corazones y á remover el universo, los hombres deben conjeturar desde el primer golpe de vista que un cambio tal supone un gran caracter. ¿Cómo pues un hombre nacido en la pobreza, privado de los recursos de la educacion, sin ninguna tintura aparente de artes ni de ciencias, ha podido emprender el establecimiento de una religion nueva, trastornando las costumbres religiosas de la Grecia, y aboliendo las creencias de su pais, sin derogar no obstante la autoridad de sus profetas? Y pues por confesion de sus mismos detractores, nada ha debido á los hombres, ¿de donde ha sacado los conocimientos sublimes que ha comunicado al mundo sobre la esencia de Dios, el juicio futuro, los castigos eternos, y las recompensas inmutables? ¿Cómo ha persuadido á los sabios y á los ignorantes, á los espíritus nobles y á los vulgares el tomar por regla definitiva una doctrina cuya primera vista no ofrece nada que no sea desagradable? Un ciudadano de Serife decia á Temistocles, que debia su reputacion mas bien á su patria que á sus virtudes guerreras. « Es

verdad, respondió el heroe; si yo hubiese nacido en Serife, hubiera adquirido menos gloria; pero aunque vos hubieseis nacido en Atenas no hubierais jamás sido Temistocles.» Y Jesucristo á quien se echa en cara el haber nacido en una aldea sin nombre, el haber tenido una muger pobre por madre, el haber ejercido un oficio vil; este Cristo, empero el último de los de Serife en cierta manera, es el que ha conmovido al mundo y cambiado las naciones, y el que ha hecho lo que no pudo hacer Temistocles, ni Platon, ni todos los que se tuvieron por sabios entre los monarcas y los heroes.

Ni Temistocles, ni ningun otro personage famoso, hallaronjamas verdaderos obstáculos para la gloria; pero para Jesus, ademas de los que acabamos de decir, y que eran en efecto de naturaleza bastante á retener en la oscuridad el mas feliz ingenio, tuvo contra sí la ignominia de sus sufrimientos y de su muerte sobre la cruz, motivos muy capaces por sí solos de anonadar toda la fama que habia adquirido antes, esponiéndole á pasar como impostor, y á que se separasen de su religion los que hubieran podido dejarse seducir con sus prestigios, ¿de donde viene pues que el número de sus discípulos ha crecido de una manera infinita?

Que Celso ó cualquiera de sus cómplices nos respondan: ¿Por qué espíritu han hablado los profetas? ¿tenian ellos el conocimiento del porvenir? sí, ó no. Si lo tenian, ellos estaban inspirados por el espíritu divino; si no lo tenian, ¿cómo podian anunciar los acontecimientos futuros con tanta seguridad cuando el cumplimiento

de sus profecías forzó á los judíos á admirarlas?

Se sabe bien cuan difícil es, en general, empeñar á un hombre á abandonar su casa, su patria, su aldea, las sociedades que la costumbre le ha hecho apreciar: ved aquí porque un número tan grande de Judíos no han podido ser movidos ni por los profetas que han anunciado á Jesucristo, ni por sus milagros, ni por las circunstancias de su pasion, escritas en los libros sagrados. El hombre está de tal modo subyugado por sus preocupaciones, que las renuncia siempre con gran trabajo, por absurdos que sean los dogmas que hagan su objeto; pues á él le basta el tenerlas de sus conciudadanos y de sus padres. Y ¿cómo persuadireis á los Egipcios supersticiosos, á no mirar al vil animal á quien adoran como uno de los dueños del mundo? O ¿por qué medio les determinareis á comer de su carne, mas bien que sufrir la muerte que no se les libra sino á este precio?

El estóico Cheremon ha hecho un libro titulado el *Tratado de los Cometas*, en donde avanza que estos fenómenos no anuncian siempre acontecimientos desgraciados, pues algunas veces los indican favorables, y cita de ello varios ejemplos. Si está probado que el establecimiento de alguna monarquía nueva ú la ocasion de un hecho que debe tener una grande influencia es precedido de tales presagios, ¿es tan admirable que una estrella haya aparecido en el cielo para anunciar el nacimiento de un hombre que iba á obrar tal revolucion en el mundo, y á derramar

su doctrina no solamente entre los Judíos y los Griegos, sino tambien entre los Bárbaros? ¿podrán citarme un solo oráculo que haya jamás señalado la aparicion de una estrella para un tiempo determinado, ó al nacimiento especial de algun imperio? Luego lo que hay de particular en esta es que ha sido predicha por Balaan, en términos inequívocos; él habia dicho: *Una estrella se levantará de Jacob, y un hombre saldrá de Israel* [1].

Si los apóstoles eran publicanos y pecadores, solo una virtud divina ha podido hacer adoptar lo que ellos enseñan, y conquistarles el universo; porque no es seguramente ni la elocuencia, ni el razonamiento, ni ninguna de las invenciones de la dialéctica, tan estimadas entre los Griegos, las que han hecho el triunfo de su predicacion. Aunque Jesus hubiese tomado en su lugar, hombres famosos por su sabiduría y su talento, consumados en el arte de persuadir y de convencer, no hubiera podido evitar la sospecha de ser semejante á los otros filósofos, y desde luego su doctrina perderia su caracter divino. ¿Quien es el hombre, al contrario, que viendo unos publicanos y pecadores, sin ninguna tintura de letras, como Celso no deja de prevalecerse de ello, quien es, digo, el que viéndolos, no solamente disputar con seguridad en las sinagogas, sobre la religion de Jesus, sino tambien anunciarle con suceso á los otros pueblos, no buscaria el origen de este don maravilloso de persuadir? ¿Como no reconocer aquí el cumplimiento de esta palabra de Jesucristo:

[1] Num. XXIV, 17.

Venid tras de mí, y yo os haré pescadores de hombres [1]?

Yo no veo entre los Griegos sino á Fedon y Polemon, que hayan renunciado al libertinage para abrazar el estudio de la filosofía, en tanto que en la escuela del Salvador, nosotros contamos despues de sus apóstoles, una larga sucesion de discípulos que vueltos á la sabiduría pueden decir á su vez : *Nosotros mismos eramos tambien insensatos, desobedientes, estraviados del camino de la verdad, dominados por toda suerte de pasiones y de concupiscencias carnales, llenos de envidia y de maldad, no mereciendo sino odio, y odiándonos los unos á los otros; pero despues que la bondad de Dios Salvador y su amor por los hombres han aparecido en el mundo, nosotros hemos venido á ser lo que se ve ahora, habiendo sido lavados y renovados. por el espíritu que él ha derramado sobre nosotros con una rica efusion* [2].

Celso, conociendo que se le opondrian los milagros de Jesucristo, se conviene en no contestarlos, aunque dice que los exageran los apóstoles; pero es para compararlos á las operaciones de los mágicos. De buena fe, ¿qué comparacion hay entre los unos y las otras? ¿Entre los autores de prestigios, ha habido uno solo que lleve la mira de la reforma de las costumbres, ni que haya procurado inspirar el temor de Dios, y persuadir á los hombres á vivir como si un dia debiesen sufrir su juicio? ¿Querrian ellos hombres de esta especie? ¿podrian ellos imi-

[1] Mat. IV, 19. — [2] Tit. III, 3, 6.

tarlos, estando entregados á los vicios mas infames? ¿Osarian negar al contrario, que Jesucristo no haya dado en su persona el ejemplo constante de las mas altas virtudes? Y segun esto ¿no es evidente que sus milagros tuvieron por objeto la conversion de los hombres? ¿Era menos por sus milagros que por su vida y doctrina, por lo que los exhortaba á volverse á Dios? ¿Cómo pueden atreverse en seguida á ponerle en paralelo con esos miserables charlatanes, y no reconocer que siendo Dios como él lo declara, se ha hecho hombre por la salud de los hombres?

¡Qué! ¿diremos nosotros á nuestros enemigos, que el demonio tiene el poder de hacer cosas superiores á la naturaleza, y que la divinidad Todopoderosa no puede hacerlas, que todo lo que hay de malo se halla entre los hombres, y que lo que hay de bueno está prohibido á Dios? ¿No parece mas razonable creer, como principio general, que en todas partes donde se ve el mal bajo la apariencia del bien, es menester concluir que el bien que le es opuesto, existe igualmente? Si se niega el bien, necesariamente se debe negar el mal; pero si se admite el mal no se puede dispensar de admitir el bien. Pretender que hay prestigios engañosos, sin que haya tambien milagros producidos por una naturaleza divina, seria sostener que hay sofismas que se parecen á la verdad, y que sin embargo no hay ni verdad ni ciencia. Pero si nosotros no podemos hacer constar los prestigios y las operaciones mágicas, sin reconocer, por esto mismo, una naturaleza divina capaz de obrar verdade-

ros milagros, ¿por qué no examinariamos las costumbres y la doctrina de los que se tienen por taumaturgos, así como las consecuencias de sus prodigios para hacer por esto el discernimiento?

Guardémonos pues, antes de este examen severo, ó de desacreditar todos los prodigios como ilusiones ó de admitirlos todos como obras divinas. Examinemos á qué principio remontan, con qué designios han sido obrados, si han sido dañosos ó útiles á los hombres, y si les han conducido á la virtud y llevado al culto del verdadero Dios. Luego en aplicando esta regla á los milagros de Moises y de Jesus, ¿no resultará evidentemente que los prodigios que han servido de fundamento á dos grandes sociedades no pueden venir sino del cielo? ¿Es la magia con sus artificios y sus prestigios vanos, la que hubiera podido dar nacimiento á una religion que separa todo un pueblo no solamente del culto de los ídolos, y de toda supersticion, sino de todos los seres creados para elevarle hasta Dios, principio eterno de todo lo que tiene vida?

Que Jesus haya observado, si se quiere, todas las ceremonias de la ley y de los sacrificios ¿que perjudica esto á su cualidad de hijo de Dios? Él es hijo de este mismo Dios que ha dado la ley y los profetas, y nosotros que componemos su Iglesia, no violamos su ley; desechemos sí las fábulas de los Judíos, y trabajemos para perfeccionarnos en la inteligencia del sentido misterioso de la ley y de los profetas, á ejemplo de ellos mismos que pedian al Señor, *que se dignase abrir-*

les los ojos para contemplar las maravillas de su ley [1].

¿Será posible no admirarse al ver hombres que se alaban de creer á los profetas por quienes fue predicho el advenimiento de Jesucristo, rehusar el creer estos mismos oráculos despues de su cumplimiento? Pero estas contradicciones habian sido igualmente predichas; Isaías las habia espresamente anunciado: *Vosotros oireis con vuestros oidos y no comprendereis, oyendo; vereis con vuestros ojos y viendo no conocereis; porque el corazon de este pueblo se ha hecho duro y pesado* [2]. Que se nos diga que es lo que los profetas anunciaron á los Judíos como debiendo ser entendido por ellos, sin que lo comprendiesen, ni visto sin que lo conociesen, sino á Jesus que han visto y oido; pero han cerrado los ojos y los oidos al brillo de sus milagros y á sus temibles predicciones. En castigo de esta ceguedad voluntaria, vedlos aquí, despues del advenimiento de Jesucristo, enteramente abandonados de Dios, despojados de todo lo que tuvieron en otro tiempo de augusto y de divino, sin profetas y sin milagros. ¿Qué otro pueblo ha sido como ellos arrojado de su pais, de sus hogares, de la capital, y del sitio de la religion? Sus calamidades han sido en proporcion de sus crímenes, y ellos han colmado la medida por los indignos tratamientos que se atrevieron á hacer sufrir á Jesucristo.

Jesucristo mismo, como profeta, ha hecho diferentes predicciones por las que anuncia á sus

[1] Ps. CXVIII, 18. — [2] Is. VI, 9.

discípulos lo que debia sucederles, largo tiempo antes. Esta por ejemplo : *Vosotros sereis conducidos por causa mia delante de los reyes y de los tribunales para dar testimonio á ellos y á los Gentiles*[1]. ¿Qué esperiencia podia llevarle á hacer semejante profecía? Hasta él nadie habia sido perseguido por causa de religion, y no obstante, el oráculo se ha verificado; solo los cristianos, segun la prediccion del Salvador, han sido prevenidos, por los jueces, bajo pena de muerte, á renunciar al cristianismo; y solo á ellos se les ha obligado á sacrificar y abjurar para conservar su libertad y su vida.

Aproximad á este oráculo aquel por quien se anunciaba que el Evangelio *seria predicado en todo el universo*[2], para dar testimonio de su divinidad delante de los reyes y de los magistrados. ¿Vereis vosotros sin alguna admiracion este Evangelio predicado, en efecto, delante de todos los pueblos del mundo, Griegos y bárbaros, sabios é ignorantes, triunfando de todos los obstáculos y estableciéndose con imperio en todas las condiciones?

De otra parte, puesto que el Judío de Celso, rehusa á Jesus el poder de predecir, ¿que nos esplique pues, como en un tiempo en que Jerusalen subsistia, estaba floreciente y en el ejercicio de su culto, pudo Jesus predecir lo que debia esperimentar de parte de los Romanos? No se nos puede decir que los hombres que vivieron con Jesus, y que admitia á sus conversa-

[1] Mat. X, 18. — [2] Mat. XXIV, 11.

ciones diarias se hayan contentado con publicar de viva voz su Evangelio, sin haber ellos mismos consignado por escrito la relacion de sus acciones y de sus palabras, pues nosotros leemos en el Evangelio las siguientes : *Cuando vosotros vereis á Jerusalen acometida por un ejército, sabed que su desolacion está próxima.* En el momento en que los evangelistas escribian, ni una apariencia de ejército enemigo rodeaba á Jerusalen, ni una sombra de amenaza habia de que fuese sitiada, pues el sitio empezó bajo Neron, y duró hasta el tiempo de Vespasiano y de Tito su hijo que arruinó al fin esta ciudad culpable. En vano el historiador Josefo supone que fue en castigo de la muerte de su obispo Santiago el Justo : nosotros afirmamos con mucha mas verdad que fue en castigo de la de Jesus, el hijo de Dios.

Nosotros no creemos que aquel que ha predicho sea causa que suceda un acontecimiento, porque él solo ha predicho que sucederia; pero nosotros decimos que la cosa debia suceder, predicha ó no. Ella es la que da ocasion al que conoce el porvenir de predecirla; y, aunque la divina Providencia puede penetrar, entre dos cosas que pueden suceder, aquella que se ejecutará, no se sigue por eso que esta presciencia quite á la cosa predicha la posibilidad de suceder ó no; como si uno se dijese á sí mismo : tal cosa debe ejecutarse necesariamente y es imposible que ella falte. Así es como es menester entender todas las predicciones sobre los acontecimientos que quedan sometidos á nuestra voluntad.

Leonidas, general de los Lacedemonios, sabia

bien que iba á morir en las Termópilas con todos los que le acompañaban: *Comamos*, decia, *como gentes que deben ir á cenar á los infiernos;* él no tenia cuidado de rescatar su vida á espensas de su honor. ¿Es pues tan increible que Jesus, conociendo su próxima muerte, haya ido á su encuentro en igual de evitarla? ¡Cuantos mártires no marcharon por sus huellas con el mismo ardor!

Celso no ha reflexionado que era poco diestro haciendo á las mismas personas dos reconvenciones tan contrarias; la una de haberse dejado engañar creyendo que Jesucristo era el Dios que los profetas habian anunciado; y la otra por haber querido engañar asegurando cosas que sabian eran falsas. O ellos han sido de buena fe, y han creido lo que escribian; ó han querido suponer, y por consecuencia en nada estaban ellos engañados.

Dios que queria preparar las naciones á recibir la doctrina de su Verbo, las habia sujetado á un solo príncipe, y reunídolas en alguna manera en un mismo cuerpo, para impedir que la diferencia de dominacion pusiese obstáculo á la predicacion de los apóstoles por todo el universo. ¿Qué hubiera sucedido, si el mundo hubiese estado aun dividido en diversos estados, en diferentes intereses, y en varios gobiernos, como antes del reinado de Augusto? ¿Una doctrina enteramente pacífica, que no permite ni aun el rechazar las injurias no hubiera podido establecerse?

Celso no admite la autoridad de nuestros Evangelios sino cuando hay en ellos alguna ma-

teria de acusacion contra los cristianos, para rechazarlos cuando establecen la divinidad de Jesucristo; pero Celso deberia rehusar enteramente el creerlos y cesar de hacerles oposicion; ó creerlos en todo, y admirar con nosotros el Verbo Dios que se ha hecho hombre para salvar á la humanidad.

Jesucristro ha sido crucificado á la vista de toda Judea, y su cuerpo, desclavado de la cruz en presencia de un número bien grande de testigos; por consiguiente es imposible el acreditar la fábula de su resurreccion como se ha hecho con los heroes de los tiempos antiguos. Pero supongamos que Jesucristo hubiese terminado su vida oscuramente sin dar á la nacion toda entera el testimonio auténtico de su muerte, y que hubiese despues de esto resucitado: ¿qué confianza hubiera obtenido esta resurreccion? La certeza de su muerte se hacia pues el primer fundamento del milagro de la resurreccion. Ademas, si él no hubiese resucitado, ¿habrian abrazado los apóstoles con tan invencible valor esta fe de la resurreccion? Si no hubiese sido mas que una fábula inventada por los hombres, ¿la hubieran ellos sostenido y predicado con tanta fuerza para inspirar á los otros el desprecio de la muerte? ¿Hubieran ellos sido los primeros á sellar su predicacion con su sangre?

En cuanto á mí, yo no sé como un hombre, á quien se le suponga el atrevido proyecto de llevar el universo entero á una religion nueva, hubiera podido conseguirlo, con tal esplendor, sin los socorros de una proteccion enteramente divina; yo no sé tampoco como hubiera podido vencer

todos los obstáculos, triunfar de los emperadores, del senado romano, de los pueblos y de los reyes conjurados contra su doctrina; ni como, estando reducido á las solas fuerzas de la naturaleza, hubiera llegado á término de persuadir tan vasta multitud, conquistar las creencias, y reformar las costumbres, no digo solamente de los sabios, sino, lo que parece aun mucho mas imposible, de los hombres sepultados en las pasiones, incapaces de reflexionar, y por consecuencia de volver á la virtud. ¿Por qué lo ha hecho Jesucristo, y por qué lo hace aun? Porque él era incontestablemente la sabiduría y el poder de Dios.

¿Con qué argumentos podrán probar esos críticos que reconvienen á los Judíos y á los Cristianos por su credulidad, de que enmedio de tantas naciones como tenian sus profetas y sus oráculos, los Judíos solos no hayan tenido los suyos? ¡Los otros pueblos alaban bastante los prodigios que se hacian entre ellos; Celso mismo refiere un gran número; y no es posible, que haciendo los Judíos profesion de estar únicamente consagrados al Dios supremo del universo, fueran los solos que no hubiesen tenido en su sociedad ninguna especie de prodigio para sostener su fe; porque entonces hubieran justamente abandonado un Dios que no era poderoso mas que en palabras, por las pretendidas divinidades que tenian la reputacion de predecir el porvenir y de curar las enfermedades.

Celso lanza invectivas contra la diversidad de opiniones que dividen á los cristianos en las materias libres é independientes de la fe; y yo respondo que lejos de ser esta diversidad un ar-

gumento contra el cristianismo, ella misma justifica su escelencia y su solidez. Porque la suerte de todas las buenas útiles instituciones, es el estar sometidas á discusiones que las dejan inmóviles, al mismo tiempo que dividen los sentimientos de los hombres sobre algunos puntos no fundamentales. ¿Cuantas sectas diversas no hay en la ciencia de la medicina, entre los Griegos y entre los bárbaros? La filosofía que nos promete la verdad y el conocimiento de todo lo que existe, ha producido tambien una multitud de opiniones divergentes, y del mismo modo las diversas interpretaciones de los libros de Moises y de los profetas han originado muchas entre los Judíos, y esta es la razon por que la religion cristiana, habiéndose presentado á su vez con caracteres de grandeza que han escitado la admiracion y la curiosidad de los hombres mas sabios, ha causado naturalmente diferentes esplicaciones de algunos pasages de los libros santos. En este sentido es en el que este pasage de san Pablo me parece admirable : *Es menester que haya tambien heregías entre nosotros, á fin de que los fieles de una fe á toda prueba sean conocidos por todos*[1].

Celso dirá de los profetas de nuestro Dios, señor del universo, y de nuestro desprecio por los ídolos, que aquellos son como bellas avenidas que se terminan en un hombre crucificado; nosotros le responderemos que la persona y las ignominias de Jesus estan bien justificadas, si es verdad que ellas han convertido al género humano.

[1] I. Cor. XI, 19.

Los milagros de Jesus, que los apóstoles han visto y atestiguado, son probados todos los dias por los milagros que tenemos á la vista; porque en esta multitud de Griegos y de bárbaros que confiesan la divinidad de Jesucristo, hay entre ellos un gran número que por la invocacion sola del nombre de Dios y del de Jesucristo curan toda suerte de males que los hombres ni los demonios han podido curar jamas.

Ademas de que los prodigios atribuidos á vuestros dioses, no tienen por garantes sino autores desacreditados por sus mentiras, tampoco tienen ningun objeto, ni son de ninguna utilidad para los hombres; mientras que los milagros de Jesucristo, independientemente de la curacion del cuerpo, han sido obrados para persuadir á los hombres á recibir su doctrina; esa doctrina perfecta que no tiene por objeto sino inspirar la piedad y la conversion de las costumbres.

¿Compararéis acaso vuestros oráculos, con ese gran número de profecías que hacia largo tiempo anunciaban á Cristo, de tal manera que todo el pueblo Judío estaba en esta espera cuando Jesucristo nació? Los unos le reconocieron por el Mesías prometido por los profetas; los otros, llenos de desprecio por su dulzura inalterable y por la de sus discípulos, se dejaron llevar contra él á atentados que sus discípulos no han temido referirnos con candor aunque tuviesen la prevision de conocer que se imputarian como oprobio. Pero Jesus queria que los que abrazasen el cristianismo no fuesen de tal modo ocupados de su divinidad y de sus milagros, que perdiesen de vista su humanidad y las humillaciones voluntarias que han concur-

rido con su divinidad á la salvacion del mundo.

Dios que ha enviado á su hijo ha hecho recibir su Evangelio en todo el universo y obrado en todas partes este cambio admirable de costumbres. Casi todos los hombres, esceptuando los cristianos, son supersticiosos y corrompidos. Las Iglesias de Dios, instituidas por Jesucristo, comparadas con los pueblos en que están establecidas, brillan como astros en el mundo. ¿Quien no confesará que los mas imperfectos, los últimos de los cristianos, subrepujan aun sobre un gran número de los que vemos en las asambleas populares? Comparad el senado de la Iglesia al senado de cada ciudad, y vosotros hallareis que los miembros de nuestro senado son verdaderamente dignos de gobernar la ciudad de Dios; pero que vuestros senadores no tienen nada en sus costumbres que responda á la eminencia de su posicion; y si vosotros oponeis los prelados de cada Iglesia á los primeros magistrados, vosotros vereis que los pontífices menos virtuosos sobrepujan aun sobre los gobernadores que os son propuestos.

Aunque todos no esten en el caso de dar razon de su creencia, no por esto es menos legítima, fundada como está, sobre la palabra del soberano criador y señor del universo que nos la ha comunicado por su Verbo; y aunque no haya concedido mas que á un corto número el razonar sobre esta fe que los liga al cristianismo, no por eso es menos feliz para todos. Los Griegos mismos no disputan la influencia de la sabiduría, y de las opiniones sobre la felicidad ó sobre la desgracia, y los mas famosos de sus filósofos no tendrian la ce-

lebridad que gozan, ni aun serian filósofos, si no hubiesen sido bastante felices para caer entre las manos de escelentes maestros. ¿Cuantos otros tal vez con un mismo temple de alma, no han podido jamas distinguirse por que desde la infancia han arrastrado una vil esclavitud y han estado sujetos á las pasiones de superiores disolutos? Esta felicidad ó esta desgracia viene sin duda de la Providencia, que no permite nada sin razones dignas de su sabiduría; pero no es facil al hombre el penetrarlas. Ello es verdad, y nosotros lo confesamos, que nuestra fe es el efecto de nuestra felicidad, quiere decir, de la bondad de Dios, y que ella es la causa de la bondad de Jesucristo.

Ved como nuestra fe, que no tiene nada de conforme con la razon natural, desengaña á todos los que la reciben con docilidad, pues, aunque una falsa doctrina haya podido persuadir á un gran número de hombres á adorar simulacros, y á dar un culto religioso á obras de oro, de plata, de marfil, y de piedra; no obstante, el sentido comun se subleva, y nos dice á todos que una materia corruptible no podria ser un Dios; porque Dios no seria honrado bajo estas figuras inanimadas con que los hombres le representan; en razon de que todo lo que sale de sus manos no puede tener proporcion ni afinidad con el Dios que ha creado, y que sostiene y rige el mundo. El alma razonable reflexionando que ella está hecha á la imagen de Dios, abjura todos estos dioses, y siguiendo la inclinacion de su naturaleza se liga al criador de todos los seres. Él mismo es, quien nos ha enseñado estas verdades por el órgano de sus discípulos, á quienes él ha comunicado su poder, y

ha encargado de predicar el Evangelio de Dios y el reino eterno.

Lo que hay de admirable, es que las predicciones de estos hombres sin instruccion, que Celso trata con un soberano desprecio, hayan podido como por encanto, cambiar á este punto la multitud, hacer amar y practicar la templanza á los hombres mas desenfrenados, y la justicia á los mas depravados, armar de un valor invencible los corazones mas tímidos, y hacerles desafiar la muerte y los tormentos por la defensa de la religion: este es el mas grande de todos los prodigios, y el mas maravilloso; y él solo hace ver que los discursos de los apóstoles que han fundado la Iglesia, han conquistado los entendimientos de una manera bien diferente de la de Platon y de los otros filósofos, que no tenian nada superior á la humanidad; en lugar de que Dios mismo, que dictaba á los apóstoles los razonamientos que empleaban, comunicándoles el espíritu del Señor, les dió el don de persuadir las naciones; y ved aquí por que su predicacion se ha estendido por todo el universo con esa rapidez inaudita que la caracteriza, forzando todos los obstáculos, convirtiendo y reformando á su gusto multitudes innumerables, que hasta entonces nada habia podido separar de los desórdenes, ni moderar en los errores.

Si la sabiduría es la ciencia de las cosas divinas y humanas, y de sus causas, si ella es, como lo aseguran nuestros libros santos, una emanacion de Dios mismo, jamas un sabio será el enemigo de la fe; porque no es la sabiduría, sino la ignorancia la que causa el error; y no hay nada sólido sobre la tierra sino la ciencia y la verdad, hijas de la

sabiduría. Si con desprecio de la definicion misma de esta palabra vosotros dais el nombre de sabio al sofista mismo que se ocupa en dogmatizar, sin duda, un sabio de esta especie combatirá nuestra doctrina; porque, engañado por toda suerte de sutilezas y de conjeturas, da desde luego en otros mil errores, y semejante sabiduría que no abraza sino el mal y lo falso, no merece este nombre: llamémosla mas bien ignorancia y locura, y este será su nombre verdadero.

¿Cuales son pues esos hábiles médicos de que Celso habla, y que el cristianismo aparta lejos de sí? ¿son acaso los filósofos? Y aun cuando nosotros alejásemos á nuestros discípulos de la filosofía de Epicureo, ¿en donde estaria el mal? ¿No son estos pretendidos médicos los que han infestado el mundo, negando la providencia y colocando el soberano bien en la voluptuosidad? ¿erraríamos nosotros en separar tambien de nuestros prosélitos esos otros malos médicos conocidos con el nombre de peripatéticos, que destruyen igualmente la Providencia, rompiendo todos los lazos entre Dios y sus criaturas? Y aun cuando nosotros impidiéramos consultar los médicos de la secta de Zenon, que enseña que todo debe perecer fuera de Dios solo, y que han imaginado un Dios material, sujeto á la corrupcion, mudable y susceptible de todas las formas, ¿no seriamos nosotros dignos de alabanza por preservar á los hombres de todos esos dogmas perversos, haciéndoles amar y adorar al Criador, al Dios de los cristianos, á ese Dios que para iluminar y convertir á los pueblos, ha enviado sus discípulos á fin de esparcir entre las naciones la semilla saludable de la

verdad y á decir al universo, no como los filósofos: *Aficionaos á nosotros*, sino: Aficionaos á Dios soberano, y á Jesus, apostol de su doctrina?

Aunque hagamos profesion de llamar á nosotros los pecadores, es falso que sea á los malos á los que nosotros atraemos con mas facilidad. Los que arden por hacer profesion del cristianismo son al contrario los que el terror de los suplicios de que él amenaza empeñan á abstenerse de lo que él prohibe, y que, no temiendo sino los suplicios eternos, desafian todos los tormentos que los hombres pueden inventar, los trabajos, y la muerte misma; estos son los que se ejercitan en practicar todas las virtudes, la prudencia, la templanza, y la beneficencia; y yo hago juez á todo hombre sensato, para que me diga si por semejantes calidades se conocen los perversos, ¿no saben pues que los malvados no son ni aun susceptibles del temor de Dios, á que nosotros exhortamos á los hombres como á un sentimiento util á la mayor parte incapaz de conocer y de apreciar el soberano bien?

Celso trata de quimeras las esperanzas que nosotros damos sobre la vida futura, en la cual gozaremos de la sociedad de Dios mismo: pero yo le responderia luego, vos mirais sin duda tambien como quimera la opinion de Pitágoras y de Platon, que sostienen que el alma debe elevarse á lo mas alto del cielo, para contemplar allí el gran espectáculo que fija la atencion de los bienaventurados, y vos mirais asimismo como engañados por vanas esperanzas todos los que creen que el alma es inmortal; y mirais igualmente como los

juguetes de sus ilusiones, los que se persuaden que el alma tiene un origen diferente que el del cuerpo y que ella no perecerá con él. ¡Ah! ¡Que Celso levante la máscara y confiese que es epicureo! ¡Que refute por consecuencia las pruebas victoriosas que los Griegos y los bárbaros nos dan de la inmortalidad del alma, que muestre que nuestras esperanzas sobre esto mismo no son fundadas, y que su secta es la sola que no entretiene con falsas esperanzas, porque ella no deja ninguna, y segun sus principios, el alma muere con el cuerpo.

Celso quisiera que Dios estuviese siempre presente á los ojos de los hombres, que arrancase de viva fuerza todos los gérmenes depravados para no dejar sino impresiones virtuosas; pero en esta hipótesis, ¿qué se haria la libertad del hombre? ¿Qué mérito tendria el creer la verdad y el aborrecer la mentira y el error? En quitando á la virtud su libre albedrío, se la quita su esencia y se anonada.

Que se nos desmienta, si no es verdad que toda la república de los Judíos ha sido derribada antes de pasarse una generacion, despues que ellos hubieron tratado así á Jesus: Jerusalen ha sido destruida cuarenta y dos años despues que le hubieron crucificado; y nosotros no leemos que jamas esta nacion haya sido dominada tan largo tiempo y privada de todo ejercicio de su religion; lo que prueba sin duda de una manera convincente, que habia en Jesus alguna cosa de divino y de sagrado.

¿Por qué el hombre no será nada á los ojos de Dios? ¿por donde le encuentra Celso desprecia-

ble? ¿Es acaso por la pequeñez del cuerpo? ¿es por ventura esta la medida de la verdadera grandeza? Si asi fuese el elefante tendria ventaja sobre el hombre; pero este tiene, por la razon, una alta preeminencia sobre los animales que están privados de ella. Aunque digan que este glorioso privilegio, que le distingue tan eminentemente, se halla oscurecido en él por sus pasiones y por sus vicios, no es un argumento, porque él no está enteramente sofocado por ellos, y no depende tampoco del hombre el aniquilar el germen de virtud que fué depositado en su corazon. ¿Haremos nosotros á la naturaleza humana, siempre capaz de virtud, la injuria de creer que cualquiera que pueda ser el imperio de la ignorancia y del vicio, es necesario rebajarla al igual de los mas viles animales? Si este caracter debe ser atribuido á algunos, ¿no será mas bien á los que se han embrutecido bastante para desconocer á Dios en sus obras, y para adorar en su lugar á los ídolos de oro y de plata, y no á los que dóciles á las puras luces de la razon, se elevan, con la admiracion de los grandes espectáculos que tienen á la vista, al conocimiento del Criador, y se abandonan á su palabra, porque saben que es todopoderoso, que lee en los corazones, que penetra nuestros pensamientos, y que basta solo á todas nuestras necesidades? ¿Es posible comparar á los mas viles insectos y á los gusanos, hombres que la religion hace superiores á las pruebas de la vida, á los temores de la muerte, y á todos los sofismas de una falsa sabiduría, que menosprecian lo que la lujuria ofrece de mas encantador, que se unen á Dios por la

continencia, que cultivan la justicia, la humanidad y la dulzura, y que hacen de su cuerpo mismo el templo de Dios y el santuario de su Verbo? ¿Son estos los hombres que merecen verse comparados á seres sin dignidad y sin razon?

Si Celso pretende que los Judíos no han sido contados por nada, porque escritores griegos han hablado poco de ellos, nosotros le responderemos, que por poco que se examine de cerca el establecimiento de su república y de su legislacion, se convendrá que ellos formaban sobre la tierra una sociedad semejante á la del cielo, no reconociendo otro Dios que el criador soberano del mundo, sin ninguna alianza de supersticion. El vigor de su disciplina no sufria ni libertinos ni mugeres de mala vida, ni escultores, ni pintores que pudiesen fabricar ídolos. No se recibian por Jueces sino hombres de una integridad largo tiempo probada, y esta es la razon por que su probidad tenia alguna cosa superior al hombre, tanto que en el estilo de los hebreos se los llamaba dioses. El pueblo entero de los Judios era como un pueblo de filósofos ocupado en ciertos dias determinados al solo estudio de la ley; pero como no hay nada sólido ni permanente sobre la tierra, ha sido menester que su república se alterase y degenerase insensiblemente hasta el dia en que la divina Providencia juzgó á propósito sustituir á los Judíos los hombres de todas las naciones que ella ha llamado á la religion de Jesus.

La causa porque ellos han sido poco considerados por los otros pueblos dependia de su constitucion, pues *formando una raza escogida de sacer-*

dotes y de reyes[1], evitaban toda comunicacion con los otros pueblos para preservarse del contagio, y eran tan felices de estar protegidos bajo la salvaguardia de Dios mismo, que no tenian la ambicion de las conquistas, ni temian el vivir oscuros. Tales fueron los Judíos en tanto que se mostraron dignos de la proteccion del cielo.

Ninguna cuestion hay mas difícil y embarazosa, que la que se versa sobre el origen del mal. La filosofía misma no puede resolverla, á menos que Dios mismo no se digne revelar qué cosa es el mal, como ha tenido nacimiento, como ha podido cuajarse, y qué es el demonio y sus ángeles: porque los que nosotros llamamos así no lo han sido siempre. No, Dios sin duda no es el autor del mal; el principio de mal está en cada uno de nosotros, en la voluntad que le conduce á las malas acciones, y hablando exactamente, no hay otro mal; pero es menester convenir en que esta es una cuestion de las mas delicadas, que exige ser tratada con mucha circunspeccion y claridad, y ni aun así se resolverá sino por una gracia particular del cielo.

Cuando Dios castiga la tierra y la purifica por el agua y por el fuego, él no parece ciertamente al artesano que retoca su obra porque es imperfecta, sino á un superior que pone un freno á los planes de los malos; porque aunque no haya salido de sus manos nada que no sea bueno y bien acabado, ha sido menester que remedie lo que la maldad habia corrompido, del mismo modo que el inteligente y activo cultivador varia

[1] Exod. XIX, 6.

sus trabajos segun lo exigen las estaciones del año, y las producciones de la tierra; así, en el curso de los siglos que dirige como el de los años, Dios hace todo lo que pide el bien del universo, él solo le conoce perfectamente y él solo puede cumplirlo.

Del mismo modo que los magistrados que tienen la intendencia de los mercados, no tienen otra mira que el satisfacer á las necesidades de los hombres, lo cual no impide que los animales participen de la abundancia que sobreviene; así tambien la providencia, al dar su predileccion á los seres inteligentes, estiende igualmente sus cuidados sobre los que no lo son, y se puede decir que los magistrados se ocupan de los animales tanto como de los hombres, y que los confunden en el mismo rango.

Dios ha hecho nacer al hombre con grandes necesidades, para ejercitar su actividad, su industria y forzarle á inventar las artes. ¿No es mas honroso el llevar el hombre á trabajar para libertarse él mismo, que no el dejarle en la abundancia, ocioso é indolente? Nosotros hallamos en la indigencia del hombre un motivo profundo de reconocer y de admirar la Providencia de Dios.

Como los animales no son propios para las artes, la Providencia ha suplido todas sus necesidades encargándose por sí misma de su sustento, dándoles preservativos contra el clima y las estaciones, y suministrándoles defensas contra sus enemigos.

El que es la razon original, y tambien el soberano moderador del universo, ha querido que

hubiese en los animales un instinto natural, que por mas irreflexivo que sea, reemplazase la razon y fuese muy diferente de la inteligencia que edifica las ciudades, que hace florecer las artes, y reinar las leyes, que ordena la gerarquía de los poderes, los distingue por señales precisas, y que produce las acciones virtuosas y los nobles deseos. Nada semejante hay en los animales; solo abusivamente se da á sus sociedades los nombres de ciudades, de gobiernos y de magistrados, que no tienen de realidad sino sus aplicaciones hácia seres inteligentes, y aunque su instinto sea una imagen de la razon, no por eso es un título de elogios, sino un beneficio de la Providencia, que ha querido hacer de sus costumbres la leccion de los hombres. Si los animales tuviesen las nociones que se les suponen, no serian tan escasos los ejemplos de su inteligencia que están reducidos á dos ó tres, casi siempre los mismos y sin variacion; al contrario ellos tendrian conocimientos tan multiplicados y tan variados como el hombre, á quien la esperiencia, la razon y la reflexion han enseñado todo lo que sabe y aprende ademas diariamente.

Celso no se contenta, preconizando los agüeros, de erigir las bestias en profetas; él pretende aun, que ellas son mas queridas y mas fieles á Dios que nosotros, que ellas le conocen, que mantienen con él un comercio mas íntimo que el hombre, que sus conversaciones son tambien mas santas, y que ellas observan religiosamente los juramentos. De esto se seguiria, segun él, que las bestias serian mas queridas de Dios, que todos esos grandes filósofos que él acababa de elevar hasta

los cielos; y que sus diálogos son muy superiores á los de Sócrates y Platon, vedle aquí reducido á envidiar la suerte de las bestias; luego él debe agradecernos que le deseemos tenga semejanza con ellas.

Dios descendió entre los hombres por su providencia, sin cambiar por esto de lugar; su Verbo está siempre en medio de ellos segun su promesa: *Ved aquí que yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos* [1]. Así como el vástago no puede producir estando separado de la viña; del mismo modo los cristianos, esos vástagos espirituales de la verdadera viña que es el Verbo de Dios y el Cristo, no podrian dar frutos de virtud, si ellos no permaneciesen unidos á él. Pero si tienen siempre á Dios mismo en medio de ellos, que llena el cielo y la tierra; si están siempre unidos á su Verbo, ¿cómo pueden prostituir sus votos y sus oraciones á los astros, estando tan lejanos de ellos?

Observad como Celso calumnia la doctrina del mundo, á pesar de haber sido enseñada por muchos filósofos Griegos de una cierta reputacion, que probablemente habian sacado la idea de los libros de los Judíos mas antiguos que todos ellos. Habrá un fuego que castigará; él será abrasador sin consumir, y penetrará sin aniquilarnos, los que por sus acciones, palabras, y pensamientos, merezcan que se les compare á esos vanos materiales de *leña*, *de heno* y *de paja* [2], que no establecen una sólida construccion, y que Dios, *á la manera de un fuego devorador* [3], segun se le compara en

[1] Math. XXVIII, 20. — [2] Cor. III. 12. — [3] Malach. III. 2.

nuestras Escrituras entregará á tormentos sin fin.

Vosotros veis la diferencia que san Pablo establece entre la semilla echada en la tierra y el cuerpo de la planta que sale de ella. Por la fecundidad que Dios da á las semillas, se hace una especie de resurreccion, de manera que las unas producen espigas y las otras árboles los mas elevados, y lo que Dios ha hecho respecto de las semillas, lo hace con los cuerpos que en cierto modo están sembrados en la tierra, hasta que su poder los cambie y trasforme, segun sus méritos, cuando el tiempo sea oportuno. La Escritura desenvuelve muy á lo largo la diferencia que hay entre el cuerpo que está sembrado y el cuerpo que renace: *El que está sembrado en la corrupcion*, dice, *resucitará incorruptible; el que lo está en la humillacion resucitará glorioso; y el que lo está en la debilidad, resucitará lleno de vigor; de la misma manera el cuerpo animal por estar como sembrado, resucitará espiritual.* Nuestra alma no desea pues el ser reunida á un cuerpo corruptible; pero como la naturaleza del cuerpo es corruptible, se hace necesario que él obtenga la incorruptibilidad, y como él está sujeto á la muerte, es necesario que sea revestido de la inmortalidad, á fin de que, segun el oráculo de los profetas, la victoria sea completa al tocar el sepulcro que nos habia sometido á su imperio, y que el aguijon, cuya muerte habia atravesado nuestras almas, sea roto para siempre.

Se nos dice: Dios no puede querer lo que es contrario á la naturaleza; distingamos: si se entiende por esto lo que es opuesto á la razon y á la virtud, nosotros convenimos que Dios no querrá jamas lo que es opuesto á la naturaleza; pero to-

do lo que la voluntad y la sabiduría de Dios han prescrito no podrian ser, por otra parte, contrario á la naturaleza, por mas increible que esto parezca á los ojos de la carne; pero si se quiere hablar con una rigorosa precision, nosotros sostendremos que con este título hay cosas superiores á la naturaleza, que Dios verifica cada dia; así es que ha elevado al hombre por encima de sí mismo para asociarle á la naturaleza divina, regenerándole.

Si Celso nos pregunta, de donde venimos nosotros los cristianos, y cual es nuestro gefe, nosotros le responderemos que venimos bajo la direccion de Jesus, para cambiar en rejas de arados las espadas que sacábamos contra nuestros semejantes; porque nosotros no sabemos ya servirnos de ellas para hacer la guerra; y hemos venido á ser los hijos de la paz por Jesus, á quien seguimos como á nuestro gefe, despues de haber abandonado aquellos á quienes nuestros padres se habian ligado y de él es de quien hemos recibido la ley que nos ha abierto los ojos.

Celso nos alega á Herodoto, á Pindaro, y al oráculo de Júpiter-Ammon, para probar que siendo la ley la reina de todos los hombres, ellos deben conformarse con las leyes de su pais. Su objeto es aplicar este principio á los cristianos, y de inferir que, no formando un pueblo particular, ellos son culpables de haberse separado de los Judíos para unirse á la doctrina de Jesus. Que él nos responda si los filósofos que han sacudido el yugo de la supersticion, y que comen los manjares prohibidos por las leyes de su pais son culpables ó no: porque si la filosofía da este dere-

cho, ¿por qué el cristianismo no le dará igualmente?

Pretender que no se puede nunca ser reprensible por obedecer á las leyes y usos de su pais, es confesar que los Escitas hacen muy bien en comerse á sus semejantes, y los Indios á sus propios parientes.

Hay en general dos clases de leyes : la ley natural que Dios ha grabado en el corazon del hombre, y la ley civil que la mano del hombre ha trazado : cuando la ley civil no es contraria á la ley natural todos los ciudadanos, sin duda, están obligados á seguirla y á preferirla á todas las estrangeras ; pero cuando ordena cosas opuestas á la ley divina, la razon misma nos dice entonces que se deben despreciar las leyes y los legisladores humanos, para no obedecer sino al soberano legislador, á Dios mismo, á fin de reglar nuestra vida por sus preceptos, sean los que quieran los trabajos y los peligros á que sea preciso esponerse para ello ; pues de otra manera es imposible agradar á un mismo tiempo á Dios y á los hombres, y seria hasta absurdo el preferir agradar á estos y conformarse con sus leyes impías. Por consiguiente nada es mas justo y razonable que preferir en todo caso la ley natural, que es la ley de Dios, á la que los hombres se atreven á promulgar contra los decretos eternos, siéndolo mucho mas cuando se trata de leyes que tienen á la divinidad por objeto.

¿Quién no ve despues de todo, que los pomposos elogios que Celso hace de la ley que nos opone, llamándola la reina del mundo, no puede convenir á leyes locales y limitadas, y aun menos

á leyes impías? Él no puede aplicarse realmente sino á la ley divina á que todo debe obedecer, y sobre ella solo nosotros nos proponemos reglar nuestra conducta, de tal modo que por sumision hácia ella, es por lo que nosotros rechazamos las otras leyes.

Yo creo haber indicado bastante, en otra parte, los caracteres que distinguen el pueblo Judío de los otros pueblos, sin hablar de su templo tan célebre, ni de la magestad de sus ceremonias. Si nosotros echamos una ojeada sobre su legislacion y su policía, no hallaremos ninguna nacion que pueda oponérseles. El pueblo Judío habia desterrado cuanto es posible, todas las artes, todas las profesiones inútiles ó peligrosas, y habia reunido todo lo que puede ser ventajoso á un estado, de manera que no se veian teatros, ni circo, ni se sufrian mugeres que hiciesen ese comercio infame que ultrajando á la naturaleza, perjudica tambien á la poblacion.

Los Judíos tenian la ventaja de ser enseñados, desde la mas tierna infancia, á hacerse superiores á la naturaleza sensible, á fin de buscar y descubrir la divinidad, y la de aprender, desde la edad en que apenas se sabe articular, que el alma es inmortal, que hay un juicio despues de esta vida, y que se obtienen recompensas por los que hayan vivido bien... El pueblo de Dios desechaba tambien toda suerte de adivinaciones, que no son propias sino para seducir á los hombres, y que son realmente la obra manifiesta de los demonios; ellos sacaban el conocimiento del porvenir en los escritos de los profetas cuya santi-

dad consumada les habia merecido la gracia de ser llenos del Espíritu Santo.

¡Qué sabiduría! ¡qué sentimiento de equidad en la ley, que no permitia que un Judío sirviese mas de seis años!... Los Judíos debian ser mas celosos que ninguna otra nacion de conservar sus leyes. Ellos hubieran sido inescusables de no conocer su escelencia y su superioridad, y de ignorar que ellas han tenido otro origen que el de las demas leyes. Tambien el pueblo Judío, diga lo que quiera Celso, sobrepuja en sabiduría, no solamente los otros pueblos, sino aquellos mismos que nos alaban como los inventores de la filosofía; por qué los filósofos, con todos sus bellos preceptos, se dejaron arrastrar al culto de los ídolos y de los demonios, en tanto que el último de los Judíos no reconocia ni adoraba sino al Dios soberano, y los Judíos en general despreciaban á aquellos mas que todos, y los miraban como niños, ó como hombres sin religion, huyendo siempre su comercio impostor.

¡Pluguiese á Dios que estos descendientes de Abraham hubiesen sido fieles á sus leyes, que ellos no hubiesen manchado sus manos con la sangre de sus profetas, y en fin con la de Jesus! Nosotros hubieramos visto en la tierra esa ciudad celeste que Platon no ha podido mas que imaginar; pero yo no digo bastante con esto, pues lo que ha hecho Moises y lo que han hecho sus sucesores, es superior á Platon: ellos han formado y gobernado un pueblo establecido entre todos los pueblos, ellos han enseñado una doctrina pura y alejada de toda supersticion; y por esta razon es facil establecer que los Judíos, han

sido singularmente favorecidos de Dios, pues hasta los infieles mismos llaman el gran Dios, el Dios de los Hebreos. La proteccion divina ha brillado manifiestamente conservando los débiles restos de esta nacion, y preservándola de las consecuencias del resentimiento de Alejandro de Macedonia, á quien ella habia rehusado juntarse contra Dario su aliado; se lee que este conquistador hasta se postró delante del gran sacerdote de los Judíos, y dijo haber visto en sueños el pontífice y que le habia predicho que él subyugaria el Asia[1]. Nosotros aseguramos que los Judíos han sido protegidos por Dios sobre todos los otros pueblos, y que este favor y esta proteccion ha pasado de ellos á todos los que han creido en Jesus; por esto, los Romanos, vencedores de los Judíos, han agotado vanamente su poder contra los cristianos.

« El hijo de Dios, dice Celso, no podia, por sí mismo, quitar la piedra de su sepulcro. » Sin recurrir aquí al sentido figurado, yo haré solamente una reflexion que se presenta por sí misma, y es que la divinidad y la autoridad de Jesus parecen aun mas grandes al hacer ejecutar este servicio por uno de sus ángeles que son sus ministros. Yo no diré que los Judíos, culpables de la muerte del Verbo, é interesados en que se le creyese muerto para siempre, no quisiesen que su sepulcro fuese abierto; pero lo cierto es que un angel, mas poderoso que todos sus enemigos, habia levantado la piedra que cerraba el sepulcro, á fin de que los discípulos de Jesus, que

[1] Joseph. Antiq. Jud., L. II, cap. 8.

le creian muerto se persuadiesen que estaba lleno de vida, y que él los habia precedido en los cielos, desde donde iba á darles la inteligencia de las verdades sublimes que les habia ya enseñado, pero que ellos no comprendian aun.

Es verdad que los cristianos y los Judíos creen igualmente las Escrituras divinamente inspiradas; pero ellos no concuerdan de ningun modo sobre la esplicacion que les han dado. Nosotros decimos que los Judíos, *cuando leen á Moises tienen un velo sobre los ojos* [1], porque el espíritu de la ley de Moises es desconocido á los que rehusan entrar en el camino marcado por Jesucristo; y nosotros sabemos que si alguno de entre ellos se convierte al Señor, que es espíritu, el velo cae y él ve claramente la gloria de Dios que la letra de la ley le ocultaba.

Celso cita muchos pasages de Platon, para probar que lo que hay en nuestras santas Escrituras mas propio para hacer impresion sobre los entendimientos ilustrados, nos es comun con los filósofos; y él pretende que los Griegos han desenvuelto mucho mejor estas verdades sin recurrir á las amenazas ni á las promesas de Dios y de su hijo.

Nosotros respondemos que si los doctores de la verdad han tenido la mira de ser útiles á la mayor parte, y de instruir igualmente los entendimientos limitados como los penetrantes, y los Griegos como los Bárbaros, es evidente que ellos deberian hablar de una manera popular, y que estuviese al alcance de todos; pero los Maestros, que han desechado los simples y los ignorantes,

[1] II. Cor. III, 15.

porque no eran capaces de seguir sus discursos, y que han limitado sus cuidados y su atencion á los que habian sido alimentados en el estudio y en las letras han reconcentrado su celo por el bien público en límites bien estrechos; ¿y esto solo basta para hacer ver á Celso y sus partidarios, la sencillez de nuestras escrituras, que parecen oscurecidas por obras brillantes y llenas de arte? Nuestros profetas, Jesus y los apóstoles, se han propuesto atraer la multitud y empeñarla á hacer sus esfuerzos para descubrir los misterios sublimes ocultos bajo el velo de la sencillez, y no se puede comparar, ni por el efecto, ni por las ventajas que resultan, los discursos tan floridos y tan estudiados de Platon y de los otros escritores semejantes, á la manera sencilla y popular de nuestros autores, que han sabido tan sabiamente, sea hablando, sea escribiendo, descender al alcance de la multitud.

Por lo demas yo no pretendo por esto perjudicar al mérito de Platon, cuyas bellezas no son enteramente inútiles; pero he querido sobre todo hacer entender cual es el espíritu de nuestros autores, cuando dicen: *Nuestro discurso y nuestra persuasion no consisten en las palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud, á fin de que nuestra fe no se apoye sobre la sabiduría de los hombres, sino sobre la virtud de Dios*[1].

La divina Escritura nos enseña que no es bastante para mover los corazones de los hombres el decir la verdad de la manera mas propia á per-

[1] I. Cor. II, 4.

suadir, si Dios no fecundiza nuestros discursos con su gracia todo poderosa como habla el profeta : *El Señor comunicará una poderosa virtud á los que anuncian su palabra*[1]. Así, aunque concediésemos que los Griegos tienen algunos dogmas comunes con nosotros, no tendrán por eso la misma fuerza para persuadir y para convertir. Pero los discípulos de Jesus que no tenian ninguna tintura de la filosofía griega, han recorrido diferentes partes de la tierra, y han hecho abrazar á los pueblos la religion y la virtud que ellos les enseñaban; esto es lo que demuestra en su lenguaje la fuerza de Dios.

Que esos antiguos sabios den lecciones á sus discípulos; que el hijo de Aristóteles les diga en una de sus cartas : « Que el lenguage humano « no tiene términos para espresar el soberano « bien; pero que á fuerza de alimentar su alma « con la meditacion, se enciende de repente en « ella como la llama sale del fuego, » nosotros lo aplaudimos sinceramente, y confesamos sin trabajo que Dios les ha comunicado conocimientos preciosos; pero no por eso los que conocen el verdadero Dios sin darle el culto que le es debido, dejan de ser culpables de una tan grande infidelidad.

Esto es no obstante lo que hacen esos sabios que hablan del soberano bien con tanta elevacion; vosotros los veis bajar al Pireo para dirigir sus votos á Diana como á Dios, y mezclarse en las fiestas que una imbecil multitud celebra en su honor, y despues de haber hecho bellas disertaciones

[1] Ps. LXVII, 12.

sobre el alma, sobre la felicidad que la está reservada, si ha vivido bien, no se avergüenzan de degradarse hasta el estremo de sacrificar un gallo á Esculapio. San Pablo se fundaba en esto mismo para reconvenirles que despues de haber conocido la perfeccion del Criador por sus criaturas, ellos mismos se habian desvanecido en sus pensamientos, y que su corazon insensato habia vuelto á quedar y permanecia en la mas profunda ignorancia sobre el culto legítimo de la Divinidad. Estos hombres tan altivos de su sabiduría y de su teología, se postraban frecuentemente á los pies de un ídolo que representaba un hombre mortal, y á veces adoraban con los Egipcios, aves y reptiles, y los que no se han degradado á este punto, no permanecen menos convencidos *de haber cambiado la verdad por la mentira, y servido á la criatura mas bien que al Criador* [1].

Como los sabios y los instruidos del siglo habian caido en los mas groseros errores : *Dios ha elegido los insensatos, segun el mundo, para confundir á los sabios, lo que hay de mas vil y de mas debil, para humillar á los fuertes; y lo que no es, para confundir á lo que es, á fin de que ninguna carne se glorie delante de él* [2].

Lo que importa sobre todo de observar es que la máxima de Platon sobre el soberano bien no ha podido inspirarle, ni á ningun otro de sus lectores, la verdadera piedad; en lugar de que el estilo sencillo de nuestros libros abrasa con un santo ardor á los que los leen con intenciones rectas; y sacan de ellos una luz celestial.

[1] Rom. I, 18, 23. — [2] Cor. I, 27, 28.

« Si yo creyera, ha dicho Platon, que se pudie-
« sen esponer estas verdades al pueblo, no habria
« funcion mas noble para mí, que esparcir por
« todas partes nociones tan útiles al género hu-
« mano, pintando la naturaleza tan á las claras,
« que todos en general la comprendiesen y admi-
« rasen. »

Yo dejo á otros el cuidado de buscar como puedan si verdaderamente Platon habia descubierto cosas mas relevadas y mas divinas que las que ha escrito; pero lo que yo puedo demostrar es que nuestros profetas han tenido conocimientos mucho mas sublimes, y yo no temo afirmar que despues de ellos, los discípulos de Jesus, iluminados por la gracia divina, han sabido mucho mejor que Platon lo que era menester escribir, y de qué manera, y lo que era necesario, al contrario, no presentar al pueblo; en una palabra, lo que era menester decir, y lo que era preciso callar. Esto es entre otros lo que el evangelista san Juan nos hace comprender cuando, en su Apocalipsis, nos dice haber oido siete truenos que le prohibian comunicar cosa alguna sobre ciertos asuntos.

Moises y los profetas están llenos de rasgos sublimes y dignos de Dios que los inspiraba, y seria imposible decir con Celso que ellos los hayan tomado prestados de Platon, cuando mal podian haberlo oido siendo ellos mas antiguos no solamente que Homero y que Platon, sino tambien que las letras Griegas. Si algunos oyesen de los apóstoles de Jesus menos antiguos que Platon, lo que Celso avanza de Moises y de los profetas, nosotros les preguntariamos si es probable que un obrero de tiendas como Pablo, ó que pescadores tales como

Pedro y Juan, hubiesen tomado de Platon, y de Platon mal entendido, los admirables conocimientos que ellos han trasmitido sobre la Divinidad.

Celso alaba mucho el método y la dialéctica de Platon, como si nuestros libros no nos recomendasen frecuentemente el estudio y el examen de la verdadera filosofía, y aun cuando haya entre nosotros algunos que descuiden la lectura de nuestros libros, que no se apliquen á profundizarlos, y á penetrar el sentido, y á pedir á Dios su inteligencia, como Jesus nos lo recomienda, *á llamar á la puerta para hacerla abrir* [1], no son por esto menos estimables nuestros libros.

Celso refiere un pasage de Platon en que este filósofo se espresa así. « El bien es conocido de « pocas personas, porque la mayor parte, llenos « de presuncion y de desprecio por los otros, « anticipan atrevidamente opiniones singulares « como si estas fuesen cosas maravillosas », á lo que Celso añade : « Platon no se cuida de refe- « rirnos prodigios; pero tampoco cierra la boca « para responder á quien quiera pedirle razon de « lo que afirma, ni por eso nos ordena creer an- « tes que todo que el hijo de Dios es el verdadero « Dios; y que este hijo de Dios ha descendido so- « bre la tierra, y le ha enseñado todo esto. »

Nosotros podriamos tambien reprobar á Platon los absurdos sueños, y los prodigios ridículos que ha mezclado á sus graves aserciones, y jamas los discípulos de Jesus, han referido nada semejante cuando hablan de su maestro.

Por lo demas el crítico que acumula los bellos

[1] Luc. XI, 9.

pasages de Platon, hubiera debido citar aquel en que da este testimonio preciso á la divinidad del hijo de Dios : vedle aquí, él está sacado de su carta á Hermias y á Corisco : « Vosotros rogareis « al Dios del universo, autor de todo lo que es, y « de todo lo que será. Vosotros rogareis á su Pa- « dre y su Señor, que nosotros conoceremos « tanto cuanto la debilidad humana lo permite, « si nosotros nos dedicamos como debemos ha- « cerlo, á la filosofía. »

Platon, añade Celso, no se alaba como nosotros; ni anuncia sus opiniones como cosas venidas del cielo; pero nosotros probamos, y sin replica, el origen celestial de nuestros dogmas cuando tenemos á los profetas por garantes. La profecía es el caracter distintivo de la divinidad, porque el conocimiento de las cosas futuras es superior á la inteligencia humana. El cumplimiento de la profecía es pues una prueba evidente de que Dios es su autor.

Nosotros nos hemos guardado de decir á nuestros discípulos que es menester creer antes de todo que el que proponemos es el hijo de Dios. Hay personas, á la verdad, á las cuales nos contentamos con exhortarlas á creer, porque ellas no son capaces de nada mas; pero hay otras á quienes tratamos de demostrar lo que les proponemos, dándoles de nuestros dogmas las pruebas mas fundadas y mas claras.

Celso pretende que nosotros hemos tomado de los griegos estas palabras de sabiduría divina, y de sabiduría humana, esta distincion se halla, en efecto, en Heraclito y en Platon.

La sabiduría humana es la que nosotros llama-

mos la sabiduría de este mundo, y la que nosotros decimos es una locura delante de Dios. La sabiduría divina es la que Dios da á los que se preparan á recibirla, y sobre todo, cuando conociendo la diferencia de estas dos sabidurías ellos le dicen en sus oraciones. *El mas perfecto de los hijos de los hombres, si está desprovisto de vuestra sabiduría, será considerado como nada*[1]. Nosotros miramos la sabiduría humana como un ejercicio para el alma, y la sabiduría divina como su fin. Esta última es llamada tambien el sólido alimento del alma para aquel que dice: *los perfectos que estan acostumbrados á hacer el discernimiento del bien y del mal, se sustentan de alimentos sólidos* [2].

Celso que no se ha penetrado de lo que nosotros decimos de la humildad, nos ataca con este motivo, y pretende que hemos despojado á Platon sin entenderle. Ved aquí el pasage de Platon sacado de su *Tratado de las leyes*: « Dios, como los « antiguos nos lo han enseñado, encierra en sí « el principio, el fin y el medio de cuanto existe. « Él está siempre seguido de la justicia, que cas- « tiga los atentados cometidos contra la ley di- « vina, y la justicia está siempre seguida del hom- « bre humilde, que debe ser un dia feliz. »

Celso ignora lo que habia dicho mucho tiempo antes que Platon, uno de nuestros sabios : *Señor, mi corazon no se ha hinchado, ni mis ojos se han levantado con orgullo; ni yo me he dejado llevar á cosas grandes y brillantes que fuesen superiores á mí* [3]. Nosotros conocemos por esto que la humildad no consiste en abatirse de una manera despreciа-

[1] Sap. XI, 6. — [2] Heb. V, 14. — [3] Ps. CXXX, I.

ble ; el hombre humilde de que habla el salmista, aunque guste meditar las cosas sublimes y admirables, quiere decir los dogmas de la fe, no se humilla por eso menos, *bajo la mano poderosa de Dios*, á ejemplo de Jesus, *que no ha creido hacer una usurpacion en igualarse á Dios, y que al mismo tiempo se ha anonadado tomando la forma y la naturaleza de un esclavo, haciéndose semejante al hombre; y humillándose con tanta obediencia hasta la muerte y á la muerte de cruz* [1].

El precepto de la humildad es de una importancia tan grande, que no ha bastado un doctor ordinario para enseñarla á los hombres. Nuestro Salvador mismo es el que nos dice : *Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazon, y hallareis el reposo en vuestras almas* [2].

¿Hay nada mas ridículo, que imaginar que Jesus, nacido y criado entre los Judíos como el hijo de un pobre artesano, sin haber jamas estudiado, como los escritos de sus discípulos dan testimonio, haya leido y se haya apropiado los pensamientos de Platon?

Nosotros leemos en nuestras santas escrituras, *que Dios se ha ocultado en las tinieblas* [3], quiere decir que los atributos divinos estan envueltos en profundas tinieblas. Dios se oculta en alguna manera en las tinieblas con respecto á los que no sepan comprenderle, ni tolerar el esplendor de su gloria, ya sea á causa de las manchas que el alma contrae por su union con el cuerpo, ya porque es demasiado limitada para poder contener la inmensidad del Ser Supremo, ó ya con el objeto de

[1] Philip. II, 57. — [2] Math. XI. 29. — [3] Ps. XVII, 12.

mostrar que no es dado á todos los hombres el conocer los secretos de Dios.

El Verbo de Dios nos enseña que él solo es digno de conocer á su padre, y que él le hace conocer á aquellos á quienes ilumina el espíritu. *Nadie*, nos dice, *conocerá al Padre sino el hijo y aquellos á quienes él lo revele* [1]. Porque nadie puede conocer al padre como el Verbo vivo que es su sabiduría y su verdad; porque el Verbo es el que disipa las tinieblas en que el Padre se oculta, y quita el velo *al abismo* de que se cubre *como de un vestido* [2]. Es decir que el hijo, en una palabra, es el que puede hacer conocer al Padre y que sin llegar antes á él no es posible conocerlo.

Platon dice, hablando de Dios, « Rey del uni-« verso, marcha rodeado de todos los seres; el « mundo entero existe por él solo, y todo lo que « hay de bueno es su obra: con las cosas que tie-« nen el segundo rango, está en el segundo rango, « y en el tercero con las que ocupan el tercero. El « alma humana suspira por la verdad, como te-« niendo afinidad con ella; la contempla y busca « sus propiedades; pero no hay ninguna que la « conciba perfectamente, y lo mismo sucede con « este gran rey. »

Celso se enagena sobre esta definicion; pero nuestros profetas estan llenos tambien de magníficos pensamientos, y no podrá acusárseles de haber imitado á Platon; sino mas bien á este de haber copiado á los profetas cuyos escritos no le eran desconocidos. Era tal la belleza de su lenguage que san Pablo, por haberlos leido, renun-

[1] Math. XI, 27. — [2] Ps. CIII, 6.

ció absolutamente á todas las cosas del mundo, y no aspiraba sino á lo que está por encima de los cielos y mas allá de los límites del mundo; y no habia cosa alguna que dejase de practicar á fin de obtener su posesion. El ardor con que la desea le hace ver como ligeras y despreciables todas las pruebas de la vida, y en medio de los trabajos y de las penas, lejos de dejarse abatir, está lleno de esperanza y de valor, porque despues de haber gustado en la tierra *de estas fuentes de agua viva que brotan hasta la vida eterna*[1], nosotros iremos á sumergirnos en esas aguas *que estan por encima de los cielos*[2], á contemplar eternamente las perfecciones invisibles de Dios, y á verle, no solo en sus obras sino en su pura esencia, y *cara á cara*, como dice este fiel discípulo de Jesus, porque entonces estaremos en esa absoluta perfeccion, *en que todo lo que es imperfecto está abolido*[3].

Resulta de la rebelion del diablo, referida en nuestros libros, que el mal saca de él su origen, y que los malos lo han venido á ser tomándole por modelo; porque no era posible que el bien que no es bien sino por accidente y comunicacion, se pareciese á lo que es bien por su naturaleza. No obstante este bien aunque accidental, permanece siempre en los que quieren conservarle, y con esta mira se alimentan del pan descendido del cielo, y del vino por escelencia; pero como Dios quiere obligar á recurrir al bien á aquellos mismos que le han abandonado por un efecto de su perversidad, ha permitido á estos seres degradados el tentar á los hombres á fin de que ha-

[1] Joan. IV, 14. — [2] Ps. CXLVIII, 4. — [3] I. Cor. XIII, 10.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ya una especie de campo de lid en que los atletas generosos puedan combatir y conseguir el premio de la virtud; y de esta manera, probados y purificados por los malos, como el oro por el fuego, se hagan dignos de elevarse hasta las cosas divinas, y llegar á la soberana felicidad. El que es vicioso, y vive de una manera opuesta á la virtud es un Satanás (palabra que significa enemigo), porque es un enemigo del hijo de Dios, que es la justicia, la verdad, y la sabiduría esencial; pero el nombre de Satanás está dado y conviene especialmente á ese espíritu que fué el primero de los bienaventurados y la imagen de Dios, y que por su falta, ha perdido para siempre todas las ventajas de que estaba colmado.

No hay menos diferencia entre los corazones de los hombres que entre sus fisonomías, pues los que practican la virtud lo hacen con mas ó menos ardor, y los que se abandonan al vicio no lo hacen tampoco igualmente; los hombres ordinarios se hallan colocados entre las dos estremidades del bien y del mal, y solo Jesus, que ha salvado y reformado el género humano, está en el caso de la perfeccion, pues el antecristo está en el abismo de la perversidad, y aunque Dios, cuya ciencia abraza todos los tiempos, ha hecho anunciar la venida del uno y del otro, el primero es hijo de Dios, y el segundo su adversario, porque este, solo ha merecido el nombre de hijo del diablo ó de Satanás, y como el último atentado del crimen es el adornarse con las apariencias de la virtud, el antecristo, con los socorros del diablo su padre, hará grandes prodigios y ostentará engañosas virtudes. Se puede leer en San Pablo y en

Daniel las profecías estraordinarias que le han anunciado.

Si el que permanece unido al Señor es un mismo espíritu con él [1], ¿qué union puede ser comparable á la que en Jesus, identifica su alma con el Verbo Dios, sabiduría, verdad, y justicia esencial? Nosotros decimos que hay un cuerpo místico: esto es la Iglesia de Cristo cuyos fieles son los miembros, que su espíritu los anima como el alma al cuerpo.

Dios exhorta continuamente en nuestras escrituras y por el órgano de sus ministros; pero como la persuasion depende de dos personas, de la que persuade y de la que es persuadida, si todos no son persuadidos, no es porque Dios no quiera ó no pueda persuadir, sino porque muchos rechazan sus persuasiones, por persuasivas que sean, y los maestros mas consumados en el arte de persuadir, no persuaden siempre, porque no pueden forzar la voluntad de los que se rehusan á ello. Del mismo modo Dios inspira á sus ministros los discursos mas capaces de persuadir, pero ellos no persuaden siempre.

La luz eterna conoce á los á quien ella debe mostrarse; pero hay ojos débiles que no podrian sostenerla. Los ojos débiles y mal sanos son los de los hombres que no conocen á Dios, y que las pasiones impiden el contemplar la verdad. Ellos deben, así como ciegos que siguiendo los pasos de una multitud insensata prostituyesen su culto al demonio, pedir al Verbo que los ilumine; y si, á ejemplo del ciego que esclamaba « ¡*Jesus hijo de*

[1] I. Cor. VI, 17.

David, tened piedad de mí[1]! y que fué curado por Jesus, imploran la misericordia del Verbo, ellos recibirán de él ojos penetrantes y nuevos, tales como puede darlos el Verbo.

Y ¿quien podria salvar al hombre y conducirle á Dios supremo, sino el Verbo Dios? Él se ha hecho carne en el tiempo, en favor de los que eran carne, á fin de hacerse conocer á los que no podian verle como Verbo Dios; y hecho carne, y tomando una voz corporal, llama á los que son carne, para hacerlos desde luego conformes al Verbo que ha sido hecho carne, y en seguida para elevarlos á contemplar al Verbo antes que fuese carne, de manera que llegando á ser perfectos puedan decir: *Aunque nosotros hayamos conocido á Cristo segun la carne, nosotros no le conocemos ahora. Él ha sido hecho carne y como tal ha habitado entre nosotros*[2]. Él se trasformó una vez en el Tabor y apareciendo con todo su esplendor, hizo ver la ley espiritual y las profecías representadas por Moises y Elias, y entonces se pudo decir: *Nosotros hemos visto su gloria, la gloria del hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad*[3].

Dios por grande que sea, aunque invisible, pues que no tiene cuerpo, puede no obstante ser contemplado, pero solamente por los corazones puros, porque un corazon manchado no puede contemplar al que es la pureza misma.

La Providencia abraza todos los seres de que tiene cuidado, no á la manera de los cuerpos, sino como virtud divina. Si se quiere creer á los estóicos, los principios del mundo son corpo-

[1] Marc, X, 47. — [2] Joan, I, 14. — [3] Ibid.

rales, y por consiguiente corruptibles. Ellos no esceptuarian ni aun al Dios soberano si este dogma no fuese demasiado repugnante; pero sin embargo el Verbo mismo de Dios no es otra cosa, segun ellos, que un espíritu corporal. En cuanto á nosotros que pretendemos demostrar que el alma razonable se sobrepone sobre todos los cuerpos, y que ella es una sustancia invisible é incorporea, estamos bien distantes de creer como corporal al Verbo por quien todo ha sido hecho, y que ha presidido no solamente á la formacion del hombre sino tambien á la de los seres los mas viles, y aunque los estóicos digan lo que quieran, y afirmen que todo será consumido por el fuego: nosotros no creeremos jamás que una sustancia espiritual pueda ser presa de las llamas, ni que el alma del hombre, los ángeles, las dominaciones, los principados, y las potestades, sean convertidos en fuego.

¿Por qué, dice Celso, ha enviado Dios á su hijo á un rincon de la tierra, en lugar de hacerle parecer en presencia de todos los hombres? Yo respondo que no sin razon ha venido Jesus á un rincon de la tierra, pues era menester que viniese en medio de un pueblo instruido en el dogma de la unidad de Dios, que leia sus profetas, que sabia que Cristo le estaba prometido y que le esperaba, y era necesario pues que viniese en el tiempo mas propio para hacerse conocer despues en lo demas de la tierra: sobre todo, bastaba para iluminar el mundo que el Verbo, el Sol de justicia, se levantase en Judea, y que desde allí esparciese sus rayos en el fondo de las almas de todos los que quisiesen recibirlos.

Celso pretende debilitar los oráculos de los profetas, comparándolos á los oráculos del paganismo; pero estos están desacreditados entre los mismos paganos; y aun suponiendo que no sean todos obra de la impostura, es menester al menos atribuirlos á los demonios que quieren impedir á las almas de elevarse hácia el cielo y volver á Dios. Sin hablar de la manera indecente y oscura con que los paganos aseguran que la pitia era inspirada, ella estaba fuera de sí misma, y furiosa cuando pronunciaba sus oráculos. Solo los demonios pueden quitar así el uso de la razon; pero el último de los cristianos muestra todos los dias la debilidad de estos espíritus, arrojándolos de los cuerpos que poseen sin los socorros de la magia, y sin otro auxilio mas que la fuerza de la oracion. El caracter del Espíritu divino no es el causar estas agitaciones violentas que se parecen mas bien al estado del poseido, pues el que está lleno del espíritu de Dios debe sentir primero sus saludables impresiones, y procurar que su alma, estando penetrada de luz, sea en el momento de la inspiracion mas perspicaz que nunca. Así, los verdaderos profetas de Dios, bien diferentes de esas profetizas, eran iluminados por el espíritu divino y estaban serenos y tranquilos al pronunciar sus oráculos; sus cuerpos mismos estaban como muertos, á lo que se llama entre nosotros pensamientos y movimientos de la carne, y su vida entera no tenia la menor tacha. ¿Se puede decir otro tanto de los mas sabios de los paganos?

Si los que pronunciaban los oráculos entre los paganos fuesen dioses verdaderamente, llevarian sin duda los hombres á la virtud y á la reforma

de las costumbres; y elegirian por órganos suyos á hombres recomendables por su sabiduría y por su virtud, y no á mugeres; ó seria almenos á vírgenes ó á mugeres de una prudencia y juicio conocidos.

¿Es este el medio de contestar la autenticidad de nuestras profecías, cuando los mismos profetas que han predicho lo que ha sucedido á Jesucristo, han hecho otras muchas predicciones sobre acontecimientos bien distantes y fielmente cumplidos?

Los contemporaneos de los profetas han recojido y conservado con cuidado sus oráculos, á fin de que sus descendientes los respetasen como la palabra de Dios mismo, y que movidos de sus exhortaciones, y persuadidos por la fiel exactitud de los acontecimientos y de las predicciones, practicasen la virtud, y se diesen á la verdad conformemente á su doctrina y á sus advertencias.

La Providencia ha querido que todo lo que tiene relacion con los profetas, á la conversion y á las costumbres fuese claro y estuviese al alcance de todos. Hay sin duda algunas veces mucha oscuridad de palabras y de alegorías que tienen necesidad de ser profundizadas por hombres instruidos y penetrantes, á fin de que faciliten su inteligencia al comun de los fieles; pero es absolutamente falso que estos profetas no tengan ningun sentido razonable, y que los sencillos y los impostores puedan aplicarlos á todo indiferentemente.

Ved aquí un nuevo esfuerzo de Celso para minar por los cimientos la fe en Jesucristo: « Si los « profetas hubiesen predicho que el gran Dios « seria esclavo, enfermo, ó que moriria, ¿seria

« necesario para el cumplimiento de esta predic-
« cion que Dios fuese realmente esclavo, enfer-
« mo, ó que muriese? Jamás los profetas han
« podido hacer una prediccion que seria una im-
« piedad. Solo se trata de saber si han predicho
« ó no, y de conocer si la cosa predicha es con-
« veniente y digna de Dios. Y aun cuando se su-
« piese que todos los hombres, acalorados por
« el fanatismo, hubiesen predicho de Dios alguna
« cosa vergonzosa ó criminal, no por eso se les
« deberia creer. ¿Cómo pues la piedad creeria
« lo que los cristianos creen haber sucedido á su
« Dios? »

Se ve por esto que Celso conocia de que peso son las profecías para persuadir la fe de Jesucristo, y por esto es por lo que él se esfuerza en separar este argumento invencible, diciendo : *No es menester examinar si los profetas han predicho ó no.* Pero si él hubiera querido proceder de buena fe y seguir las reglas mismas del razonamiento, él hubiera dicho : Yo voy á probar que no han anunciado tales cosas de Jesus, ó que sus predicciones no han sido cumplidas en la persona de Jesus ; y él hubiera espuesto su demostracion. Entonces se hubiera estado en el caso de juzgar las profecías que referimos de Jesus, y de las pruebas que Celso hubiera opuesto á nuestras esplicaciones. Se hubiera juzgado si Celso destruia verdaderamente el argumento que nosotros sacamos de las profecías en favor de Jesus, ó él hubiera quedado convencido de la mas condenable impudencia por haber negado y combatido la verdad mas luminosa.

Cuando Celso añade : *Los profetas del gran Dios hubieran predicho de él cosas impías é imposibles....*

esta asercion no es mas que un sofismo; porque de toda proposicion de donde se siguen dos consecuencias contradictorias se hace un sofisma que los estóicos tienen mucha razon en proscribir; luego tal es la asercion de Celso: *De un lado es necesario que estas cosas sucedan, pues que es preciso que todo lo que los profetas del gran Dios han predicho suceda*, y no obstante ellas no pueden suceder porque son *impías é imposibles*.

Celso pretende calumniosamente que los profetas han predicho de Dios cosas imposibles ó impías; porque nuestros profetas no han predicho que Jesus sufriria ó moriria como Dios, segun él lo refiere, sino solamente como hombre; pero es menester no confundir en Jesus las cualidades divinas con la naturaleza humana á que él se ha unido. Jesus dice de sí mismo: *Yo soy el camino, la verdad, y la vida*[1]; y vosotros no vereis á ningun cristiano, aun entre los mas simples, deciros que *la verdad y la vida* hayan muerto: lo que no obstante podria haber sucedido para que la suposicion de Celso tuviese algun fundamento. Los profetas sin duda no han podido hacer tales predicciones, y ved aquí todo lo que Celso dice de verdadero. Pero lo que ha estado predicho por los profetas es digno de Dios; á saber que el esplendor y la imagen de la Divinidad, se unen al alma y al cuerpo de Jesus, para esparcir su doctrina, para reconciliar á Dios con el universo, y para conducir á la soberana felicidad á cualquiera que reciba y sienta la virtud de Dios Verbo encarnado. En una palabra, si le consideran á Jesus como Dios, no

[1] Joan. XVI, 6.

ha hecho nada que no sea santo y conforme á la idea de Dios, y si se le considera como hombre, el Verbo le ha comunicado su sabiduría mas que á ningun otro mortal. Él ha sufrido, como un sabio y un hombre perfecto todo lo que era necesario que sufriese por la salud del género humano, y no es absurdo que un hombre muera, y que su muerte sea no solamente un ejemplo para los otros, sino tambien el principio de la destruccion del imperio del demonio que habia dominado el mundo entero. Nosotros tenemos la prueba de esto en los servidores de Jesus, que libres del yugo del demonio se consagran á Dios y se esfuerzan en avanzar de dia en dia en la verdadera piedad.

« Ved aquí, dice Celso, una contradiccion señalada : si los profetas del Dios de los Judíos han « predicho la venida de Jesus, su hijo, como este « Dios ordena, por el órgano de Moises, el amontonar riquezas, el dominar, el llenar la tierra de « espanto y el matar todos los enemigos, en tanto « que su hijo, el Nazareno, da leyes enteramente « opuestas, declarando que ningun rico, ningun « ambicioso ni ningun hombre apasionado por la « gloria ni por la sabiduría, tendrá acceso cerca « de su Padre ; que los hombres no deben ocuparse mas de su alimento que los cuervos, ni de su « vestido mas que los livios ; y que el que reciba « una bofetada en un carrillo debe presentar el « otro. ¿quién miente en este caso, Moises ó Jesus? ¿Es que su Padre al enviarle ha olvidado « lo que habia recomendado por Moises ; ó es que « él mismo ha condenado sus propias leyes, y encargado á su enviado de traer á los hombres « otras contrarias? »

Celso que se precia de no ignorar cosa alguna se engaña groseramente, no viendo nada en la ley y en los profetas mas allá de la lectura material. Él ha debido al menos observar que está fuera de toda semejanza el que nuestras Escrituras hayan prometido las riquezas temporales á los Judíos cuando es constante que los mas virtuosos han vivido en una estrema pobreza; y que los profetas que, en recompensa de la santidad de su vida, fueron llenos del Espíritu Divino, estaban *cubiertos de pieles de cabras y de ovejas, perseguidos, faltos de todo, y andaban errantes en el desierto, en las montañas y en las cavernas* [1]; porque como dice el salmista: *Los justos son probados con muchas aflicciones* [2].

Si Celso hubiese leido en la ley de Moises esta máxima: *Vosotros prestareis á muchas naciones, y no tomareis prestado de nadie* [3], él lo hubiera tomado tambien á la letra; pero, ¿qué Judío pudo ser bastante opulento no solamente para prestar á sus compatriotas sino á las naciones estrangeras? ¿es presumible que los Judios hubiesen permanecido tan largo tiempo unidos á las leyes de Moises, si ellos se hubiesen limitado al sentido que Celso presta á la simple letra? Si se nos dijese que ellos no le eran fuertemente adictos, nosotros los enviariamos á su historia.

Pero para dar un principio general, yo distingo la ley antigua, como muchos lo han hecho antes que yo, en ley literal, y ley espiritual, Dios llama la primera, por uno de sus profetas, *juicios y preceptos que no son buenos*; y la ley espiritual al contra-

[1] Heb. XI. 38. — [2] Ps. 33. 20. — [3] Deut. XXVIII, 12.

rio, *juicios y principios buenos*[1]. ¿Hay contradiccion?

San Pablo previene la objecion cuando dice en el mismo sentido: *La letra mata y el espíritu vivifica*[2]. Si, Celso, siguiendo la letra que mata, esplica las riquezas perecederas de la tierra, las palabras de la ley que prometen riquezas al justo, en cuanto á nosotros, entendemos estas riquezas que abren los ojos del espíritu, las riquezas en palabras, en sabiduría, y en buenas obras, de las cuales habla el apostol, en estos términos: *Recomendad á los ricos del siglo el no ensoberbecerse, el no poner su esperanza en las riquezas inciertas, sino en Dios vivo que socorre abundantemente á todas nuestras necesidades; y encargadles mucho de hacer el bien, de llegar á ser ricos en buenas obras y de dar voluntariamente*[3].

La pobreza opuesta á estas riquezas es verdaderamente funesta, y por eso el que es rico, como Pablo en este género de riquezas, puede prestar á muchas naciones, como este apostol lo hacia, comunicándolas el Evangelio de Cristo, é instruyéndolas de los misterios por la revelacion del Verbo, y no tenia necesidad de tomar prestado ni de recibir instruccion de nadie. La promesa: *Vosotros dominareis sobre muchas naciones, y nadie os dominará*[4], se ha verificado igualmente en él, pues ha sometido los Gentiles á la fe de Jesus por la fuerza de la palabra, y no habiendo cedido á ningun hombre, porque era superior á todos; este es el sentido con que se dice que llenaba la tierra.

No es difícil esplicar los pasages en que se dice

[1] Ezech. XX, 25. — [2] II Cor. III, 6. — [3] I Tim. VI, 17. — [4] Deut. XV, 6.

que el justo da muerte á sus enemigos : *Yo haré morir desde la mañana* [1], dice el salmista, *á todos los pecadores de la tierra, para esterminar de la ciudad del Señor todos los que obran la iniquidad;* él toma aquí figuradamente la tierra por la carne *cuya prudencia es enemiga de Dios* [2], y la ciudad del Señor por su alma, que es el templo de Dios vivo. Desde que los rayos de justicia empiezan á aclarar su alma, él destruye la prudencia de la carne y la purga de todos los pensamientos injustos y engañosos.

Nosotros entendemos de la misma manera la imprecacion siguiente. *Hija de Babilonia feliz el que destruya tus hijos contra la piedra* [3]! Los hijos de Babilonia, ó de confusion, son los pensamientos que dan nacimiento á los vicios, y que esparcen en las almas las tinieblas y el desorden. La fuerza de la razon debe sofocarlos inmediatamente si se quiere ser dichoso. No hay ciertamente nada, en todo esto, que sea contrario á los preceptos de Jesus. La máxima del Evangelio : *Que es difícil á un rico el entrar en el reino de Dios* [4], no es opuesta á la ley, si se entiende simplemente por rico al que las espinas de las riquezas impiden de dar los frutos de la palabra.

Celso quiere que la doctrina de Jesus cierre al sabio todo acceso cerca del Padre, pero ¿de qué sabio habla? ¿habla acaso de un sabio de la sabiduría de este mundo, que es locura delante de Dios? nosotros convenimos en ello; pero si es de la sabiduría de Jesucristo, que es la virtud y la sa-

[1] Ps. VI, 8. — [2] Rom. VIII, 7. — [3] Ps. CXXXVI, 9. — [4] Math. XIX, 24.

biduría de Dios, nosotros decimos al contrario, que tal sabio es bien superior á todos los que están desprovistos de esta divina sabiduría.

Yo puedo refutar del mismo modo todo lo que Celso ha adelantado, y probar que el Dios del Evangelio no está nunca opuesto al Dios de la ley; que ni Moises, ni Jesus han mentido; que el Padre, enviando á Jesus, no habia olvidado lo que habia mandado á Moises, y que jamas ni se ha arrepentido, ni ha condenado las leyes que habia dado: y para decir una palabra de la diferencia de las dos leyes, nosotros observaremos que la ley mosaica, tomada literalmente, no hubiera podido convenir á los Gentiles llamados á la fe, y sometidos á los Romanos, pues los mismo Judíos no podian observarla bajo su imperio, y por otra parte, que la ley cristiana no hubiera podido ser observada largo tiempo por los Judíos; ni su república hubiera podido mantenerse con su legislacion, si ella no hubiera tenido el derecho de hacer la guerra á sus enemigos, de combatir por la patria, y de castigar con la muerte á los asesinos, á los adúlteros, á los malhechores, y á todos los que no hubieran dejado de prevalecerse de la inaccion de las leyes, y de un defecto de resistencia de que la nacion hubiera sido la víctima.

La misma Providencia que ha dado la ley, y el Evangelio despues de la ley, no queriendo que la república de los Judíos subsistiese mas largo tiempo, destruyó á la vez su ciudad, su templo y su culto; pero con respecto á la religion cristiana ha obrado de diferente manera, pues de dia en dia la ha fortificado y engrandecido á pesar de haberse reunido una muchedumbre de obstácu-

los para anonadarla; pero como Dios habia resuelto salvar á los Gentiles por la ley de su hijo, ha destruido todos los planes de los hombres, y cuanto mas los reyes, los magistrados, y los pueblos se encarnizaban contra ella, tanto mas se aumentaba el número de los cristianos, y mas progresos hacia su religion.

Celso pretende que lo que nosotros decimos de la otra vida, de una tierra incomparablemente mejor que esta, está sacado de los antiguos que él llama divinos, y sobre todo de Platon. Él no ha sabido que en Moises, mas antiguo que los escritores griegos, Dios prometió á los fieles observadores de su ley *una tierra buena y espaciosa, donde correria la leche y la miel* [1], y esta tierra no es la Judea, porque está envuelta en la maldicion general, pronunciada por el Señor en castigo del pecado de Adan. La Judea y Jerusalen no eran sino la sombra y la figura de esa tierra feliz donde está la Jerusalen celestial, y de ella es de la que san Pablo, instruido del verdadero sentido de las escrituras, nos habla en estos términos: *Vosotros os habeis aproximado á Sion, á la montaña y á la ciudad de Dios vivo, á la Jerusalen celestial habitada por muchos millares de ángeles* [2]. Tal es el lenguaje uniforme de los profetas; y de esta misma tierra bienaventurada es de la que habla el salmista. *El Señor es grande en su ciudad y en su santa montaña, los hombres dulces, los justos, los que esperan al Señor, poseerán la tierra por herencia, la habitarán por los siglos de los siglos, y se regocijarán en el seno de la paz* [3].

[1] Exod. III, 8. — [2] Heb. XII, 22. — [3] Ps. XXXVI, 9. 11.

Celso se imagina que nosotros tendriamos necesidad de un cuerpo para ver á Dios, y él se engaña. Nosotros no tenemos necesidad de cuerpo para conocer á Dios; porque no son los ojos del cuerpo los que ven á Dios, y los que han recibido de él la facultad de conocerle; lo que ve á Dios es un corazon puro de que no salga nada desarreglado, ni vicioso, conforme á estas palabras de Jesucristo: *Felices los que tienen el corazon puro: ellos veran á Dios* [1]. Pero como no depende de nosotros el tener un corazon puro, por que es necesario que él lo cree tal, el que sabe orar le dice: *¡O, Dios, cread en mí un corazon puro* [2]!

Segun Celso, nosotros seriamos hombres enteramente carnales, que no juzgan sino por los sentidos; cuando, bien lejos de detenernos en el solo testimonio de los sentidos, no nos servimos de ellos sino como de instrumentos, que nos han elevado á objetos espirituales é invisibles, el nombre de carnal á nadie conviene menos que á un cristiano que ha aprendido *á mortificar las acciones de la carne, y los miembros terrestres, á llevar sobre su cuerpo la mortificacion de Jesucristo, y que sabe que los hombres carnales no podrian agradar á Dios* [3]. Él nos trata de hombres esclavos de sus cuerpos, á pesar de despojarnos de nuestros cuerpos por religion, mas fácilmente que un filósofo se quita la capa.

Los discípulos de Zenon, y aun los de Epicureo, se abstienen del adulterio, pero por motivos bien diferentes: los primeros, por amor del orden

[1] Math. V, 8. — [2] Ps. I, 12. — [3] Rom. VIII, 13. Coloss. III, 5. Rom. VIII, 8.

y de la justicia, y los segundos, por el temor de sus consecuencias y por la influencia de su principio mismo: que es el amor de la voluptuosidad á la cual perjudican los placeres indiscretos; porque es indudable que un epicureo se permitiria sin escrúpulo el adulterio, si estuviese seguro de poder ocultar su conocimiento á todos aquellos de que teme el resentimiento y el desprecio. Con este mismo espíritu desechan estos pueblos los ídolos, solo por inclinacion á falsos dogmas, y no de manera alguna por respeto hácia la Divinidad, ni por temor de degradarla y prostituir su culto al demonio. En tanto que los Judíos y los cristianos han tenido horror á los templos y á los ídolos, porque está escrito en su ley: *Vosotros no adorareis ni temereis sino al Señor vuestro Dios, y no serviréis mas que á él; vosotros no tendreis otro Dios que yo*[1]; y ellos están prontos á morir, mas bien que manchar con la impiedad el culto puro que rinden al solo Dios verdadero.

Celso nos hace, despues de esto, violentas reconvenciones porque nosotros no tributamos culto al demonio. « ¿Sucede todo, dice, segun la « voluntad de Dios? ¿Hay alguna cosa que no gobierne y dirija su providencia? ¿No es conforme « á la ley dada por este gran Dios todo lo que hacen los ángeles, ó los demonios, ó los heroes? « ¿No es pues de Dios de quien los demonios tienen su poder y han recibido su ministerio? Luego es claro que el que da culto á Dios, debe « darlo tambien á los demonios. »

Contentémonos con responder que Celso no co-

[1] Deut. VI, 13.

noce de ningun modo la naturaleza de los demonios, pues aunque han sido creados, es verdad en la inocencia y en la santidad, se han pervertido ellos mismos revelándose contra el Creador, y por eso vemos que no están ocupados sino en hacer mal.

Ademas, es falso que todo suceda por orden de Dios, y conforme á su ley, porque en este caso todos los pecados y todos los crímenes vendrian de Dios y serian conformes al orden eterno. Los hombres cuando pecan, así como los demonios desobedecen á Dios, y siguen no su ley sino *la ley del pecado* [1], como dicen nuestras Escrituras. Y aun cuando es cierto que la Providencia divina se estiende á todo, y que nada sucede sin su permiso; no se sigue de esto que todo suceda por orden de Dios, y conforme á su ley.

Jamas se pudo obtener de los embajadores de Esparta que se postrasen delante del rey de Persia; y en vano los mismos guardias del rey quisieron emplear la violencia; ellos no reconocian otro Señor que las leyes de Licurgo. Y nosotros, honrados con una embajada mas augusta por Jesucristo, ni los príncipes, ni los demonios, ni sus satelites, podrán jamas forzarnos á adorar los dioses ni los monarcas de ninguna nacion.

Seria demasiado largo el esplicar por que razon la ley ordena *comer el pan de afliccion los dias de fiesta* [2], el hombre compuesto *de un cuerpo que se subleva contra el espíritu y de un espíritu que se rebela contra la carne* [3], no podria celebrar estas solemnidades del cuerpo y del espíritu á la vez;

[1] Rom. VII, 23. — [2] Exod. XII, 8. — [3] Gal. V, 17.

porque si las celebraba con el espíritu afligia la carne que se opone al espíritu; y si las celebraba con el cuerpo él no podia hacerlo con el espíritu.

« ¿Qué ha sucedido de nuevo, dice Celso, despues « de la muerte de Jesus? » Nada de mas nuevo, ni de mas estraordinario que lo que ha sucedido, sea á este pueblo Judío esterminado y esparcido sobre la fa zde la tierra, sea al pueblo cristiano nacido de repente en medio de las contradicciones y de las calamidades. Los Gentiles estrangeros á la alianza de Dios, escluidos hasta entonces de sus promesas, y alejados de la verdad, han acudido en muchedumbre á abrazar esta misma verdad y el culto de Dios. Esto solo puede ser la obra de Dios, y no la de un impostor. Si Jesus ha sufrido los mas grandes suplicios, esto prueba su paciencia heróica y la crueldad de sus enemigos. Pero es falso que su ley haya perecido con él; *si el grano de trigo*, dice Jesus, *no muere en la tierra, permanece solo; pero cuando muere da mucho fruto* [1], Jesus es este grano, que despues de su muerte, ha producido todos los dias cantidad de frutos, y el Padre celestial vela sobre estos mismos frutos y los conserva. A su imitacion, sus discípulos sufren que los encadenen y les den muerte; pero estos mártires, testigos de su verdad, triunfan en esta guerra en que perecen, elevándose por encima de sus perseguidores por la constancia con que confiesan la fe de Dios y de Jesucristo.

El pueblo Judío, antes de que por su rebelion y

[1] Joan. XII, 25.

endurecimiento, hubiese merecido el ser desechado por Dios parecia ser un pueblo de filósofos; y habrá muy pocos que puedan creer sin trabajo que los cristianos, cuya sociedad se ha formado de una manera tan inaudita, han necesitado mas bien milagros que discursos, para determinarse á abjurar la religion de su pais á fin de abrazar otra. No es de ninguna manera verosimil que hombres de la hez del pueblo y sin letras, tales como los apóstoles, hubiesen emprendido anunciar el Evangelio, si no hubieran puesto su confianza en el poder divino que les habia dado esta gran mision, y lo es aun menos que los pueblos que los escuchaban se hubiesen dejado persuadir de abandonar seguidamente los usos y los dogmas de un culto que sus padres les habian trasmitido hacia tantos siglos para adoptar otros enteramente contrarios, si no hubiesen sido conmovidos y convertidos con los prodigios maravillosos obrados á su vista.

Nosotros, ligados por una muchedumbre de motivos á la religion cristiana, hacemos cuanto podemos para hacer adoptar sus dogmas á todos los hombres; y cuando hallamos algunos, que derramando calumnias contra los cristianos, han cerrado los oidos á nuestros discursos, tenemos cuidado de hacer uso de los solos principios que nos son comunes con ellos, para afirmar al menos en la creencia de las penas y recompensas despues de esta vida á los que rehusan ser cristianos; porque no hay hombres en cuya alma sean desconocidas enteramente las nociones comunes sobre lo justo y lo injusto, ó sobre lo que es honesto ó vergonzoso.

El alma no tiene vicios de que Dios y su Verbo no puedan purificarla.

La Providencia divina ha abrazado de tal modo este universo *que ha contado todos los cabellos de nuestra cabeza*[1].

[1] Math. X, 30.

TERTULIANO.

(ESTRACTOS DE LA APOLOGÉTICA.)

Apud Latinos, nostrorum omnium facile princeps.
VINC. LIRIN., Comm., cap. 18.

Soberanos magistrados del imperio Romano, vosotros que juzgais públicamente á los hombres en el lugar mas eminente de Rome, que al menos la verdad pueda abrirse camino hasta vosotros.

Desde que se aprende á conocer á los cristianos, ya no se teme llevar un título que era el objeto de un odio ciego, y eso es lo que ha formado esta sociedad innumerable cuyo acrecentamiento hace nuestro crimen. *La ciudad está en estado de sitio; las campiñas, las islas, los Castillos, todo está lleno de cristianos.* Tal es el clamor que resuena por todas partes. Vosotros veis que de todos los sexos, de todas las edades, y de todas las condiciones, se alistan bajo esta bandera; ¡qué calamidad! Y de esto mismo, ¿no inferís que hay aquí algun bien que no alcanzais? ¿No es verdad que se mantienen

estas prevenciones, porque se ha tomado el partido de aborrecer?

De todos los que el vicio arrastra, no hay uno que se atreva á hacerse pasar por virtud, y no hay suerte de desorden al que la naturaleza no haya unido un sentimiento de temor ó de odio. Todo malhechor teme el ser visto, tiembla si es descubierto, y niega cuando se le denuncia; puesto en cuestion, no confiesa, ó confiesa solo por temor; condenado en fin se aflige y se desola, se hace el proceso á sí mismo, y echa la culpa ó á la fatalidad, ó á su estrella. ¿Se ve nada semejante en un cristiano? Denunciado como tal, se hace gloria de ello; acusado, no se defiende; preguntado, es el primero á confesar su fe; y condenado, da gracias. ¿Qué clase de mal es este tan estraño que no tiene ninguno de los caracteres de tal, ni temor, ni confusion, ni escusas, ni arrepentimiento? ¿Qué especie de crimen es el de que el pretendido culpable se regocija, cuya acusacion escita sus deseos, y cuyo castigo pone el colmo á su felicidad? ¿Vosotros llamais á esto estravíos de entendimiento en el cristiano; pero por confesion vuestra no los conoceis.

Trajano responde á la carta de Plinio sobre los cristianos; que no es necesario buscarlos, pero sí castigarlos cuando sean denunciados. ¡Estraña jurisprudencia! si no se debe buscarlos, no son culpables, y si se les debe castigar son criminales; luego preservar y castigar á la vez, disimular y condenar, son las groseras contradicciones que aquí se advierten.

Vosotros violais todas las formas prescritas en

los procedimientos criminales, cuando juzgais á los cristianos; porque siendo ordinariamente la costumbre poner en tormento á los acusados para hacerles confesar que son culpables, vosotros, obrando contrariamente, dais tormento á los cristianos para hacerles negar, y esta injusticia es tanto mas atroz cuanto que solo tiene aplicacion con los cristianos á quienes quereis obligar por la violencia de los tormentos á negar que lo somos, por estar descargados de todas las otras acusaciones que encierra este solo nombre? Si un hombre esclama: ¡ *Yo soy cristiano*! él dice lo que es, y vosotros quereis oir lo que no es, y sentados en vuestros tribunales para obtener de los acusados la confesion de la verdad, quereis obligarnos á nosotros solos en el mundo á mentir. Vosotros me preguntais si soy cristiano, y yo respondo que lo soy; ¿por qué usar de violencia para hacerme decir lo contrario? ¿Quereis corromperme? Yo confieso, y vosotros me atormentais, ¿qué hariais pues si negase?

No hay ni un solo juez que se muestre celoso por absolver á un culpable, porque no le está permitido el quererlo, y siendo esto así, él no forzará á nadie á negar. Vosotros, al contrario, persuadidos, segun decís, que un cristiano está manchado con todos los crímenes, y que es un conjurado contra los dioses y los emperadores, contra las leyes y la moral, y en una palabra, que es el enemigo de la naturaleza entera, le obligais á negar, para poneros en estado de absolverle; de otro modo la cosa es imposible. Esta es una violacion manifiesta de todas las leyes. Vosotros exigis que niegue lo que hace su crimen, para darle en seguida por

inocente, á pesar suyo, y á pesar de todo lo que ha pasado.

Si la intencion de las leyes está dirigida contra las acciones, ¿por que, con respecto á nosotros, se detienen en un solo nombre, en tanto que ellas no condenan á los otros sino sobre las pruebas del hecho?

No basta que una ley se dé á sí misma el testimonio de su equidad: es menester que persuada á los que deben someterse á ella, y se hace sospechosa cuando no quiere que se la examine, y criminal si ordena una obediencia ciega y sin razon.

¿Qué hay de sorprendente en que un legislador se haya engañado ó en que vuelva otra vez sobre su propia obra? Los Lacedemonios cambiaron las leyes de Licurgo, y este legislador se hizo justicia á sí mismo, yéndose lejos de ellos, y condenándose á morir de hambre. Vosotros mismos á pesar de que estais auxiliados con la antorcha de la esperiencia que hace penetrar las tinieblas de la antigüedad, ¿no aplicais todos los dias el hacha á este viejo y oscuro bosque de nuestra legislacion reformada sin cesar por las ordenanzas nuevas que emanan de los órganos del poder soberano?

En el origen de todas esas leyes de que os armais contra nosotros, habia un antiguo decreto que prohibia á los emperadores el introducir ninguna divinidad nueva sin la autorizacion del senado; de lo que se sigue, segun vuestra legislacion, que la divinidad se aprecia á gusto de las opiniones de los humanos. Si Dios no agrada al hombre no será Dios. ¿Debe acaso el Criador so-

licitar el sufragio del hombre? ¡Qué locura! No obstante, en consecuencia de esta disposicion, Tiberio, bajo cuyo reinado empezó el cristianismo, informado por todas las relaciones que le venian de la Palestina, de las pruebas marcadas que su autor habia dado de su divinidad, dió cuenta al senado, apoyando con su propia opinion lo que habia sabido. El senado las desechó porque ellas no habian estado semetidas á su examen; pero el emperador, persistiendo en su opinion, amenazó de castigar á los que persiguiesen á los cristianos.

Y de todos los príncipes que hayan sabido hasta aquí conciliar el respeto de la religion con la sabiduría de la política, ¡nombradme uno solo que se haya declarado contra nosotros! Al contrario nosotros podemos citar uno que nos ha defendido altamente, Marco Aurelio. Que se lea la carta en que este príncipe, cuyo testimonio es entre vosotros de tan gran peso, asegura que la sed cruel que desolaba á su ejército en Germania fue apagada con la lluvia que el cielo concedió á ruegos de los soldados cristianos, y si no revocó espresamente los edictos contra los cristianos, al menos las medidas que tomó los dejaron respirar, y los pusieron al abrigo de los delatores, castigados aun mas severamente que ellos mismos.

¿Cuales son pues, esas leyes que no fueron ejecutadas contra nosotros sino por príncipes crueles, impíos, injustos, infames é insensatos; que Trajano eludió, que no autorizaron ni Adriano, ni Vespasiano, ni Antonino el piadoso? ¡Debian no obstante ser príncipes tan virtuosos los

que esterminasen una secta de malvados, y no otros malvados coronados!

¡Que me respondan pues esos celadores de las leyes antiguas! ¡que se han hecho esos reglamentos santuarios freno del lujo y de la ambicion! Yo veo al liberto de ayer disputar en fausto con el senador; yo veo los teatros multiplicarse, hacerse edificios imponentes; ¿fue acaso por preservar del frio esos voluptuosos y delicados espectadores por lo que los Lacedemonios inventaron sus capas? Yo veo á nuestras damas romanas confundirse con las cortesanas, por la inmodestia de sus adornos, y por el esceso de sus comidas; sin respeto por las antiguas leyes tutelares de la frugalidad y del decoro. Es menester que hoy dia el cuerpo de una muger se doble enteramente bajo el peso del oro: nadie se casa sino con la intencion de separarse, y el divorcio viene á ser el beneficio de esta union. ¡Ah! cuantas otras costumbres no habeis quebrantado!

Se dice que no hay de esto una prueba positiva, y que no se puede dar fe á los discursos de la fama, cuando ella nos acusa tan vagamente. Todo se descubre con el tiempo, y esto se ha hecho un proverbio entre nosotros. La naturaleza ha querido que nada de lo que existe pueda estar largo tiempo oculto, y ni aun lo que la fama no habia sabido descubrir lo estará tampoco.

Yo supongo, si se quiere, que para empeñar los hombres á las abominaciones de que se nos carga, nosotros prometiésemos por recompensa, hasta la misma vida eterna. ¡Y bien! ¿La quereis vosotros á tal precio? Venid pues, clavad un acero en el corazon de este niño que no ha podido

hacer mal á nadie, y que no acusan de ningun delito; y si es otro el que deba degollarle, asistid á la ejecucion; mirad morir antes que haya empezado á vivir, este ser de la misma sangre que vos; calculad el momento en que el alma va á escaparse de este cuerpo en que ha habitado tan poco tiempo; recoged esta sangre joven, mojad en ella vuestro pan, saboreadle, y comedle sin repugnancia. Observad bien durante la comida el lugar donde está vuestra madre, vuestra hermana, á fin de que no haya equivocacion en el instante en que las antorchas apagadas os dejen en la oscuridad; porque seria un crimen contra la religion el cometer un incesto. Ved aquí la iniciacion, ved aquí el sello que os pone en posesion de una vida eterna; yo os lo pregunto á vosotros mismos, ¿la querreis con semejantes condiciones? Si esto no es mas que una quimera ¿podeis vosotros creer en ello? Aunque lo creyerais, yo salgo garante de que no lo querriais á semejante precio, pues si la quisierais no seria este el camino que os conduciria á ello, pero lo que fuese imposible á vosotros, ¿seria á otros posible? O bien, si otros lo pueden, ¿por que no lo podriais vosotros? Sin duda que somos nosotros de otra naturaleza, ¿Somos acaso monstruos organizados singularmente para el incesto y para alimentarnos de carne humana? Si vosotros creeis á un cristiano capaz de semejantes horrores, vosotros mismos sois tambien como ellos, pues sois igualmente hombres, y debeis creerlos incapaces, si conoceis que vosotros lo sois, porque ellos son hombres como vosotros.

Pero nosotros nos aprovechamos, á lo que se

asegura, de la ignorancia de los que deben ser iniciados, como si ellos pudiesen ignorar los rumores que corren con este motivo, ó como si no tuviesen el interés mas grande en profundizarlos. Es, me parece, un uso al cual no se falta nunca en cualquier parte donde se quiera ser iniciado, el ir primero á buscar al pontífice de Eleusis, para saber de él los preparativos que hay que hacer, ved aquí lo que nuestro sacerdote responde : « Es menester preparar un niño bien delicado que no « sepa lo que es la muerte, y que ria á la vista del « cuchillo levantado sobre su cabeza, es menester « un pan para empaparle en la sangre corriendo « arroyos ; ademas candeleros y antorchas, algu- « nos perros, para derribar los candeleros ; y so- « bre todo no dejar de llevar con vos á vuestra » madre y á vuestra hermana. » Pero si ellas no quieren ; si yo no tengo ni madre, ni hermana, porque soy el solo cristiano de mi familia, ¿ dejará por eso de ser uno buen cristiano si no tiene ni madre ni hermana ?

Si vosotros nos creeis capaces de tales crímenes, es porque vosotros os los permitís en secreto y en público. Aun hoy dia en la ciudad la mas religiosa del universo, entre los descendientes del piadoso Eneas, vosotros teneis un Júpiter que en los juegos celebrados en su honor se riega con sangre humana. Esta es, me vais á decir, la sangre de los criminales condenados á las bestias. ¿ Dejan ellos por esto de ser hombres ? ¿ Es para honrar á su Dios por lo que se sacrifican tales hombres ? Siempre son al menos otros tantos homicidios. ¡ Ah ! ¡ cuanto este Júpiter debe pareceros cristiano !

¡Pueblo sediento de sangre! ¿no es verdad que entre las pruebas diversas imaginadas para hacer sucumbir la fe de los cristianos, les presentais manjares llenos de sangre, sabiendo bien que no nos permitimos sobre nuestras mesas ni aun la sangre de los animales? ¿Podeis vosotros creer que seamos tan sedientos de la de nuestros semejantes, á menos que no hayais hallado esta mas delicada?

Se nos acusa de incesto; pero ¿quien puede mas justamente dar materia á esta sospecha sino los que han recibido lecciones de Júpiter mismo? Reflexionad á cuantos incestos puede dar lugar entre vosotros las equivocaciones que resultan del desarreglo de las costumbres. Vosotros mismos esponeis vuestros hijos, los abandonais á la piedad, los emancipais para hacerlos pasar á familias estrañas que les dan mas dignos parientes, y borrando ellos insensiblemente el recuerdo de una familia á que ya no pertenecen, caen en el error, y el crimen del incesto se generaliza y se perpetua. Juguetes eternos de la vergonzosa pasion que os domina, la llevais con vosotros por todas partes á la ciudad, á las campiñas, mas allá de los mares, y los frutos deplorables de vuestra incontinencia, sembrados hasta en todos los lugares, desconocidos á vosotros mismos, acaban por aliarse juntos, ó con sus autores sin sospecharlo.

El que nosotros adoramos es un solo y único Dios, que por anunciar su magestad suprema, ha creado de la nada esta masa inmensa de todo lo que existe. Su palabra ha ordenado, su poder ha hecho ejecutar, y su sabiduría ha dispuesto. Invi-

sible, aunque por todas partes se manifiesta, impalpable aunque su gracia nos designe su imagen : incomprensible, aunque la inteligencia humana pueda llegar hasta él, prueba por esto mismo su verdad y su grandeza, pues lo que se puede ver y medir de una manera ordinaria es menor que los órganos que lo penetran ó lo tocan. Lo que es inmenso no puede ser conocido sino por sí mismo; y la impotencia misma en que estamos de concebirlo es lo que nos da la idea mas clara de Dios. Su esencia sin límite, le descubre, y le oculta á un mismo tiempo á nuestras miradas. El mas grande crimen en el hombre, es no reconocer el que le es indispensable confesar.

Preguntad á vuestra alma misma, y vosotros vereis que en el fondo mismo de la prision del cuerpo que la encadena, en el seno de todas las preocupaciones que detienen su vuelo, y en el fango mismo de las pasiones terrestres que la enervan; así que ella se despierta como al salir de una embriaguez ó de un profundo sueño, vuelve de repente á su constitucion natural, y proclama á Dios, llamándole por el solo nombre que le conviene : ¡*Gran Dios*! ¡*Buen Dios*! estas palabras vienen á la boca de todos los hombres. ¡O testimonio del alma naturalmente cristiana! Y cuando ella tiene este lenguage, no mira al Capitolio, sino al cielo, por que sabe bien que allí solo es donde reside el Dios vivo, y está el lugar de donde saca su origen, porque ella lo tiene de Dios.

El primer caracter de autoridad de los libros santos viene de su antigüedad, y entre vosotros,

como por todas partes, la antigüedad va de acuerdo con la religion; por eso los libros de uno solo de los profetas, son como un tesoro en donde está depositada toda la religion de los Judíos, y por consecuencia la nuestra adelanta en muchos siglos, lo que vosotros teneis de mas lejano y hasta vuestros edificios, vuestros monumentos, vuestro origen, vuestras instituciones, vuestra historia, vuestros idiomas mas antiguos, vuestras tradiciones, vuestros pueblos y ciudades mas afamadas, y aun vuestros dioses mismos, vuestros templos, sus oráculos y sacrificios. Moises ha precedido cerca de ochocientos años la fundacion de Roma, trescientos á la ruina de Troya, y mas de quinientos al nacimiento de Homero; y todos los demas profetas, venidos despues de Moises, son anteriores con mucho á los mas antiguos de vuestros sabios, de vuestros legisladores y de vuestros historiadores.

El otro caracter que hace nuestros libros mas respetables aun, es la divina inspiracion que tan manifiestamente los señala, y la prueba nos la suministra el mundo entero, y su historia pasada, presente y futura, puesto lo que nosotros vemos todos los dias, habia estado predicho: habia sido anunciado que la tierra tragaria las ciudades, que la mar haria desaparecer las islas, que las naciones enteras se entregarian á guerras estrangeras é intestinas, que los reinos pelearian los unos con los otros; que el hambre, la peste y los terremotos desolarian ciertas comarcas y cambiarian completamente su situacion y aspecto; la justicia se haria mas rara, y que la injusticia prevaleceria; que la práctica de todas las

virtudes se debilitaria, que el orden de las estaciones y de los elementos seria invertido, que monstruos y prodigios turbarian el curso de la naturaleza. — Estos males que esperimentamos, nuestros libros los refieren con anticipacion, y el acontecimiento prueba la prediccion, y da una bella garantía de su divinidad. Las profecías ya cumplidas, nos hacen creer las que deben cumplirse en lo sucesivo, porque estas se hallan mezcladas con las que se ejecutan diariamente, y las mismas bocas las han pronunciado, las mismas manos las han escrito, y el mismo espíritu las ha dictado. La profecía confunde todos los tiempos en el porvenir que ella predice, en lugar de que los hombres, en cuanto les es posible, distinguen los tiempos á medida que pasan, separando lo presente del porvenir, y lo pasado de lo presente. ¿Erramos nosotros, decidme, en creer fieles en lo futuro los que hallamos ya que lo son en lo presente y en lo pasado?

Los Judíos dispersos, vagabundos y desterrados de su patria, andan errantes por todas partes, sin tener Dios ni hombre por rey, y sin que les sea permitido poner el pie en su país, ni aun como estrangeros. Los santos oráculos que los amenazaban con estas desgracias, les anunciaban tambien que hácia el fin de los tiempos Dios elegiria adoradores mas fieles de todas las naciones y de todos los puntos del universo, á quienes haria pasar su gracia, y una gracia mucho mas perfecta y proporcionada al mérito del autor del nuevo culto, y en efecto el dispensador de esta gracia, el legislador de este nuevo culto, este bienhechor del universo, su futuro reformador y luz, se anun-

cia como el hijo de Dios, no nacido á la manera de vuestros dioses ni tampoco á la de los hombres, sino concebido en el seno de una virgen, y dado á luz de una manera maravillosa. Yo voy á esplicaros su naturaleza para haceros comprender el misterio de su nacimiento. Os he dicho que Dios habia creado el mundo por su palabra, por su razon, y por su poder, y vuestros filósofos mismos convienen en que el mundo es obra de Dios, quiere decir de su palabra y de su razon. Nosotros decimos tambien que la propia sustancia de esta palabra, de este poder y de esta sabiduría de Dios que ha hecho todas las cosas, es espíritu, Verbo cuando ordena, razon cuando dispone, y poder cuando ejecuta. Hemos enseñado que este espíritu es producido por Dios y que produciéndole, Dios le engendró, y que por esto es hijo de Dios, y de Dios mismo por la unidad de la sustancia, porque Dios es espíritu. El rayo salido del sol hace una porcion del todo; pues el sol está en su rayo, porque es su rayo, y no se hace una separacion, sino una estension de sustancia. Así el Verbo es espíritu del espíritu, y Dios de Dios, como la luz es una emanacion de la luz. La fuente de la luz no pierde nada de su sustancia, ni de su brillo, esparciéndose, y comunicándose; y del mismo modo lo que procede de Dios, es Dios, é hijo de Dios, y los dos no hacen mas que uno; otro, en propiedad, no en número; en orden, no en naturaleza, y salido de su principio sin dejarle.

Este rayo de Dios, así como estaba predicho en todos los tiempos, ha descendido en una virgen, se ha hecho carne en su seno y ha nacido un hombre unido á Dios. La carne, animada por el espíri-

tu, se alimenta, crece, habla, enseña y obra; y esto es Cristo.

Dos advenimientos de Cristo están marcados en las profecías: el primero en la bajeza de la condicion humana, que ya ha pasado: el segundo, reservado á la consumacion de los siglos, en que se manifestará con toda la pompa de su divinidad. Los Judíos no han querido reconocer el primero y los confunden los dos en uno solo, segun la idea que ellos se han formado de un Mesías mas poderoso, de manera que su infidelidad les ha impedido concebir el primero que los hubiera salvado si lo hubieran creido. Sus propios libros les ponen á la vista la auténtica declaracion de que Dios, para castigarlos les ha quitado la sabiduría, la inteligencia y el uso de los ojos y de los oidos [1], á fin de que este abatimiento no les dejase ver en su persona, mas que un puro hombre que su poder debia hacer pasar á sus ojos por mágico. En una palabra, arrojando los demonios, dando vista á los ciegos, salud á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos, sometiendo los elementos, mandando á las olas del mar agitadas por las tempestades, y haciendo de las aguas una tierra firme, manifiesta bien en su persona el Verbo de Dios, su primogénito, su virtud, su razon, y el espíritu que hace su inalienable esencia. Pero los doctores y los grandes de la nacion, sublevados contra una doctrina que los confundia y celosos de ver al pueblo correr en muchedumbre siguiendo los pasos de Jesus, forzaron á Pilatos, gobernador de la Judea por los Romanos, á que

[1] Is. XLIV, 18.

lo entregase á su odio para hacerle morir en la cruz. Él mismo lo habia predicho, y si esto no es bastante, los profetas lo habian anunciado igualmente hacia muchos siglos. Clavado en la cruz, espiró hablando, y previno el ministerio del verdugo. El dia desapareció al instante, antes que llegase á la mitad de su duracion, y no vieron mas que un eclipse de sol en un acontecimiento que ignoraban habia sido predicho para la muerte de Cristo; tomando el partido de negar el hecho, por no conocer la verdadera causa. Vosotros hallais consignado en los archivos del imperio este desfallecimiento del mundo, que parecia espirar con su autor, y no puede haber monumento mas digno de fe.

Que presenten delante de vuestros tribunales algun poseido del demonio que lo sea notoriamente; y un Cristiano, cualquiera que sea, mandará al maligno espíritu que hable; y este confesará que no es, en efecto, mas que un demonio, que se tituló antes falsamente Dios; que lleven igualmente algunos de los que se creen agitados por una divinidad cuyo espíritu los anima y hace salir con esfuerzo de su pecho oprimido palabras cortadas, y si no confiesan al momento, por no atreverse á mentir en presencia de un cristiano, que son demonios, haced correr al instante mismo la sangre de este discípulo de la fe. ¿Podreis vosotros sospechar por este hecho la magia, ó la impostura? Vuestros ojos y vuestros oidos pueden desmentiros y convenceros, porque vosotros no teneis nada que oponernos á la verdad desnuda, y si vuestros dioses son verdaderos, ¿por qué se acusan falsamente de ser mas que

demonios? ¿Es acaso por deferencia hácia nosotros. Por lo que vuestros dioses son tributarios de los cristianos? ¡Estraña divinidad es por cierto la que está sujeta á los hombres, y lo que es mas singular aun á sus rivales!

Todo este poder que nosotros ejercemos sobre ellos viene de Jesucristo; y de las amenazas que les hacemos de parte de Dios y en nombre de Jesucristo; temiendo á Jesucristo en Dios, y á Dios en Jesucristo, están sometidos á los servidores de Dios y de Jesucristo. De aquí viene que al menor contacto, al menor soplo de nuestra boca, asustados con el pensamiento y con la imagen de ese fuego eterno á que están destinados, los veis salir á nuestro mandato de los cuerpos que ocupaban, llenos de furor, y exhalando en vuestra presencia toda la vergüenza de su desesperacion, y si vosotros los creeis cuando mienten, creedlos tambien cuando dicen la verdad contra sí mismos. Se miente en verdad por vanidad, pero jamas para deshonrarse, y esta es la razon porque nosotros somos mas inclinados á creer los que hacen confesiones contra si mismos, que á los que niegan por su propio interés; siendo por consecuencia estas mismas confesiones de vuestras divinidades las que nos dan tantos cristianos, porque no se puede creerlas sin creer en Cristo. Sí, ellas son las que nos penetran de una fe ardiente hácia nuestros santos libros, y las que prestan á nuestra esperanza un inmutable fundamento; ellas reciben de vuestras manos, la sangre de los cristianos en sacrificio; ¿querrian por ventura perder tan celosos y tan útiles adoradores? ¿Se espondrian por una nueva mentira á

verse un dia arrojadas por vosotros mismos si llegaseis á ser cristianos?

Creo no deber añadir nada á mi demostracion sobre la falsedad de vuestros dioses y la verdad del nuestro, cuando la autoridad de vuestros dioses mismos ha venido á poner el sello á la evidencia y á la fuerza del razonamiento; pero, habiendo citado nominativamente á los Romanos, no rehusaré entrar en lid con los que preocupándose de la cuestion afirman que ellos han llegado á ese colmo de poder que los hace dueños del mundo, en recompensa de su celo inviolable por la religion, y que es necesario que estos dioses existan, pues el que de todos los pueblos se ha mostrado mas piadoso respecto de ellos, ha sido el mas floreciente de todos.

Pero, ¿cómo habrán debido su prosperidad á su religion, cuando todo reino ó imperio, no se establece segun creo, sino por la fuerza de las armas, y no se engrandece sino por las victorias? Luego es evidente que su prosperidad es mas bien el fruto de un sacrilegio, porque la guerra y las victorias suponen necesariamente sitios, conquistas, ocupaciones y asaltos de ciudades, y ordinariamente todo esto no se puede hacer sin que los dioses sufran. Un mismo desastre envuelve las murallas y los templos; la carnicería confunde el sacerdote y el ciudadano, y el pillage no respeta ni lo santo ni lo profano; por consiguiente tantos trofeos como han tenido los Romanos, otros tantos sacrilegios han cometido; tantas victorias conseguidas sobre los pueblos, otros tantos triunfos sobre los Dioses, y tantos despojos arrebatados al enemigo, otros tantos si-

mulacros de inmortales, hechos cautivos. ¡Y se resignan esos dioses á recibir homenajes de sus enemigos! ¡Y dan un imperio sin límites á aquellos de quienes mas bien han recibido ultrages que adoraciones! Esto quiere decir que se ultraja sin temor, y se honra sin suceso, como á dioses que no valen nada.

¿Cuanto mas razonable es que el que dispensa las coronas, y es Señor del mundo con sus reinos, y de los que reinan en él; que el que existia antes de los siglos y que ha hecho los siglos y los tiempos, sea el que haya decretado soberanamente para épocas por él determinadas, la duracion y las vicisitudes de los imperios, y que las ciudades se eleven ó se humillen á la voluntad del que reinó antes de que hubiese ciudades sobre la tierra?.... Si vuestros dioses dispusiesen verdaderamente de las coronas, los Judíos, que los han despreciado siempre, no hubieran jamas tenido imperio, y vosotros mismos habeis ofrecido víctimas á su Dios, y ofrendas en su templo; y habeis honrado con vuestra alianza la nacion que no hubierais jamas subyugado, sino por el último atentado que ha cometido contra la persona de Cristo.

¡Qué locura, esclaman, querer mejor perder la vida por tenacidad de la opinion que salvarla sacrificándola, sin cambiar por esto de principios! Luego quiere decir que nos dais el consejo de engañaros. Nosotros sabemos muy bien por quien estais inspirados, y que del mismo taller salen las artificiosas maniobras empleadas para seducirnos, como las violentas persecuciones para quebrantarnos. El artífice de esta conspiracion es ese espíritu, angel y demonio, que hecho

nuestro enemigo por su caida, y envidioso de las gracias divinas, se insinua en vuestras almas, desde donde nos combate impulsándoos, con secretas instigaciones, á esos juicios inicuos con que os manchais; pues aunque la potestad de los demonios nos está sujeta, ellos no obstante como perversos esclavos, mezclan comunmente la insolencia con el temor, y se complacen en hacer mal á los que temen; porque el temor va pocas veces sin la adversion. Condenados sin esperanza, ellos no gozan de consuelo si no en hacer mal, hasta el dia en que se consume su castigo; sin que esto impida que en nuestra presencia, se inclinen bajo el yugo, y entren en su condicion, pues aunque de lejos nos provoquen, de cerca están á nuestros pies. Así cuando, semejantes esclavos escapados de los hierros y de los calabozos, se lanzan contra su Señor con tanto mas furor cuanto que sienten la desigualdad de sus fuerzas, de la misma manera cuando ellos se ven obligados á combatir, y les hacemos frente, con una firmeza igual á su encarnizamiento, nos ceden el triunfo, y lo obtenemos mas gloriosamente que cuando morimos por la fe.

El monarca no es grande sino mientras que reconoce su dueño en Dios que lo ha producido todo. ¿Puede acaso declarar la guerra al cielo ningun emperador; encadenarle á su carro de triunfo, colocar centinelas en esa divina morada, ni hacer la ciudad eterna tributaria de su ley? Su poder no va hasta allí, porque pertenece tambien al que sostiene los cielos y el universo; por él es emperador, por él antes de ser emperador era hombre, y por él tiene su poder así como tie-

ne la vida. Y nosotros con los ojos elevados hácia el celeste asilo, con las manos estendidas, porque son puras, con la cabeza descubierta, porque no tenemos de que avergonzarnos, y sin que nadie nos señale fórmulas de oracion, porque el corazon es el que ruega, pedimos para nuestros príncipes, cualesquiera que sean, una larga vida, un reinado tranquilo, la seguridad en su palacio, el valor en sus ejércitos, la fidelidad en el senado, la virtud en el pueblo, y la paz en el mundo; y esto es todo lo que un hombre, y todo lo que un emperador puede desear.

Yo no puedo pedir todo esto sino á aquel de quien estoy seguro que puedo obtenerlo, porque solo él puede concederlo, y yo solo tengo el derecho de pedírselo, como su servidor y su adorador, y dispuesto siempre á ser inmolado por él, le ofrezco la mas preciosa víctima que él mismo me ha pedido, que es la oracion que viene de una conciencia inocente, de una carne púdica, y del Espíritu Santo. Yo no le ofreceré ningunos granos de vil incienso, ni perfumes de la Arabia, ni algunas gotas de vino ni la sangre de un buey que desfallece y desea la muerte, ni mucho menos, una conciencia impura; pero si en tanto que rogamos así con las manos elevadas al cielo, se quiere desgarrarnos con uñas de hierro, clavarnos en la cruz, hacernos consumir lentamente por las llamas, atravesar nuestro seno con la espada, ó entregarnos á los animales devoradores; la postura del Cristiano orando, afrenta todos vuestros suplicios, y él os da testimonio con su sola actitud de que está pronto á sufrirlo todo. ¡Ah! venid pues, vosotros magistrados inhumanos; apresuraos á ar-

rancar la vida á hombres que la emplean en rogar por los emperadores; la verdad y la consagracion á Dios, son nuestros crímenes.

Pero ¿por qué hablar mas del religioso sentimiento que nos liga al príncipe? esto nos está mandado por la opinion en que estamos de que Dios es quien le ha elegido. Con este título, yo lo diré atrevidamente: Cesar es para nosotros mas que persona alguna, pues nuestro Dios es quien le ha hecho lo que es. Yo puedo, mas bien que otro, contribuir á su conservacion; pero llamarle Dios, jamas, porque no es mas que un hombre; y aun en el momento mismo en que es conducido sobre el pomposo carro de triunfo, se tiene cuidado de advertirle, por el heraldo que va colocado detras de él. *Mirad bien lo que viene despues, y acordaos que sois hombre*; pero él goza no obstante mucho mas de la gloria que le rodea. Pensando que se está obligado á recordarle lo que es y que su verdadera grandeza está en que es menester impedirle que se crea un Dios.

Augusto, fundador del imperio, no permitia que se le diese el título de Señor; este es en verdad el privilegio de la divinidad; sin embargo yo consentiria en dárselo, aunque en otro sentido que á Dios. Yo no soy su esclavo; el único Señor á que pertenezco, es Dios todo poderoso, eterno, y su dueño como el mio; si él es el padre de la patria ¿cómo seria el Señor? El título que supone la bondad y el amor ¿no vale mas que el que anuncia el poder? Los gefes de familia son llamados padres, y no Señores.

Los cristianos son los enemigos del Estado, porque no dan á la magestad imperial honores iluso-

rios, engañosos, y sacrílegos; porque consagrados, como lo son, á la verdadera religion, celebran los dias de fiesta del emperador con un gozo todo interior y no con el desorden. Gran prueba de celo, con efecto, encender fuegos y poner mesas en las calles, ostentar banquetes en las plazas públicas, trasformar á Roma en una taberna, hacer correr arroyos de vino, ir en tropas por aquí y por allá, para provocarse los unos á los otros con injurias, con desafios y con impúdicas miradas. ¿El gozo del pueblo se manifiesta solo con la vergüenza pública? ¿Lo que viola la decencia, viene á ser decente en las fiestas del emperador? ¿Es menester, para honrar al Cesar, menospreciar esas mismas leyes que antes se observaban por respeto á él? ¡Qué! ¿Seria piedad la licencia y la disolucion, y se llamarian religion las orgias escandalosas? ¡Ah! ¡Cuan dignos somos nosotros de muerte en hacer votos por los emperadores, y en tomar nuestra parte en la alegria general sin cesar de ser castos, modestos y reservados en nuestras costumbres! ¡Qué crimen, faltar en dia de gozo á cubrir de laureles nuestras puertas, y en no encender antorchas con la luz del sol! Sin duda el bien parecer ordena, en esta suerte de regocijos, dar á su casa el aire de un lugar de prostitucion.

Seria curioso el quitar el velo á estos hombres tan llenos de un respeto aparente por la segunda magestad, para ver donde está la franqueza y la verdad, si en los cristianos, ó en los que nos rehusan el nombre de Romanos y que nos tratan de enemigos de los emperadores. Yo apelo sobre esto á los Romanos mismos, á esa inmensa multi-

tud que cubre vuestras siete colinas; ¿quien es el que apesar de su entusiasmo romano, respetó á ninguno de sus emperadores? El Tiber y las escuelas de los gladiadores lo saben; y si la naturáleza hubiera puesto sobre los corazones un velo trasparente, no habria ni uno solo en donde no se descubriesen votos secretos, sin cesar formados y renovados en favor de nuevos príncipes, á fin de obtener las distribuciones acostumbradas á cada advenimiento al trono, y hasta en el momento mismo en que resonase el grito: ¡*Que Júpiter quite de nuestros dias para añadirlos á los vuestros*! Pensarian de nuevo en otro príncipe, pero un cristiano sabe tan poco proferir estas palabras como formar votos secretos por un nuevo emperador.

Si como lo hemos dicho nos está mandado el amar á nuestros enemigos ¿á quien podriamos nosotros aborrecer? Si nos está prohibido vengarnos de los que nos ofenden, por no parecerseles, ¿á quienes podriamos ofender? Yo os hago jueces á vosotros mismos: ¿cuantas veces os habeis desencadenado contra los cristianos, tanto para satisfacer vuestras prevenciones como para obedecer á vuestras leyes? ¿Cuantas veces el pueblo, aun sin esperar vuestras órdenes, no nos persigue por su propio movimiento con piedras y armas en la mano? Ni aun en las bacanales, se deja tampoco á los cristianos en paz en sus sepulcros; se les arranca de este asilo de la muerte, sin piedad por sus restos desconocidos; se les ultraja, se les mutila, y se les hace pedazos. No obstante, ¿habeis visto jamas que nosotros procuremos vengarnos, sin embargo de perseguirsenos

con tan furioso encarnizamiento, y de no dejarnos tranquilos ni en los lugares de la muerte? Si nosotros quisiésemos y nos estuviese permitido rechazar tantas calamidades, nos bastaria una sola noche y algunas antorchas para darnos una amplia venganza; pero no quiera Dios que una religion divina recurra, para librarse de los peligros, á medios humanos, ni que ella se aflija de las pruebas que la hacen apreciar, porque si en lugar de obrar sordamente nosotros viniésemos á represalías abiertas, no careceriamos ni de fuerza ni de soldados. Los Moros, los Marcomanos, los Partos mismos, cualquiera nacion que tiene sus límites, ¿es acàso mas numerosa que la que no tiene otros que el universo? Nosotros no somos mas que de ayer, y llenamos toda la estension de vuestros dominios; las ciudades, las fortalezas, vuestras colonias, las villas, los concejos, los campos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el Foro, todo esto lo ocupamos, y no os dejamos sino vuestros templos. ¿Qué guerra no seriamos capaces de emprender, aun con fuerzas desiguales, nosotros que nos dejamos matar voluntariamente si en nuestros principios no valiese mas sufrir la muerte que darla? Nosotros podriamos, aun sin tomar las amas, y sin sublevarnos abiertamente, combatiros y venceros, solamente con separarnos de vosotros, pues si esta inmensa multitud de cristianos viniese á dejaros, y se retirase á algun continente lejano, la pérdida de tantos ciudadanos de todos estados, desacreditaria vuestro gobierno, y os castigaria bastante, porque no hay duda que espantados de vuestra soledad, y del horrible silencio en que

quedaria el mundo entero, buscariais vosotros al momento como heridos de muerte, hombres nuevos á quien mandar, y tendriais mas enemigos que ciudadanos.

Ved, dice, ¡*como ellos se aman!* esto admira á nuestros censores, porque están bien lejos de parecersenos; ved como están prontos á morir los unos por los otros. Si, ellos están mas bien dispuestos á degollarse entre si que á ceder en sus convicciones. Tambien declaman contra el nombre de hermanos que nos damos, porque entre ellos todos los títulos de parentesco no son mas que espresiones engañosas de inclinacion. Pero, ¿cuanto derecho no tenemos nosotros para mirarnos como hermanos, teniendo todos un mismo padre, que es Dios; estando iluminados por el mismo espíritu de santidad, é inspirados por la misma verdad despues de haber salido del seno de la ignorancia, y no formando todos mas que un corazon? En nuestra sociedad todo es comun, escepto lo que escita las sensualidades carnales, y nosotros somos distintos de los otros hombres, por este solo punto de union; pues en otras partes hacen un pacífico cambio de los derechos del matrimonio, á imitacion de los sabios mas alabados de la Grecia y de Roma, que veian un Sócrates y un Platon abandonar á sus amigos mugeres con las que se habian desposado para tener hijos de los que no debian ser los Padres. ¿Seria esto contra la voluntad de ellas? Yo lo dudo mucho; porque indignamente prostituidas por sus propios maridos no harian gran caso de la castidad conyugal. ¡Bello ejemplo de la gravedad Romana y de la sabiduría ática! ¡Un filóso-

fo, ó un censor, dan lecciones de impureza! ¡Que se admiren, despues de esto de oir calumniar la caridad que reina entre los cristianos!

Que el Tiber salga de madre, que el Nilo no se derrame por las campiñas, que el cielo rehuse la lluvia, que sobrevenga un temblor de tierra, una mortandad, un hambre, y al momento se oirá gritar: ¡*Los cristianos al Leon*! ¡Ah! ¡y será para un solo leon todo un pueblo de cristianos!

En todos tiempos la raza humana ha provocado la venganza de Dios; ya sea, no sirviéndole cuando le conoce, al menos en parte, ya sea formándose otros dioses para adorarlos, y á falta de buscar el verdadero principio de la sabiduría, el juez y el vengador del crimen, se han undido en el fango del vicio y de las mas criminales pasiones, pues buscando á Dios, se le conoceria; conociéndole se le adoraria; y adorándole, se esperimentaria su misericordia en lugar de escitar su indignacion, y la tierra estaria en paz.

Aprended á conocer mejor cual es la economía de la Providencia. Dios, que ha alejado hasta el fin del mundo el juicio eterno de todos los hombres, no precipita, antes de este tiempo, la separacion que seguirá á este juicio. Entre tanto, parece tratar de la misma manera á todos los hombres; permitiendo que los infieles se repartan los bienes de sus servidores, que sus servidores sean asociados á los males de los infieles, y que los unos y los otros resientan á la vez su clemencia y su severidad.

Es verdad que nosotros no compramos inciensos, y si los Arabes se quejan de ello los Sabeos responden que compramos aromas para enterrar

los muertos, en mas grande cantidad, que vosotros tomais para incensar á vuestros dioses. Las rentas de vuestros templos disminuyen diariamente : ¿por qué quejaros y preguntarnos quien es el que pone en la caja de las limosnas? Si vuestros dioses son pobres, es porque nosotros no podemos bastar á dar á los hombres y á los dioses ; nosotros no creemos deber dar sino á los que piden ; que Júpiter tienda la mano y nosotros le daremos.

Yo confesaré no obstante, que hay gentes que pueden decir que no somos buenos para nada. ¿Cuales son? yo pongo á su cabeza los que hacen oficio de servir la incontinencia pública; despues los robadores, los asesinos, los envenenadores, y todos los que se entregan á estudios y acciones criminales. ¿Qué se pierde, ni qué se gana en no ser buenos para nada respecto de esta suerte de gentes?

Nosotros tomamos por testigos á vuestros registros; vosotros cada dia juzgais los presos y pronunciais vuestras sentencias segun las denunciaciones ; ¿encontrais acaso jamas en esa muchedumbre de malhechores, de asesinos, de violadores, de sacrílegos y de sobornadores citados á vuestros tribunales, ni un solo cristiano? ó al contrario, ¿hallais entre los que os son entregados como cristianos, ni uno solo culpable de alguno de esos crímenes?

¡Solo de los vuestros están las prisiones llenas, y de ellos solo se engordan las bestias ; sus gritos solo son los que se hacen resonar en las minas, y entre los vuestros solo se toma esa porcion de criminales destinados á servir de espectáculo!

Ninguno de entre ellos es cristiano; ó no es sino cristiano; porque si fuese otra cosa no seria cristiano.

¿Cual es el código mas escelente que dice: « *No matarás* » ó el que prescribe no encolerizarse? ¿Cual es el mas perfecto el que condena el adulterio, ó el que proscribe la concupiscencia de la vista? ¿Cual va mas adelante el que no permite hacer mal, ó el que impide hablar mal; no hacer perjuicio á alguno ó vengarse del que se ha recibido? Pues sin embargo estos códigos profanos no tienen nada bueno sino lo que han sacado de una fuente mas antigua: quiero decir de la divina ley.

Yo os he hablado de Moises y de su antigüedad tan anterior á la de vuestros legisladores. ¿Qué sancion podria garantizar las leyes humanas, cuando es tan facil el escapar á su accion? Ellas no alcanzan sobre los crímenes secretos; se las traspasa, sea por dejarse arrastrar, sea por desprecio, y despues ¿como castigan? con una pena que no dura mas que un momento, pues no se estiende mas allá de la vida. Esto es lo que hacia despreciar á Epicureo todos los tormentos y todos los dolores. Si el dolor es ligero, decia, es facil de soportar, y si es violento no dura. No sucede así con nosotros, pues persuadidos que nada se escapa al ojo escrutador que todo lo ve, y que hay suplicios eternos que evitar, nosotros somos los solos que garantizamos la verdadera virtud, porque la conocemos en su origen, y porque nosotros la ponemos bajo la salvaguardia de los terrores de un porvenir, no limitado á algunos años, sino eterno.

El incrédulo, obligado á reconocer las ventajas del cristianismo, por el conocimiento que le han dado nuestras relaciones habituales, se atrinchera en decir que no hay nada de divino; que no hay mas que una secta de filósofos como los otros. Todas las sectas, nos dicen, enseñan tan bien como los cristianos, la pureza de costumbres, la justicia, la sobriedad, y la continencia.

¿Por qué pues, si nuestra doctrina es la misma que la suya, no nos permiten, como á ellos, el profesarla? ¿Por qué, si piensan como nosotros, no están obligados á las mismas cosas que no nos es posible rehusar sin correr riesgo de la vida? ¿Han obligado jamas á un filósofo á sacrificar á los dioses, á jurar por ellos, ó á encender inútiles antorchas en medio del dia? Todo les está permitido; ellos pueden impunemente minar los fundamentos de vuestro culto, declamar contra vuestras supersticiones, y vosotros los aplaudís y hasta la mayor parte se desencadena contra los emperadores, y los sufrís. No os cuesta mucho mas concederles recompensas y erigirles estatuas, que condenarnos á nosotros á las fieras; y no os equivocais porque ellos toman el nombre de filósofos, y no el de cristianos: luego, el nombre de filósofos no pone en huida los demonios; ¿por qué? es que los filósofos ponen los demonios casi en el mismo rango que los dioses, y la palabra favorita de Sócrates lo comprueba: *Si mi demonio lo permite.* Este mismo sabio, que al menos entreveia la verdad, pues que negaba que hubiese dioses, ordenó en el momento de su muerte, que sacrificasen un gallo á Esculapio, sin duda por reconocimiento á su padre Apolo, cuyo oráculo le

habia declarado el mas sabio de los hombres. ¡Apolo era bien inconsecuente, prestando tanta sabiduria á un hombre que no reconocia á los dioses!

Cuanto mas una verdad hace sombra, mas el que la profesa abiertamente subleva todas las preocupaciones; pero un medio seguro de agradar á los que la persiguen, es el de alterarla y debilitarla. Tal es el método de los filósofos que se alaban de conocer la verdad, y que la corrompen, porque no tienen otro objeto que la gloria. Los cristianos que no tienen otro movil que el interés de la salvacion, buscan con cuidado la verdad y la profesan francamente; pero los filósofos no pueden, como vosotros pensais, ser comparados á los cristianos, ni por la doctrina, ni por las costumbres.

¿Pudo Tales (ó Simonides), ese gran físico, responder alguna cosa de positivo al rey Creso, sobre la Divinidad, á pesar de haber tomado muchas dilaciones para pensar en ello? Entre nosotros, el último de los artesanos conoce á Dios, le hace conocer á los otros, y satisface á todas vuestras preguntas sobre el autor del universo; en tanto que Platon viene á aseguraros, que es bien difícil el descubrirle, y aun mas peligroso el divulgarle. Los filósofos pretenden rivalizar con nosotros por la castidad, y yo leo en el decreto de muerte de Sócrates, que fué condenado como corruptor de la juventud; jamás á un cristiano se reconvino de violar las leyes de la naturaleza. Diógenes no se avergonzaba de satisfacer su pasion con la cortesana Friné. Speusippes, discípulo de Platon, fué muerto cometiendo un adulterio: pero un cristiano no conoce mas muger que

aquella con que se desposa. Demócrito, sacándose los ojos porque no podia dominar á sus sentidos, publica bastante su incontinencia con el castigo que se impone : un cristiano conserva sus ojos pero no los fija sobre ninguna muger; porque no los tiene para la concupiscencia. Si se trata de modestia, yo veo á Diógenes pisar con sus pies llenos de lodo el orgullo de Platon, con un orgullo mas grande aun, pero un cristiano es humilde, aun con el pobre. Si se trata de moderacion, Pitágoras quiere reinar sobre los Turienses, Zenon sobre los Prienienses y un cristiano no pide ni aun ser Edil. Si se trata de igualdad de alma, Licurgo se deja morir de hambre porque los Lacedemonios han cambiado alguna cosa á sus leyes, y un cristiano da gracias á quien le ha condenado. Si se trata de buena fe, Anaxágoras niega el depósito que ha recibido de sus huéspedes; pero la honradez de los cristianos es alabada aun entre los infieles. Si se trata de sencillez, Aristóteles hace echar á su amigo Hermias de las funciones que él ocupaba; y un cristiano no sabe humillar ni aun á su enemigo; el mismo Aristóteles adula bajamente á Alejandro para gobernarle; Platon á Dionisio el tirano para ser admitido á su mesa; Aristipo, bajo la púrpura y la máscara de la gravedad, se abandona al desorden; Hippias muere queriendo oprimir á su patria; y jamás un cristiano se ha permitido nada contra el estado, ni aun para vengar á los cristianos, á pesar de ser tratados inhumanamente.

Se dirá que hay tambien entre nosotros algunos que se apartan de la regla de nuestra disciplina; en este caso no los miramos como cristia-

nos; en lugar de que vuestros filósofos manchados con tantas infamias, no por eso pierden entre vosotros el título de sabios, y la gloria de pasar por tales. ¿Qué relacion hay entre un filósofo y un cristiano? ¿entre un discípulo de la Grecia y un discípulo del cielo? ¿entre un hombre que no se ocupa sino de la gloria, y otro que se consagra todo entero al cuidado de su salvacion? ¿entre uno que hable como sabio, y otro que viva como sabio? ¿entre el que no sabe sino destruir y el que solo sabe edificar? ¿Cómo podeis comparar tampoco un partidario y un adversario del error, un corruptor y un vengador de la verdad, y el que la roba con el que la conserva y posee en su integridad á precio de su vida?

La antigüedad de nuestros libros santos establecida precedentemente, me suministra un medio mas para conduciros sin mucho trabajo á esta consecuencia, que es el tesoro de donde todos los sabios venidos despues han tomado prestadas sus riquezas. Me será facil el probarlo. ¿Qué poeta ó qué filósofo me citareis que no haya bebido en la fuente de nuestros profetas? Esos hombres ambiciosos de gloria y de elocuencia ¿venian acaso á encontrar en nuestras Escrituras alguna de esas máximas tan bien hechas para escitar su curiosidad? Al contrario, ellos se las apropiaban, y no reconociendo en ellas el caracter de divinidad de que estan selladas, no hacian escrúpulo de alterarlas al usurparlas: ellos tenian demasiada poca inteligencia para penetrar el sentido misterioso oculto á los mismos judíos, y creian poder hacer el hurto impunemente. Su orgullo,

desdeñando la belleza sencilla de la verdad, se ha lanzado en las opiniones mas diversas, y no hallando ningun punto fijo, mezcla lo cierto y lo dudoso. En lugar de enseñar el dogma de la unidad de Dios, tal cual ellos lo habian hallado, han disputado sobre su naturaleza, sobre sus atributos y sobre el lugar de su morada. ¿Es Dios un puro espíritu? ¿tiene un cuerpo? Los platónicos han dicho que sí; los estóicos que no; Epicureo ha hecho un compuesto de átomos; Pitágoras, de nombres; otros, en seguimiento de Heráclito, ven su principio en el elemento del fuego. La escuela de Platon admite una Providencia; la de Epicureo no la quiere, ella encadena á su Dios en un reposo inmovil, donde vegeta, como nulo para todo lo que sucede á los hombres, y los Estóicos le suponen fuera del mundo que él mueve como el alfarero su rueda. Los Platónicos le colocan en el mundo mismo, que rige como el piloto gobierna su navío: pero ellos no estan conformes tampoco sobre el mundo; porque segun unos, ha sido creado; segun otros, es eterno; y segun otros acabará, ó no acabará. ¿Concuerdan acaso mejor sobre el alma? Estos quieren que sea divina y eterna; aquellos que sea mortal y corruptible, y cada uno añade ó cambia las opiniones á su fantasía.

No es admirable que los filósofos con su imaginacion, hayan desfigurado de tal suerte la creencia primordial, cuando en nuestros dias, hombres salidos de sus escuelas han corrompido los nuevos libros de los cristianos mezclando en ellos dogmas arbitrarios y sistemas filosóficos, haciendo de un solo camino derecho, una multi-

tud de senderos torcidos donde uno se pierde.

A todos los corruptores del Evangelio, oponemos el argumento invencible de la prescripcion; pues la sola verdadera religion es la que, enseñada por Jesucristo, nos ha sido trasmitida por sus discípulos. Todos los novadores no han venido sino despues, y estraviados por espíritus engañosos han buscado en la verdad misma las armas con que la han combatido, infestando nuestra saludable doctrina con una liga impura, y mezclando á nuestras santas verdades, ficciones que debilitan la autoridad, con un cierto aire de semejanza con ellas que consiguen atraer á ellos los entendimientos crédulos; de suerte que no se sabe ya si se debe creer á los cristianos, por la razon de que no se cree á los poetas ni á los filósofos, ó si se debe creer á los poetas y á los filósofos, bajo el pretesto de que no se debe creer á los cristianos.

Si predicamos el juicio futuro, se burlan de nosotros; pues los poetas y los filósofos han imaginado tambien un tribunal en los infiernos: si amenazamos con los fuegos subterraneos destinados al castigo del crimen, se echan á reir como locos diciéndonos que el Flegetonte corre en el pais de los muertos; si hablamos del paraiso, ó de un lugar de delicias para la recompensa de las almas santas; esos son, dicen, los Campos Elíseos que refieren los poetas. Luego, ¿quién es el que ha podido darles ficciones tan semejantes á nuestros misterios mismos mucho mas antiguos? Nuestros misterios en verdad debieran parecerles mucho mas creibles y ciertos, creyendo como creen lo que no es mas que la sombra y

la imagen, ¿se podrá dar á los poetas y á los filósofos el honor de la invencion? Si esto fuese así seria querer que nuestros misterios fuesen la imagen de lo que no ha venido sino despues de ellos y lo que es contra la esencia de las cosas: jamás la sombra está antes que el cuerpo ni la copia antes que el original.

Ellos tienen trabajo para concebir el dogma de la resurreccion del cuerpo y de la inmortalidad del alma, porque no comprenden como esta materia, reducida á nada, podrá volver á ser un cuerpo. Hombres, echad una mirada sobre vosotros mismos, y no tendreis mas dificultad para creer: ¿qué erais antes de ser hombres? nada; porque si hubierais sido alguna cosa, os acordariais sin duda de ello; es así que no erais nada antes de ser, luego no es dificil que el que os ha llamado de la nada á la existencia, pueda aun volveros á llamar cuando quiera. ¿qué hara él de nuevo? Vosotros no erais, y sois: vosotros no sereis, y volvereis á ser. Esplicadme, si podeis, como habeis entrado en la vida, y despues me preguntareis como podreis volver á ella, ¿será mas dificil volver á ser lo que sois, que el ser lo que nunca habiais sido? ¿Pondriais en duda el poder de Dios, que, creando de la nada este vasto cuerpo del mundo, mandaba á la nada, así como mandará á la muerte; derramaba en la naturaleza el espíritu de vida que la anima, y con su mano divina imprimió al rededor de vosotros las imágenes marcadas de la futura resurreccion? Vosotros veis cada dia la luz espirar y renacer, las tinieblas sucederle para darle lugar otra vez, los astros apagarse y volverse á encender; vosotros

veis tambien que la semilla no se pudre sino para fecundizarse, que todo se conserva por su destruccion misma, y que se reproduce por su propia muerte. ¡Hombre! ¡criatura escelente! aun cuando tú no habieras aprendido á conocerte por el oráculo que te llama *el Señor de todo lo que muere y de todo lo que nace*, ¿podrias tú creer que tú solo, en muriendo, perecerás para no mas revivir? ¡No! en cualquiera parte que quede tu despojo mortal, cualquiera que sea el cuerpo que le haya destruido ó que le haya tragado y consumido, y aunque parezca del todo estinguido, él te será vuelto, porque la nada obedece á aquel de quien el mundo entero depende.

Así que haya llegado ese término que separa el tiempo de la eternidad, así que la figura de este mundo se desvanezca, y que el tiempo como un velo puesto al través de la eternidad, se borre; entonces, el género humano todo entero, saliendo del sepulcro, parecerá ante su juez, á fin de recibir por la duracion de los siglos la recompensa ó el castigo que cada uno haya merecido. No mas muerte, no mas resurreccion nueva. Vueltos á entrar en posesion de la misma carne que tenemos, nosotros no seremos despojados jamas de ella. Los fieles adoradores de Dios, revestidos de inmortalidad gozarán eternamente de Dios. Los profanos, todos los que no sean irreprensibles delante de Dios, serán presa de fuegos igualmente inmortales, á quienes Dios comunica su divina sustancia y se hacen incorruptibles.

Vuestros filósofos mismos reconocen la diferencia del fuego que vemos con el que no vemos; del fuego que sirve al uso del hombre con el que

sirve á la justicia de Dios, sea que estalle en el rayo ó sea que salga del seno de las montañas. Aquel de que hablamos no consume lo que quema, antes bien lo renueva á medida que lo destruye, y devorando restablece. Vosotros teneis una imagen en las montañas donde subsiste un fuego que no se apaga, imagen sensible, testimonio siempre subsistente de ese fuego eterno encendido por una venganza inexorable; luego si las montañas arden siempre y no se consumen jamas, ¿por qué los pecadores, y los enemigos de Dios, no podrán siempre sufrir y siempre vivir, arder sin cesar y durar sin fin?

Estos dogmas, los tratais de preocupacion entre nosotros, pero entre los poetas y los filósofos son conocimientos sublimes; ellos son genios de primer orden que no se sabrán honrar demasiado; y nosotros somos idiotas despreciables destinados á todos los castigos. Sea lo que querais, y ya las juzgueis preocupaciones, ya absurdidades, ellas son útiles y necesarias, pues obligan á ser mejores á los que las creen.

El poder que vosotros teneis sobre nosotros, viene de nosotros mismos, porque yo soy cristiano porque quiero serlo, y vosotros me condenais porque yo consiento en ello, y no es de vosotros, sino de mí solo, de quien vuestro poder procede, y la multitud triunfa bien vanamente de vernos perseguidos. Nosotros somos los que tenemos derecho de triunfar, porque nosotros queremos mas bien ser condenados que ser infieles á Dios, y los que no nos aman deberian afligirse, mas bien que regocijarse, pues habiamos obtenido lo que habiamos elegido. Perdemos la vida, y esto es lo

que pedimos, y aunque nos llameis gente de *postel* y de *sarmientos*, porque nos haceis perecer en las llamas, estas son las palmas con que nos adornamos, y estos son nuestros carros de triunfo, y los vencidos tienen motivo para no amarnos, porque nos miran como desesperados y furiosos. Pero este furor y esta desesperacion son por otra parte el fruto de un vano amor de la gloria, y se hace en nosotros el estandarte del heroismo y de la gloria. Escévola mantiene sin quejarse la mano sobre un brasero ardiendo: ¡qué valor! Empédocles se precipita en el Etna; ¡qué energia! La fundadora de Cartago, yo no sé qué Dido, enciende una hoguera por segundo altar nupcial; ¡qué castidad! Régulo no quiere que se le cambie por muchos enemigos y se resigna á las mas horribles torturas: ¡esto es grandeza de alma, y lo que se llama ser libre en las prisiones! Anaxarco, en tanto que le muelen en un mortero, esclama: *Herid y golpead la cubierta de Anaxarco; pero él no siente nada:* ¡qué heroismo, conservar así su alegria muriendo de semejante muerte! vosotros erigís estatuas á esos heroes profanos; vosotros grabais sus elogios sobre el marmol y el bronce, para eternizar sus nombres, y para crearles si fuese posible una existencia nueva; y el heroe cristiano que por esperar de Dios la resurreccion verdadera resiste por esta esperanza, á los mas horribles tormentos, ¡os parece un insensato!

—

FRAGMENTOS DIVERSOS SACADOS DE OTRAS OBRAS DE TERTULIANO.

La prevencion que se encarniza contra los cristianos, no ha querido creer á las pruebas de la fe, aun cuando estan suministradas por hombres que el paganismo mira como sus oráculos: es decir, los poetas por una parte, con la futilidad de sus fábulas; y los filósofos, por otra, con su orgullo terco: los unos y los otros han llamado á la puerta de la verdad.

El testimonio que nosotros tenemos que producir será pues de un nuevo género, mas conocido que todas las literaturas, mas público que todos los libros, mas notorio que todos los sistemas, y mas grande que el hombre; quiere decir, lo que hace el hombre todo entero. Ven, alma humana, comparece y responde cualquiera que sea tu origen y tu naturaleza; á pesar de las opiniones que dividen las escuelas, tú eres siempre el asiento de la razon, de la inteligencia y del sentimiento; comparece pues no con el vano séquito de una ciencia adquirida en los libros ó en las escuelas, no con la del pórtico ni la de la academia; sino sencilla, vuelta á tus elementos primitivos, tal cual tú eres aun, cuando conservas tu constitucion pura, yo no te pido nada sino lo que llevas contigo, lo que tienes de tu propio fondo, ó lo que tú recibes de la mano soberana á quien debes tu

ser; tú no eres, que yo sepa, cristiana: porque para serlo es menester llegarlo á ser; pero no importa, pues no por esto será menos grande el testimonio que yo reclamo en favor de aquellos, á quienes tú eres estraña, y deben avergonzarse por tí misma de castigarnos, por odio de una doctina que tú compartes con nosotros.

Nuestro crimen es el de predicar un Dios esencialmente uno, de quien viene todo, y de quien todo depende. Danos testimonio, ó alma, si no es esta tu fe, porque, á tí tambien te hemos oido muchas veces en público y en particular, y en la plenitud de una libertad que no nos es permitida, esclamar: ¡*Si Dios quiere*!

Hay algunos, que sin negar la existencia de Dios, le disputan el atributo de una providencia que lo ve y gobierna todo, y de una justicia á la cual habrá que dar cuenta; y en esto se hallan ellos mas en oposicion con nosotros, porque creemos el juicio temible anunciado por nuestros divinos oráculos. Por honor hácia la divinidad es por lo que ellos pretenden librarla del embarazo de gobernar el universo, y la suponen incapaz de ningun sentimiento de cólera y de venganza; pues de otro modo, dicen ellos, seria susceptible de pasiones humanas, lo que repugna á la independencia de su ser. Pero se conviene en las mismas escuelas, que el alma es de un origen celestial, y esto es bastante para la refutacion de sus errores; porque si el alma es de una naturaleza divina, no queda ninguna duda de que ella conozca aquel de quien tiene este beneficio; y conociéndolo, le teme en consecuencia. Ved aquí porque desea hacérsele favorable, mas bien que ser

objeto de su cólera; pero ¿de donde viene al alma ese temor natural que tiene á la Divinidad? Si Dios carece de voluntad para irritarse y castigar, ¿cómo se puede temer al que no sabe castigar? Por otra parte, ¿á quien puede pertenecer el juicio, sino á la potestad suprema; y por esto mismo á Dios? Ved aquí lo que vuestra conciencia os dicta cada dia en público, y en particular. Pero, ¿de donde vienen estos principios en un entendimiento que no es cristiano? ¿de donde vienen pues si el alma no tiene el poder de dictarlos?

Nosotros afirmamos que el alma es inmortal; ¿podriamos nosotros avergonzarnos de una creencia que nos es comun con vosotros, por ser en efecto el consentimiento que se halla mantenido en todos los corazones? Cuando vosotros hablais de una persona que ha dejado de existir, es sin duda para lastimaros de ella; pero ¿de qué podeis lastimaros si no siente, ó no es despues de la muerte mas que un cadaver de que el alma se ha separado? Si ella se ha aniquilado, vosotros estais en contradiccion con vosotros mismos.

No obstante, vosotros temeis la muerte; y yo no comprendo qué pueda tener de temible, si no trae en seguida alguna cosa de que haya que tener miedo. Se teme á la muerte únicamente por los bienes de que priva; pero si el mal supera al bien aquí abajo, lo que se gana en morir supera á lo que se pierde, y el temor no tiene fundamento. ¿Debe temerse acaso tan fuertemente lo que nos libra de todo dolor? No obstante, vosotros la temeis; ¿como pues habriais aprendido á temerla, si no tuvieseis interiormente el presentimien-

to de alguna cosa que hace de ella un mal y inspira el temor? ¿La temeriais acaso si vuestra alma no fuese por naturaleza *llena de inmortalidad*?

¿Por qué hay entre las almas nobles esa esperanza de sobrevivir en la memoria de los hombres mas allá del sepulcro? Los heroes tan alabados de Roma y de Grecia, lo que les hizo despreciar la muerte, fué el deseo de la fama despues de que no existiesen. Aun hoy dia, quieren perpetuar su nombre, unos por la literatura, otros por el ejemplo en las costumbres, otros en fin por la pompa de su sepulcro y los monumentos de la tumba. Pero ¿de donde viene al alma la pretension de querer ser alguna cosa cuando el cuerpo no exista, si ella misma debe dar un dia el último suspiro? ¿Que seria á sus ojos este porvenir que pasa, si no hubiese sentido el eterno?

¿No son pues estos unos testimonios que salen del fondo de vuestra alma; unos testimonios tanto mas verdaderos, cuanto que son mas sencillos, tanto mas sencillos cuanto que son mas populares, y tanto mas populares cuanto que son mas comunes, quiere decir, mas naturales, y por lo mismo, divinos?

Aquí es donde es menester conocer la magestad de la naturaleza, porque de aquí es de donde el testimonio del alma saca su autoridad. Todo lo que concedais á la una resaltará sobre la otra, porque la naturaleza da la leccion en secreto, el alma la reproduce por un súbito instinto; y lo que la primera enseña y lo que la segunda apren-

de, nos eleva á Dios, principio eterno y soberano.

El alma existia, sin duda, antes de que hubiese libros; la sensacion antes de que hubiese escritores; el hombre en fin antes de que hubiera filósofos ni poetas. ¿Es creible acaso que los hombres hayan permanecido tantos siglos antes del descubrimiento de las letras y del alfabeto, sin manifestar por la espresion del lenguage, las sensaciones interiores que estaban en ellos? Si nadie hasta entonces, ni por el impulso de la naturaleza, ni por otra causa alguna, pensaba en hablar á Dios de su bondad, del fin y del porvenir del hombre, ¿como estosmis mos términos se han introducido en el lenguage y en los libros? Es preciso inferir que las ideas que ellos espresan, estaban en el sentido humano, y que sea Dios quien las haya inspirado ó grabado en el alma, ó que sea él el que las haya enseñado al mundo por la revelacion de sus escrituras; esto no es importante, porque ni Dios, ni la naturaleza, ni los libros divinos, saben mentir.

La religion de estos cristianos á quienes no se quiere ver ni oir, está en todas las bocas y en todos los corazones, y no es solamente en Roma ó en Atenas donde la conciencia habla este lenguage, sino en todas partes, porque el hombre es el mismo en cualquier pais, y aunque el sentimiento difiera, la espresion no varia.

Jesucristo ha desechado las pompas del mundo; porque ha juzgado que estos bienes, estos contentos, y esta gloria, eran indignos de él y de los suyos: si estas cosas fuesen dignidades, y una potestad real y verdadera, ¿á quien pertenecerian

mas legítimamente que al Hijo de Dios? ¿Quién las hubiera obtenido mejor y con mas magnificencia? ¡ó qué numeroso y honroso acompañamiento hubiera precedido entonces sus pasos! ¡ó qué púrpura brillante le hubiera servido de vestido! ¡qué rica diadema hubiera coronado su frente! y ¡qué delicias hubiese preparado la naturaleza entera que obedece tan fielmente á sus leyes! ¡Pero no! él ha creido que esta grandeza era falsa, imaginaria y perjudicial al reino de la verdad: él lo ha creido así y ha rechazado esta gloria; y al rechazarla la ha condenado; aun mas ¿podré yo decirlo? sí; no temamos; condenándola la ha puesto en el rango de pompas del demonio, que el bautismo nos ha hecho repudiar.

Si me pedís el testimonio de la Escritura en favor de un gran número de instituciones cristianas, todo lo que yo tendré que decir, es que la tradicion las ha consagrado, que la costumbre las autoriza, y que la fe garantiza su observacion. En el orden civil, la costumbre es la que hace ley cuando la ley no habla y la autoridad es igual entre el hecho y el código, cuando la cosa está de acuerdo con la razon. Aquí es la razon soberana la que obra; y poco importa que ella haya pronunciado ó que haya dejado obrar; pues no es posible que el uso se hubiera introducido á pesar de los hombres, si no procediese de la tradicion que puso sus fundamentos.

Si como lo quieren los Judíos, es menester esperar aun ese gefe salido de la tribu de Judá que debia, segun todos los oráculos, nacer en Belen, ¿dónde está hoy esa familia real de David que debia reinar en Israel? ¿dónde está esa ciudad de

Belen, designada como el lugar de su nacimiento? Si no hay ya Belen, si su pueblo no tiene hoy ni aun el permiso de detenerse en las inmediaciones de esta ciudad, si está destruida conforme á esta palabra del profeta : *Vuestra tierra será abandonada* [1]; si el continente todo entero, despues del desastre de Jerusalen, no es mas que un monton de ruinas; si los Judíos, rechazados duramente de su tierra natal, no pueden mirarla sino de lejos; ¿cómo nacerá Cristo en Belen, cuando Belen no existe? ¿cómo recibirá la uncion de Cristo, cuando no hay ya Templo donde esté depositado el olio Santo que marca los reyes?

Ved aquí, dice el Señor por su profeta Isaías, *ved aquí que yo he tomado por la mano al Señor mi Cristo para someterle las naciones. A su aproximacion yo derribaré los parapetos de las naciones, abriré delante de él las puertas de las ciudades y ninguna le quedará cerrada* [2]. ¿Quien es el que el Señor ha tomado por su mano sino su hijo Jesucristo, á quien todas las naciones han sido sometidas creyendo su palabra y conformándose á su fe? ¿no es el mismo cuyos apóstoles han sido predichos por David cuando canta : *El ruido de su voz se ha hecho oir por toda la tierra; y ha llegado hasta las estremidades del mundo* [3]? Todos los pueblos del mundo pues ¿en quien otro han creido? Los Partos, los Medos y los hijos de Elam, los de la Mesopotamia y de la Armenia, la Frigia y la Capadocia, el Ponto y el Asia, la Panfilia y el Egipto, los Africanos y los Romanos; vamos mas lejos, las na-

[1] Is. V, 6. — [2] Is. XLV, 1. — [3] Ps. XVIII, 5.

ciones diversas confundidas con los nombres de Getulos y de Moros, las naciones famosas que pueblan la Galia y la España, el pais de los Bretones, inaccesible á las águilas y á los cónsules; los Sarmatas, los Daces, los Germanos, los Escitas, y tantos otros pueblos aun ignorados, tantas regiones é islas cuyos nombres se nos escapan; en todas partes conocen á Jesucristo, han recibido su ley, y le han rendido homenages como al monarca venido para reinar y *en cuya presencia todas las ciudades han abierto sus puertas, sin que una sola se haya mantenido cerrada, y los goznes de hierro y los cerrojos han caido reducidos á polvo...* Los corazones encadenados por mil lazos han volado á su encuentro, á pesar del infierno y de las pasiones encolerizadas. La profecía que anunciaba este triunfo, era tan brillante, que no hay ni uno solo de estos paises donde no haya un pueblo cristiano. ¿Quien hubiera podido establecer un imperio tal sino Cristo hijo del Señor, el heredero de las colinas eternas á quien los profetas habian prometido la sumision del universo? Salomon ha reinado, pero sobre Judea solamente, y su vasto dominio que se estendia desde Bersabée hasta Dan, no pasaba de allí. Dario se sentó en Babilonia; pero fuera de los Asirios y los Partos, ningun otro pueblo le obedecia. Los Faraones dirigieron el Egipto solamente. Nabucodonosor llevó sus conquistas de la India á la Etiopia, y allí espiró su poder. Alejandro, dueño un momento del Asia, no pudo trasmitir en su gloria las riendas de su autoridad. Roma misma es limitada;

[1] Is. XLV, 2.

porque la Germania indomable no permite al estrangero pasar sus fronteras. El altivo Breton está guardado por el Oceano que le rodea. El bárbaro Gétulo y el Moro impaciente, apenas son contenidos por la fuerza de las legiones, y el orgullo Romano se detiene entristecido delante de estos pueblos por conquistar. Pero el poder y nombre de Jesucristo han penetrado en todos los lugares del mundo; por todas partes han creido en él, en todas partes se le invoca, y se le adora, y por todas partes se le paga el mismo tributo. No hay Rey que no confiese su poder, ni bárbaro que se libre de su dominacion; él mismo, por todas partes, manda á todos; y es el solo rey, el solo juez, y el solo Señor.

Si Dios no es uno, no existe; así es que se asegura que es uno, luego buscadlo y hallareis que no puede ser de otro modo. Reducid á una definicion simple todo lo que la inteligencia humana puede afirmar del ser divino, y direis sin duda conmigo:

« Dios es el ser soberanamente grande, nece-« sariamente eterno, sin principio, y sin fin. »

¿Pero como seria soberanamente grande si tuviese un igual?

El ser soberanamente grande borra pues todo rival que pretendais igualarle, y Dios es uno: decir que no es uno, es decir que no existe y oponerse á la razon y á la fe que están de acuerdo sobre este punto.

No hay pues edad en Dios: ni nada de antiguo, ni nada de nuevo; porque lo nuevo supone un nacimiento, y la ancianidad supondria un fin: Dios es eterno.

No hay tiempo en la eternidad: todo lo que se llama tiempo, es ella misma: la eternidad.

La esencia propia de Dios, es estar fuera de toda comparacion; delante de su grandeza, toda gloria se aniquila; y toda potestad que no sea la suya, es prestada.

Dios no estará jamas oculto, porque se manifiesta siempre por las obras de sus manos; y tiene por testimonio todo lo que somos, así como este mundo donde su existencia se muestra con tanto esplendor.

¡El mundo! dice Marcion, ved aquí la obra maravillosa ¿es ella acaso una creacion digna de Dios? ¿Pretendeis vos ó Marcion que no hay en Dios potestad de crear? No, respondeis vos; pero yo concluyo que el mundo no es indigno de Dios, porque Dios no pudo hacer nada que no sea digno de él, luego él ha hecho el mundo.

Si es indigno de Dios el haber producido tal obra, ¿cuanto mas no lo seria que con el poder que tiene de crear no hubiese producido nada, aunque no fuese mas que para mostrar que es capaz de cosa mejor?

Mas para decir aun una palabra de esta obra que os parece indigna de Dios, ¿es así como la juzgaban los filósofos que á la vista del universo han mostrado su admiracion con palabras pomposas hasta divinizar las sustancias que los servian de alimento?

¡Ah! no os eleveis tanto como ellos; bajad solo vuestras miradas á lo que parece no llamarles la atencion; considerad un poco la flor oculta entre la zarza, así como la que esmalta nuestras praderas; el ala del último de los insectos, así como el

magnífico adorno del pabo real, y todo esto os mostrará en el Criador, un artífice que no es despreciable. Vos, que os sonreis de lástima sobre estos insectos que hallais indignos del Criador, imitad, si os es posible, la construccion de las abejas, los graneros de las hormigas, la trompeta y la lanza del mosquito; pero si despreciais las débiles criaturas que sirven á vuestras necesidades, ó que os presentan enemigos ¿qué sentimiento reservais á las mas grandes, rehusando reconocer en ellas al Criador? No salgais de vos mismo; ¿hallará el hombre mas gracia á vuestros ojos? ¡el hombre, esta obra admirable por la cual Dios ha dejado el cielo, y ha amado hasta morir! Pero vos, discípulo que vale mas que el maestro, servidor superior á vuestro soberano, vos que condenais en la profundidad de vuestros consejos lo que él habia venido á buscar, ¿le condenais de buena fe? ¿Condenais sin duda ese cielo que aspirais á habitar un dia y esta tierra de que recibís los alimentos que os mantienen y que fué antes vuestra cuna? ¡qué! ¿no es nada para vos el universo?

Si es verdad, como lo dice Marcion, que Dios hubiese podido abandonar el mundo á si mismo por el placer de repararle un dia, y sin otro motivo que este designio, lejos de ser bueno, hubiera sido el mas malo de todos los seres, porque poder hacer bien sin interrupcion y no hacerlo es sin duda obrar el mal.

El hombre, decís vos, fué condenado á la muerte, por haber cogido el fruto del arbol prohibido; los pecados y los castigos procedieron de este principio de mal; la posteridad de Adan fué en-

vuelta en la desgracia de su primer padre, aunque ella ignorase la existencia del arbol fatal que le perdió, y Dios ha podido hacerse de ello un vano placer. El mas bello mérito en el Criador, es el de ser bueno porque no es malo; ¿qué idea tendriais de un médico que dejase una enfermedad mortal nacer y empeorarse, y que difiriese el prestarla socorros para hacerse una reputacion mas grande de habilidad ó para poner sus servicios á un mas alto precio?

Marcion necesita un Dios que no sea mas que bueno, que sea bueno sin justicia, que no se enfade, que no condene, que no castigue; pero con una bondad tan estremada y tan dulce, ¿qué vendria á ser su justicia, atributo tan esencial en Dios como su bondad, siendo Dios el ser de todas las perfecciones?

¿Qué seria un Dios que estableciese una ley cuya observancia no pudiese garantizar; y que hiciese prohibiciones y dejase á los inobedientes impunes, porque estraño á todo sentimiento severo, no tuviese fuerza para hacerse obedecer? ¿Por qué prohibir lo que no podria reprimir, cuando al contrario seria prudente no prohibir nada, no siendo capaz de vengar ninguna infraccion?

¿No seria permitir el mal el prohibirle tan débilmente? Jamas se prohibe sino lo que no se quiere ver hacer; y si se está ofendido por la contravencion se debe castigar inmediatamente, porque el castigo debe seguir al resentimiento como pago de la ofensa. Pero en el sistema del adversario, Dios no castiga; luego no se ofende; y si no se ofende, es porque no se infringe su voluntad haciendo lo que prohibian sus preceptos; de

modo que la ley es vana, y el mal indeciso como el bien.

Si en la opinion contraria, la bondad divina consiste, en no querer que tal cosa se haga y en prohibirla, sin ser sensible no obstante á la prevaricacion, esto es bastante para mostrar que Dios no es insensible al pecado consumado, pues que él le rechaza aun antes que exista, á fin de prevenirle; luego su bondad no va sin su justicia.

Nada es al contrario, menos acomodado á la naturaleza de Dios, que no cuidarse de la ejecucion de las prohibiciones que su ley intima; porque no se asegura la autoridad de un precepto sino sometiendo la obediencia por el temor del castigo. Quitad las penas, y la infraccion será positiva, y el pecador se considerará como absuelto por el hecho solo de que no teme nada.

Pero ¿qué Dios es el que prevaricando á la justicia abrogaria su propia ley, temeria condenar el que acusa y aborrecer el que le desagrada? ¿permitiria despues del crimen lo que hubiese condenado antes que fuese cometido? ¿Quien no ve que toda su doctrina seria un sueño y su ley un vano espantajo?

¡Escuchad ó pecadores! ¡y vosotros que no lo sois aun, aprended á serlo! Hay un Dios favorable al crimen, el cual no se ofende, ni se enfada, ni se venga; que no tiene que proponeros ni un lugar de suplicios, ni un fuego devorador, ni tinieblas esteriores, donde haya rechinamiento de dientes; él no sabe sino ser bueno; si prohibe el pecar, es solamente en el testo de su ley, y vosotros sois libres, si la cosa os agrada, á suscribir

á una vana fórmula de sumision para tener el aire de darle algun honor; pero temor el no lo quiere.

¡Desgraciados! ¡vosotros le llamais vuestro Señor, y le rehusais el homenage del temor! pero el temor y el poder ¿no están ligados del todo? ¿qué puede el uno sin el otro? Sin el temor, el poder no existe.

¡Vosotros no le reconoceis como el padre soberano al cual debeis la ternura por sus beneficios y el temor por sus leyes! Idos pues, vosotros que no temeis á Dios porque es bueno; id á hundiros en la embriaguez del crimen y de la infamia, porque este es el bien á que aspiran los que no tienen temor del Señor. ¿Qué os impide el abandonaros á todos los escándalos del libertinage? idos, ya no teneis freno.

Como es imposible el negar que Dios existe, la heregía se ha formado á medida de su capricho, del mismo modo que un enfermo cuya vista fatigada no puede sostener el resplandor de la luz, queria otro sol mas templado y dulce para su organo debilitado. ¡Insensatos! vosotros no soportais los fuégos del sol único cuyos rayos aclaran y penetran el universo; pero, ¿es acaso por esto una fuente menos inagotable de beneficios? Quejaos de su potestad, que no por esto será menor de lo que es; y si vuestra debil vista no puede soportar el brillo de ella, mas dificilmente sostendreis las claridades de una segunda, si la hubiese, y ni aun así su debilidad seria menos afectada.

Adan, rebelde á su criador, dió la primera señal de la heregía; pero él confesó pronto que ha-

bia sido seducido; Adan no era mas que un novicio de irreligion.

Et vidit (Deus) quòd esset bonum [1].

Tales eran las cosas en el principio. La bondad de Dios lo habia hecho todo; el mal, en estos principios, no existia aun ni en el lenguage ni en la accion. Si Dios, al crear el hombre, le impuso una ley que vino á ser la ocasion del pecado, fué con el objeto de unirle á él por su propio interés, y para hacerle un ser libre, y no un esclavo de la misma naturaleza que los animales que debian estarle sometidos; á fin de que el hombre solo tuviese el derecho de gloriarse, de que ningun otro ser que él tenia su ley, de Dios, y que dotado de la razon y de la facultad del discernimiento, hallaba en los privilegios de su libertad misma, su guia y su freno, sometiéndose á aquel que le habia sometido todo lo demas, y su bondad previsora, no dejó tampoco ignorar á Adan á lo que se esponia violando su ley: así, él fué libre de obedecer ó de violar, y á él solo, debe quejarse. ¿Qué presente mas magnífico pudo recibir de su criador que el de ser formado á la imagen de su inteligencia? Libre como Dios mismo, y dueño de sus acciones, tenia el derecho de gozar de su libre albedrío, con poder de mantenerse voluntariamente en el bien, ó de evitar voluntariamente el mal. Quitad esta voluntad, reducidla á la necesidad de ser bueno ó malo, independientemente de su propia eleccion, y no habrá mas el título de aspirar á la recompensa ni al castigo.

Por esto, todo se esplica: no hay ningun em-

[1] Gen. I, 10, 2.

barazo para conciliar con esta economía primitiva la bondad de Dios; todo depende de su presencia, de su sabiduría, y de su poder. ¿Era menester que impidiese la libertad, porque previese el abuso? ¿qué venia á ser entonces la libertad, ese don sublime y divino? ¿á que pues dar á Adan su libre albedrío si queria encadenarle, y por lo mismo inutilizarle al concedérselo?

Sin embargo, ¿no es claro que la bondad divina se ha esforzado en impedir, por las amenazas, la infraccion que la presencia habia previsto? En esto estaba la sabiduría infinita; y obrando Dios de otro modo, hubiera destruido su propia obra; hasta aquí su bondad sola habia aparecido; ahora sus demas atributos se manifiestan. El crimen y el castigo se imprimen á toda la naturaleza; la muger concibe, pero en el dolor; la tierra es maldita, despues de haber sido bendita; el hombre es condenado á la muerte, y antes era inmortal; la bondad se habia adelantado, la justicia sigue.

No mas justicia, no mas Dios; separad la justicia de la bondad, y no será bondad sino debilidad. ¿Es menester para ser bueno que el legislador no sea justo? ¿es preciso que no haya en la ley mas que indulgencia y nada de severidad? Pero en medio de tantas seducciones como nos impulsan al mal, ¿hay un hombre que sea capaz de enlazarse con lo que pudiese despreciar impunemente? Nosotros no oimos sin espanto la formidable amenaza del Criador; y no obstante tenemos trabajo en separarnos del mal; ¿qué seria pues si no hubiese amenazas?

¿Llamaremos mal una justicia que persigue el

mal sin descanso? ¿Rehusaremos el nombre de bien á la que provee al bien? Vosotros no quereis un Dios tal cual debe ser, sino á vuestro capricho: un Dios bajo el cual los crímenes pudiesen estar algunos dias en paz y al cual el demonio tuviese el derecho de insultar. El Dios bueno seria á vuestro parecer, el que sabria mejor hacer al hombre malo, asegurándole la impunidad. Pero yo os pregunto, ¿donde está el autor del bien sino en el que le sanciona y le venga, y el opuesto al mal sino en aquel que le castiga?

El Dios de quien la Escritura habia dicho: *Nadie verá á Dios sin morir* [1], Jesucristo lo ha hecho ver en su persona; mostrándose como hijo de Dios, para enseñarnos á conocer al Padre invisible, en nombre del cual habla y obra como Dios; haciéndose Cristo por nosotros, identificándose con nosotros, y haciéndose hombre por nosotros; luego toda la parte que vosotros asignais al gran Dios, nosotros la reclamamos para la persona del padre invisible á nuestra inteligencia, habitando en el seno de una paz inalterable; y este será, si lo quereis, el Dios de la razon humana, y el Dios de los filósofos; pudiendo tomar lo que en vuestra idea, no esté de acuerdo con su grandeza, en la parte del hijo, en su carne mortal, y asociando en su persona las calidades de hombre y Dios; Dios por el esplendor de sus virtudes, y hombre por las debilidades de su humanidad, á fin de conceder al hombre todo lo que parece separarse de la divinidad. Dios ha venido á habitar entre los hombres para enseñarles á vivir en Dios, y él

[1] Exod. XXXIII, 20.

se ha humillado para elevarlos, ¡ó qué trastorno debe causar este entendimiento, por la doble manera con que concebís su naturaleza! vosotros le reconoceis por juez, y cuando él ejerce á título de juez, una severidad proporcionada á los motivos que la provocan, vosotros le acusais de dureza: pues quereis que sea soberanamente bueno, y cuando su bondad misericordiosa le hace descender al alcance de nuestra debilidad, creeis que se ha envilecido; de manera que no quereis de él, ni su elevacion ni su condescendencia, y le rechazais, como juez, y como amigo.

Echad una mirada sobre ese profundo abismo de errores, donde el género humano todo entero estaba sumergido antes de él, y juzgad de su estado por una ligera idea sobre la Paflagonia donde ha nacido Marcion; ella está habitada por pueblos nómades, los mas feroces de las naciones retiradas á esa estremidad de la tierra; y considerad si es habitarla verdaderamente el estar siempre errantes sobre carros sin tener morada fija y con las costumbres mas brutales: hombres y mugeres confusamente se muestran allí sin pudor, su alimento es la carne de sus parientes degollados, que mezclan en sus comidas con la de los animales. Allí, seria una desgracia el morir de muerte natural, y sin llevar la esperanza de ser devorado por los suyos, las madres no saben que es dar de mamar á sus hijos, ellas prefieren la guerra á todas las dulzuras del lazo conyugal; el cielo es allí de hierro como los corazones; la luz del dia no llega sino al través de espesas nieblas; el sol no hace brillar sus rayos sino con pesar; el aire, cargado de vapores sombríos y frios, hace

reinar un invierno eterno; no hay mas viento que el de las escarchas y el de las tempestades, sus rios desaparecen bajo los hielos que los cubren, y las nieves amontonadas sobrecargan las montañas; nada anuncia el movimiento y la vida; nada hay que parezca allí animado sino la barbarie; así, la fábula habia elegido esta region para hacerla el teatro de las mas espantosas catástrofes que el entendimiento humano haya conocido; pero de todas las calamidades salidas de estas desgraciadas regiones, la mas funesta es Marcion.

Si hay separacion entre el antiguo y el nuevo Testamento no consiste sino en la reforma y en la perfeccion, así como el fruto se distingue de la semilla que le ha producido. Por esto, el evangelio sucediendo á la ley, se separa de ella; se hace otro, aunque no estrangero, y es diferente, pero no contrario.

Que no se trate mas de oponer la ley antigua á la ley nueva, el objeto y el espíritu de la una y de la otra son los mismos. Por ejemplo, sobre el perdon de las injurias, si Jesucristo prohibe absolutamente la venganza, diciendo: *Que aquel que ha sido golpeado sobre una megilla presente la otra*, no manda nada que esté opuesto á la ley que el Criador habia establecido; pues esta decia: no dareis á nadie mal por mal, á fin de que nadie se acuerde del mal que haya recibido de su prójimo, y si el evangelio prohibe hasta el recuerdo de la injuria, con mas fuerte razon prohibirá la venganza; pero la ley que tenia que conducir hombres cuyo caracter y fe no eran los mismos, ha debido hablar de diferentes maneras: ella apaciguaba al

Israelita religioso haciéndole esperar la venganza del Señor; atemorizaba al Judío incrédulo, mostrándole las venganzas humanas prontas á caer sobre él; en una palabra, la represalía no estaba permitida sino para detener á aquellos que la fe de un Dios vengador no podia contener. Por lo demas, la una y la otra no prohiben la venganza, sino por la razon de que Dios se la ha reservado; sin esto, la paciencia del ofendido seria una debilidad que daria ánimo á los malvados.

Los dos Testamentos tienen el mismo designio y el mismo resultado: el uno prepara el camino á la perfeccion, que el otro muestra al descubierto; el uno pone el fundamento y el otro acaba el edificio; en una palabra, el uno predice lo que el otro hace ver cumplido: esto es lo que hace á Jesucristo tan antiguo, siendo nuevo.

Jesucristo ha llevado cautiva una multitud de cautivos [1], pero ¿con qué armas y en qué combates? ¿qué pueblo, ni qué comarca ha sido asolada? ¿qué ciudades han sido destruidas? ¿Dónde están las madres, los niños, los soberanos, que nuestro feliz vencedor ha arrastrado en seguimiento de su carro? Así, cuando David celebraba con anticipacion las conquistas de Jesucristo, le da una espada por armadura [2]; y cuando Isaías le ve cargado de los despojos de Samaria y de Damasco, vosotros teneis la idea de un verdadero conquistador; pero estos combates, estos triunfos, y esta armadura es del todo espiritual.

Si la tradicion evangélica se ha esparcido por toda la tierra, lo que no se sabrá decir de las tra-

[1] Eph. IV, 8. — [2] Ps. LXIV, 7. Is. VIII, 3.

diciones de la heregía, nosotros tenemos el derecho de llamar nuestra creencia *apostólica;* y aun cuando la de Marcion, que viene solo de ayer, hubiese llenado toda la tierra, no por esto le seria dado tomar este título, porque no pertenece sino á la primera que se ha estendido hasta las estremidades del mundo, así como habia sido predicho por este oráculo del Profeta: *Su rumor se ha esparcido sobre la tierra, y sus palabras se han hecho oir hasta en las estremidades de las naciones* [1].

Antes de todo principio, Dios existia solo; estaba en sí mismo, y él era su universo, su espacio, y la universalidad de los seres, y solo en este sentido se dice que no habia, fuera de él, nada creado, porque con él estaba su Verbo; Dios en Dios, Dios en sí mismo.

El Padre, el Hijo y el Espíritu son inseparables. Cuando yo digo que el Padre es diferente que el Hijo y que el Espíritu Santo, yo lo digo por necesidad, para responder al sistema de mi adversario, en lo que él llama su monarquía esclusiva; no para marcar diversidad, sino orden; no division, sino distincion; porque Dios es otro solamente en persona, pero no en sustancia.

Dios es Padre; luego Dios tiene un hijo; estas dos palabras se suponen mútuamente.

Nada hay difícil á Dios, este principio es incontestable; pero si nosotros queremos estender este principio, indiferentemente á todos los caprichos de nuestra imaginacion, podremos suponer que Dios ha hecho todo lo que no se nos ocurra imaginar, por el hecho de que haya podido hacerlo;

[1] Ps. XVIII, 5.

luego no es por que él lo puede todo por lo que nosotros debemos creer que hará tal cosa, sino porque es menester buscar si la ha hecho, él hubiera podido, si hubiese querido, dar al hombre alas para lanzarse en el aire como las aves; pero aunque lo haya podido hacer no por eso lo ha hecho. Él podia ahogarlas en su nacimiento así como á Projeas y á todos los hereges, los ha dejado vivir sin duda porque era necesario que hubiese aves de presa y hereges. Decid, no que la cosa le hubiera sido dificil de hacer, sino que no ha querido hacerla. El poder en Dios, es su voluntad; lo que él no puede, es lo que no quiere; todo lo que quiere lo puede, y lo muestra.

Nosotros tenemos al hijo sobre la tierra, y al Padre en el cielo, solo y único Dios está por todas partes, pues hasta en el fondo de los abismos, está presente por su inmensidad.

Creer que Dios es uno, pero sin querer admitir en la unidad divina, las personas del Hijo y del Espíritu Santo, es lo mismo que los Judíos opinan, y lo que nos separa de ellos es esta diferencia capital? ¿á qué servirian pues, el Evangelio y el Nuevo Testamento que reconocen, como ellos, la ley y los Profetas, hasta el tiempo de Juan Bautista, si despues no fuese necesario creer, que Dios es uno en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo?

Se nos habla de Jesucristo, como habiendo sido concebido por una virgen, así como el Profeta Isaías lo habia declarado; ¿qué importa á Marcion, ni aquel profeta ni todo el Antiguo Testamento? ¿Pero por qué mas tardanza? Borrad ese peligroso viage á Belen y ese rigoroso edicto que

lo ordena; quitad de mi vista ese techo miserable, esos pañales repugnantes, ese pesebre ignoble; que los ángeles que han venido á honrar su cuna con cánticos se guarden bien de dejarse sorprender con ilusiones nocturnas; dejad esos pastores en sus rebaños, escusad á esos magos del Oriente las fatigas de un camino tan largo, y que guarden sus riquezas; que Herodes se muestre mas afable, y que Jeremías no venga á lamentarse con Raguel desolada; nada de circuncision, la operacion es demasiado dolorosa; nada de presentacion en el templo; dejad en fin morir en paz ese anciano entre las manos de quien le poneis y esa Isabel avanzada en edad con sus horoscopios: ved aquí los sabios consejos con que Marcion queria debilitar la fe de tantos testimonios como evidencian la divinidad de Jesucristo. Pero yo le pregunto á él mismo, con qué derecho ó con qué título pensaba de tal manera. ¿Era acaso á título de Profeta? ¿donde están vuestras predicciones? ¿Era con el de apostol? ¿quién os impide predicar ó hablar en público? Si teneis el espíritu de los hombres apostólicos, hablad como ellos; y si no sois mas que cristiano, creed lo que nos viene por la tradicion.

Así que habeis cesado de creer, habeis querido aniquilar lo que no creiais ya, y por esto mismo confesais, que habia una fe á la que os sometiais antes de abandonar esta creencia que os venia de la tradicion. No obstante, pues que la fe cristiana viene de tal fuente, ¿qué puede ser ella, sino la verdad, como habiéndonos sido trasmitida por aquellos á quienes pertenecia hacérnosla llegar?

Marcion dice: « Yo no puedo resolverme á « creer que Dios se haya hecho hombre para na- « cer de tal manera, y revestirse de una carne, « porque la naturaleza de un Dios es necesaria- « mente inmutable; luego, tomando un nuevo « ser anonadaba el primero; y cesaba de ser « Dios, lo cual es imposible. » Sí, no hay duda que todo lo que, por su naturaleza, está sujeto á cambio, lo pierde en cambiándola, y cesa de ser lo que era; pero no sucede así con Dios, y por lo tanto no debeis ir á buscar en ninguna parte de las cosas humanas lo que juzgais pueda parecérsela.

No pudiendo acusar, ni el poder, ni la inmutabilidad de Dios, os arrojais sobre la pretendida bajeza del nacimiento de su Verbo y haceis una larga ostentacion de las miserias que acompañaron su concepcion y su nacimiento. Declamad cuanto querais sobre la manera con que el hombre viene al mundo, no respeteis ni aun el sentimiento de pudor natural que tiene la muger que se hace madre, y no tengais miramiento por los peligros que la cercan, ni tampoco por el título sagrado que ella recibe de la naturaleza. Vos que degradais hasta tal punto la condicion del hombre y que recargais el cuadro de sus miserias, sois tambien hombre; y os estimais bien poco, vos mismo, para despreciar así la dignidad de vuestra naturaleza: vos exhalais vuestro odio contra el hombre que viene al mundo; pero ¿cómo habeis entrado en él? ¿cómo podeis amar á vuestro semejante si vos mismo os hallais tan digno de desprecio?

Si es verdad que Jesucristo no sea otro que el

Criador, Jesucristo ha tenido razon de amar al hombre como siendo su criatura; si no es él quien le ha hecho, su amor no deja de ser mas heróico pues ha rescatado lo que no era su obra, y amando al hombre, ha amado por consecuencia el nacimiento del hombre en su carne; porque no se puede amar una cosa aisladamente por el que la ha hecho lo que ella es. Si quitais el nacimiento, ¿dónde está el hombre entonces? y si quitais la carne, ¿dónde está pues el objeto de la redencion? ¿Podrá acaso Jesucristo avergonzarse de lo que venia de rescatar? Segun vos, era indigno de Dios rescatar lo que él amaba; pero sin embargo por un nacimiento enteramente celestial, reforma el nuestro y nos arranca de la muerte, y revistiéndose de nuestra carne la liberta, la limpia de sus manchas, disipa su cegüedad, la arrebata de la tiranía del Demonio, y la llama á la vida; ¿hubiera creido indigno el que hace todo esto de nacer en esta misma carne? *Dios ha elegido*, nos dice el apostol, *lo que habia de mas insensato segun el mundo para confundir lo que habia de mas sabio.* ¿Qué habia de mas insensato? ¡Qué! convertir los hombres al culto del verdadero Dios, obligarles á renunciar al error, enseñarles á vivir conforme á las leyes de la justicia, de la castidad y de la paciencia, á ser misericordiosos, é irreprensibles en sus costumbres; esto es sin duda lo que el apostol ha querido decir. Buscad pues en que consiste esta locura; y si presumís haberlo descubierto, vos vereis en efecto que lo que habia de mas insensato, segun el mundo, era creer un Dios hecho hombre, nacido de una virgen, y como humillarse en medio de las bajezas de

nuestra humanidad; pero lo que no cede nada á esta aparente locura, es lo que nosotros creemos de las humillaciones y sufrimientos de la pasion, y que con San Pablo llamamos sabiduría el dogma de Dios crucificado. No creais en ella, ó Marcion, vos dareis nuevas pruebas de sabiduría; sí, de esta sabiduría, segun el mundo, y que no es mas que locura á los ojos de Dios.

Respondedme pues, ó asesino de la verdad; ¿juzgais acaso que Jesucristo no haya sido en efecto crucificado? Pero, por favor, ¿por qué quereis arruinar la única esperanza del género humano? ¿por qué quereis arruinar el título infamante pero indispensable de nuestra fe? Todo lo que parece indigno de Dios me es necesario; mi salvacion está en no avergonzarme y en dar testimonio de cuan feliz soy de ser insensato á semejante precio.

Dos sustancias distintas componen en Jesucristo la divinidad y la humanidad; la una que ha tenido nacimiento, la otra que no le tiene. De un lado la carne con sus debilidades; del otro el espíritu enteramente divino con toda su omnipotencia, y la mortalidad con un principio de vida inmortal; sustancias independientes, que muestran dos naturalezas igualmente reales, en las que una misma fe reconoce la verdad del espíritu y de la carne. El esplendor de sus milagros ha manifestado su divinidad; sus sufrimientos han atestiguado su humanidad. Si los milagros no se obran sin la virtud del espíritu divino que residia en él, por la misma razon el sufrimiento no obraria sin la carne de que estaba revestido, y del mismo modo, si la carne era imaginaria en medio de los sufri-

mientos, el espíritu era igualmente quimérico en medio de los milagros. ¿Por qué robarnos por mentirosas suposiciones la mitad de Jesucristo?

Responded, Marcion; ¿qué sentido dais á vuestras palabras? Vos consentís en hacer descender á Jesucristo de Dios soberanamente bueno; principio sencillo, pero que no es mas que bueno; ¡y ved aquí que os engaña dejándose fijar todas las miradas! ¿No se burla pues de todos los sentidos humanos cuando se deja tocar por los que se le aproximan, el que segun vos, no es sin embargo mas que un fantasma y una sombra sin consistencia? ¿Por qué pues haberle hecho descender de la morada celestial? Sin duda era para darle por origen una tropa de viles charlatanes á fin de ser consiguiente; porque si él no era hombre, tampoco seria Dios; en este caso no será mas que un vil charlatan, ó un impostor, bien lejos de ser el pontífice de nuestra fe, y menos tal vez que un vano artífice de espectáculos ilusorios, de manera que lejos de resucitar los muertos, no ha hecho mas que perder á los vivos.

Jesucristo ha nacido de una virgen, porque iba á consagrar un nuevo orden de nacimiento; y era menester que naciera de una manera enteramente nueva. El Señor habia hecho predecir por su profeta Isaías este nacimiento enteramente milagroso, y la señal porque deberia reconocerse está indicada en la misma profecía: *Una virgen concebirá y parirá un hijo*[1]. Una virgen ha concebido, y ha parido á Manuel, quiere decir á Dios con nosotros. Ved aquí pues un nacimiento enteramente

[1] Isai. VII, 14.

nuevo en que el hombre nace en Dios, y en que Dios ha nacido en el hombre, representado, como todos los acontecimientos de la nueva alianza, por las figuras de la antigua. La tierra estaba virgen aun, la mano del hombre no se habia hecho sentir en ella; ninguna semilla habia sido echada en su seno; y de esta tierra era de la que hemos sabido que hizo Dios al hombre, dando á este hombre un espíritu de vida; y si el primer Adan ha sido formado de tierra, el segundo, el nuevo Adan, como dice el apostol, lo ha sido tambien, es decir de una carne cuya pureza no habia recibido impresion alguna. Eva estaba virgen cuando dejó penetrar en su alma la pérfida palabra, que iba á levantar el edificio de la muerte; pero el seno de una virgen debia contener el Verbo destinado á derribar la obra del seductor, á fin de que el mismo sexo que fué el instrumento de nuestra perdicion lo fuese de nuestra reparacion. Eva creyó á la serpiente, María ha creido al Angel; y la credulidad de la primera ha sido reparada por la fe de la segunda.

Nosotros responderemos á los que disputen sobre la aparente contradiccion que presentan los nombres de madre y de virgen, que entre nosotros no se admiten los equívocos, ni nada que preste un doble sentido, porque la luz es la luz, y las tinieblas las tinieblas. Esto es, esto no es, ved aquí nuestro código: lo que se separa de esta sencillez es obra del demonio. María es madre, porque ha parido, y es virgen porque ha concebido sin la cooperacion de ningun hombre, y porque ha parido á Jesucristo sin ninguna violencia estraña.

La resurreccion de los muertos es la seguridad

de los cristianos : este dogma nos hace lo que somos, la verdad misma nos lo impone, y Dios nos lo revela ; pero el vulgo se burla, y se persuade que todo acaba con la vida, y á pesar de esto se ven por todas partes instituciones en honor de los muertos. Se les quema y se les ofrecen manjares ; de modo que se mezcla estravagantemente la ternura y la crueldad, y no se sabe si la irrision, ó el sacrificio sirve de principio. Los filósofos mismos comparten sobre esto los errores vulgares : Seneca ha dicho que todo acaba á la muerte, y que todo dura hasta la muerte misma. Los Platónicos admiten la inmortalidad del alma ; pero á pesar de haber marchado por el sendero de la verdad no por eso han penetrado hasta el santuario. A Jesucristo solo estaba reservado el honor de descubrir todo lo que habia estado oculto hasta entonces, fijar las incertidumbres, acabar los conocimientos que no estaban mas que bosquejados, cumplir lo que estaba predicho, y establecer la seguridad de nuestra futura regeneracion, no solamente por su doctrina, sino por el hecho de su propia resurreccion.

Hay hombres que creen en el fondo que Dios los juzgará, y que Dios los ve, y no por eso dicen menos que el que muere acaba para siempre, y que es menester vivir y gozar de la vida. Por esta palabra yo me recuerdo que el corazon del hombre, aunque sea la obra de Dios, no es mas que ceniza, y que la sabiduría misma del siglo no es mas que una locura. Pero vosotros que os decís cristianos, ¿no teneis nada que os distinga de los paganos? Desechad sus sentimientos ya que no reciben vuestra doctrina, y no os dejeis conducir

por un ciego, no estándolo vosotros. El pagano es el que debe aprender de vosotros la resurreccion de la carne, y no vosotros de él á negarla.

El herege y el pagano no toman consejo sino de sus sentidos: pero la razon divina manifestada en las Escrituras penetra mas adentro, no se detiene en la superficie, y frecuentemente pronuncia en oposicion al testimonio de los sentidos. La carne, despues de haber empezado por la abyeccion, se ha desenvuelto en la debilidad y en la flaqueza: y haciéndose importuna á si misma, y cargándose de miserias, ha vuelto á caer en el seno de la tierra que fué su primer elemento, á fin de coronar tantas bajezas; su nombre se cambia en el de un cadaver que no permanecerá tampoco mucho tiempo en ella, porque los términos de su nada no faltarán en señalarse. ¿Es pues verosimil que ella se aniquile hasta este punto y no perezca sino para renacer, en tanto que el universo mismo, obra mucho mas perfecta, perecerá para siempre? ¿Es posible que la carne, que no es mas que una porcion de este universo, sea mas privilegiada?

Ciertamente la obra es menor que aquel para quien ha sido hecha; y lo que lo prueba es su creacion. El universo destinado al servicio del hombre, obedece á la simple voz del criador que le hacia salir de la nada; pero el hombre destinado al imperio, fué formado por las manos de Dios mismo, para ser puesto por los derechos de su naturaleza, en posesion de este dominio que le era devuelto. Observad tambien que lo que se llama propiamente su carne es lo que recibió desde luego la denominacion de hombre, y que sien-

do barro todavía, era ya hombre cuando su criador puso en él el espíritu de vida, y recibió el aliento que le anima. ¿Se trataba pues de alguna cosa grande para trabajar así la materia? ¿Qué honor no es para esta carne el haber sido así formada por tales manos? ¿Y por qué estos preliminares? Porque este barro que tenia Dios bajo sus ojos, veia con anticipacion que debia servir á su Cristo, y á su Verbo, y que su futura encarnacion debia revestirse de él.

Decidme, vosotros mismos, ¿qué pensais de la carne, cuando espuesta por la confesion del nombre cristiano á las miradas y al odio público, sostiene generosos combates? ¿qué pensais igualmente? cuando en el sombrío horror de las prisiones, desterrada de la luz del dia, condenada á todas las privaciones, amagada de la infeccion que penetra todos sus sentidos, harta de humillaciones, no pudiendo contar con la libertad del sueño que le disputa la cama incómoda en que el martir reposa, ha agotado ya todos los tormentos, hasta el instante en que llamada á la claridad del dia, sufre todo lo que la rabia de los verdugos puede inventar de mas bárbaro, y desgarrada, hecha pedazos, y devorada por una muerte lenta tiene la dicha de dar su vida por el Dios que le ha dado la suya, y mucho mas de perecer algunas veces por la misma muerte que él, si no tiene que sufrir otra mas cruel aun? ¡O carne dichosa y bien gloriosa de poder satisfacer á Jesucristo! ¡Qué no tendrias esperanza de resucitar!

Si ella está debil, en su debilidad misma hace resplandecer la virtud de su Dios; si está enferma, no tiene necesidad de médicos, porque solo

los necesitan los que no disfrutan de salud; si está perdida, « yo he venido, nos dice Jesucristo, « á salvar lo que habia perecido »; si es pecadora, él quiere mas la salvacion del pecador que su muerte; si condenada, Dios mismo es el que hiere y el que cura. ¿Con qué derecho se puede pues vituperar á la carne lo que espera en ella la gloria y la posesion de Dios, y lo que Dios honra y no se desdeña de asistir? Yo digo mas; si la carne no tuviese tantas miserias, hubiera faltado alguna cosa á la bondad, á la gracia, á la misericordia y á la omnipotente liberalidad de nuestro Dios.

¿Cuales son, en fin los detractores de la carne? Los que la aman mas; porque nadie vive mas segun la carne que los que niegan su resurreccion: ellos no admiten el castigo, y recusan la doctrina que la gobierna á fin de dejarla libre en sus caminos.

¿Es posible creer que Dios existe, sin concederle un poder sin límites? Si es verdad que él lo ha creado todo de la nada, ¿le será difícil acaso reanimar de la misma ceniza esta carne que ha hecho de la nada? Ciertamente que no, porque es una cosa mas grande el producir que el reparar, y el dar el ser, que el volverle despues de haberle perdido. Así, en el universo, nada perece sino para renacer, y esta vicisitud eterna de la naturaleza, sin cesar rodando en el mismo círculo, da el testimonio visible de la resurreccion. Dios ha impreso la verdad en cada una de sus obras antes de consignarla en las Escrituras; la ha enseñado por los efectos de su poder, antes de enseñarla por su palabra, y ha hecho del universo el primer libro que nos lleva á la instruccion de los profetas,

á fin de que estemos dispuestos á juzgar por lo que tenemos á la vista en favor de lo que nos está anunciado, y á creer firmemente que Dios nos resucitará cuando le vemos renovarlo todo tan constantemente. ¿Seria posible que todas las cosas resucitasen para el hombre, y que el hombre solo no resucitara, estando destinado á poseerlas?

Si el hombre no hubiese pecado, no hubiera conocido á Dios sino por el atributo de su bondad, y si esperimenta su justicia, él mismo es el que la hace necesaria. No obstante, la justicia se ejerce sin derogar su bondad, y mas bien la supone, porque es prueba de ser bueno recompensar el bien y castigar el mal. Dios debe ser bueno porque es juez, juez porque es Señor, Señor porque es criador, y criador porque es Dios. Si se deriva de estos principios que debe haber un juicio, el dogma de la resurreccion viene á ser su consecuencia natural; porque el alma y el cuerpo, debiendo ser juzgados, hace necesario que la carne resucite.

El juicio recaerá sobre el hombre todo entero, pues el hombre todo entero es justo ó pecador; luego si lo que hace el hombre es la union de su carne y de su alma, la carne resucitará infaliblemente.

Si el hombre está sin destino, es claro que no hay reino celestial que obtener, ni juicio que prever, ni tampoco resurreccion, contra la palabra formal de Jesucristo; pero si hay para el hombre un porvenir, es menester concluir necesariamente que las dos sustancias de que se compone están reservadas para el juicio final.

La carne resucitará, y resucitará en cualquier estado que se halle, la misma, y toda entera. El pe-

cado que arrastra la ruina del hombre ha llevado los estragos sobre todo su ser; sobre su alma, por la concupiscencia, y sobre su carne por la sensualidad. El hombre, todo entero, ha sido herido de muerte, y por la misma razon debe ser salvado todo entero, pues no seria digno de Dios no salvar mas que la mitad del hombre, ni concederle mas que una gracia á medias, cuando vemos á los príncipes de la tierra no poner restricciones á sus beneficios. El pastor que recoje su oveja fugitiva, y que la carga sobre sus espaldas, la vuelve al rebaño toda entera; ¿seria Dios menos bueno? ¿Tendria menos poder para reparar el hombre que el que ha tenido el demonio para hacerle decaer.

La hora vendrá, dice san Juan, *en que todos los que estan en el sepulcro oirán la voz del hijo de Dios*[1]. ¿Qué hay en el sepulcro, si no una carne inanimada? ¿Qué son los sepulcros sino posadas donde se abrigan al pasar, los restos de los humanos?

Jesucristo al dejar la tierra, nos ha dejado por prenda su Santo Espíritu, al entrar en ella se ha revestido de nuestra carne, para hacerla servir de título de su alianza con nosotros; y despues la ha trasportado al cielo, en tanto que la masa entera va á reunirse con la parte que la representa. ¡Tranquilizaos pues ó carne y sangre del hombre! Jesucristo ha dado, en su humanidad, una garantía del reino celeste, y si esto se pone en duda es lo mismo que negar que Jesucristo mismo habita ese mismo cielo del que se os declara escluidos.

[1] Joan. V, 28.

La tumba, devorando con el tiempo la parte mortal que le fué confiada, no ha podido nada sobre la de que ella no era mas que la cubierta, ni tampoco sobre el germen de vida que le habia animado, ni sobre su principio de inmortalidad.

Vosotros preguntais de qué manera los muertos resucitarán, y cual será el cuerpo en que volverán. San Pablo ha previsto la objecion, y ha respondido por una comparacion con la semilla: ¡Insensatos! ¿no veis que lo que sembrais no toma vida, sino muere antes [1]? El labrador que ha sembrado trigo, no le ve trasformarse en cebada y dejar su naturaleza al corromperse; el grano sembrado y disuelto en la tierra, cualquiera que pueda ser su cambio, permanece siempre de la misma naturaleza, hasta que recibe un cuerpo nuevo, que Dios le da como le agrada; y si se conserva así en el seno de la destruccion, es para esperar el nuevo cuerpo que Dios le dará segun su deseo, pero siempre análogo á su antigua constitucion y no desnudo y solitario sino aumentado con un brillante adorno, sostenido por el tubo sobre que se lanza á su primer origen, revestido de su espiga, multiplicado con una rica abundancia, y cambiado con un raro esplendor. Este no es, si quereis, el primer cuerpo, pero no obstante es un cuerpo que no ha cesado de ser el suyo en el aumento que le ha sido dado, imagen fiel de la resurreccion. Así, esta carne, sembrada en la abjecion de la tumba se volverá á levantar como una rica cosecha, siempre la misma, aunque con formas mas perfectas; la misma

[1] I Cor. XVI, 28.

en su sustancia, pero diferente segun el grado de gloria que haya conquistado y que Dios le conceda en su amor.

¿Quién ha descubierto la verdad á menos que Dios no se la haya enseñado? ¿A quién la ha hecho conocer si no es por su Cristo? ¿A quién la ha comunicado Jesucristo, de otro modo que por su Espíritu Santo, y el Espíritu Santo, sino por el sello de la fe?

Yo convendré no obstante que ha sucedido alguna vez á los filósofos el encontrarse con nosotros; y no es admirable que esta larga y terrible tempestad de opiniones y de errores les haya algunas veces arrojado al puerto por casualidad ó por un dichoso estravío. Una suerte de instinto natural esparcido en todos los espíritus, los dejaba entrever algunos rayos de verdad en medio de sus tinieblas; pero solo servia para hacer honor á su sabiduría infinitamente celosos de la gloria de decir bien, de manejar hábilmente el pro y contra, y de hacerse admirar mas bien que de procurar instruir; y de ello pues viene todo ese vano aparato de sistemas y de opiniones que se amontonan las unas sobre las otras, se chocan y se destruyen mútuamente. La precision, al contrario, camina siempre al lado de la certidumbre, y esta es la que distingue la fe del cristiano.

No hay nada mas cumplido que lo que va lo mas lejos posible; el juicio reservado al fin de los siglos será tanto mas divino, cuanto que será mas absoluto, y tanto mas perfecto cuanto que será sin límites en las recompensas y en los cas-

tigos, en virtud de un decreto supremo que abrazará la eternidad.

Cuando el alma regenerada por la virtud celestial del sacramento del bautismo entra en el dominio de la fe, y el velo espeso que su antigua corrupcion habia estendido delante de ella se cae, el Espíritu Santo la adopta entonces y la concede su union. Entonces, así como se ve en los matrimonios, que la muger hace á su esposo dueño de sus bienes y le cede su uso, así tambien el alma, uniéndose al espíritu de Dios y sometiéndose á él como á su esposo, le deja del mismo modo todos sus bienes, como siendo el gefe y el dueño de esta comunidad bienaventurada, la carne la sigue como una parte de su dote, y en lugar de ser como era solamente sierva del alma, se hace sierva del espíritu de Dios.

Nada desconcierta mas las ideas humanas que la sencillez de las operaciones en lo que causa impresion á nuestros sentidos, sobre todo cuando se aproximan nuestros símbolos tan vulgares á la magnificencia de los efectos que resultan de ellos y de las esperanzas que les están unidas; por ejemplo un poco de agua, una ceremonia sin mucho aparato esterior, algunas palabras para purificar el hombre, lavar su alma de sus pecados y merecerle las recompensas futuras. ¡Desgraciada incredulidad, que contesta á Dios el poder de unir la sencillez á la omnipotencia lo que no pertenece sino á él!

¡O qué feliz eres, agua del bautismo, agua mística que no lavas mas que una vez, que no sirves de juguete al pecador, que no estando

manchada con muchas impurezas no ensucias los que tú has lavado!

Habria una insolente temeridad en querer examinar si lo que Dios manda es bueno y util, porque nosotros debemos someternos á las leyes, no por la ventaja que ellas nos procuran, sino por el pensamiento, de que son orden de Dios. La magestad de la potestad divina, es mi primera razon para obedecer; y ciertamente el derecho del que es el dueño pasa antes del interés del que sirve. ¿Por qué pues deliberar si es necesario ó no hacer penitencia cuando Dios lo ha mandado?

El exomologeso, ó confesion, es un ejercicio que tiende á humillar al hombre, á anonadarle, y á hacer de él un objeto de piedad que desarme á Dios, que provoque su misericordia al imprimir en todo su esterior el caracter de suplicante, que le incline bajo el saco y la ceniza, que mantenga la oracion con un largo ayuno, que le haga descuidar su cuerpo dejándole en el polvo, que alimente su entendimiento con las mas profundas meditaciones y que cambie en medios de penitencia todos los que fueron instrumentos de pecado. Así, ved á nuestros penitentes no beber mas que agua, reducirse á pan por solo alimento, y aun á lo que es solo necesario para impedir el morirse, no sostenerse mas que con la oracion y las lágrimas, prorumpir sin cesar en gemidos y sollozos, arrojarse á los pies de los sacerdotes y confesores, abrazar sus rodillas para pedirles la paz, solicitar las oraciones de todos los hermanos, y pedirles el ser sus intercesores con Dios: todo esto es la confesion; veamos ahora

como garantiza la penitencia; ella da al Señor el homenage de temor que le impone la eterna justicia; se declara contra el pecador acusándole y castigándole, sustituyéndose ella misma, á toda la indignacion divina, y supliendo por los rigores que ella se impone, al castigo eterno que anticipa para escapar á él. Así, al humillarse el hombre en la penitencia, esta le realza; acusándole, le justifica; y condenándole, le absuelve.

Este esterior de penitencia repugna á vuestra delicadeza, pero es preciso renunciar á todo lo vano, no parecer sino con vestidos pobres, sucios y rotos, la cabeza cubierta de ceniza, atormentar su cuerpo con el ayuno, y prohibirse todo gozo. ¿Es acaso con la púrpura y con la seda con lo que pensais desarmar la cólera del cielo? Aumentad pues vuestros gastos, añadid el lujo á vuestra mesa, á vuestra molicie y á vuestras sensualidades; y cuando os preguntasen porque os soboreais así en los placeres de la vida, responded: Yo he pecado contra Dios, yo estoy en peligro de perecer eternamente; y por esto es por lo que trabajo para conquistar la inmortalidad.

Quien se da al placer de la mesa, olvida pronto á Dios y su religion; se degrada hasta perder su cualidad de hombre, y no puede conservar ninguna disciplina. Seria un prodigio ver un hombre con gusto por los convites, que fuese casto en sus costumbres, pues la intemperancia no marcha nunca sino con el libertinage y la cobardía.

El ayunar es ventajoso, no solo para expiar nuestras faltas y desarmar la cólera del cielo, sino tambien para disponernos á las adversidades.

Esta es la escuela donde el cristiano aprende á sufrir el hambre y la sed; en ella es donde se dispone á entrar en la prision, gozoso como el dia en que saldrá de ella á prevenir el oficio de la muerte, macerando su carne, y á despojarse de ella de tal suerte que los tormentos no tengan ningun poder. Así, acostumbrado á la muerte por un ejercicio diario de la muerte, el cristiano la contempla con rostro risueño y no le es desconocida, porque hace largo tiempo que se ha familiarizado con ella para poderse admirar de su aproximacion. Los ayunos y la penitencia se la han hecho ver de cerca, y le han adelantado su vecindad, de modo que saldrá del mundo mas ligeramente, descargado como se halla de una parte de su cuerpo, como de un impedimento importuno al alma.

La ley del ayuno estaba en vigor aun entre los paganos, cuando el cielo rehusaba á la tierra sus benéficis rocíos, los magistrados despojándose de los ornamentos de su dignidad, ensayaban doblegar la cólera celeste por oraciones públicas y por sacrificios acompañados de señales de penitencia y de duelo. En algunas colonias, hay dias consagrados á ayunos espiatorios; no hay un lugar, ni aun en los infiernos, donde Jesucristo no quiera que la ley del ayuno sea reconocida, enseñándonos que la glotonería de un rico es allí castigada, así como en el cielo es recompensado el ayuno de un pobre.

Dejemos á los gladiadores robustecerse, ellos tienen necesidad de fuerza, aunque tambien tienen el uso de buscarla en la abstinencia. Nosotros que nos ocupamos en otros combates, no es

por la carne, ni por la sangre, sino por la fe y por el espíritu de fuerza por lo que nosotros debemos hacer frente al enemigo.

Enviad á la tierra esos adornos salidos de su seno y asociados á su maldicion : la materia que los compone es de un origen comun con los metales mas viles aunque mas útiles al hombre; pero ella no entra como el hierro y el bronce en la formacion de los instrumentos de agricultura y de las artes necesarias á nuestras necesidades. Esas piedras preciosas en que el orgullo se mezcla al oro que las engarza, ¿han servido jamas en parte alguna para la construccion de nuestros edificios? ¡No! no hay mas que el edificio orgulloso del sexo idólatra de sí mismo que las ponga en obra; siendo su rareza solo la que las da precio. El sabio autor de la naturaleza las habia puesto lejos de nosotros en el seno de continentes estraños; pero el orgullo, inflamándose con el deseo de poseerlas así que las ha visto, mientras mas obtiene, mas desea, y algunas cuantas piedrecillas representan una inmensa herencia, y una cabeza delicada puede ostentar á todos los ojos el valor de vastos dominios; ¿á qué puede conducir el deseo de ser observado? ¿Es acaso bastante fuerte el cuerpo de una muger, para poder sostener el peso de tantas riquezas?

Sabed pues que debeis, no solamente rechazar lejos de vosotros todo esmero en los adornos y toda compostura estudiada propia á realzar vuestros atractivos naturales, sino tambien trabajar en debilitar su peligrosa impresion huyendo de todo ornamento afectado.

El pudor es el que hace la salvaguardia de la

belleza. Donde hay pudor, la belleza es una palabra vacía de sentido : pero la belleza sin pudor no tiene otra consecuencia que fomentar las pasiones. Que ellas vayan á establecer sus encantos, en las que se conforman libremente á las miradas estrañas, y que buscan y se prestan tan complacientemente á las impresiones que comunican. Dejadlas gloriarse de las ventajas esteriores; el cristiano solo debe gloriarse de su carne cuando la mortifica endurecido en los ejercicios del Señor, y no con la esperanza de atraer culpables miradas, y frívolos suspiros. Vos habeis recibido, muger cristiana, la belleza en patrimonio; ¡olvidadla!

¡Cuan indigno es de un cristiano el poner adornos y afeite en su rostro, estándole solo permitido parecer lo que es; mentir en sus facciones, cuando no debe hacerlo en sus discursos; pretender lo que no es, cuando se le prohibe todo apego á lo que posee; provocar deseos adúlteros cuando hace profesion de ser puro! ¿Es acaso vuestra cabeza un altar para cargarla así de flores? Dejad despojarse por sí misma esa cabeza quiza cargada de iniquidades, y quiza destinada á los fuegos eternos!

Reduzcamos á servidumbre el apetito de esas voluptuosidades, que por sus delicadezas, hacen muelle y afeminada esa varonil virtud de la fe. Yo dudo mucho que manos acostumbradas á llevar ricos brazaletes, sean capaces de soportar el peso de las cadenas; que miembros adornados de bandas puedan soportar las torturas, y que una cabeza cubierta de piedras preciosas consienta en dejar paso libre al filo de la espada : ocupé-

monos de mas rudos ejercicios, y de este modo no sentiremos los otros y estaremos prontos á sufrirlos.

Nada puede prescribir contra la verdad; ni la relajacion de los tiempos, ni la autoridad de las personas, ni los privilegios, ni las costumbres de los lugares. Las costumbres sacan por lo regular su origen, de la ignorancia ó de una grosera simplicidad: el uso las acredita con el tiempo, y ellas acaban por prevalecer contra la verdad, pero no la constituyen jamas. Jesucristo no se ha llamado la costumbre, sino la verdad, y con justicia; porque existe en todos los tiempos, y por consiguiente antes de todo; la verdad pues es como él, eterna, y anterior á todos los tiempos.

No hay ignorancia que sea inocente y sin peligro. Lo que se ignoraba era menester procurar saberlo, así como es menester conservar lo que se ha descubierto. La regla de la fe es una, inmutable, única y superior á toda reforma: y como ella permanezca intacta, lo demas, que no es mas que diciplina, puede ser modificado segun la direccion de la gracia divina, que ejecuta y acaba lo que ella habia empezado.

Las cosas suceden progresivamente. Ese arbol no ha sido de repente lo que es; él fué al principio un simple grano que brotó su vástago; de este vástago provino un arbusto; del arbusto salieron gradualmente las ramas revestidas de flores y de ojas; y ved aquí el arbol formado. En el seno de la flor está depositado el fruto, y como por sí mismo tiene sus principios, aunque sin forma ni sin sabor, crece en seguida poco á poco, se perfecciona y se endulza madurando: del mismo mo-

do en la religion, como la naturaleza reconoce á Dios por autor, á los primeros elementos de la ley natural limitada al temor de Dios, sucedieron la ley y los profetas; esta fué la primera edad de la religion; el Evangelio ha venido á llevarla á la adolescencia; y ahora el Espíritu Santo la imprime el sello de una madurez absoluta.

Las cosas buenas no escandalizan sino á los entendimientos malos; luego, como la modestia, el pudor, el desprecio de la gloria y el deseo de no agradar sino á Dios, son cosas buenas por su naturaleza, el que se escandaliza de ellas da á conocer, por esto mismo, que el mal está en él solo.

La virgen que se muestra en el gran mundo se espone á dejar de serlo : la virgen que ama la castidad debe recurrir al velo, como á un casco, para defenderse contra los escándalos y las sospechas, reconociendo bien que es imposible el ser bella y presentarse en público, sin hacerse mal á sí misma y á los demas.

La Escritura ha establecido la ley : la naturaleza la justifica, la disciplina la ordena. El mismo Dios ha hecho la Escritura, la naturaleza, y la disciplina.

Se alega algunas veces la palabra de la Escritura : *La carne es debil*; no se añade con ella : *El espíritu es fuerte*, y se atiene así á lo que lisongea las inclinaciones secretas. Sí, la carne es debil porque viene de la tierra; el espíritu es fuerte porque tiene su principio en el cielo. ¿De donde viene pues que nosotros seamos tan inclinados á escusarnos, y tan fáciles á atrincherarnos en nuestra debilidad, mas bien que á armarnos de

nuestra fuerza? Si es verdad que el espíritu sea mas fuerte que la carne, porque él viene de mas alto, no nos quejemos si no de nuestra falta de ánimo cuando somos débiles.

Conservemos al espíritu su imperio, y que el mas debil ceda al mas fuerte. La carne podrá inquietarse á la vista de una espada que la amenaza, de una cruz que la espera con sus suplicios, de animales rugiendo que llaman sus víctimas, de una hoguera cuya muerte es la mas dolorosa de todas; pero tambien el espíritu debe responder á las debilidades de la carne y sufrir sus pruebas, por mas crueles que sean, no solamente con valor, sino anticipándose á buscarlas por el simple deseo de fama y de gloria humana. Roma idólatra (¡es necesario que la incredulidad del siglo nos obligue á ir á buscar ejemplos en la antigüedad profana!). Roma idólatra vió á la casta Lucrecia inmolarse con su propia mano por la castidad conyugal. ¿Hablaremos de esa Ateniense que por no revelar el secreto de una conjuracion, se cortó la lengua con los dientes, á fin de probar al tirano que por la violencia del dolor no obtendrian de ella la mas ligera indiscrecion? ¿Citaré yo los jóvenes Lacedemonios que dejándose azotar con varas hasta verter sangre á la vista de sus padres, eran exhortados por ellos á la constancia, y colmados de elogios cuando la naturaleza sucumbia mas bien que la virtud? Si esto ha podido producir un vano fantasma de gloria, ¿podrá el amor á la verdad no inspirar los mismos sentimientos á un cristiano?

Entre los pueblos en que el vigor de la disciplina se ha mantenido, los esclavos no tienen el

permiso de casarse fuera de su pais. Las razones de esta política son bastante naturales, pues siendo la castidad la enemiga mas grande de la vida ociosa, la prohibicion de casarse viene á ser útil al orden público, porque se obliga por ello á una virtud, que huye el reposo y busca el trabajo.

¡Avergónzate, ó carne, que has revestido á Jesucristo!

La oracion depende principalmente de la conciencia, y si teneis vergüenza de vuestra conciencia, tenedla tambien de vuestra oracion.

El espíritu impuro tiene como una relacion necesaria con todos los vicios, y todos los vicios estan, por decirlo así, á su devocion y á su servicio, y siempre prontos á complacerle para el resultado de sus detestables empresas. Por él el homicida derrama la sangre enemiga; por él, la perfidia prepara sus venenos; por él, la calumnia inventa ingeniosamente; por él, la injusticia es todo poderosa; por él, la avaricia atesora, la prodigalidad disipa, el perjuro engaña, y el sacrílego atenta á lo que hay de mas santo.

¿En qué se reconoce el fruto de la penitencia sino en la reforma de las costumbres? Si la haceis consistir en el perdon, el perdon mismo supone renuncia del pecado; y esta misma renuncia es la que toma la raiz del perdon que viene á ser el fruto.

Quien sacrifica á los ídolos no renuncia á Dios sino por fuerza y por la violencia de los tormentos; en lugar de que, el que se abandona á la impureza, renuncia á Dios por su gusto, y con una entera libertad; el impúdico porque quiere serlo,

y el idólatra porque se le fuerza; ¿cual de los dos os parece mas criminal?

¿Era menester acaso añadir mas oprobios á la muerte de cruz que ha sufrido el Salvador? ¡Ah! él no queria dejar la tierra sino despues de haber saboreado abundantemente el placer de la paciencia. ¡Fariseos! ¿No eran bastantes tantos milagros de paciencia para forzaros al reconocimiento? Jamas hombre alguno fue capaz de tenerla mas grande, tanto la paciencia es en Dios una virtud propia é inherente á su naturaleza.

Así como la paciencia tiene á Dios por principio, del mismo modo la intolerancia tiene por autor al espíritu mas contrario á Dios, y hay entre las obras de la una y de la otra la misma diferencia, que entre los dos principios de que ellas emanan.

Todo lo que nos arrebata, lleva en sí un germen de impaciencia que quiere lograrlo todo á cualquier precio.

Toda especie de mal tiene su origen en la impaciencia; el mal es la impaciencia del bien.

En otro tiempo una ley menos perfecta permitia las represalías. La paciencia y la fe no habian aun descendido del cielo para reprimir la cólera, mandar á los sentimientos del alma, detener en su principio los estragos que causa una lengua envenenada y ordenar el amor á los mismos enemigos.

Lo que hace emprender el movimiento de la impaciencia no puede jamas detenerse, y lo que se hace en la impetuosidad ciega, ó no llena el objeto, ó se abate y se pierde por su propio esceso.

Dios nos ordena conservar en la calma, en la paz y en la inalterable pureza del corazon, y de los sentidos, su Espíritu Santo, esencialmente tierno y delicado, y no turbar en nosotros su presencia por los movimientos de la pasion, de la cólera, y del dolor. ¿Cómo podrá estar de acuerdo con los espectáculos en que no se está jamas sin agitacion de espíritu? El encanto del placer enciende la pasion que se inflama á su vez por el atractivo del placer: la pasion encareciéndose sobre sí misma subyuga y domina todos los sentidos, que ella abre al ímpetu de los sentimientos impetuosos, cuyo flujo y reflujo se acuerdan tan poco con la fe cristiana.

Solo se halla en el campo enemigo el que, infiel á su príncipe, ha desertado de sus banderas. ¡Qué! ¡Vos estabais hace un momento en la Iglesia de Dios, y ahora os veo en los templos del demonio! ¡En un instante en la sociedad de los espíritus celestiales, y en otro en un fango impuro! ¡Qué! ¡esas manos que acabais de elevar hácia el cielo, han podido palmear por un histrion! ¡Esa misma boca que se abre para cantar nuestros santos misterios ha proclamado las alabanzas de un hombre de teatro! ¿Quien os impedirá en adelante cantar himnos á la gloria del demonio?

Vosotros nos decís: el teatro no es mas que un pasatiempo donde el espíritu se recrea cuando no tiene nada que hacer; es el simple espejo de la sociedad y algunas veces una escuela de virtud. Yo respondo que la mano que prepara el veneno homicida no frota la copa, con hiel ni con eleboro, sino con jugos dulces y apetitosos, á fin de disfrazar la traicion y la muerte: ved aquí las ma-

niobras y los artificios del demonio; y por mas que se clame sobre la belleza de las escenas, sobre la melodía de los cantos, sobre la escelencia de los poemas, sobre la pureza misma de la moral, ¿qué os importa? Estos son rayos de miel si quereis; el vaso de donde se derraman no está por eso menos envenenado; el atractivo del placer no vale el riesgo del peligro que le acompaña.

¡Levántate, cristiano! vé aquí el angel que toca la trompeta; vé aquí un espectáculo divino: la llegada del Señor con todo el esplendor de su magestad celestial. Contempla esas legiones de ángeles apresuradas á servirle al rededor suyo, á todos esos santos resucitados para su gloria, esa Jerusalen nueva que se levanta á tus ojos, y el reinado de los justos que empieza para no acabar jamas; pero ve aquí aun otras escenas que se manifiestan delante de tí; el dia final, ese dia sin mañana, que vendrá inopinadamente á sorprender las naciones en medio de sus impiedades, ese dia en que el fuego brotará por todas partes para consumir en un mismo incendio los antiguos monumentos del globo y las nuevas creaciones de los mortales; ¡ó qué objetos para escitar á la vez la sorpresa y la admiracion, el gozo y la riza! Todos esos potentados que se dicen ser los ciudadanos del cielo, irán á gemir en el fondo de los tenebrosos abismos con su Júpiter y sus cómplices; todos los perseguidores de los cristianos caerán de sus tribunales sangrientos, para arder en un fuego mas horrible aun que estas hogueras que enciende su furor. En seguida los sabios y los filósofos, en presencia de sus discípulos, condenados á los mismos suplicios que sus maestros, serán asociados á su

eterna confusion, y los poetas arrastrados á los pies, no de su Minos, ni de su Radamanto, si no á los de Jesucristo, se estremecerán á su aspecto, y palpitarán de vergüenza y de dolor. Ellos verán ese hijo de un carpintero y de una pobre trabajadora, ese destructor del sábado, ese Samaritano, ese poseido del demonio, ese Jesus vendido por Judas, ultrajado, insultado, cargado de oprobios y de golpes, cubierto de salivas, y harto de hiel; y ellos le reconocerán al fin por el juez soberano de los vivos y de los muertos. ¿Y qué será para nosotros, cristianos, el desenlace de este espectáculo? Nosotros veremos beatitudes que los ojos no han visto nunca, que el oido no ha escuchado, y que el entendimiento del hombre no comprenderá jamas.

El espíritu de las tinieblas, que es el padre de la idolatría, lo es tambien de la mentira, y por eso la heregía no difiere en el fondo de la idolatría, pues ambas tienen un mismo autor, y las dos han sido formadas por el mismo dibujo.

El demonio, para conseguir todos sus fines emplea en primer lugar, una sabiduría enteramente profana, que se complace en sus propias fuerzas, y se deja arrebatar de una loca presuncion; y en segundo, impulsa los hombres á una curiosidad altanera, que poco satisfecha de las luces que nos han sido repartidas, se obstina en penetrar lo que no nos es dado conocer, y condena lo que no puede profundizar, fundada, dice ella, sobre lo que dice la Escritura: *Buscad y encontrareis*. Por esta razon, vereis á la cabeza de todas las heregías, filósofos que las imaginan ó que las han acreditado, y estos espíritus inquietos, enamorados de la no-

vedad, mas enamorados aun de ellos mismos, desertores de la verdad católica, de que toman una parte de sus dogmas, para turbar la otra con una falsa alianza; estos espíritus pues, ardientes, é infatigables en escribir y disputar, no son para nosotros sino hijos rebeldes, que destrozan el seno de su madre, y se escluyen de su herencia, porque no sucediendo á nadie sacan su origen de ellos solos, y renuncian al patrimonio de la familia abandonando las virtudes que engendra la fe. Por el solo nombre de hereges, es decir de separados, han impreso sobre su frente el sello de la novedad, que los acusa y los humilla, y no son otra cosa mas que doctores sin doctrina, que por toda autoridad tienen su osadía, y por toda ciencia sus decisiones precipitadas.

Pero yo les responderé solamente: ¿Qué hay de comun entre Atenas y Jerusalen, entre la Academia y la Iglesia, entre los hereges y los cristianos? El pórtico nos pertenece, y no tenemos necesidad de cosas nuevas teniendo á Jesucristo, ni de indagaciones teniendo su Evangelio. Cuando nosotros creemos, nosotros no queremos creer nada mas, y creemos tambien que no hay nada mas que creer.

Yo empiezo por sentar el luminoso principio de que Jesucristo ha enseñado para todos los pueblos un símbolo de fe fijo é inmutable, que todo el mundo está obligado á creer; pero este símbolo, único é invariable, no pide averiguaciones infinitas. Buscad hasta que encontreis, creed cuando habreis hallado y entonces no os resta mas que observar lo que creeis, con tal que no tengais nada que buscar, ni que creer así que

habreis hallado, y que creereis lo que ha enseñado el que ha prohibido no buscar nada mas allá.

Aun cuando los hereges no fuesen los adversarios de la verdad, ¿qué puede aprenderse con hombres que, por su propia confesion, no tienen otra cosa que responderos sino que buscan siempre? Si ellos buscan seriamente, ellos no han hallado nada cierto, y han mostrado bastante por esto solo, cuan poco cuentan sobre lo que creen haber hallado. Si vosotros que buscais por vuestro lado, y estais irresolutos, inciertos y ciegos os dirigis á hombres que buscan tambien, sereis infaliblemente conducidos al precipicio por otros ciegos, irresolutos, é inciertos.

¿Cual será pues el término de mis averiguaciones, y de mis descubrimientos y el punto fijo de mi creencia? ¿Los dogmas de Marcion? Pero Valentin me grita por su parte: *Buscad y hallareis*. ¿Los de Valentin acaso? Tambien Apeles me tiene el mismo lenguage; Ebio, Simon, todos en una palabra emplean el mismo artificio para atraerme á su partido, y yo no puedo fijarme en ninguna parte, ¿qué medio puede haber para edificar con los que no saben mas que destruir? ¿Qué luces se pueden esperar donde todo es tinieblas? Si yo renuncio á la fe, yo me hago apóstata; en una palabra, si yo busco, es porque no he hallado lo que habia perdido.

La heregía desecha algunos libros de la Escritura, y los que admite como canónicos, no los recibe enteramente, pues los altera á cada instante tanto por lo que quita como por lo que añade para agradar á su sistema. Los que ella recibe ente-

ros, los pervierte tambien por las interpretaciones que imagina; pues es igualmente contrario á la verdad el alterar el sentido ó el testo, y el audaz innovador no quiere reconocer lo que le confunde, mas cita con afectacion todo lo que ha falsificado y los pasages oscuros de que abusa. Por versados que esteis en la ciencia de las Escrituras, ¿qué esperais ganar con las disputas? Todo lo que adelantareis lo negará obstinadamente, en tanto que sostendrá lo que negareis, y de tal conferencia, vosotros no sacareis mas que mucha fatiga y con ella la indignacion. El herege no hará escrúpulo de asegurar que nosotros somos los que corrompemos la Escritura y la interpretamos mal y que él solo defiende la causa de la verdad; y vuestros auditores sorprendidos de que no hayais conseguido ninguna ventaja señalada, que de una parte y de otra se haya negado y afirmado igualmente, y que se haya quedado en el mismo punto, en que se estaba, os dejarán quizas mas indecisos que antes, sin poder juzgar donde esta la heregía, y no es posible apelar á las Escrituras, ni aventurar un combate porque la victoria será siempre incierta, ó almenos lo parecerá.

Pero aun cuando esto no fuese el resultado de todas las disputas sobre la Escritura, el orden de las cosas pediria aun, que se empezase por examinar á quien pertenecen las Escrituras y la fe; y por quien, á qué época y á qué hombres, ha sido dada la doctrina que forma los cristianos; y donde nosotros veamos la verdadera fe, y la verdadera doctrina del cristianismo, allí indudablemente se hallarán tambien las verdaderas inter-

pretaciones y las verdaderas tradiciones cristianas.

La conducta de los hereges es frívola, terrestre, humana, sin gravedad, sin autoridad, sin disciplina, y por lo mismo proporcionada á su fe, sin poderse saber quien es catecumeno ó no. El trastorno de toda disciplina lo llaman sencillez, y nuestra union á la disciplina la tratan de afectacion. Ellos dan indiferentemente la paz á todo el mundo bajo el pretesto de libertad de conciencia y de tolerancia religiosa. Opuestos los unos á los otros en sus creencias, todo les es igual, con tal que se reunan para triunfar de la verdad: todos están llenos de orgullo, todos prometen la ciencia, y hasta sus mismas mugeres se atreven á dogmatizar. Pero, hábiles solamente para destruir, no entienden nada de edificar, y sin cesar varian y se separan de sus propios fundamentos. Cada uno vuelve á su fantasía la doctrina que le han enseñado; como si aquel de quien la ha recibido la hubiera inventado á su idea, de modo que la heregía en sus progresos no desmiente su naturaleza ni su origen, y no hay una secta, si se la examina á fondo que conserve en general los sentimientos de su autor.

¡Qué! si un obispo, una virgen, un doctor, ó un mártir cayesen en la heregía, ¿seria por esto mas verdadera? ¿Juzgamos nosotros acaso de la fe por las personas, ó de las personas por la fe?

Si Jesucristo ha enviado sus apóstoles á predicar, es menester no recibir á otros predicadores, porque nadie conoce al Padre, sino el hijo, y aquellos á quienes el hijo le ha revelado; luego, el hijo no le ha revelado sino á los que ha en-

viado á predicar lo que él mismo les habia enseñado.

Pero ¿qué han predicado los apóstoles, quiere decir, qué les ha revelado Jesucristo? Yo pretendo que no se puede saber sino por la Iglesia que ellos han fundado. Si es así, se hace incontestable que toda doctrina que concuerda con la de estas Iglesias apostólicas y madres tan antiguas como la fe, es verdadera, y que las demas no pueden ser sino falsas, pues están opuestas á la verdad de las Iglesias de los apóstoles de Jesucristo y de Dios.

No nos queda mas que demostrar que nuestra doctrina viene de los apóstoles, y esto es bien fácil: nosotros comunicamos con las Iglesias apostólicas, porque nuestra doctrina no difiere en nada de la suya; ved aquí nuestra demostracion.

Se acusa ordinariamente á Jesucristo mismo de haber elegido discípulos poco instruidos ó poco fieles; pero ¿cual será el hombre sensato que podrá tener por ignorantes los discípulos del Salvador, á quienes Jesus nombró por maestros del universo; á los que tuvo en su compañía todos los dias de su vida mortal, y quienes esplicaba en particular todo lo que tenia necesidad de ser aclarado diciéndoles que les era dado el penetrar secretos inaccesibles á la multitud? ¿Qué es lo que ha podido estar oculto á Pedro, así llamado porque sobre él, como sobre la piedra fundamental, fué construida la Iglesia? ¿A Pedro que habia recibido con las llaves del reino eterno, el poder de *atar* y de *desatar*, tanto en los cielos como en la tierra? Por otra parte, ¿no dijo Jesu-

cristo á todos sus elegidos : *Cuando venga el espíritu de verdad, él mismo os enseñará toda verdad*[1]? Él demostraba claramente por esto que ellos no ignorarian nada así que fuesen llenos del espíritu santo que les prometia, y no es creible que los apóstoles hayan ignorado cosa alguna de la doctrina que estaban obligados á predicar : pero quizas nos diran que las Iglesias no la han oido, aunque para esto seria menester suponer que todas las Iglesias se hubiesen engañado, que el Espíritu Santo las hubiese abandonado, y que el ministro de Dios, el vicario de Jesucristo, hubiese faltado á las funciones que debia llenar.

Si fuese verosimil que tantas Iglesias diversas se hubiesen reunido con el mismo error, necesariamente este habria variado; pues siendo la diversidad de opiniones la que hace su caracter, si él hubiera sido la guia de la Iglesia es claro que la perfecta uniformidad que en ellas se advierte, no podria existir. ¡No! Lo que se halla conforme con la opinion mas general no es el error, sino la tradicion. ¿Quien se atreverá pues á hacer remontar el error á la fuente de la verdad?

Para probar que la verdad ha existido desde el principio y que el horror ha sobrevenido despues, basta solo examinar el orden de los tiempos, y se conocerá indudablemente que lo que ha sido enseñado primeramente, era verdadero y divino, y que lo que ha sido añadido despues es falso y estraño : ved aquí pues lo que confundirá para siempre las heregías modernas, porque ningu-

[1] Joan. XIV, 26.

na podrá responder de que la verdad viene por ella.

Todas las heregías son intimadas en nombre de la iglesia, de justificar con su doctrina ó con su origen que son apostólicas como lo pretenden; pero ellas no pueden justificar lo que no es. La diferencia de sus doctrinas demuestra, al contrario que no tienen nada de apostólicas, y por esto es por lo que ninguna iglesia apostólica las admite á la paz y á la comunion.

¿Es posible que á ellas sea solamente á las que se han revelado los misterios de la Divinidad? ¿Podria el demonio, ese soberbio rival de Dios, iluminarlas á tal punto, que á pesar de la palabra del Salvador, hiciese él discípulos mas sabios que el maestro en estas ciencias emponzoñadas?

Aunque las heregías elijan el tiempo que les agrade para tomar su origen, jamás probarán que vienen de la verdad; pero si quereis satisfacer una loable y saludable curiosidad, recorred las iglesias apostólicas donde presiden aun en los mismos sitios las cátedras de los Apóstoles, y cuando escucheis la lectura de sus cartas originales, creereis verlos á ellos mismos y oir su voz: si estais cerca de la Acaya teneis á Corinto; si vais á la Macedonia teneis á Filipes y la Tesalonica; si pasais á Asia, teneis á Efeso, y si estais en la frontera de Italia, teneis á Roma, esa autoridad á quien estamos mas cerca de recurrir, ¡feliz Iglesia en cuyo seno los Apóstoles han derramado su doctrina y su sangre, en donde Pedro ha sido crucificado como su maestro, donde Pablo es coronado como Juan Bautista; donde Juan Evangelista, sale del aceite hirviendo sano y sal-

vo, y es desterrado á una isla! Ved pues lo que ha aprendido y enseñado Roma, y lo que comunica particularmente con nosotros.

¿Quién sois vosotros? puede decir la Iglesia á los innovadores? ¿desde cuando y de donde habeis venido? ¿qué haceis en mi casa no siendo de los mios? ¿con qué título, Marcion, cortais en mis bosques? ¿quién os ha permitido, Valentino, trastornar mis canales? ¿quién os ha autorizado Apeles á derribar mis límites? ¿cómo os atreveis á permanecer y á vivir aquí á vuestra discrecion? Esta es mi propiedad, yo estoy en su posesion hace largo tiempo, y soy la primera, yo he sucedido á los antiguos posesores, y pruebo mi filiacion con títulos positivos. Yo soy heredera de los Apóstoles, y gozo su herencia conforme á las disposiciones de su testamento y segun la fe que he jurado; pero vosotros estais desheredados como estraños y enemigos.

El que se acuerde del juicio futuro, permanecerá ligado invenciblemente á estas creencias.

MINUCIO FELIZ.

ALGUNOS PENSAMIENTOS ESTRAIDOS DE SU OCTAVA [1].

Nada me admira mas, que ver hombres desanimados en sus gestiones para penetrar la verdad, que vayan al fin á fijarse al acaso en una opinion cualquiera; ¡y no debe uno indignarse y gemir al ver la presuncion con la cual hombres sin doctrina y sin estudio, estrangeros á toda suerte de literatura, perteneciendo á la última

[1] Nosotros tomaremos muy poca cosa de este autor, porque no hace frecuentemente mas que reproducir pensamientos que nosotros hemos hallado en Tertuliano y aun en Orígenes. El primero de estos dos apologistas era el autor favorito de Minucio, y este imita aun hasta la aspereza de su estilo; pero el giro africano no le da sin embargo la energía de su maestro, y Minucio, al lado de Tertuliano, se halla sin vigor y sin espresion: con todo, él nos será útil para completar en cierta manera la idea dominante de esta obra, en que nosotros tenemos por objeto especial el reunir tradiciones nacionales y por consiguiente filosóficas.

hez del pueblo, deciden la cuestion del principio de las cosas y de la soberana naturaleza, despues que tantas sectas opuestas en que se han dividido las escuelas de la filosofía, no han producido aun hasta ahora, mas que disputas y dudas sin fin!

El que no puede asegurar que está en el camino de la verdad, se halla como errante en la duda, estraviado por un flujo y reflujo de opiniones que se combaten y se destruyen sin fin, y viaja sin conocer precisamente su ruta; y si el camino llega á separarse, queda indeciso, no atreviéndose á tomar ninguno de los que se le presentan, ni á ensayarlos todos.

Cecilio se indigna de que bajo el imperio de Jesucristo, hombres pobres de espíritu así como de bienes de fortuna, se atrevan á hablar de las cosas divinas; pero yo creo que no pensaria así si considerase que todos los hombres, sin distincion de edad, de sexo, ni de sangre, han nacido con una porcion de inteligencia y de razon, que no pueden traspasar estas graves enseñanzas, y los filósofos mismos que son los mas distinguidos en la sabiduría, y en general todos los que se han hecho un nombre en la posteridad, habian empezado por no ser mas ignorantes, é indigentes por la mayor parte. Por lo demas, no se trata aquí de la autoridad de los personages, sino de la verdad de las cosas; y su realidad es la que las aproxima á nosotros, pues todo en la naturaleza se halla tan bien y de tal modo ligado y proporcionado, que no hay ningun medio de conocer al hombre, á menos de no remontar hasta Dios.

Dirigid los ojos hácia el cielo; considerad su estension, la rapidez de sus movimientos, los as-

tros de que está sembrado por la noche, el sol que, durante el dia, le aclara con sus fuegos, y no será necesario mas, para haceros conocer el arte maravilloso con que la mano del Soberano ha creado y balanceado todos estos cuerpos de luz que hacen la alegría del universo.

Todo este bello orden que se observa en la naturaleza ¿subsistiria acaso si no estuviese mantenido por una razon superior? Examinadlo todo atentamente: la mar, cual esclava obediente, cede á la ribera que le encadena; la tierra igualmente con todos los árboles que hace brotar de su seno; el Oceano lo mismo con su flujo y reflujo; la armonía que brilla en la disposicion de las montañas, cuya cima se eleva en medio de los aires; las colinas que se inclinan; las llanuras que se estienden; esos pueblos de animales diversos, todos provistos de las defensas que le son necesarias, ¿qué falta pues al orden general para que os sea posible el dudar que hay una providencia que preside á todo?

Pero tal vez preguntareis, si hay en el cielo uno ó muchos señores: Los reinos de la tierra pueden darnos aquí objetos de comparacion. ¿Se ha visto jamás dividirse un imperio sin que la perfidia y la rivalidad hayan manchado y ensangrentado su historia? ¿Querriais vosotros que en el cielo fuese dividido el poder supremo? ¿Podreis concebir á Dios de otro modo que como un poder creador y universal que no ha tenido principio y que no tendrá fin, de quien todo tiene la existencia, y que no tiene la suya sino de él solo? Antes que el mundo existiese, él mismo era su propio centro; su palabra lo ha creado todo, su inteli-

gencia lo ordena todo; su virtud lo perfecciona todo; el ojo mas perspicaz no puede penetrarle porque su claridad absorve nuestras débiles miradas; nuestra inteligencia no puede comprender su inmensidad; nuestros sentidos limitados se detienen delante de su grandeza infinita; solo él puede conocerse á sí mismo, y la sola manera de concebir su naturaleza es el declararla inconcebible; pues á decir verdad, quien se imagina conocer la grandeza de Dios, la degrada. No le busqueis nombre: ¡Dios! ved aquí como se llama, pues no hay necesidad de espresiones individuales sino cuando hay pluralidad. Dios es solo y la palabra Dios lo abraza todo.

Los poetas han colocado á la cabeza de sus divinidades un Dios supremo, que han proclamado padre de los dioses y de los hombres. En todos los tiempos ha habido una creencia establecida generalmente en todos los espíritus, que reina en el universo como una potestad invisible; que lo ve todo y que lo hace todo segun su voluntad..... En Virgilio se hace de esa alma esparcida en todo el universo el principio de movimiento de todos los cuerpos [1], y esta idea rectificada, ¿no conduce á la de Dios que nosotros llamamos espíritu, razon, sabiduría, é inteligencia universal?

Tales de Mileto estableció, por primer principio, el elemento húmedo ó el agua, de que decia se formaban y alimentaban todos los seres creados, y despues añade un segundo principio de inteligencia y de actividad de que la materia habia

[1] Encid. lib. VI.

recibido sus formas; este principio era Dios, inteligencia infinita que ha hecho el mundo, y que le gobierna por sus leyes. Semejante idea era demasiado sencilla y sana para haber sido conocida por el solo ingenio del hombre, y no podia venir sino de Dios mismo, porque la conformidad se señala exactamente con el testo de nuestros libros santos.

Las opiniones diversas de las escuelas que la han seguido no se alejan de esta sino por la diferencia de palabras. Pitágoras ha dicho que Dios era un espíritu esparcido y obrando en toda la naturaleza, y que todo lo que se respira eran otras tantas partecillas de su sustancia.

Lo que algunos llaman la naturaleza, no es mas que Dios mismo bajo otra denominacion, y no hay nadie hasta Epicureo, que bien sea admitiendo dioses, ó reduciéndolos á la inaccion, no suponga una sustancia superior.

Aristóteles, con sus variaciones eternas, no deja sin embargo de reconocer la unidad en un poder divino; vosotros le ois hablar unas veces de inteligencia que gobierna el mundo, y otras de que el mundo ha sido hecho independientemente de Dios mismo.

Crisipo se atiene á este sentimiento, dando alternativamente á su esencia divina los nombres de razon, de verdad, de causa, de naturaleza y de necesidad.

Platon se espresa mas abiertamente en sus pensamientos y en sus espresiones : su doctrina podria parecernos divina si no estuviese echada á perder con ridículas incoherencias. En su Timeo hablando de Dios (que así es como le llama),

dice : « Él es el Padre del mundo, el Criador del « alma, el fabricador de las cosas del cielo y de « la tierra ; y es absolutamente difícil el hallarle, « porque su inefable poder le pone por encima « de toda nuestra penetracion, y cuando vos le « habeis descubierto, no es permitido hacer la « declaracion pública »

El mas bello título de gloria para los filósofos es el haber reconocido la unidad de Dios, aunque hayan desfigurado el dogma con la diversidad de nombres que habian puesto á la divina esencia; de lo que resulta que los cristianos de hoy son filósofos, ó que los filósofos de otro tiempo fueron cristianos.

Las mentiras y las imposturas de que se emponzoña el espíritu del hombre á su primera edad, le dominan tanto, que se aficiona á ellas, las conserva hasta la última época de la vida y permanece penetrado de ellas hasta el sepulcro.

Hay espíritus malignos, conocidos en los escritos mismos del paganismo bajo el nombre de demonios; seres perversos y desgraciados que, por vengarse de los castigos merecidos por sus crímenes, se han declarado enemigos de Dios y de los hombres; de Dios, separando de él sus adoradores con los falsos cultos que han introducido en la tierra, y de los hombres, arrastrándolos al error con sus prestigios. Vuestros poetas y vuestros filósofos, les conocian bien, entre otros, Sócrates, que no tenia otra regla de sus ocupaciones y de su reposo que el *genio* que le agitaba: estos son los que operan lo que los mágicos hacen de admirable; los que dan eficacia á sus encantamientos; los que hacen que se vea lo

que no se ve, y que no se vea lo que se ve; ellos se apoderan de los cuerpos, fascinan los entendimientos, los poseen de terrores imaginarios, y los arrojan á trasportes furiosos. Creedlos sobre su palabra cuando confiesen ellos mismos que no son mas que demonios.

Vosotros querriais que Dios pareciese á vuestras miradas, y vosotros no sois capaces de sostener largo tiempo los rayos del sol por poco que se fijen en ellos vuestros ojos; ¿cómo es posible pues que podais sostener el esplendor del que ha hecho el sol y la luna? ¿por qué pues os ocultais á los fuegos de sus truenos así que el se estremece?

Vosotros querriais que Dios se dejase ver por los ojos del cuerpo; pero, ¿podeis vosotros tocar el alma que reside en vosotros mismos y que hace el principio de vuestra vida y de vuestro lenguage? Vosotros la creeis estraña de las acciones de los hombres y esto solo prueba que su existencia es superior á vuestros sentidos. ¿Veis vosotros acaso el soplo de los vientos que causan la tempestad, para que querrais conocer y penetrar sensiblemente el espíritu soberano?

Encerrado en su corte celestial, ¿de qué modo, decís vosotros, abrazará él aquí abajo tantos objetos á la vez y en tan gran detalle? ¡Miserable ilusion! ¿qué ser residirá lejos de él? él llena, y conoce todo lo que está en el cielo, y sobre la tierra, y mas allá de este globo que nosotros habitamos, y está en todos nosotros. Considerad el sol suspendido de la bóveda del firmamento, cuyos rayos se esparcen y circulan sobre todos los puntos del universo; y esto podrá daros una

idea de la imagen de Dios presente por todas partes.

Vosotros dudais que el mundo ha de acabar un dia, y que debe ser consumido por un súbito sacudimiento, ¿es esto acaso una cosa tan difícil de creer? ¿Es menester ser sabio? ¿no basta solo tener ojos para estar convencido de que todo lo que ha empezado acabará? El futuro fin del mundo no es una doctrina desconocida de la antigüedad; Epicureo hablaba de esto como debiendo ser el desenlace general de su historia; Platon, á pesar de haber adelantado la idea de que el mundo ha sido creado para durar siempre, no por eso rehusa al Ser Criador el poder de destruirle; Dios queda dueño de su obra.

Sobre este punto y otros muchos vosotros observareis frecuentemente en los filósofos, una grande afinidad con nuestras doctrinas, no porque nosotros las hayamos copiado, sino porque los divinos oráculos de nuestros profetas, llegados á su conocimiento, les han dado lugar á mezclar verdades entre los errores que publicaban tan atrevidamente.

Es imposible ser pobre cuando no se tienen necesidades ni deseos, y cuando se tiene á Dios por tesoro; pero hay una verdadera pobreza cuando con muchas riquezas se desean aun mas. Las aves nacen sin herencia y cada dia provee solo á su alimento: todo lo que está fuera de nuestros deseos es nuestro.

El valor se ejerce en las tribulaciones, y el sufrimiento es la escuela de la virtud; el alma como el cuerpo necesitan trabajo y sin él se debilitan; y todos los grandes hombres que voso-

tros proponeis á la emulacion, han merecido su fama por sus desgracias.

Es un espectáculo digno de las miradas del mundo, el de un cristiano luchando con las penas, con los sufrimientos, con las amenazas, con los suplicios y con las torturas; desafiando los terrores de la muerte, y el aspecto feroz de los verdugos, manteniéndose libre bajo su tiranía y no cediendo sino á Dios á quien pertenece. ¡Ciegos! ¿no comprendeis que es imposible que nadie se esponga sin motivo á semejantes penas, ni que pueda soportarlas de tal suerte sin la asistencia de Dios, que es el objeto de ellas?

Hay hombres que son elevados en dignidad, y en poder, para poner en descubierto su maligno genio, á fin de que su libertad misma venga á ser su escollo.

Aquí abajo es uno engañado por la fortuna; pero esta pesada carga, es bien onerosa para el tránsito de la vida; vos marchais pomposamente rodeado de lictores y revestido de púrpura como un rey: ¡vanidad! vos alabais la nobleza de vuestro origen: ¡vanidad! este es el elogio de vuestros abuelos que ya no existen.

Dejemos á la Academia sus dudas eternas; á todos sus graves filósofos, su orgullo, sus bajas lisonjas, sus sistemas corruptores, y sus declamaciones contra el vicio, en que ellos se hacen su proceso á sí mismos. Nosotros no aspiramos á ser sabios por el esterior, sino á hacer grandes cosas, sin grandes discursos.

ARNOBEO.

ALGUNOS PENSAMIENTOS DE SU OBRA CONTRA LOS GENTILES [1].

¡O Criador, soberano universal, esencia su-

[1] Ved aquí aun un discípulo de los primeros apologistas, que los sigue paso á paso y los reproduce servilmente; pero admirando la Providencia, que inculca así la verdad en la inteligencia humana, suscitándola defensores que la demuestran por un método uniforme, y que la graban en fin á pesar del descuido y distraccion del entendimiento, es menester no obstante establecer una distincion bien señalada entre los diversos maestros de esta escuela, en que los siglos han recibido la leccion y escuchado como ignorantes. Nosotros colocaremos pues á Arnobeo en el número de aquellos por quienes la tradicion habia hecho mas que la naturaleza, y ved aquí porque él ha podido ser un doctor recomendable sin ser un grande escritor. Segun el juicio de San Gerónimo, él es desigual, difuso, y sin mucho orden: *inæqualis et nimius... et confusus* (Epist. 87). El genio solo señala á su título las producciones de su pensamiento y viene á ser á la manera de un gran príncipe que acuña moneda con su efigie: esta marca real no está en todos los Padres, lo que por lo demas importa poco para la verdad.

blime que escapas á todas las miradas como á todas las inteligencias! á vos, á vos solo es á quien pertenece la adoracion! Vos, la primera de todas las causas; vos, á la vez el lugar, el espacio, el fundamento de todo lo que existe; vos, espíritu increado, inmortal, inmenso, sobre todo lenguage y sobre toda concepcion humana, que sois igualmente imposible de definir y de comprender de otro modo que por la adoracion! Vos sois, ó gran Dios! Vos sois Dios y esto es todo lo que se sabe de vos.

« Si Jesucristo era pues Dios, ¿por qué se ha « hecho ver en una forma humana? » ¿Podia acaso la divina esencia, siendo espiritual por su naturaleza prestarse al mundo y manifestarse á las miradas de los hombres sin el intermedio de una carne semejante á la suya? ¿No era necesario que ella moderase bajo los velos de la humanidad los esplendores de sus rayos, que desnudos ningun mortal hubiera podido resistir? Ella pues ha consentido en revestirse de un cuerpo sujeto á todas las condiciones de nuestra naturaleza; sin derogar no obstante su divina substancia ni la independencia de su ser soberano. Si Jesucristo ha sufrido y si ha muerto, no es como Dios, pues la divinidad es impasible. ¿Quien pues estaba suspendido en la cruz? ¿Quien daba el último suspiro? El hombre de que habia hecho la cubierta de su divinidad: misterio oculto en una oscuridad profunda, pero accesible á la inteligencia cuando quiere aclararse con las luces de la fe.

Jesucristo, ha hecho mas que vengarse de los enemigos que le habian dado la muerte, pues su divinidad todo poderosa, resplandece bien en el

milagro de dulzura que hace demostrar entregándose á la ferocidad de sus verdugos. Con el heroismo de su paciencia, justifica elocuentemente la doctrina que habia venido á traer al mundo; humillando á sus pies el fausto y el orgullo, triunfando por su humildad de todos los vicios, tomando sobre sí todas nuestras miserias, y curándonos de todos nuestros males.

¡Qué! ¿Os creeis acaso vosotros en estado de discernir entre lo verdadero y lo falso y de decidir igualmente sobre las cosas sublimes, como sobre las ordinarias, porque sabeis afectar un bello lenguage, emplear espresiones escogidas, evitar las locuciones que no son de una exactitud gramatical, y porque sabeis de memoria algunos opúsculos frívolos y habeis aprendido las sutilezas y las trampas de la elocuencia forense? ¿Pretendeis solo por estos elementos, pronunciar y decidir que no hay mas que flaqueza y puerilidad en nuestras esperanzas? ¡Ah! ¿No habeis oido jamas esta palabra: *Toda sabiduría humana es locura delante de Dios?*

¿Qué motivos mas poderosos teneis vosotros para prestar fe á vuestros sabios, que nosotros para creer en Jesucristo? Nombradme uno solo, que con una sola palabra haya podido apaciguar las tempestades, mandar á las olas de un mar irritado, dar la vista á los ciegos de nacimiento, arrancar los muertos del sepulcro, aun menos que esto, curar por su propia voluntad la mas lijera herida. Por mas que se alabe y envanezca la sutileza intelectual de vuestros sabios, y la estension de su ciencia, jamas podrán llegar al conocimiento de la verdad, ni conducir á nadie

á ella con semejantes silogismos y entimémas.

Apreciemos nuestros maestros, no por la elocuencia, sino por las obras. El verdadero mérito consiste aquí, no en hablar con sutilezas, si no en justificar sus promesas con acciones verdaderamente divinas. Comparemos las obras de vuestros filósofos con las de Jesucristo. Ved lo que ha obrado su Evangelio entre los Judíos, los Persas, los Séres, los Medos, los Arabes, los Egipcios, los Sirios, los Galatas y los Partos; en la Acaya, en la Macedonia, en el Epiro y en todas las regiones que ilumina el sol; en fin, en Roma mismo, donde, á pesar de las supersticiones introducidas por Numa, millares de hombres han renunciado á todas sus antiguas preocupaciones para adorar á Jesucristo.

Jesucristo Dios, hablando por orden de Dios, su padre, y hablando en una forma humana, para cortar de una vez, las vanas averiguaciones, en que se empeña una curiosidad temeraria sin obtener solucion alguna, nos ha mandado dejar las cuestiones que son inútiles por ser superiores á nuestro entendimiento, y limitar, en cuanto sea posible, el vuelo de nuestros pensamientos á la meditacion de sus divinos atributos y con esta ciencia se tiene todo.

« Si vuestro Dios, nos dicen, tiene tanto poder « y bondad; si gusta tanto de salvar á los hom- « bres, que él cambie mi corazon, y que me « fuerce, por su solo poder, á creer en sus pro- « mesas. » Esto seria una violencia y no una gracia, y yo no veria en esta conducta de Dios, la liberalidad de un gran monarca, sino la pueril am-

bicion de un rival que no quiere mas que someter á su enemigo, habiendo ademas, de su parte, una injusticia en encadenar vuestra libertad, y en forzar un consentimiento que os pertenece segun sus propios dones.

Nuestra religion, decís vosotros, es nueva : este es un error, pues es imposible señalarla un principio, porque remonta hasta Dios que no lo tiene. ¿Qué conoceis de mas antiguo que él? Mostradme alguna cosa que le sea anterior, sea por la existencia, sea por el nombre; él no ha nacido del tiempo; es solo y eterno, inmutable, el primero antes que todo, y la cabeza de la cadena de todos los seres; la eternidad no existe sino por él; y esta larga serie de siglos que componen el tiempo no es sino una parte de su inmensidad.

Nosotros no buscamos las razones porque la revelacion del Verbo se ha manifestado tan tarde, sino nos sometemos á sus decretos, ciegamente, porque de parte de Dios, nada puede llegar tarde, porque en la eternidad no hay ayer, ni mañana, ni tiene principio ni término, y por esto nada es antes ni nada es despues : nosotros, los hombres, somos los que designamos solamente el tiempo, por la sucesion de las épocas; pero la eternidad no las tiene.

Lo que vosotros llamais persecucion, no lo es realmente, y mas bien lejos de ser una calamidad es nuestra libertad, pues lo que conduce á la libertad y á la morada de la luz, no es un castigo. ¿No mirariais vosotros como un insensato el que, por hacer sufrir á un prisionero, descargaria su furor sobre su carcelero y sobre su calabozo rom-

piendo tambien sus puertas? Esta es la imagen fiel de las persecuciones : vuestras hogueras, vuestros anfiteatros, no nos quitan la verdadera vida, pues no sirven mas que para hacer caer la cubierta carnal de que estamos envueltos.

LACTANCIO.

ESTRACTOS DEL LIBRO DE LAS INSTITUCIONES DIVINAS.

Lactantius quasi quidam fluvius eloquentiæ tullianæ.
HYER., Ep. I, ad Paulin.

El amor de la verdad habia convencido á los filósofos que es incomparablemente mas honroso el introducirla en los conocimientos divinos y humanos, que el amontonar riquezas y correr tras las otras distinciones, y por esto mismo ellos se mostraban dignos de conseguir el conocimiento de lo verdadero. Esta noble pasion fué la que llevó á algunos de ellos á hacer el abandono de sus bienes y á privarse de todos los placeres, para unirse con mas libertad á la virtud sola, que ellos estimaban, y consideraban como el soberano bien; pero no obstante, ellos no han alcanzado el término á que aspiraban. Sus trabajos y sus talentos han sido inútiles, porque la verdad, es decir la sabiduría y las miras del Criador, son por sí mismas infinitamente superiores al alcance del

entendimiento humano, y si el entendimiento humano pudiese alcanzarlas y comprenderlas, desde luego no habria diferencia entre el hombre y Dios; pero como los hombres no podian por sí mismos llegar á esos sublimes conocimientos, Dios ha permitido que los que desearian sinceramente ser iluminados por la sabiduría, no permaneciesen en las tinieblas y en el estravío, y por eso, ha llegado un tiempo en que les ha abierto los ojos sobre la vanidad de las cosas humanas, mostrándoles la ruta que conduce seguramente á la inmortalidad; mas, como la verdad permanece siempre oculta bajo una especie de velo, los sabios la desprecian bajo pretesto de que falta alguna cosa á su perfecta demostracion.

Algunos sabios del paganismo, inspirados solo por las luces de una razon superior, han llegado bastante cerca de la verdad; pero en el momento de asirla se les ha escapado, porque la costumbre y la preocupacion les ha hecho dar pasos retrógrados.

Si todos los hombres se amasen como hermanos, vendria á ser nula la gloria de los conquistadores, y esos hombres que ponen su gloria en despoblar la tierra, sucumbirian bajo el peso del reposo público.

Con la opinion de que Dios no se ocupa en lo mas mínimo de las cosas de la tierra, y que todo acaba con la muerte, los hombres se abandonan enteramente á sus pasiones, y como cuentan con la impunidad, se embriagan absolutamente en la copa de los placeres, y se dejan conducir con ellos al sepulcro sin conocerlo apenas.

En la prosperidad, todos se aturden y no pien-

san mas que en gozar, sin agradecer á Dios los bienes que se tienen de su mano liberal; pero en la adversidad se piensa de otra manera, y ella misma basta para volvernos á Dios. El Criador ha dado al rostro del hombre esa actitud elevada, y concedidole la facultad de dirigir sus ojos hácia el cielo, á fin de que podamos buscar en él la religion, y considerar al menos, por los esfuerzos de nuestra inteligencia, la morada en que habita ese gran Dios que nuestras miradas no pueden penetrar.

Ciceron conocia bien la falsedad de los dioses que adoraban los Romanos; y por esta razon no los trata con miramiento en sus escritos. No obstante, por una culpable inconsecuencia, no permite jamas que se entable públicamente ninguna disputa sobre este asunto, por temor de debilitar en el espíritu de la muchedumbre el respeto que se les tiene. ¡Grande hombre! ¡ah! ¿por qué pues no habeis quitado la máscara al error, procurando al menos desengañar esa multitud preocupada? Vuestro talento no podia temer ni dudar el triunfo en una causa tan buena, cuando se habia desplegado con tanta seguridad en procesos mas dudosos. Pero, yo os adivino; la prision de Sócrates os da miedo, y no teneis fuerza para elevar la voz en nombre de la verdad. Aunque por vuestra calidad de filósofo, deberiais mirar la muerte con desprecio, y tener mucha mas gloria en morir víctima de la verdad que de la murmuracion; pues todo el honor de las filípicas no era comparable al renombre de haber disipado los errores del género humano. Vos temiais: enhorabuena; ¿pero qué os obligaba á persistir vos mismo en

vuestro estravío? Vos estais á los pies de los ídolos despreciables, obras de las manos de los hombres; vos convenís en ello, y no dejais de obrar como ese vulgo ignorante entregado, por confesion vuestra, á una vergonzosa idolatría. ¿A qué os servirá conocer la verdad, si os deja igualmente cobarde é infiel? Si los sabios mismos se encadenan voluntariamente en el error cuando ellos le conocen, ¿qué se puede esperar de una multitud de hombres sin razon?

Los mas sabios entre los paganos han combatido las falsas religiones, porque han reconocido su debilidad; mas no por esto han tenido el presentimiento de que habia una verdadera, como lo deberian desde luego juzgar, y esta criminal indiferencia los hace menos escusables que el resto de los hombres adormecidos en el seno de sus viejos errores, y que no sospechaban que la verdad pudiese estar en alguna parte, no porque fuesen capaces de llegar á ella con sus propias fuerzas; no, sin duda, pues Dios solo podia hacerla descender sobre la tierra; sino porque la razon sola, mejor escuchada, bastaba por sí misma, para hacerles ver que no hay cosa mejor, cuando las religiones son falsas, que renunciar á ellas.

La diferencia entre los ignorantes y los sabios consiste en que los primeros ponen lo falso en lugar de lo verdadero, porque no pueden discernir lo uno de lo otro, y los segundos, estraños por sí mismos á lo que es verdadero, permanecen en lo falso por demostrar sujetarse á alguna cosa, ó bien porque caen en una indiferencia que es-

cluye todos los cultos, con pretesto de evitar el error.

Es inutil que me pregunteis con que ha hecho Dios todo lo que vemos, cuando es sabido que lo ha hecho de la nada; pero vosotros me direis tal vez que habia una naturaleza ó un caos en donde los gérmenes confusos de los seres estaban aglomerados indistintamente, esperando el dia en que la operacion divina separase sus elementos en desorden para hacer el mundo. Nada de eso, Dios lo ha hecho todo; si él no hubiera hecho la materia, no hubiera hecho tampoco, ni el cielo, ni la tierra, ni las aguas, ni nada de lo que vemos. ¿Era mas dificil á Dios el crear la materia que embellecerla? De dos cosas la una: ó es ella quien se ha producido á sí misma, ó es Dios quien la ha creado. ¡Hacerse ella misma! ¿cómo? ¿por qué motivo? ¿quien la habia dado su principio de existencia? ¿le tenia de sí misma? Ved aquí pues dos principios eternos, que ofrecen una gran contradiccion. ¿Es Dios quien ha sido hecho por la materia, la materia por Dios? Optad entre lo uno y lo otro, y es el único medio de conciliarlo todo.

Los demonios procuran consolarse de sus desastres, arrastrando á los hombres en sus ruinas; ellos tienden lazos bajo sus pies, y atacan á cada uno cuerpo á cuerpo. Ellos son los que alteran la salud, los que causan las enfermedades, los que espantan las imaginaciones con sueños, los que precipitan los hombres en trasportes furiosos, y los que, por los males que les hacen, los fuerzan á recurrir á su poder.

¿Qué es pues la filosofía? se la define como el

amor, el medio de buscar la sabiduría; luego si se le busca aun, es una señal de que no se la posee.

Los filósofos se dividen en una multitud de sectas diversas que se combaten entre sí. ¿En cual de ellas encontraremos nosotros la verdad? Esta no reside ciertamente en todas; luego tomando por separado cada una de ellas, las combatiremos fácilmente con las mismas armas de que mutuamente se sirven, pues no hay ni una sola que no derribe sus rivales para prevalecer sobre ellas, ni una que no las acuse de error para eludir la reconvencion de seguirlo. ¿A cual pues deberemos creer, á la que se alaba de seguir la verdad, ó á las que la satirizan, cuando cada una separadamente está sola contra todas? ¿No es menester, pues, que todos tengan razon contra uno solo? Si todas las sectas de los filósofos se acusan y se condenan recíprocamente, resulta que no hay en todas ellas sino unidad y nada; y la filosofia no tiene necesidad mas que de ella misma para refutarse.

¿En qué consiste, pues, la sabiduría? en no creer que se conoce todo lo que pertenece solo á Dios, y en no ignorar todo lo que corresponde solo á las bestias; pero entre los dos estremos hay un medio digno de la inteligencia humana, que es una ciencia mezclada, y como sazonada de ignorancia.

La mano del Criador ha impreso en el corazon del hombre un doble instinto que le lleva á buscar con esmero la religion y la sabiduría; pero el error de los hombres viene de que separan la una de la otra, y abrazan la religion sin estudiar

la sabiduría, ó se aplican á su estudio sin ocuparse del de la religion, cuando la una debe marchar con la otra.

Yo me admiro como, entre tantos filósofos, no se encuentre ni uno solo que haya llegado á descubrir el soberano bien. Ellos debian partir del principio fundamental de que el soberano bien debe ser accesible á todos, y esto sentado, preguntar. ¿Existe el soberano bien en el placer, en ese placer de que todos los seres son ansiosos, y de que aun los animales mismos sienten la necesidad? No, porque lo que hace el placer no es siempre lo honesto. Pues suele suceder que se cansan de él, se disgustan, y su abuso se hace funesto, porque se usa con la edad, no es dado á todos el gozarle, y muchos desgraciados hay á quienes les es desconocido, y permanecen eternamente privados de él. ¿Está pues en la riqueza? Menos aun : ella no es el patrimonio sino de algunos elegidos ; se la obtiene sin saber como, y jamas se tiene bastante. ¿En el poder real? Mucho menos aun : todos no pueden ser reyes, y nadie debe estar escluido de llegar al soberano bien. ¿En la virtud? Es incontestable que ella es un bien al alcance de todos; pero si no consiste frecuentemente mas que en la resignacion y en los sufrimientos que no se pueden evitar, ¿cómo puede calificársela de soberano bien? El soberano bien, este bien absoluto al cual no es posible añadir ni separar nada, no puede encontrarse mas que en la inmortalidad que nos saca de la esclavitud. Los principios de la religion nos hacen conocer el fin para que nosotros existimos, y la virtud nos pone en el camino que debe conducirnos. Ser

feliz é inmortal: este es pues el término soberano.

¡Pluguiese al cielo que Ciceron vuelto á la vida se dignase venir á la escuela del último de los maestros cristianos! Aprended, le diria yo, á conocer mejor esa filosofía que tanto elogiabais cuando la llamabais la antorcha de la vida, la amada de la virtud, la regla de las costumbres y la legisladora del género humano, ¿qué habeis recogido en fin de sus lecciones? Ella os ha hecho el ornamento de las letras latinas y el imitador de Platon; pero por confesion vuestra, os ha dejado en la mas profunda ignorancia sobre la conducta de la vida; y ¡á la verdad que es una bella escuela de virtud la que no da ni aun los elementos de la sabiduría, y que lo mas que os enseña es la urbanidad!

Los filósofos se alaban de dar lecciones de virtud; pero ¿como pueden enseñar lo que ignoran? Examinad sus costumbres de cerca, y los vereis arrebatados, corriendo tras el dinero y los placeres, susceptibles al estremo, llenos de orgullo y de envidia, hábiles solamente para enmascarar sus vicios con un velo de sabiduría esterior, y entregándose particularmente, á acciones que reprenden en la publicidad de sus escuelas.

Epicúreo admirado de que el patrimonio ordinario de la virtud, aquí abajo, es la indigencia y la aflicion, en tanto que el crimen dichoso camina con la cabeza levantada; que la muerte siega la infancia, apenas entrada en la carrera de la vida, así como la vejez llegada á su término; que cuanto mas religion se tiene, tanto mas perseguido se está, mientras que todo sonrie á los que

desconocen la Divinidad ó la sirven mal; Epicúreo infiere de todo este desorden, que no hay Providencia, que el alma muere con el cuerpo, y que la Divinidad, feliz en el mundo que habita, no se mezcla en las cosas de este, y todo su sistema se reduce á que el hombre no está sobre la tierra sino para gozar de los placeres que puedan hallarse. Pero, adoptando este bello principio, ¿se estará siempre dispuesto á abstenerse de vicios y de desarreglos? Y si las almas son mortales, ¿qué puede hacerse mejor que acumular riquezas para procurarse los placeres? Y si las riquezas faltan, ¿qué se hará entonces? será menester emplear el fraude, el robo, la violencia, y todos los medios posibles para adquirirlas ó arrebatarlas á los que las poseen; y como no hay Divinidad que se ocupe de los negocios del mundo, no hay mas que robar y matar, así que se pueda hacerlo impunemente. Hacer mal, cuando se saca de ello ventaja es desde luego lo que dicta la buena filosofía, y hacer bien es una locura, pues los dioses no tienen en su poder ni recompensas, ni cólera, y todo en fin perece.

Aunque Epicúreo no habla bajo este sentido en términos espresos, toda su doctrina lo sigue, pues, estableciendo por principio que un sabio filósofo no hace nada sino por sí mismo, es claro que no puede tener otra mira que su interés personal. El que adopta estas detestables máximas se guardará bien de hacer servicios, porque entonces no trabajará sino para la ventaja de otro; ni será jamas detenido por el horror del crimen, porque el crimen le es ventajoso; y si un pirata ó un gefe de bandidos quisiese animar á

sus cómplices, no les hablaria en otro lenguage mas que en el de Epicureo.

¡Filósofos! yo oigo alabar vuestra fuerza; y os espero en la prueba. Se nos habla de un sabio que, por no tener el embarazo de su dinero lo arrojó en el mar; ¿era esto sabiduría ó demencia? «¡Id al fondo de las aguas, riquezas peligrosas! esclamó, yo os abandono por no perderme!» Si tú desprecias tan fuertemente el dinero, ¿por qué no lo empleas en obras útiles? ¿por qué no haces de él un medio de beneficencia, dándolo á los pobres que carecen de todo, y no arrojándolo al mar, donde no alivia ninguna necesidad?

Lo que la filosofía ha sospechado por la luz natural, y no ha podido ejecutar, el Evangelio lo ha hecho, porque el Evangelio solo es la verdadera filosofía. ¿Podian acaso los filósofos persuadir á otros lo que no podian persuadirse á sí mismos, ni mandar á las pasiones de los demas, cuando ellos eran esclavos de las suyas propias y estaban reducidos á decir que la naturaleza era mas fuerte? No sucede así con la ley que tenemos de Dios, porque es sencilla y verdadera, y una esperiencia diaria da prueba de su eficacia sobre los corazones.

Aquel pecador que antes estaba abandonado á todos los estravios, y lo veis de repente justo, reservado y enteramente diferente de sí mismo, debe su regeneracion al baño santo del bautismo y á la divina sabiduría que ha penetrado su cuerpo, y desterrado de él el espíritu insensato que le arrastraba al crimen. Para un cambio tan maravilloso, no ha tenido necesidad de maestros,

de dinero, ni de penosas vigilias, y solo le ha bastado el abrir su corazon á la fe.

Ved aquí la sola luz; ¿son capaces los ciegos de conduciros? ¿Esperais algun nuevo Sócrates mejor instruido que el primero? ¿quereis vosotros que Demócrito haga salir la verdad del pozo en que la encierra? Pero ¿por qué no ois esa voz que desciende del cielo y os enseña la verdad? ¿por qué desechais voluntariamente este beneficio que todos los hombres no hubieran podido ofreceros jamas? Prestad el oido á la voz de Dios, id á la escuela de la justicia, y sabed porque habeis venido al mundo, á fin de alcanzar el soberano bien para que habeis sido criados.

Los hombres, separándose del soberano bien, no han probado mas que lo que satisface el cuerpo y los sentidos, y se han precipitado en la muerte eterna, con los falsos dioses y los bienes terrenos que han buscado.

¿Por qué, nos preguntan, se humilló tanto el Hombre Dios? ¿por qué esos sufrimientos y esas ignominias de la cruz? ¿No valia mas que hubiese impuesto sus leyes con la autoridad de un Dios, y todos los hombres se hubieran sometido á ella sin esfuerzo? ¿por qué haber venido sobre la tierra en un estado de debilidad que le entregó á desprecios y á brutalidades? ¿por qué salir de ella con esa abyeccion, y no haber hecho prueba, al menos en el último momento, de esa fuerza superior que eleva un Dios por encima de todo? Yo respondo, que ha habido en la conducta del hijo del hombre la mas alta sabiduría, pues no hay principio mas incontestable para tener derecho á dar leyes á los hombres y reformar sus cos-

tumbres, que justificar, con las suyas propias, la doctrina que se predica, y el que obra de otro modo desacredita sus preceptos; porque si son buenos y útiles, ¿cómo puede el legislador no observarlos por sí mismo y vivir de una manera diferente de la que quiere establecer? En este caso no habria nadie que no contestase al reformador: yo no puedo resolverme á hacer lo que me decís, porque la cosa es imposible segun vuestro ejemplo evidente: vos me ordenais huir de la cólera, de la molicie, de la ociosidad, de los movimientos de las pasiones, no temer el dolor ni la muerte; y todo esto es superior á las fuerzas de la naturaleza, y la prueba está en que vos mismo no haceis nada de ello; luego ¿con qué derecho venís á obligar mi voluntad, y á sujetarme con las trabas de que sois el primero á libertaros? Empezad por aprender lo que venís á enseñar, y haced primero vuestra reforma antes de someter á ella los demas.

Observad pues los mas famosos de los filósofos y ved quien los escucha: mas valen menos palabras y mas hechos, pues los discursos no cuestan nada y las obras mucho. Si un hombre se mete á reformador será recusado al momento, como desprovisto de autoridad. Si es un Dios, se le opone la fragilidad humana; y no obstante del cielo es de donde deben descender la sabiduría y la religion; porque de otro modo, no hay ninguna fuerza ni sancion, y el legislador no llena su objeto si no reune en su persona todos los caracteres de perfeccion que subyugan y determinan la confianza. Yo supongo, pues antes de demostrarlo, que la obra de la reforma se agite en

los consejos de la sabiduría eterna, y que se decrete que un Mesías venga á la tierra que le espera; pero ¿en qué forma aparecerá él en ella? ¿Será bajo una forma puramente humana? entonces no seria sino un filósofo como otro cualquiera, un sabio mas perfecto, puede ser, que los otros, pero perteneciendo siempre al barro de la tierra por la imperfeccion inevitable de sus conocimientos y de sus virtudes: un profeta como Moises, por ejemplo, pero cuyo poder, soberano sobre los elementos, no triunfaria sobre los corazones, y vendria á ser un hombre como otro cualquiera. ¿Se mostrará en una forma enteramente divina? sin objetar que las miradas de los humanos no podrian sostener el resplandor de una magestad enteramente divina, ¿cómo predicaria la virtud si no la conocia por las pruebas? ¿cómo sostendria los combates si no estaba ejercitado por los sacrificios, ni la victoria sobre la carne, si, por ser Dios, no tenia un cuerpo susceptible de sentir las impresiones de los sentidos? ¿cómo, el triunfo sobre las pasiones y debilidades de la humanidad, si no era tributario de ella? ¿cómo el desprecio de los honores y de las riquezas si no estaba probado por la indigencia y la ignorancia? ¿cómo el de la vida y el de la muerte, si no vivia y moria á la manera de los hombres? ¿cómo el de las mas virtudes inaccesibles á nuestra naturaleza, aunque las mas necesarias á nuestra felicidad, si su vida no era un modelo de perfecciones fáciles de imitar en todas las condiciones y en todos los momentos? Es menester pues un legislador particular, uniendo todos los derechos de la Divinidad, á todos los ca-

racteres de la humanidad; un hombre verdaderamente tal por su abatimiento voluntario y por su resignacion á todas las miserias humanas; verdaderamente un Dios omnipotente por sus obras; naciendo, viviendo y muriendo como el último de los hombres: naciendo, viviendo y muriendo como un Dios solo ha podido nacer, vivir y morir; practicando todo lo que enseña, y por la autoridad de su propio ejemplo, consagrando y facilitando la observancia de sus preceptos; quitando todo pretesto á la rebelion, toda escusa á la molicie y rodeando al mismo tiempo, por el atractivo de las recompensas divinas, estas leyes mismas de los motivos mas enérgicos que un Dios puede proponer á la emulacion de sus servidores. Ved aquí todo el secreto del pesebre y del calvario; y el escándalo de la cruz que ha llegado á ser en efecto la obra maestra de la sabiduría divina.

¿De donde viene pues ese odio encarnizado contra la verdad? ¿Está en la esencia de la verdad el producir el odio, como lo ha dicho un poeta latino? ¿Se avergüenzan los malvados de estar justos? ¿O es acaso que estas dos causas obran de concierto?

Yo he visto en Bitinia un magistrado entregarse á tan vivos trasportes de gozo como si hubiese subyugado una nacion bárbara, porque un cristiano que habia resistido valerosamente durante dos años enteros, habia acabado por parecer que cedia; esto era para él una victoria, y realmente todas estas victorias de nuestros perseguidores no tienen otro objeto que el de no ser vencidos por la constancia de los mártires. Esta

es una lucha que se empeña entre el verdugo y la víctima; todo el arte del primero consiste en arrebatarla el honor de espirar en los tormentos, como si fuese menester la muerte para determinar el triunfo, y como si el rigor de los suplicios no fuese un título mas resplandeciente para la gloria de la virtud.

En el delirio del odio que anima á los perseguidores de los cristianos mandan á los ejecutores contemplar con una sabia graduacion, las torturas de los confesores, variarlas, renovarlas sin agotar sus fuerzas, y reservar nuevos miembros á nuevos tormentos. ¿Qué hay mas misericordioso, mas caritativo y mas humano? ¡Ved aquí las lecciones que ellos reciben de sus dioses, y los sacrificios que ofrecen á sus divinidades!

Apesar de las persecuciones, el número de los cristianos no hace mas que aumentarse de dia en dia, y aunque la verdad subsiste por su propia energía, por otra parte no se persiste menos en cerrar los ojos á la luz. Se halla estraño que hombres, libres de evitar los suplicios y la muerte, prefieran correr á ella; se les acusa de demencia, como si pudiese haber demencia en aquello donde hay unanimidad de religion y de culto, en esta prodigiosa cantidad de cristianos, de toda edad, de todo sexo, y de toda condicion, esparcidos de una estremidad á la otra del universo, y todos á la prueba de los suplicios los mas crueles. Si en esta multitud inmensa algunos sucumben, vencidos por la fuerza de los tormentos á los primeros resplandores de la paz vuelta á la Iglesia, ellos vienen á expiar sus faltas por la penitencia

y vuelven á entrar á su servicio con mas fervor que antes.

Así, ¿cual es la impresion que produce sobre el espíritu de los pueblos la vista de nuestros generosos confesores despedazados con tan odiosa barbarie, y conservando una invencible paciencia bajo los golpes de los verdugos? Que acaban por comprender que una creencia tan firme y un heroismo tan perseverante, no son ilusiones ni fanatismo, y que es menester necesariamente la fuerza de una asistencia superior para sostener el valor en medio de las mas crueles torturas. En efecto, que se vea á los malhechores mas vigorosos bajo la mano de la ley que los castiga : su fuerza los abandona, ellos gimen y claman; el sufrimiento los abate, porque no están sostenidos por esa fuerza superior de lo alto; en tanto que entre nosotros, no son solamente los hombres, sino la edad, y el sexo mas delicado y mas debil, quien triunfa de los verdugos con el silencio, y la llama misma de las hogueras no arranca de su boca un gemido. ¿Quién los obliga á sufrir? no es la necesidad seguramente; pues para eximirse no necesitaban sino quererlo : su confianza en Dios, es solo lo que los anima, y lo que fortifica su valor.

Platon soñó en Dios, pero no le conoció.

El hombre, arrojado sobre la tierra, se encuentra colocado entre dos caminos que conducen, el uno á la morada de las celestes recompensas y el otro al lugar de los castigos. El primero, que es el de la virtud, es áspero, escarpado, cubierto de zarzas y de espinas, sembrado de precipicios y de torrentes, y es menester para adelantar en él,

continuos esfuerzos. Pero si se tiene el valor de romper sus primeras dificultades, cuanto mas se adelanta, tanto mas la ruta se allana; la escena cambia y se entra en una alameda deliciosa, alumbrada con una brillante luz, donde no hay ya trabajos ni peligros. ¡Desgraciados de los que se han dejado intimidar por las primeras dificultades! El pie les falta y caen en el otro camino cuyo término no ofrece mas que dolor. Al primer golpe de vista, es dulce, gracioso, risueño, lleno de flores y de frutos; se encuentra en él todo lo que aquí abajo se llaman bienes, riquezas, distinciones, placeres y todos los cebos del mal; la injusticia, la crueldad, el orgullo, la perfidia, la intemperancia, la discordia, la ignorancia, el fraude y todas las pasiones. ¿Cual es pues el desenlace? Que despues de haber caminado algun tiempo es menester llegar al término, y de repente los aspectos encantadores se borran, y se encuentran en el fondo del abismo sin haber cuasi reconocido apenas su error.

Los filósofos han buscado la verdad, pero solo la han buscado sobre la tierra, donde no está, y por consiguiente se han estraviado como en una vasta mar donde se navega sin tener punto fijo ni guia; su vista hubiera debido dirigirse hácia el cielo; pero no lo han hecho, y el navío, yendo siempre al azar, ha dado contra todos los escollos.

Sin la esperanza de la inmortalidad, la virtud, con los sacrificios que impone y las pruebas que la acompañan, no es mas que vanidad; porque si no hay para ella recompensas despues de la muerte, ¿á qué rehusar los bienes que ofrece la

bondad divina? Esto seria ingratitud ó falta de mérito, cuando para obtenerlos poco importa ser un malvado ó un impío, y mas vale serlo, que vivir en la indigencia; y consagrarse al trabajo, á los suplicios y á la miseria, que es comunmente la consecuencia de la virtud.

Ademas de la ventaja especial que tenemos por la razon que Dios ha concedido al hombre, haciéndole nacer desnudo y debil, le ha dado el sentimiento que le lleva á amar á sus semejantes, lo que establece entre los hombres un cambio de servicios y de cuidados. La humanidad es pues el lazo mas sagrado que nos une, y el romperle es hacerse parricida y criminal; porque si es verdad, como no se puede dudar, de que todos los hombres sacan su origen comun de un primer padre, cuyo principio remonta á Dios su criador, se sigue de esto que no se puede, sin atentato sacrílego, aborrecer á un solo hombre, aunque sea culpable y reconocido por tal. Así, Dios os prohibe en su ley toda especie de enemistad, ¿Por qué? Porque siendo todos su obra, somos miembros de una misma familia, y unidos con este título por lazos recíprocos. Obrar al contrario es renunciar al pacto de familia y constituirse en la clase de los animales feroces que se entregan á odios y á persecuciones.

En los libros de los filósofos no hallareis esta moral, porque todos sus estravagantes sistemas sobre el origen del hombre y sobre la formacion de las sociedades, no ofrecen otro resultado que el de aislar á los hombres. ¡Insensatos! ¡Bien lejos de conocer los derechos de la misericordia, se han atrevido á proscribirla del código de la hu-

manidad, como una virtud estraña, ó dañosa á los mortales!

A la cabeza de las obras de misericordia se coloca el deber de la hospitalidad; y no se debe entender este precepto como lo comprendian los sabios de la antigüedad profana, en una simple relacion de política y cortesía, que consiste en abrir su casa á ilustres estrangeros; no, los personages distinguidos no son los que tienen necesidad de vuestras larguezas: el pobre es quien las reclama. Vosotros ireis aquí y allá, corriendo por todas las puertas y ofreciendo vuestra casa por asilo á los gobernadores de las provincias, á los generales de los ejércitos, que pueden hallarlo en otras partes y rendiros el mismo oficio; esta no es la hospitalidad, esto es un cambio de servicios, un préstamo y no un don.

¡Qué! ¿enterrar los muertos? ¡Ah! ¿qué necesidad tienen de ello? — ¿Por qué pues los hombres lo habrian hecho si no fuese una obra de humanidad? ¡O qué brutal insensibilidad es la de no ver en los restos del hombre, sino la presa de los gusanos, ó de las aves, cuando el cristiano reconoce en ellos la obra y la imagen del Criador!

¿Qué temeis vosotros dando limosna? Temeis acaso hacer eterno un bien fragil y pasagero, y confiar vuestros tesoros al mas fiel depositario, á Dios que los tendrá reservados en un lugar donde no hay ni ladrones, ni tiempo, ni tiranos, que pueden robároslos?

La religion no aniquila las pasiones, sino que las purifica, y corrige de sus viciosas inclinaciones. Quitar las pasiones en el corazon del hom-

bre, seria destruir la virtud misma; porque si ella consiste en reprimir sus escesos, no podria haber virtud donde no hubiera que reprimir.

No hay sobre la tierra, ningun bien que no toque á algun mal.

El vicio y la seduccion se introducen por lo que se oye; ¿qué importa que le halleis en vuestra casa, ó que le vayais á buscar al teatro?

¿Qué mérito hay en ser casto cuando se está en la impotencia de conducirse de otra manera? La castidad no es virtud, sino cuando es sobre natural, y se abraza voluntariamente; esto es lo que supone y exige sacrificios.

Se imaginan que es muy dificil poner freno á la concupiscencia y detener los estravíos de una imaginacion que se arroja fuera de los límites de una rigorosa castidad; ¿por qué pues no seria ordenado á todos los hombres el triunfar de las afecciones desarregladas de los sentidos? Nosotros vemos personas castas, y su número es grande.

Dios no ha hecho de la castidad un precepto absoluto; porque el interés de la sociedad no lo permite; no es mas que un consejo de perfeccion al cual estan unidas las mas magníficas recompensas.

Una vez que se ha gustado de la copa de las voluptuosidades, se hace mucho mas dificil separarse de ellas, y se caminaria pues con mas seguridad por la ruta del bien, si se hubiese podido defender el corazon de los pérfidos halagos del deleite.

Galerio, habiendo llegado á la potestad soberana, no se sirvió de ella sino para el mal del universo. ¿Hablaré yo de sus juegos y de sus diver-

siones? él habia hecho venir de todas partes osos de un tamaño prodigioso y de una ferocidad parecida á la suya, y cuando queria divertirse hacia llamar algunos de estos animales, que tenian cada uno su nombre, y les daba hombres á tragarse mas bien que á devorarlos, y cuando veia despedazar los miembros de estos desgraciados se ponia á reir.

El fuego era el suplicio de los que no estaban constituidos en dignidad, y no solo habia condenado á él á los cristianos, sino tambien habia ordenado que fuesen quemados lentamente. Cuando estaban atados al poste, se encendia un fuego moderado bajo la planta de los pies y los dejaban allí hasta que se consumian los huesos. Se les aplicaban en seguida mechas encendidas sobre todos los miembros, á fin de que no hubiese ninguna parte de su cuerpo que no tuviese un suplicio particular. Durante esta espantosa tortura se arrojaba agua á sus rostros, y se la hacian beber á fin de que el ardor de la calentura no apresurase su muerte, que no obstante no podia diferirse largo tiempo; pues cuando el fuego habia consumido su carne, penetraba hasta el fondo de las entrañas, y entonces se les arrojaba en un gran brasero, para acabar de consumir lo que restaba de sus cuerpos, hasta que reduciéndolos á cenizas se les arrojaba á los rios ó á la mar.

SAN CIPRIANO.

FRAGMENTOS DIVERSOS.

Omnis amans Christum, tua Cypriane discet.
PRUDENT., Hymn. 13.

Es tal la locura de los hombres que hay algunos que pretenden ser cristianos aunque se hayan hecho estraños al Evangelio de Jesucristo, y á la observacion de sus mandamientos; y se creen tambien iluminados por la luz, porque caminan menos por las tinieblas que un puro idólatra. ¡Ah! ellos estan engañados por las falaces ilusiones del enemigo, que se trasforma en *Angel de claridad*, y dando á la noche el nombre de dia y á la muerte el de vida, toman un orgullo presuntuoso por esperanza, la rebelion por fidelidad, y palabras hipócritas por la espresion de la verdad sin mancha ¡qué estravío!

Jesucristo, queriendo empezar el misterio de la unidad en su Iglesia, eligió entre todos sus discípulos doce, y queriendo consumar el misterio de la unidad en la misma Iglesia, entre los doce, eli-

gió uno. *Él llamó á sus discípulos* [1], dice el Evangelio: vedlos aquí todos: y entre ellos eligió doce: ved aquí una primera separacion: los Apóstoles elegidos. Ved aquí los nombres de los doce Apóstoles. *El primero es Simon que llaman Pedro* [2]. Esta es una segunda separacion, san Pedro puesto á la cabeza, y llamado por esta razon con el nombre de Pedro, que Jesucristo, dice san Marcos, le habia dado para preparar la obra que meditaba elevar sobre esta piedra. Pero cuando quiere poner la última mano al misterio de la unidad, no habla ya á muchos, y solo designa á Pedro personalmente; y hablándole, obra en él, y le imprime el caracter de su firmeza; *Yo* dice, *yo te digo á tí: tú eres piedra, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* [3]. Pero veamos, aun en una palabra, la consecuencia de aquella. Jesucristo prosigue su designio, y despues de haber dicho á Pedro eterno predicador de la fe: *Tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia,* añade: *Y yo te daré las llaves del reino de los cielos y lo que tú ligares sobre la tierra, será ligado en el cielo* [4]. Esta primera palabra: *Todo lo que tú ligares,* dicha á uno solo, ha colocado y a abajo su poder á cada uno de los demas á quienes diga: *Todo lo que vosotros perdoneis* [5]; pues la potestad dada á uno solo, sobre todos y sin escepcion lleva en sí la plenitud, porque no teniendo que compartirse con ningun otro, no tiene mas límite que el que da la regla.

[1] Math. X, 1. — [2] Ibid. 2. — [3] Ib. XXIX, 18. — [4] Ib. XXI, 19. — [5] Ib. XVIII, 18.

Pero ved aquí lo que se desconoce. Una vana y presuntuosa complacencia por sus propias ideas, va, hasta arrebatarse contra Dios mismo, insultándole en la autoridad que le representa. Tales son los hombres, que con desprecio de las reglas establecidas por el divino legislador, se mezclan por sí mismas y sin mision alguna en las funciones del santo ministerio, como profetas de mentira, en quienes el Señor no puede reconocer sus órganos. Despues que han desertado de las fuentes de las aguas vivas, se atreven á prometer los beneficios de unas aguas puras y saludables; sí, un agua para ensuciar, no para lavar los que se bañan en ellas: para colmar sus iniquidades, no para volverlos inocentes; para tomar allí el sello de hijos del demonio, y no el de hijos de Dios. Engendrados por la mentira, ¿cómo serán accesibles á las promesas de la verdad? Nacidos en el seno de la perfidia, estan muertos para la fe, y para ellos no hay mas paz, pues han roto la paz del Señor. ¡Y qué! El que no se sujeta á la unidad ¿creerá tener fe? el que se pone en rebelion contra la Iglesia, ¿creerá marchar con ella, con desprecio de las palabras del Apostol, que declara, *que no hay mas que un Señor, una fe, un bautismo, un Dios* [1]?

El fiel que tiene presente los oráculos del Evangelio y de los apóstoles, no debe admirarse de ver hombres soberbios, enemigos declarados del puro don de Jesucristo, alejarse de la Iglesia, ó levantar contra ella el estandarte, despues que la Iglesia y los apóstoles nos advierten que habrá

[1] Eph. IV, 5.

en ella escándalos. ¿Cómo es posible que los servidores de Jesucristo no sean abandonados, cuando el Maestro mismo lo ha sido por sus propios discípulos, á pesar de todo el esplendor de sus milagros que atestiguaban altamente su divinidad.

Ellos afectaron autoridad y circunspeccion en sus costumbres, y todo el esterior del celo y de la piedad, pero esta máscara engañosa no sedujo largo tiempo; hasta hicieron milagros, ó al menos se alabaron de ellos, y sus partidarios no dejaron de publicarlos á voces. Pero ha sido escrito tambien que se hallarán seductores que harán prodigios para acreditar una doctrina falsa y perniciosa; pero no por eso han sufrido la muerte y derramado su sangre por el nombre de Jesucristo; pues la muerte no será jamas la corona de su fe, sino el castigo de su apostasía.

Y ciertamente, ¿qué paz pueden ellos prometerse de la parte de Dios, cuando no han sabido conservarla con sus hermanos? ¿Qué sacrificios pueden ellos celebrar? ¿Qué espiaciones? ¿Creen acaso que Jesucristo está con ellos cuando se reunen, cuando no están juntos jamas sino fuera de la Iglesia? El que abandona al que debe reinar no puede llegar á su reino; y despreciando los obispos y separándose de ellos, elevan altar contra altar, componiendo otra oracion con oraciones ilícitas, y profanando, con falsos sacrificios, la verdadera hostia divina que osan inmolar.

Como no hay mas que un solo Jesucristo, no hay igualmente sino una sola Iglesia, y una sola cátedra fundada sobre San Pedro por la palabra misma de Jesucristo. Luego, habiendo un solo al-

tar y un solo sacerdote; no puede haber en él dos, ni con él otros: *Quien no recoge conmigo, dispa*[1]. No hay mas que una culpable demencia ó una impiedad sacrílega para creerse con derecho de violar este orden que Dios mismo ha establecido.

Así como no hay mas que un obispado, así tambien no hay mas que una iglesia estendida por la vasta multitud de miembros que la componen, del mismo modo que se ven salir del sol una muchedumbre de rayos aunque no haya mas que un solo centro de luz, ó que salen del cuerpo de un arbol las ramas en gran número, á pesar de que el tronco todo entero esté asido á una raiz fuertemente afianzada á la tierra; ó que de una misma fuente se derraman diversas corrientes de agua, no teniendo mas que un mismo orígen, por mas abundantes que sean los arroyos que la diversifiquen; y vosotros no podriais jamas separar un rayo del sol, porque la luz faltaria donde la interrupcion tuviese efecto, ni podriais tampoco cortar una rama de arbol, sin que el fragmento roto pierda su raiz; ni separar un arroyo de su orígen sin que deje de secarse. Tal es la imagen de la Iglesia; la divina luz que la penetra, abraza con sus rayos el mundo entero; pero ella viene de un punto único, que distribuye su claridad por todas partes sin que la unidad del principio sea dividida; su inagotable fecundidad propaga sus ramas por toda la tierra, y derrama á lo lejos sus aguas abundantes; por todas partes se ve el mismo principio, y por todas partes se observa el

[1] Luc. XI, 23.

mismo origen y la misma madre manifestando su fuerza en todos sus hijos.

Ella es el seno que nos ha dado la vida, la leche que nos ha alimentado, y el espíritu que nos ha animado. La esposa de Jesucristo no admite alianza adúltera; porque es casta, inviolable, no conoce mas que una casa, y se opone á todo abrazo profano. Ella es la que nos conserva en Dios, y la que nos señala para la real herencia á que sus hijos están destinados.

No es posible el tener á Dios por padre sin tener á la Iglesia por madre; nuestro Maestro ha dicho: *Mi Padre y yo somos uno* [1]. Y su apostol, hablando del Padre, del hijo y del Espíritu Santo dice: *Estos tres, no son mas que uno* [2]. Y luego, ¿vendrán á decirnos que esta unidad que tiene por fundamento la infalibilidad de la palabra divina, y por cimiento los sacramentos venidos del cielo, puede impunemente ser rota en la Iglesia, y anonadada por la oposicion de los sentimientos? Quien no cree la unidad, no tiene tampoco fe en el padre ni en el hijo, ni en la verdad que es necesaria para la salvacion.

El solo hecho de separacion con la Iglesia católica, mina los fundamentos de toda virtud cristiana que es la caridad.

Novaciano no sucede á nadie; él empieza por sí mismo, y hace una Iglesia á parte; pero él no esta en la Iglesia católica, y si fuera de ella: porque es imposible que la Iglesia esté á un mismo tiempo adentro y afuera. Nosotros no somos, repito, los que nos hemos separado de ellos, sino

[1] Joan. X, 30. — [2] Ib. V, 7.

ellos los que se han separado de nosotros; y por lo mismo que ellos son nuevos, que han hallado la Iglesia establecida, y que han venido despues, sus asambleas, y las asociaciones que ellos tienen á parte, como así las llaman, no pueden jamas ligarse al vástago de la unidad; y por consiguiente su Iglesia es humana y no católica.

En toda cuestion que interesa la fe y las costumbres, debemos principiar por remontar á la fuente de la tradicion, y con esta antorcha, no habrá mas oscuridad, ni mas tinieblas. Si el agua de un canal llega á faltar, lo primero que se hace, es visitar el nacimiento, y de esta manera se reconoce, si la falta depende de que el manantial se haya secado, ó de que el agua se haya detenido solamente por algun obstáculo estraño. Así, cuantas veces llegue á suscitarse alguna duda, debemos acudir al instante al Evangelio y á la tradicion de los apóstoles, á fin de volver á traer la verdad, al punto de donde ha sacado su origen.

Yo lloro, hermanos mios, yo lloro con vosotros, y no es una dulcificacion al dolor que me oprime, el pensar que no he recibido personalmente ninguna herida. Aquellos que afectan el rebaño son mucho mas sensibles para el pastor; y á la manera del apostol, yo he reunido en mi corazon todas las aflicciones particulares; yo llevo el peso de todos los dolores; yo gimo con los que gimen, y yo me creo por tierra con los que están abatidos. Los dardos con que el enemigo los ha atravesado, han llegado hasta mí; han penetrado enteramente, y han despedazado mis entrañas; y la persecucion que no me ha derribado, no por eso ha atacado menos mi alma, pues mi

afeccion, por los de mis hermanos que han sido heridos me hace sentir todas sus heridas.

La penitencia está desterrada de los corazones; los mas culpables desórdenes son pronto olvidados, y el pecador se limita solo al mas lijero bendaje, en tanto que la llaga crece y se maligniza profundamente adormecida bajo el vano paliativo que la oculta. Apenas dejan esos hombres impuros el altar del demonio cuando vienen inmediatamente al santuario del Dios vivo, y con las manos aun infestadas con el olor de sus ofrendas se precipitan hácia el altar donde se inmola la víctima santa, y se apoderan á viva fuerza del cuerpo del Señor. ¡Deteneos! Les gritan nuestros divinos oráculos: *El hombre que estando cargado de alguna impureza, coma de la carne de una víctima pacífica, que haya sido ofrecida al Señor, será exterminado de enmedio de su pueblo*[1]. ¡Temerarios! ¿No habia resonado en vuestros oidos esta voz formidable del apostol, que os decia: *Cualquiera que coma el pan, ó beba el caliz del Señor indignamente, se hará culpable del cuerpo y de la sangre del Señor*[2]? Vosotros sois sordos á estas terribles amenazas, y con desprecio de tan saludables advertencias, habeis consumado el atentado, haciendo violencia á su cuerpo y á su sangre, y siendo mas criminales aun en vuestra invasion sacrílega, que en el momento mismo en que habiais renegado cobardemente. Sucede á veces que pecadores, á quienes hubiera sido necesario probar largo tiempo, se les dispensa de la dura ley de la penitencia, y se entra en comunion con ellos, y se

[1] Levit. VII, 20. — [2] I Cor. XI, 27.

dice que se les hace gracia, cuando se les da un golpe mortal. ¡Indulgencia pérfida, ó mas bien crueldad real! Ella es como el granizo caido sobre un fruto precoz, que lejos de avanzar su madurez, la retarda, ó la hace para siempre incapaz; ó como el aliento abrasador de los vientos que en lugar de ser un beneficio para el arbol lo marchita y seca, ó como los estragos de una mortal epidemia para el rebaño que devora, ó como el impetuoso uracan para el navío que destruye! Vosotros arrebatais á los pecadores el recurso de las eternas esperanzas que compensarian sus pruebas, y alejais del puerto el navío para que se quiebre contra los escollos. Esta es una persecucion nueva y mucho mas refinada, que ensaya el enemigo de la salvacion para acallar los remordimientos, sofocar los gemidos de una conciencia culpable, é impedir que se entre en gracia con el Señor, que no pide para ablandarse, sino los gemidos de la penitencia y las lágrimas de un corazon humillado.

Dios mismo nos ha marcado los caracteres de la verdadera penitencia, por la boca de su profeta Joél: *Ahora*, dice, *convertios á mi de todo vuestro corazon, en los ayunos, en las lágrimas y en los gemidos* [1]. ¿Es esta, decidme, la penitencia que presenta un hombre que, desde el primer dia que se ha hecho culpable, se ha ido á tomar el baño para no dejarle que sobrecarga el estómago con manjares y bebidas las mas escogidas, y que no se ocupa de ningun modo de los pobres que carecen de lo necesario? ¿Se piensa bien en llorar

[1] Joel, II, 12.

la muerte en que se ha incurrido, cuando se abandona uno á los trasportes de la alegria? Si la muerte os hubiese arrebatado una persona querida, hubierais prorumpido en gemidos; vuestra tristeza se mostraria con vuestras lágrimas, con el descuido de vuestros vestidos, y en todo vuestro esterior; se os veria con la mirada abatida, la cabeza baja y los cabellos esparcidos; pero vos habeis perdido vuestra alma, ¡desgraciado! y muerto espiritualmente, sobrevivís á vos mismo y no llorais.

Si quereis obrar como nuestros primeros cristianos debeis redoblar vuestras oraciones, pasar los dias en el duelo, las noches en las vigilias y en las lágrimas, y todo el resto de la vida en el mas profundo sentimiento; postraros en la ceniza y en el polvo, desechar los vanos ornatos, ayunar constantemente y practicar buenas obras que os purifiquen de vuestros pecados.

La limosna es una semilla, y no hay menos locura en contener la caridad en el tiempo malo, que en no sembrar su campo, cuando la cosecha ha sido pequeña.

Depositad, por medio de la limosna, en el seno de Dios, las riquezas que reservais á vuestros herederos; este es el tutor que deberiais dar á vuestros hijos; pues él solo tendrá cuidado de ellos, y los cubrirá con su magestad divina contra todas las agresiones. Un patrimonio confiado á Dios, no tiene que temer los edictos de confiscacion, ni la invasion del fisco, ni la avaricia de un competidor.

Figuraos al demonio, acompañado de sus servidores, adelantarse el último dia hácia Jesucristo

mismo para atreverse á decirle : Yo no he padecido por los que veis conmigo los ultrajes ni los azotes, yo no he sufrido por ellos el suplicio de la cruz, ni vertido mi sangre; yo no los he rescatado á precio de mi vida; yo no tengo tampoco un reino celestial que prometerles, ni paraiso, ni gloria inmortal con que premiarlos; y no obstante; ved qué magníficos presentes me han hecho! ¡qué celo y qué aficion han tenido en mi servicio! y vos, que habeis formado en vuestra ley estos cristianos, que les habeis prometido bienes celestiales en cambio de bienes perecederos, que los habeis hecho tan ricos, que rebosaban en cosas superfluas, mostradme pues los tesoros que ellos han cambiado por vuestras bienaventuranzas! ¿Qué podrian responder la mayor parte de los mortales?

El Señor, dice el Apostol, *penetra los pensamientos de los sabios, y sabe bien que no son mas que locura* [1]. Si no hay entre los filósofos verdadera sabiduría, no hay tampoco paciencia verdadera; porque si por ser paciente, es menester ser dulce y humilde de corazon, y la esperiencia nos los hace ver llenos de amor propio, admirándose de la penetracion de su entendimiento, y por esto mismo, impotentes para agradar al Señor, se hace manifiesto, que no hay verdadera paciencia en corazones donde domina el sentimiento de una orgullosa independencia, y de una libertad altiva que se arrebata sin regla y freno, y que es incapaz de mandar á los movimientos impetuosos de las pasiones.

[1] I Cor. III, 20.

El que es inocente y justo es confundido entre los malvados : la verdad por esencia sucumbe bajo los falsos testimonios; el juez supremo está puesto en juicio, y el Verbo de Dios se deja llevar como una víctima sin quejarse : y en tanto que alrededor de la cruz del Salvador, los astros se turban, los elementos se confunden, la tierra tiembla, las tinieblas oscurecen los fuegos del dia, el sol rehusa iluminar un deicidio y retira sus rayos. Jesus no abre la boca para reclamar, ni parece conmovido; y permanece tranquilo sin hacer brillar su magestad divina, sufriéndolo todo hasta el fin, con paciencia y con perseverancia, para hacer ver la paciencia perfecta y consumada en la persona de Jesucristo.

La tierra será maldita para vosotros en todas vuestras obras, y no sacareis de ella de que alimentaros todos los dias de vuestra vida, sino con mucho trabajo y gemidos [1]. Tal es la cadena que nos liga á todos, en tanto que existimos y hasta el momento en que la muerte rompa nuestros lazos para arrebatarnos del mundo presente : el trabajo y los gemidos, ved aquí nuestra suerte por todos los dias de nuestra vida. Nosotros no podemos comer sino un pan comprado con el sufrimiento y empapado en nuestro sudor. En consecuencia de este decreto, cada uno de nosotros, en el instante de su nacimiento, hace su entrada en el mundo por las lágrimas, aunque sea estrangero á todo lo que le rodea; este nuevo habitante de la tierra, sabe ya demasiado bien que está condenado á las lágrimas, y desde sus primeros pasos en la

[1] Gen. III, 17.

carrera de la vida, acusa con sus gemidos los trabajos y las agitaciones que llenarán con el tiempo toda su estension.

La paciencia abundante é inagotable, no está encerrada en límites estrechos; su virtud se estiende bien lejos: su fecundidad y su riqueza, hacen de ella un gran rio que se divide en diversos canales salidos todos de una misma fuente, para ir á derramarse en diversos lugares y á llevar con ellos la fecundidad; de suerte que todo lo que nosotros hacemos de buenas obras saca de ella su principio, y se refiere á ella como á su fin.

¿Cuando llegará el dia en que Dios vengue la sangre inocente? El Espíritu Santo lo declara por la voz de su profeta Malaquias, en estos términos: *Ved aquí el dia del Señor que viene encendido como un horno ardiente, y todos los estrangeros y los malvados serán como la paja que él consumirá, dice el Señor* [1]. Nosotros leemos lo mismo en los salmos, y la llegada del Señor con la pompa de su magestad está así demostrada: *Dios vendrá visiblemente; nuestro Dios no permanecerá mas en el silencio, el fuego lo abrazará todo delante de su rostro, y se oirá una espantosa tempestad; él llamará delante de sí los cielos y la tierra, para hacer la separacion de su pueblo, y juntará todos los santos y todos los que guardan su alianza y sus sacrificios, y los cielos publicarán su justicia, y que él es el verdadero juez* [2]. Y en el profeta Isaias leemos: *El Señor vendrá como un fuego, y su carro será como un torbellino para ejercer sus venganzas. Los malvados se-*

[1] Malach. IV, 1. — [2] Ps. XLIX, 3 á 6.

rán juzgados y heridos por la espada [1]. Isaias añade: *El Señor y el Dios de las batallas se adelantará y terminará la guerra; él empezará la pelea y gritará con una voz fuerte á sus enemigos: Yo me he callado hasta aquí, pero no me callaré siempre.* ¿Quién es pues el que dice: Yo me he callado hasta aquí, pero no me callaré siempre? El que se dejó conducir al sacrificio como la oveja, y que no ha abierto su boca, como el cordero que está sin voz bajo la mano que le trasquila; el que no ha opuesto ninguna resistencia á los verdugos que le azotaban, á los insolentes que le herian el rostro, y el que no ha vuelto la cara cuando se la cubrian con infames salivas. Pero este mismo Jesus que se ha callado en el momento de su pasion no se callará en el momento de sus venganzas, ¡no! él no se callará en su segunda aparicion, y la oscuridad de su primer advenimiento será reparada por el esplendor del segundo.

¿Qué es este mundo sino un campo de batalla en donde estamos sin cesar en choque con el enemigo de la salud, obligados á luchar continuamente contra los dardos que nos lanza por todas partes? Ya nos ataca el amor de las riquezas, ya la concupiscencia, ya la cólera, ya la ambicion, ya los placeres de los sentidos, ó ya las seducciones del siglo, nos hacen una guerra sin descanso. El alma, sitiada y embestida por todos lados, por un enemigo apostado siempre en observacion de sus debilidades, apenas puede defenderse ni precaverse de sus asechanzas. Si se domina la avaricia, la concupiscencia se levanta; si se

[1] Is. LXVI, 15 y 16.

contenta esta pasion, la ambicion la reemplaza; y si se la satisface, la cólera se inflama, el orgullo se hincha, la intemperancia habla á los sentidos, la envidia nos emponzoña con sus prevenciones, los zelos absorven el sentimiento, y se nos obliga á blasfemar contra la ley divina, y á jurar contra nuestra conciencia; ved aquí pues las persecuciones que cada dia se nos presentan, ¿Podemos nosotros no desear el ir á juntarnos con Jesucristo?

¿Hablaré yo de esas bárbaras ejecuciones en que se ve un hombre sustituirse por sí mismo al ministro del sacrificio para inmolarse con sus propias manos, y que recogiendo en una copa su propia sangre corriendo á torrentes hace una libacion á su ídolo que no tiene nunca bastante?

Una bestia feroz, alimentada en las delicias, espera el dia que en presencia de su víctima, dará á todo un pueblo el espectáculo de una crueldad mas ardiente; ella tiene su dueño que la enseña y que sabrá bien impedirla el que pierda su ferocidad.

Es imposible hablar de las bufonerías repugnantes del teatro, sin tener vergüenza de referir lo que allí se dice y lo que allí pasa. Los manejos de las personas, las estratagemas puestas en obra para intrigas adúlteras, las culpables debilidades del sexo femenino las chanzas indecentes, la autoridad de los padres de familia unas veces envilecida con el ridículo, otras degradada con los escándalos de sus propias costumbres, inmoladas á la risa pública, son otros tantos objetos de desmoralizacion, sin respeto á sexo ni rango alguno, porque todos corren al encuentro de sus

dardos y se complace en ver lo que hace la degradacion pública. Vicios, cuyo pensamiento mismo debe estar desterrado de un corazon cristiano, se saborean en la representacion, y con su fatal ejemplo se pierden los últimos restos del pudor, se familiariza con el crimen y se aprende á hacer lo que se acostumbra á ver. En otras partes, el vicio mas desenfrenado se oculta al menos á la sombra del techo doméstico; y se consuela de su oprobio por las tinieblas en que se encierra; y aun la prostitucion pública se avergüenza de hacerse ver á todos los ojos; en el teatro solamente es donde el adulterio viene á perder lo que hacia su vergüenza, y allí es, donde atentados que el tiempo habia robado al conocimiento de la posteridad se hallan reproducidos, como si no bastase á las pasiones alimentarse de los males presentes, sin apropiarse, por la representacion, la debilidad de las edades antiguas.

La pureza no procura nunca agradar mas que á sí misma; siempre está bajo la desconfianza, no busca los ornamentos sino en su propia belleza, tiene en sí misma toda su gloria, y cree no ser jamas mas bella ni mas adornada que cuando desagrada á los impúdicos. Ella impone respeto á sus mismos enemigos, y no tiene admiradores mas grandes que aquellos que la han atacado sin poder vencerla.

¿Qué otra cosa es la virginidad, sino la meditacion práctica de la vida futura?

¡Amable pudor! ¡vos sois el que nos une al cordero virginal! vos cambiais la tierra en cielo; vos igualais el hombre á los ángeles; vos sois la corona de las virtudes; ¡encantadora libertad!

¡perpetua infancia! ¡dulce y amable pudor! ¡cuan divinos son vuestros encantos! ¡cuan precioso sois! ¡Ah! ¡pero cuan fragil sois!

Vencer á su enemigo, es no vencer mas que un hombre; pero triunfar de la concupiscencia, es triunfar de sí mismo.

El adulterio no es un placer; sino un cambio de vergüenza.

Se está bien lejos de la castidad cuando se aspira á inflamar los corazones, aun prometiéndose á sí mismo el conservarse puro.

Nosotros tenemos que luchar con un enemigo envejecido en los combates, pues hace ya seis mil años, que el demonio no cesa de hacer al hombre una guerra implacable, como ejercitado hace largo tiempo en todas las maniobras, y acostumbrado á toda clase de violencias y artificios. Desgraciado del soldado que no está sobre aviso, pues el habil tentador se aprovecha de su inesperiencia y de su funesta seguridad, para sorprenderle y triunfar; solo puede resistírsele estando fuertemente entregado á Jesucristo.

Nuestro Salvador profetiza en diferentes parages que la vida de los que escuchan su palabra será inquieta y molesta; pero tambien les promete despues de sus trabajos, una recompensa eterna. Ved cómo el Espíritu Santo se sirve de todas las cosas para reanimar nuestro valor, porque Dios cuyas misericordias no se pueden contar, no es menos fiel en los bienes que él promete que en los males que anuncia, y el cumplimiento de la mitad de la profecía es un testimonio indudable de la verdad de la otra.

Dar su vida por Jesucristo es, sin duda, el testi-

monio mas glorioso que Dios puede exigir del hombre, y el mas util al engrandecimiento de su religion. Se estuvo largo tiempo sin creer los milagros de Jesucristo, se les atribuia á los prestigios del demonio; pero apenas la sangre de los mártires empezó á derramarse, cuando el reinado de Satanás fué derrocado, y el mundo vencido se sometió al Evangelio, así como fué particularmente á la muerte, cuando Jesucristo manifestó su divinidad, y cuando el centurion le reconoció por ser verdaderamente Hijo de Dios. ¿Hay no obstante nada mas debil que un cuerpo privado de vida, aunque sea el de un emperador? Jesucristo está muerto, y nada hay mas fuerte en la naturaleza; el velo del templo se desgarra, la tierra tiembla, las piedras se parten, los sepulcros se abren, y los muertos resucitan. Testimonio solemne de esa sangre divina, que solo ella era capaz de destruir la barrera que separaba de Dios el género humano.

A ejemplo de Jesucristo, millares de confesores han dado su vida, y tanto cuanto se ha multiplicado el número de los mártires, tanto mas se ha estendido su Iglesia, esa viña de que Jesucristo fué el vástago fecundo, propagando sus ramas de Oriente á Occidente y del Septentrion al medio dia: dos siglos y medio se han pasado desde el tiempo del Salvador, y las conquistas evangélicas han ido mas lejos que el imperio romano, á pesar de tantos siglos de conquistas y de triunfos. Pueblos indomables, que las armas de los fieros conquistadores del mundo procuraron vanamente someter á su dominacion, han cedido sin esfuerzo á la impresion victoriosa de esa sangre inocen-

te que los ha penetrado y llenado de una santa embriaguez; y corazones de roca, pecadores los mas endurecidos, se dejan ablandar, y aumentan el rebaño del Príncipe de los pastores. No mas pruebas, pues no hay ninguna mas concluyente en favor de la verdad cristiana, que esa multitud de mártires que la han sellado con su sangre.

Pero un sentimiento bien doloroso viene á afligir mi corazon, al considerar que debiendo esa sangre derramada sobre la tierra haber conservado su calor en las almas de los fieles, ¡cuántos no hay al rededor de nosotros cuya caridad se ha resfriado!

Dar limosna á los pobres, ayunar, orar, dedicarse á los diversos ejercicios de la piedad, no es frecuentemente sino una máscara con que se cubre la hipocresía; pero el sacrificio de la vida no se ofrece voluntariamente sino con la íntima condicion de que no puede suceder nada fatal al que persevera en la divina caridad.

No obstante el martirio no se obtiene por ser llevado á la muerte, pues los malhechores son condenados á esta pena; lo que hace el martir, no es el suplicio, sino la causa. Nosotros vemos en las historias hombres que se quitan la vida, los unos por cobardía para terminar sufrimientos que no tienen el valor de tolerar, otros por orgullo ó por enagenamiento de espíritu; pero no se da testimonio á Dios, haciendo lo que prohibe, y lo que las mismas leyes humanas no autorizan; pues hay mucha diferencia entre la ferocidad brutal que atenta á sus propios dias, y la modesta resignacion del martir que se abandona todo entero á la voluntad de Jesucristo. Jamas se les ve res-

ponder á las amenazas de la tiranía con desafios insolentes, ni á los golpes de los verdugos por los acentos del furor: ellos gimen, pero gimen solo para lamentar la cegüedad de sus perseguidores, mas bien que sus propias aflicciones; el Dios que ellos llevan en su corazon pone en sus bocas las propias palabras que él mismo pronunció desde lo alto de la cruz: *Padre mio, perdonadlos, porque ellos no saben lo que se hacen* [1].

Jesucristo ha querido servirnos en esto de modelo, como en todo lo demas. En el momento de dejar la tierra, abandonó su alma á todas las impresiones del mas vivo dolor, y la permitió estar *triste hasta la muerte* [2]; para enseñarnos á no dejarnos abatir por la desesperacion, si esperimentamos una repugnancia natural á morir, en el momento en que los dolores ó la muerte nos rodean.

Si no hubiese nada de penoso ni de doloroso en morir, el martirio seria poco heróico; por eso pues, lo que hace su mérito es el triunfo del dolor. Tener miedo de la muerte, es el instinto de la naturaleza; pero vencer la muerte y el dolor por la grandeza del ánimo, es el prodigio de la gracia. *Pablo lo puede todo* [3]. Pero lo puede sostenido por la gracia del que le anima.

Yo he conocido hombres que no puedo recordar sin verter lágrimas, cuyo valor estaba en admiracion, y en el momento de obtener la corona, han retrocedido y renegado á Jesucristo, despues de haberlo largo tiempo confesado. Ellos contaban sobre sus fuerzas, y en presencia de los caballe-

[1] Luc. XXIII, 34. — [2] Math. XXVI, 38. — [3] Philip. IV, 13.

tes, de las uñas de hierro, de las planchas ardiendo, de las espadas, de las hogueras, y de todo ese espantoso aparato que asusta hasta la imaginacion, llenos de la idea de que eran bastante fuertes para medirse solos con estas torturas espantosas preparadas á sus ojos, han perdido el honor del combate.

El calcular cada cual en su pensamiento hasta qué punto puede ser capaz de sufrir, es esponerse á perder el martirio. Para permanecer firme hasta el fin, es menester abandonarse esclusivamente á la voluntad de Dios, y no esperar socorros mas que de él solo; para esto no hay mas que un solo medio, á saber una fe viva y ferviente que no titubeé, que no pregunte y que no se embarace ni ocupe del término á donde puede ir la ferocidad del tirano, ni la debilidad humana, sino que considere la omnipotencia de Dios que combate y triunfa en sus miembros. Ved aquí todo el secreto del poder de la muerte en los mártires.

¡Qué! ¡cadenas, sentencias de muerte, suplicios y cadalsos! ¡qué! ¡víctimas que se dejan degollar pacíficamente, y que se entregan ellas mismas á la rabia de los verdugos! Sí, estos son los medios los mas débiles en apariencia; pero los sepulcros de los mártires curan los enfermos, ponen en huida á los demonios, espantan los mas fieros monarcas, derriban los ídolos, y ejecutan las obras mas sobrenaturales; entonces es cuando se necesita reconocer la fuerza y el poder de la sangre de los mártires.

Despues de este testimonio, hay otro mas sobresaliente, y que pertenece á todas las edades: porque la Iglesia no tendrá siempre que comba-

tir los tiranos y los verdugos ; á pesar de que no la falten nunca enemigos, pues hasta el fin de los siglos el demonio no dejará de poner á prueba los que reconocen á Jesucristo por maestro. A falta de perseguidores, siempre habrá hostilidades, y por esto mismo siempre habrá mártires; porque todo fiel está obligado á ser un testigo de Jesucristo. Seria vano haber vencido los verdugos, si alguno se deja vencer por sus pasiones, ó dominar por la envidia, por el odio, por la avaricia, ó por el orgullo. La vida entera del cristiano debe ser un martirio, quiere decir, un testimonio dado á Dios por sus acciones. Es tambien martirio el sufrir pacientemente y con reconocimiento los males inseparables de la condicion humana, y que son comunes á los justos y á los pecadores; y no se está privado de la gloria anexa á este título, por no derramar su sangre en honor de Jesucristo. ¿Rehusariais esa gloria al santo patriarca Abrahan que renuncia al amor de Isaac por obedecer á la orden del Señor, y se inmola á sí mismo al resolverse á sacrificar su propio hijo? ¿No esperimentó en efecto todas las penas del martirio, cuando llevó á Isaac sobre la montaña, pronunció su sentencia, le ató las manos, le puso sobre la hoguera, y levantó el brazo y la espada para darle la muerte?

Para conceder el glorioso título de martir y tener derecho á la corona, Dios se contenta con que se haya crucificado la carne con sus afectos desarreglados, y que haya muerto realmente con Jesucristo el que sepultado con él en el bautismo, no vive mas que por él. Basta, á sus ojos, este renunciamiento interior, este martirio invisible y

continuo por el que nosotros resistimos á nuestras pasiones, reprimimos nuestros deseos injustos, combatimos nuestras inclinaciones viciosas, y triunfamos de la vida de los sentidos por la vida de la fe.

La envidia ha nacido con el mundo; esta desgraciada pasion ha perdido al demonio y al hombre con él: las otras pasiones, llegadas al término de sus deseos, se detienen en él; pero la envidia jamas.

En el tiempo en que yo estaba sumergido en una profunda oscuridad, flotando sobre la mar borrascosa del siglo, erraba aquí y allá sin tener una ruta fija, y sin saber qué direccion tomar; tan lejos estaba de la verdad y de la luz. Yo miraba como bien duro creer, y bien difícil ejecutar, vistas las prevenciones en que yo estaba entonces, de lo que se me exigia para salvarme; pero ahora conozco que se puede nacer una segunda vez, tomar una vida nueva en las aguas sagradas del bautismo, regenerarse y despojarse de todo lo que se habia sido hasta entonces, y venir á ser, sin cambiar de cuerpo, un hombre nuevo ¿Donde está, me decia yo á mí mismo, la posibilidad de renunciar de repente ya sea á inclinaciones naturales, ya á costumbres inveteradas? ¿donde la de llegar á ser sobrio, cuando se está acostumbrado á la buena comida y al lujo de los festines? ¿donde, la de no mostrarse sino con el esterior mas sencillo, cuando no se presenta en público sino con ricos adornos? Pedid á ese hombre, criado en las dignidades y honores, en que pone su gozo, el descender á la vida privada; pedid á ese otro, hombre de intrigas, y rodeado de sus

clientes, el buscar la soledad para hallarse cara á cara consigo mismo; exigid á ese otro vicioso, que se dejó encadenar todo el curso de su vida por los lazos de la concupiscencia, el romper el imperio de las costumbres, y la esclavitud de los sentidos; ¡ó qué sacrificio tan superior á las fuerzas humanas! Tales eran los pensamientos que me ocupaban y me quitaban la esperanza de poder arrancarme nunca de los males que habian tomado sobre mí el ascendiente de la naturaleza.

Pero así que las manchas de mi vida pasada fueron lavadas en el baño regenerador, que la luz de lo alto penetró mi alma, y despues que, recibiendo el Espíritu Santo, hube nacido á una segunda vida, renovada por los maravillosos efectos de la gracia celestial, yo ví de repente mis dudas disiparse; lo que estaba antes oculto para mí, se ha abierto á mis ojos; las cosas que no me presentaban mas que tinieblas se han hecho luminosas; las dificultades que me parecian insuperables se han desvanecido; los que me parecian imposibles se han allanado, de manera que era evidente que lo que habia en mí antes de carnal y de sujeto al pecado, venia de la tierra, y que lo que el Espíritu Santo empezaba á animar venia puramente de Dios.

Merezcamos pues que el Señor nos acuerde siempre la gracia con que se ha dignado aclarar nuestras almas y mantener en ellas su presencia por el concurso de un santo apresuramiento de nuestra parte en desempeñar las obras de justicia; no permitamos jamas que el beneficio que hemos recibido engendre una negligencia que

pueda volver á abrir la entrada en nuestras almas al enemigo de la salud. Si vosotros no salís de los caminos de la justicia y de la inocencia; si marchais por él con paso firme y asegurado, y si os manteneis fuertemente unidos al Señor, perseverareis siendo lo que habeis comenzado á ser, y su gracia os dará tanta mas facilidad y fuerza, cuanto que ella se acrecentará mas en vosotros. No sucede con los dones celestiales como con los que recibimos de la mano de los hombres, que son siempre pequeños y limitados; los dones del Espíritu Santo se distribuyen con largueza, y como con la abundancia de un rio que sale de madre; todo lo que pide es que nuestros corazones los deseen con vehemencia y que se abran para recibirlos, y la medida de la fe que nosotros llevemos será la de los favores con que deberemos ser investidos. ¡A qué fuerza y á qué poder no se eleva el alma así regenerada! no solamente se ve emancipada de los lazos que la ligan al mundo é inaccesible á su contagio, sino engrandecida y fortificada, mandando como soberana á todo el ejército de los demonios.

Para apreciar mejor el beneficio á que hemos sido llamados, imaginaos que habeis sido llevados de repente sobre lo alto de una montaña, desde la cual, por un efecto de la potestad divina, descubrís con una misma mirada la tierra y los mares, y todos los empleos, todos los ejercicios, y todas las ocupaciones diferentes que dividen en tantos cuidados los hijos de Adan, durante esta trabajosa peregrinacion. Elevado pues sobre esa montaña, vos vereis á primera vista esa multitud de pueblos y de naciones con sus costumbres

diferentes y sus caracteres incompatibles, los unos bárbaros y salvages, los otros políticos y civilizados. Y ¿cómo describir una variedad tal de trages y de inclinaciones? ciertamente esto es una cosa imposible; pero yo creo que desde luego por esta sola idea el mundo os causará lástima, y haciendo en secreto una vuelta sobre vos mismo, os aplaudireis y dareis gracias á la bondad divina de haberos salvado de un mar tan borrascoso! Descended en seguida á los detalles de la vida humana, contemplad los diversos empleos que ocupan los hombres. ¡O Dios! ¡qué desconcierto eterno! ¡qué mezcla de cosas! ¡qué estraña confusion! Sobre la tierra, los salteadores infestan los caminos; sobre la mar, los piratas mas temibles que las tempestades; por todas partes, el furor de los combates, las guerras, la division de los pueblos, y la sangre humana corriendo á torrentes. Echad los ojos sobre las ciudades y observareis que su ruidosa agitacion es mas deplorable aun que el silencio de los sepulcros. Si se os llama á los juegos feroces del anfiteatro, será solo para satisfacer, con espectáculos de horror, una curiosidad brutal y sanguinaria, y para ver un atleta que fué largo tiempo alimentado con las sustancias de mas alimento, morir públicamente con aplausos. ¡O colmo de inhumanidad! ¿Qué es, decidme, un oficio en que un individuo se espone á los animales feroces sin ser condenado á ello? Esos jóvenes gladiatores, en la fuerza de su edad, brillantes con los adornos, orgullosos de la infamia y de la muerte á que se consagran, descienden á la arena á los ojos de sus hermanas y de sus madres que no dejan

de concurrir para realzar con su presencia, el interés del espectáculo; y que vienen tambien á aplaudir estas escenas deplorables en que la naturaleza es ultrajada.

Detened vuestras miradas sobre las representaciones dramáticas que se ejecutan en nuestros teatros, y vereis los mismos aspectos no menos dolorosos, ni tampoco menos humillantes. La tragedia tiene por objeto señalar los crímenes antiguos; el parricidio y el incesto mas monstruosos son reproducidos allí, bajo imágenes que les vuelven á dar toda la energía de la realidad; ¡ah! tal vez se tiene miedo que la posteridad olvide los horrores de que el curso de los siglos habia debilitado el recuerdo! Se enseña á todas las generaciones que se puede hacer aun lo que se hizo en otros tiempos; se hace revivir, se perpetua, se eterniza, y se proponen á la imitacion, cosas que la costumbre de verlas, ha despojado de lo que tenian de odioso. El crimen se olvida, el ejemplo se hace ley, y se toma leccion del adulterio viéndole representar. Habrá quiza alguna muger que solo vendrá al teatro, escitada por la proteccion que el vicio recibe de la licencia pública, pero esta muger, tal vez casta en el fondo, saldrá sin duda criminal. ¡Qué escuela para las costumbres! ¡qué estímulo para el mal! ¡qué alimento para las pasiones esos gestos impuros á que se abandonan vuestros comediantes! El valor mas varonil se debilita, y las fuerzas se abaten y se consumen en una molicie vergonzosa. El mas afeminado está mas seguro de agradar, las miradas le devoran, su ejemplo arrastra y hace ley; él atiza los afectos desarreglados; y redu-

ce al silencio las reclamaciones de la virtud...!

¡Ah! si desde este punto elevado á donde yo os he conducido pudieseis penetrar en lo interior de las casas, ¡qué de crímenes secretos no se verian, cuya vista solo no pueden sostener las miradas honestas, ni mirar atentamente sin complicidad! Sus autores mismos censuran severamente la existencia de ellos en los demas, y condenan así en lo esterior lo que se permiten secretamente para sí mismos.

Quiza creereis hallar menos desórdenes en los santuarios de la justicia; pero mirad: no vayais á descubrir de que escitar mas aun vuestra indignacion y vuestro desprecio. En vano nos alaban las leyes de las doce tablas, esos códigos sabios que han previsto todos los crímenes, y establecido todos los derechos; el santuario de las leyes, el templo de la justicia, ha venido á ser la guarida de los criminales que le violan sin pudor: la inocencia no tiene ya en él asilo, ni aun entre los que están encargados de defenderla. Los intereses opuestos se reunen en el mismo campo de batalla; las pasiones desencadenadas se combaten con furor y exhalan en plena paz los gemidos y odiosos estruendos de la guerra. En todo este desorden ¿quién piensa en socorrer el buen derecho? El abogado no se ocupa sino de artificio é imposturas; el Juez pone sus sufragios á pública su basta: el uno supone un testamento, el otro falsifica un acto público; aquí, los hijos son desposeidos de una sucesion que les pertenece; allá los estraños son sustituidos á los herederos legítimos. Este es un enemigo que os acusa, un calumniador que ataca, un falso testigo que

os difama, por todas partes bocas vendidas al odio, que hacen circular mentiras desvergonzadas; el temor de las leyes no existe y quien no imita los malvados los ofende; las leyes mismas ceden para adular el crimen; y el desorden á fuerza de ser público, empieza á estar permitido.

Por otra parte lo que vosotros llamais honores, dignidades, opulencia, poder civil y militar, autoridad soberana, todo esto es miseria real que disfraza mal su veneno secreto; apariencia engañosa que enmascara bastantes disgustos y calamidades. Vosotros saboreais á grandes pociones la copa pérfida cuya dulzura os seduce, ¡imprudentes, vosotros no habeis bebido sino la muerte! Veis ese hombre que se cree brillante porque su vestido está tejido de oro y de escarlata, ¡ah! ¡cuantas bajezas no ha hecho para llegar á ese esplendor prestado! ¡cuantas altanerías y desdenes no ha tenido que devorar, arrastrándose á los pies de sus protectores, y sufriendo sus caprichos para verse á su vez incensado por una vil tropa de aduladores, cuyos homenages se dirigen, no al hombre, sino á su posicion! ¡Ah! que sobrevenga una desgracia, que el viento de la fortuna cambie y le abandone á su propia desnudez, ¡qué de pesares, qué de cuentas erradas, qué de remordimientos amargos!

Ved aun de mas cerca los que llamais ricos, porque amontonan las herencias, porque invaden el dominio del pobre para engrandecer el suyo, y estenderle mas allá de todo límite, acumulando sin cesar oro y mas oro; vedles en medio de sus riquezas, inquietos, temblando, per-

seguidos por el temor de que no vengan á quitarles sus queridos tesoros! Ni gozan el reposo, ni tienen sueño tranquilo. ¡Desgraciados! no sienten las cadenas que los sujetan, pues su oro es quien los posee, mas bien que ellos á su oro. Habladles de larguezas y de limosnas, y ellos no saben que es dar á los indigentes: ese dinero que ellos dicen ser suyo, le encierran y le guardan con tanto cuidado como si fuese de otro, y no tocarán á él ni por las necesidades de sus amigos ni por las de sus hijos, ni aun por las suyas propias; ellos no poseen sino para impedir á los otros el poseer; y por un estraño trastorno de ideas, dan el nombre de bienes á cosas que no les aprovechan sino para el mal.

Quizas creereis que hay mas seguridad en las distinciones y en los honores, en la pompa de las cortes y bajo la diadema, ó en medio de una escolta imponente de satélites y de servidores; desengañaos: se resiente mas miedo que el que se inspira; y el terror que se esparce, se está á punto de esperimentarlo. Hay un cierto castigo unido al orgullo del rango supremo, y que se abre paso hasta el alma, á través de las guardias numerosas de que se rodea, que condena á sentir tanta desconfianza cuanta mayor es la que se impone, de manera que el poder que hace temblar á los súbditos empieza á obrar sobre el que le ejerce, y no adula sino para inclinar bajo el yugo, no acaricia sino para engañar, no encadena sino para perder, y no eleva sino para abatir. Así, el placer de la ambicion se paga á grande interés, y cuanto mas se está elevado en dignidad y en riqueza, tanto mas se está castigado.

¿Adonde hallar en fin una calma tranquila y segura, una paz sólida y permanente? no hay para esto sino un solo medio : huir las tumultuosas agitaciones del siglo, y ponerse al abrigo de sus tempestades refugiándose en el puerto de salud, aproximándose á Dios, mirando como inferior á sí mismo todo lo que los hombres estiman como lo mas grande y lo mas elevado : el alma que se ha penetrado una vez de estas sublimes meditaciones, no ve nada sobre la tierra que no la sea inferior, y cree poseer ya lo que se atreve á esperar. Una ventaja tal, no se compra con el dinero ni con la intriga, ni por un trabajo humano; no se adquiere, ni por la asiduidad de las vigilias, ni por lo largo de los años, sino por el secreto desconocido de una gracia que adelanta el tiempo y abrevia los conocimientos; este es un don puramente gratuito de la bondad divina que no cuesta nada obtenerle. El espíritu divino comunica al alma su dulce calor así como el rayo del sol ó el fresco rocío derraman sus saludables influencias.

La fe sólida y permanente no se deja sorprender por las caricias y pérfidas insinuaciones, ni admirar por las amenazas, ni sobrepujar por las torturas y sufrimientos mas agudos. El que está en nosotros es mas grande que todo lo que hay sobre la tierra, y la barbarie inhumana es menos poderosa para abatirnos, que la proteccion de Dios para sostenernos. ¡Qué espectáculo para todo el pueblo! Testigo en muchedumbre de vuestras victorias, no ha podido ver sin admiracion esos combates espirituales en que Jesucristo, asistia en persona, y que sus atletas, de pie, sin

mas armas que las de la fe, pero investidos de todo el poder de lo alto, confesaban con voz elevada y con una aptitud asegurada el nombre del que los hacia vencer, y en medio de los mas horribles tormentos ellos estaban mas firmes que los mismos verdugos que los atormentaban. Los miembros rotos y despedazados resistian aun á la accion de las uñas de hierro, y vanamente los azotes se graduaban á golpes redoblados sobre sus carnes palpitantes; vanamente les herian de nuevo sobre llagas ya abiertas, que dejaban ver hasta sus entrañas despedazadas; en vano la sangre corria á torrentes: su fe no ha titubeado. Dia de triunfo para Jesucristo: él mismo era el que conseguia la palma de sus mártires, y quien sostenia su fe!

¡Ah! ¡cuan feliz es la Iglesia de Jesucristo, sea por las virtudes que la honran durante la paz, sea por la gloria que la resulta de la sangre de sus mártires durante la guerra! Unas veces estaba resplandeciente de blancura por la pureza de las obras, y otras revestida de púrpura por la confesion de sus mártires. Así, ni las azucenas ni las rosas faltan á su corona, y la paz y la guerra nos dan á porfia inmortales flores.

Para los hombres consagrados al Señor, y que no saben avergonzarse de su fe, las cadenas son adornos, y las cicatrices que dejan en sus pies, lejos de ser señales de oprobio, son mas bien honores y trofeos. ¡O pies encadenados con gloria! pronto los desprenderá Jesucristo, ¡ó pies felizmente ligados, pero que no dejais de caminar por el camino de la salvacion! ¡ó pies inmóviles no obstante! El Señor os hará libres para siem-

pre ; vosotros tomareis vuestro impulso para ir á Jesucristo, y no importa que la barbarie y la perversidad os molesten, y hagan sufrir todo lo que quieran; dentro de poco vosotros pasareis de estas prisiones terrestres al reino inmortal!

¡O mártires bienaventurados! ellos no tienen por lecho sino una tierra dura; pero no es un mal el reposar en ella con Jesucristo. Ellos no tienen baños que laven sus cuerpos manchados con el polvo; pero su alma está blanqueada con las aguas espirituales de la gracia; ellos carecen de vestidos que los cubran, y de pan que los alimente; pero con Jesucristo se está vestido, y adornado magníficamente. ¡Qué vivos esplendores no reemplazarán un dia esas deformidades que los ojos profanos no miran sino con horror! Entonces, segun la espresion del apostol : *el Señor habrá trasformado nuestro cuerpo, que es ahora vil, y abyecto, y le habrá vuelto conforme al suyo que es glorioso* [1].

CARTA AL PAPA CORNELIO.

Si es posible, mi amado hermano, que la insolencia de los malvados consiga inspirarnos temor, y que ellos obtengan por su audacia lo que no pueden obtener por justicia, esto seria por consecuencia hollar el vigor episcopal y la divina y augusta autoridad del gobierno eclesiástico, y seria menester no hablar mas de ser cris-

[1] Philip. III, 21.

tiano, si se estuviese reducido á recelar las amenazas y las perfidias de hombres que carecen de moderacion. Nosotros debemos siempre conservar una fe inmovil, un valor firme é inalterable como la roca que resiste las olas que la sitian. ¿Qué importa de que parte vengan los peligros que amenazan al obispo, si por todas partes está espuesto á los riesgos? esto mismo empero es lo que hace su gloria.

La fuente conocida de la heregía y del cisma, es la rebelion contra el obispo que Dios ha instituido; porque debe considerarse que no hay en la Iglesia de Dios mas que un obispo, y un juez único que ocupa temporalmente el lugar de Jesucristo. Y ciertamente si todos los fieles le obedeciesen como Jesucristo ha mandado hacerlo, nadie intentaria, despues del consentimiento dado por los otros obispos, el constituirse juez, á menos de que no fuese un hombre arrebatado por un temerario orgullo, y que creyese que un obispo está ordenado sin el secreto juicio de Dios. Si la divina Providencia abraza las cosas mas indiferentes en apariencia, sea para ordenarlas, sea para permitirlas, con mas fuerte razon intervendrá en la eleccion de los que ella establece por sus ecónomos y dispensadores.

Nosotros estamos prontos á recibir con paciencia y mansedumbre los que vuelven á nosotros. Yo cedo en todo lo que puedo; disimulo en muchas cosas, y ni aun examino con el juicio pleno de la Iglesia las faltas cometidas contra Dios, y yo mismo casi peco, perdonando demasiado fácilmente los pecados agenos. Yo abrazo con el ardor de una entera caridad los que vuelven con

sentimientos de penitencia, y confiesan sus faltas con humildad y sencillez de corazon; pues si hay algunos que crean poder volver á entrar en la Iglesia por las amenazas, y no por los ruegos, y piensan poder echar abajo sus puertas por el terror, deben saber que el campo invencible de Jesucristo, fortificado por la omnipotencia de Dios, no se fuerza por la insolencia de los hombres; el sacerdote del Señor, que sabe la regla del Evangelio, puede muy bien ser muerto, pero no será vencido.

¡Qué! porque un puñado de orgullosos, sin pudor, y sin freno, marchen lejos de los caminos del Señor, ¿será menester que nosotros desconozcamos las reglas que nos estan prescritas por la divina tradicion, que dejemos la cólera y el crimen prevalecer sobre los juicios del episcopado, y que permitamos á la audacia de los hombres ser mas fuertes en sus criminales empresas, que á la omnipotencia divina en sus medios de repulsion? ¿Dejaremos nosotros que la autoridad de la Iglesia católica, que la magestad del pueblo fiel, y que los derechos sagrados de nuestra jurisdiccion, sean presa de los planes de los impíos, permitiendo que hombres estraños á la Iglesia juzguen al Gefe de ella; que la heregía pronuncie sobre la fe cristiana; que enfermos llenos de heridas sangrientas, arrastrándose por tierra, abatidos bajo el peso del crimen y de la apostasía, decidan separadamente del sacerdote de Jesucristo, del obispo ejemplar, y de su Juez natural? ¿Qué falta ya sino que la Iglesia ceda al Capitolio, que los obispos se retiren y que el altar del Señor sea abandonado á los ído-

los para que los falsos dioses tengan sus altares en el lugar en que nuestros ministros se reunen? Concedamos este triunfo á Novaciano..... pero aun cuando el Antecristo llegase á parecer, todos sus furores no obligarian á la Iglesia, á recibirle en su seno ni á ceder nunca á sus armas ni á sus violencias, aunque amenace con la muerte á quien quiera resistirle. Como él, los hereges piensan espantarnos, y estas son armas que nos dan. Porque lejos de abatirnos, nos realzan y nos animan al combate, dejándonos ver una paz mas peligrosa que la guerra; y si ellos persisten en sus parricidas designios, deben saber que no hay un obispo en el mundo, por poco valor, y virtud que tenga, que no esté decidido á levantarse valientemente contra los enemigos de Dios, y el Señor mismo le investirá con su fuerza. Por nuestra parte poco nos importa cuando, y por quien seamos inmolados, pues el Señor nos premiará siempre el precio y el sacrificio de nuestra sangre.

A ANTONINO.

¿Titubearemos nosotros en colocar en el rango de los mas ilustres confesores, un pontífice [1], que esperaba todos los instantes del dia, por espacio de mucho tiempo los verdugos ejecutores de las órdenes tiránicas de su gefe, y que desafiaba in-

[1] Cornelio.

trépidamente, aun en el momento de caer en sus manos, los decretos pronunciados contra su persona, las amenazas, los tormentos, el aparato espantoso de las cruces y de las hogueras, en que debia ser colocado para hacer correr su sangre y despedazar sus entrañas? Aunque la omnipotencia del Señor le haya preservado de los golpes de la persecucion para sostenerle en el obispado, no es por eso menos cierto que Cornelio ha triunfado del tirano por sus virtudes.

Sea como quiera, no es posible ser cristiano mientras que no se esté en la Iglesia de Jesucristo, y aunque Novaciano se anuncie cuanto quiera y en los términos mas pomposos, por un filósofo ó un hombre elocuente, el que no ha conservado la caridad fraternal, ni la unidad eclesiástica, no tiene aun ni lo que tenia antes; á menos que no reputeis por obispo un hombre que en el seno de una Iglesia provista del pontífice debidamente instituido, quiera serlo á la fuerza por una intrusion adúltera que sostienen algunos desertores.

No habiendo mas que una sola Iglesia instituida por Jesucristo, estendida por todo el mundo, y dividida en muchos miembros; ni habiendo tampoco mas que un obispado repartido en la inmensidad de obispos del mundo cristiano, todos unidos por el lazo de una misma fe, no sé como Novaciano, con desprecio de la tradicion que remonta á Dios mismo y de la unidad, que de la Iglesia católica toda entera no hace mas que un solo cuerpo, se atreva á emprender la formacion de una Iglesia humana, enviando por las ciudades sus nuevos apóstoles, para establecer sobre

bases tan nuevas su institucion; y creando falsos obispos en lugar de los que han sido ordenados hace tanto tiempo, para todas las provincias y en cada ciudad, tan venerables por su edad y por la integridad de su fe, como por las pruebas que han sufrido durante la persecucion, ¿espera pues hacer del mundo entero el teatro de sus sacrílegas innovaciones, desmembrando el cuerpo eclesiástico y sembrando en él sus gérmenes de discordia? Quizas ignora él que los cismáticos, empezando ordinariamente á hacer alguna ilusion, son detenidos prontamente en sus progresos, y que sus criminales empresas tienen un término siempre cercano; y aunque su época fuese la primera, no seria por eso mas obispo, habiéndose separado como lo ha hecho de la unidad. El apostol ha dicho: *Toleraos los unos á los otros con caridad, trabajando con cuidado en conservar la unidad del mismo espíritu, por el lazo de la paz* [1]. El que no conserva la unidad de un mismo espíritu, ni el lazo de la paz, y que se separa de la Iglesia y de la compañía de los obispos, no puede tener ni la potestad, ni la dignidad de obispo.

A LICINIO.

Nosotros comprendemos ahora los saludables consejos de Dios, y esta violenta persecucion levantada contra el bienaventurado obispo Cornelio, y contra todos vosotros. El Señor queria con

[1] Eph. IV, 2, 3.

esto confundir los hereges, manifestar donde estaba la Iglesia, quien era el único obispo elegido por su orden, cuales eran los sacerdotes unidos al obispo, cual era el verdadero pueblo de Jesucristo, y al contrario los que el demonio separa como suyos; porque el enemigo de Jesucristo no se encarniza sino con los soldados de Jesucristo; y descuida á los hereges, porque está seguro de ellos, como de un bien que le pertenece y de que está ya en posesion; por esta razon no ataca sino á los que se mantienen derechos.

AL PAPA ESTEBAN.

Vuestro colega Faustino, que tiene su silla en Leon, me ha escrito con repeticion, para hacerme saber, como estais informado ya, tanto por él como por los otros obispos de la provincia, que Marciano de Arlés se ha separado de la unidad de la Iglesia y del cuerpo episcopal, para seguir el partido de Novaciano. A nosotros nos toca, mi querido hermano, remediar un mal tan grande; á nosotros, que tenemos la balanza para gobernar la Iglesia con un justo equilibrio. Conservemos pues de la misma manera el vigor de la disciplina con respecto á los pecadores, y para levantarlos de sus caidas y curarlos de sus debilidades no les rehusemos jamas el perdon que ellos imploren. En consecuencia, os empeñamos á escribir á nuestros colegas los obispos de las Galias en los términos los mas eficaces, para que no permitan que Marciano persevere impu-

nemente en su rebelion contra la Iglesia. Despues del solemne juramento prestado por la unanimidad de los obispos contra Novaciano, no hay temeridad mas grande que conservar partidarios que se atrevan á burlarse de nuestros decretos y á constituirse jueces de la Iglesia. Enviad pues cartas á la provincia y al pueblo de Arlés en particular, para escomulgar á Marciano, poner otro obispo en su lugar y reunir bajo un pastor mas fiel el rebaño de Jesucristo que Marciano ha dispersado. Bastante es que en el curso de los años precedentes, tantos otros hayan dejado la vida fuera de la paz de la Iglesia: vengamos al menos en socorro de los que les sobreviven, y cuyos continuos gemidos imploran esta paternal condescendencia de nuestra parte. ¿Por qué existe pues este cuerpo numeroso de los obispos, estendido por todo el mundo y unido entre sí con los lazos de una concordia mutua y con la unidad de la enseñanza, sino á fin de que en el caso que uno de ellos quiera hacer una heregía ó un cisma, prevengan los otros caritativamente los destrozos, y reunan en un mismo rebaño las ovejas del Señor? Pues nosotros en verdad somos un gran número de pastores, pero no por eso no apacentamos mas que un solo rebaño.

A ROGACIANO.

Los diáconos no deben olvidar que nuestro Señor ha elegido por sí mismo sus apóstoles, quiere decir los obispos gefes de la administracion, y

que los diáconos no han sido instituidos sino despues de su ascension, por los apóstoles, que se los han dado para ayudarles en el gobierno de la Iglesia, y si nos está permitido levantarnos contra Dios que ha hecho los obispos, los diáconos pueden tambien levantarse contra nosotros que les hacemos lo que son. El diácono de que os quejais está obligado á hacer penitencia de su temeridad, porque el desprecio de los superiores es el principio de los cismas y de las heregías, y por esto es por lo que se sale de la Iglesia, y se levanta fuera de su seno un altar profano, que se pone en rebelion contra la paz de Jesucristo y contra la unidad que Dios mismo ha querido establecer en su Iglesia. Si él persiste en sus faltas con respecto á vos, usad de la autoridad de vuestra jurisdiccion deponiéndole ó suspendiéndole.

A FLORENTINO PUPIANO.

¿Qué estraña vanidad ha pretendido someter á vuestro juicio el que Dios ha elegido para obispo? Despues de seis años que yo lleno este ministerio, ¿hubiera pues estado la Iglesia sin obispo, el rebaño sin pastor, Jesucristo sin sacerdote, y los fieles sin bautismo ni reconciliacion? ¿Podian estar en el error tantos virtuosos confesores, detenidos en las prisiones, ó consumidos por el martirio, tantas viudas y vírgenes cristianas, la Iglesia entera con la cual he estado en comunion? Sí, todo estaba corrumpido, Pupiano solo por un

privilegio particular, habia conservado el depósito de la fe y la tradicion de la ley. ¡Pupiano solo rehusando unirse á nosotros, tendrá derecho al reino de los cielos!... ¡Ah! la Iglesia no se separa de Jesucristo; lo que hace la Iglesia es la union del obispo y de su pueblo, del rebaño y del pastor; el obispo está en su Iglesia, y la Iglesia en su obispo; quien no está con el obispo no está con la Iglesia, y seria dar en una peligrosa ilusion, el creer que, no estando unido de comunion con los sacerdotes del Señor, se esté en la Iglesia porque se comunique secretamente con algunos. La Iglesia católica es una y no dividida, pues consiste en la union de todos los miembros, ligados los unos á los otros con los lazos de una misma fe y de una misma caridad. Quien no cree en Jesucristo instituyendo su obispo, será obligado á creerlo cuando le vengue.

Si los mártires tienen otro lenguage que el del Evangelio, la magestad del Evangelio está anonadada; y en este caso no viene á ser nada su propia gloria, pues no son mártires sino por haberlo confesado á precio de su sangre; pero si los mártires profesan la misma doctrina que el Evangelio, su ejemplo hace entonces la ley.

Vuestro caliz embriaga con un vino escelente[1]. El Espíritu Santo habla así porque el caliz embriaga de tal modo á los que lo beben que los hace sobrios, les da una sabiduría espiritual, y los separa del amor de las cosas del mundo, porque renueva el hombre todo entero. En el sacramento del caliz, como Jesucristo nos lleva á todos, por-

[1] Ps. XXII, 5.

que llevó todos nuestros pecados, nosotros vemos que el agua significa el pueblo, y el vino la sangre de Jesucristo; luego cuando el agua está mezclada con el vino en el caliz, el pueblo está unido á Jesucristo, y los que creen á aquel en quien ellos creen; y así como no se puede separar el agua del vino cuando están mezclados en el caliz, del mismo modo nadie puede separar á Jesucristo de la Iglesia, quiere decir el pueblo que está en la Iglesia, ni impedir que ella le esté estrechamente unida en tanto que permanezca en la creencia que ha abrazado una vez.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

Advertencia. 5

Discurso Preliminar. — De la autoridad de los Santos Padres de la Iglesia en general, y particularmente para los tiempos actuales. 11

San Justino. 51

San Clemente de Alejandria. — Pensamientos diversos sacados de los libros de San Clemente de Alejandria, titulados : *Exhortaciones á los Gentiles, á los Estrómatos y al Pedagogo.* 63

Orígenes. — Resumen del libro contra Celso. 81

Tertuliano. — Estractos de la *Apologética.* 133

Fragmentos diversos, sacados de otras obras de Tertuliano. 191

Minucio Feliz. — Algunos pensamientos estraidos de su *Octava.* 249

Arnobeo. — Algunos pensamientos de su obra contra los Gentiles. 259

Lactancio. — Estractos del libro de las *Instituciones divinas.* 265

San Cipriano. — Fragmentos diversos. 287

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

239.5
C31
Chadenede, de la
AUTHOR
El Cristianismo Demonstrad
GRADUATE THEOLOGICAL UNION LIBRARY
BERKELEY, CA 94709